



Jorge Abelardo Ramos

## **Entre pólvora y chimangos**

Jorge Abelardo Ramos

# Entre pólvora y chimangos

Las mejores y más filosas polémicas del Colorado

Ramos, Jorge Abelardo

Entre pólvora y chimangos: las mejores y más filosas polémicas del Colorado.

1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Octubre, 2014.

336 p., 23x15 cm.

ISBN 978-987-45474-6-0

1. Historia Política Argentina. I. Título

CDD 320.098 2

© Jorge Abelardo Ramos, 2014

© Editorial Octubre, 2014

© UMET, 2014

Diseño de tapa: Peter Tjebbes

Diseño de interior: Verónica Feinmann • Juan Manuel del Mármol

Corrección: Claudia Dubkin

#### **Editorial Octubre**

Sarmiento 2037 • C1044AAE • Buenos Aires, Argentina

www.editorialoctubre.com.ar

Impreso en Argentina.

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

## PRÓLOGO

### **La materialización de un libro inexistente**

Por Víctor Ramos

Hay varios libros inexistentes de Jorge Abelardo Ramos.

Se trata de obras que nunca escribió, pero que fue anunciando en varias entrevistas periodísticas.

Una de ellas era *La guerra de Malvinas que Inglaterra perdió*, donde demostraría que por los errores de cálculo de la Junta Militar quedaron en evidencia varios países europeos, “componentes hipócritas del bloque imperialista”, mientras que, por otro lado, se consolidaba la alianza natural de la Patria Grande.

Otra obra nunca realizada fue *Algo ha fallado*, donde profundizaría en las razones de la crisis del mundo soviético y la caída del régimen que había inaugurado la Revolución de Octubre.

Y finalmente en *El pequeño cipayo ilustrado*, que era donde podríamos encontrarnos con el Ramos más polémico

e irónico. En ese volumen –naturalmente inédito– el autor analizaría descarnadamente las ideas, la vida pública y en algún caso hasta la privada de centenares de intelectuales que pululaban y pululan en la vida literaria, periodística y política de nuestro país, “víctimas y victimarios del colonialismo cultural”.

El presente libro, que reúne las mejores y más picantes polémicas de Abelardo, es uno de esos libros que anunció en distintos programas radiales y televisivos, y no llegó a concretar en vida. Afortunadamente, en este caso, y al cumplirse veinte años de su fallecimiento, aquella idea pudo hacerse realidad. Y lleva por título el que él mismo imaginó: *Entre pólvora y chimangos*.

Los textos polémicos que componen este volumen no son todos, pero sí quizá los mejores que Ramos ha escrito a lo largo de su vida. El trabajo de seleccionarlos entre su vasta obra no fue una tarea sencilla. La investigación se realizó sobre centenares de cartas, artículos, folletos, documentos y libros, y quiero agradecer a los principales responsables de su realización: Claudia Zarza y Raúl Campos. También quisiera hacer un especial reconocimiento a Daniel González, de la editorial Octubre, quien fue el que propuso, organizó y dio el visto bueno final de este gran trabajo de producción que hoy podemos disfrutar.

La literatura europea o hispanoamericana y las corrientes de pensamiento, tales como el positivismo o el liberalismo, no escaparon a su agudo examen en el momento de la disputa cultural, que es, claro, una forma de la disputa política.

Desde su primera juventud nuestro escritor y político se sintió parte de ese gran fenómeno que nació con las patas en la fuente, que irrumpió abruptamente en la casa de la oligarquía pastoril que relinchaba de placer hasta 1945, que terminó con las tantas infamias de la Década Infame y llenó de vida y esperanza a la historia argentina promediando el siglo XX.

En esa dirección fundamental, produjo en diferentes ocasiones formidables escritos para ponerles los puntos sobre las íes

a personajes como Juan B. Justo y las principales cabezas del Partido Socialista, a quienes llamaba “maestros de ese extraño socialismo colonial” o “secta estéril del municipio porteño”.

En esta compilación que hoy presentamos, Ramos polemiza con figuras tan disímiles como Ernesto Sabato, Jorge Luis Borges, Raúl González Tuñón, Raúl Alfonsín, Regis Debray, el Che Guevara, Vittorio Codovilla, Milcíades Peña, Félix Luna, Eduardo Astesano, Alfredo Martínez de Hoz, Alvaro Alsogaray, Celso Furtado, Oscar Ivanissevich, Gabriel García Márquez y hasta Karl Marx y Friedrich Engels.

Con una brutal honestidad intelectual, Ramos no sólo se cruza con adversarios ideológicos y políticos, sino también con muchos a quienes admira y respeta: pero con una admiración y respeto que no le impide decir lo que piensa y sostenerlo con inteligencia, agudeza y pasión.

Del grupo de la revista *Sur* (a la que Ramos califica como “el riñón de la oligarquía”), asegura en la famosa polémica de ida y vuelta con Sabato: “El intelectual se revelaba como algo perfectamente inútil. La sociedad oligárquica podía prescindir de ellos o, con cierta condescendencia, considerarlos como un lujo propio, restringido, bizantino, traductor. Ese fue el significado del grupo editor de la revista. Algunos apellidos dilectos la prestigiaron: Bioy Casares, Borges, las hermanas Ocampo, Bullrich, Larreta de Álzaga”.

Tampoco olvidó desplegar el talento de su pluma para ocuparse del pensamiento positivista y de sus efectos en América Latina, incluyendo en ese análisis a la corriente “arielista” inaugurada por el uruguayo José Enrique Rodó y al racismo del escritor boliviano Alcides Arguedas, algo así como un Borges del Altiplano.

Otra polémica que en su momento atrajo la atención de la “vereda trotskista” se produjo a raíz de la publicación del libro *El presidente colgado* (Augusto Céspedes, 1966) entre el autor de esa obra, el dirigente trotskista boliviano Guillermo Lora y el propio Ramos.

## Ernesto Sabato\*

De su mirada sin concesiones no escaparon dictadores, ministros, escritores europeos y nativos, los detractores de la guerra de Malvinas, los funcionarios y propagandistas civiles de las dictaduras militares, los indigenistas a ultranza, sus camaradas trotskistas y los irreconciliables stalinistas, la izquierda y la derecha en sus vertientes liberales.

Por supuesto, esta actitud cuestionadora que lo caracterizó le hizo ganar no pocos enemigos. En *Sobre héroes y tumbas*, Ernesto Sabato lo homenajeó retratándolo en uno de sus personajes: Méndez. En un pasaje, Bruno, uno de los protagonistas, hace una reflexión sobre él: “Un individuo notable. Con la gente que lo odia podría levantarse una sociedad de socorros mutuos más o menos del tamaño del Centro Gallego”. Y, vale la pena aclararlo, por aquellos años el Centro Gallego era una organización multitudinaria.

Pero también habrá que decir que con el paso de los años, otro “club” se fue colmando de simpatizantes “abelardistas”, hombres y mujeres que leyendo su obra en distintos rincones de Latinoamérica fueron aprendiendo a valorar la mirada políticamente incorrecta de un pensador que nunca se calló la boca o dejó de opinar por un cálculo electoralista o el hecho de quedar bien con algún tipo de auditorio.

Al respecto, baste un dato. Sólo en los últimos años tres personajes clave de la política continental contemporánea reconocieron su influencia: el desaparecido comandante Hugo Chávez, y los presidentes José Pepe Mujica y Cristina Fernández de Kirchner.

Mi padre se había propuesto editar una selección de estas polémicas, pero lamentablemente no encontró editor en Buenos Aires para ello. Hoy su voluntad puede llevarse a la práctica. Quizá no sea casual que un hijo del glorioso movimiento obrero argentino como Víctor Santa María genere desde la Fundación Octubre la posibilidad de multiplicar los ámbitos para la batalla cultural que nos debemos.

Contaremos aquí la simple historia de un reportaje que ha perdido actualidad. Fue al escritor Ernesto Sabato. Es un autor difundido y calificado. Su vida es la vida de un intelectual en la factoría, surcada de búsquedas, evasiones, renunciaciones, errores y también aciertos. Para nosotros, su calidad intelectual y su lenta y contradictoria derivación hacia una visión nacional del país está fuera de dudas, y merece decirse. Pero Sabato, en tanto hombre público, no puede esperar siempre elogios, pues quien da, recibe. Esta es su oportunidad, y lamentamos que seamos nosotros, en el primer número de *Política*, quienes cumplamos con la tarea de poner a Sabato y a las cosas en su lugar.

\* Artículo aparecido en la revista *Política*, el 28 de febrero de 1961.

Hace unas tres semanas, la dirección de este semanario envió un reportero a entrevistarlo; el escritor respondió a un breve interrogatorio, de carácter más bien literario. Ahora bien, en vísperas de aparecer *Política*, nuestra colega *Che* publica una entrevista al mismo Sabato, cuya curiosa índole nos obliga a suspender la publicación de nuestro cuestionario para mejor oportunidad. No será Sabato esta vez quien responderá a nuestras preguntas, sino nosotros quienes contestaremos a Sabato. Como se ve, la vida es más rica que los planes periodísticos.

### Victoria Ocampo es admirable

Dejemos a un lado el carácter amerengado de algunas preguntas formuladas por el repórter de *Che* y vayamos a lo esencial de la entrevista en cuestión. Al responder sobre si “Victoria Ocampo es su tipo” (vaya tipo, vaya tipo de pregunta), Sabato dice:

“No. La estimo mucho a pesar de sus defectos (¿quién de nosotros no los tiene?). Creo que es una mujer, en muchos sentidos, admirable, tiene coraje para defender sus convicciones y es generosa. Pero no es mi tipo. Nunca me han gustado las mujeres demasiado imponentes. Victoria Ocampo tiene el tipo adecuado para esas representaciones simbólicas que se usan en las monedas o en los escudos: la República, la Libertad, etcétera. En este caso, supongo, la República de las Letras.”

Es evidente que esta coquetería de Sabato frente a la directora de la revista *Sur* soslaya el hecho de que la señora Ocampo, que personalmente no nos interesa, tiene una importancia realmente “simbólica”, pero no en el orden de las monedas o de los escudos, sino en la medida en que es una figura representativa de la *intelligentsia* antinacional, de ese mandarinato concluso y estéril creado por los ganaderos para

fingir una “cultura” en su destierro argentino. Es la personificación de la inteligencia traductora, es la maestra de ceremonias de los macacos letrados que escribían versitos cuando el país se ahogaba de hambre y el embajador británico dictaba su ley a la República.

La señora Ocampo encarna el ala culta de la oligarquía iletrada, experta solamente en la mesa verde, y fue el pivote para que Borges y su pelotón ingresaran a la política en 1945, cuando la vieja Argentina agraria se hundía bajo la oleada de los cosacos negros de Puente Alsina. Su odio al peronismo es legendario, tan célebre como el rencor de nuestro patriciado, convencido que desde 1945 se acabaron las sirvientas tucumanas a 20 pesos mensuales para todo servicio. Eso representa Victoria Ocampo. ¿Sabato no lo sabe? Y si lo sabe, y si además tiene “la mala costumbre de decir lo que piensa”, ¿por qué no lo dice? Sabato, según él mismo afirma, está acostumbrado a “renunciar”; si es así, y no tenemos razón para dudarlo, ¿por qué no renuncia a esos tristes vínculos?

También Sabato ofrece numerosos circunloquios para explicar su reiterada colaboración literaria con *Sur*. Agrega que su amistad con José Bianco es uno de los factores determinantes y que la amistad “es uno de los valores absolutos que vale la pena rescatar en este mundo horrible en que vivimos”. Pero el señor Bianco es el riñón mismo de *Sur* y *Sur* es el riñón literario de la oligarquía bienpensante. ¿O es que Sabato no quiere romper verdaderamente con la “máquina de prestigio” que en la Argentina sólo funciona para los elegidos? ¿Teme ser excluido?

Hay cosas que la oligarquía tolera, y otras que le son inaceptables. Por ejemplo, la oligarquía proimperialista de este país tolera que Alfredo Palacios sea amigo de Cuba; porque como lo tiene agarrado de los pantalones en la política de aquí, lo deja hacerse el revolucionario allá; porque con el prestigio que adquiere entre los jóvenes desconcertados mediante su idilio con Cuba, se depura de ser amigo aquí

de *La Nación* y de Aramburu, de Mitre y de la Revolución Libertadora. Por eso la oligarquía y su prensa alerta no se engañan con el verbalismo cubano de Palacios, y no mezquinan la glorificación cotidiana.

¿O cree Sabato que esto es un accidente? Y a propósito de Bianco y de Martínez Estrada: ¿ignora Sabato que en la confusión propia de todas las revoluciones en curso, estos dos personajes, enemigos de sus compatriotas del Interior, han sido invitados a La Habana? Los negros de La Habana tienen para estos escritores refinados un sabor punzante; para los cabecitas argentinos, sólo reservan su desprecio. Es que los nuestros les amenazan la cristalería, y los de Cuba están lejos. Confortable profesión la de los revolucionarios a control remoto que a su regreso del Caribe se harán las uñas en “Basile”.

### Fidel sí, Perón no

El refinado repórter de *Che* le pregunta a Sabato: “Arturo Jauretche tiene sus costumbres: por ejemplo, matarse de risa de los intelectuales. Según él, estos no tienen nada que hacer en la revolución, como no sea ocultarse bajo la falda de mamá. Para usted, que es un intelectual, ¿para qué sirve y qué papel deberían jugar el día que se arme una linda?”.

Esta pregunta mimosa adolece de una falacia esencial. Ni Jauretche, ni nadie que sea un “bárbaro”, podría reírse de los intelectuales en general. Como es universalmente sabido, Jauretche, cuyas posiciones políticas no compartimos, acusa a un sector de los intelectuales, es decir a los escritores cipayos, de no servir al país. No es lo mismo, y es evidente.

Pero Sabato parece caer en la trampa de la pregunta, y nos dedica una larga explicación acerca de que los intelectuales cumplen una función central en las revoluciones. Cita a Lenin, fuente que goza de todo nuestro respeto, pero que no mejora la posición de Sabato. ¿Es que Sabato está actuando de mala

fe? No podemos creerlo. Pero de sus declaraciones surge que él reprocha a Jauretche un ataque global contra la “inteligencia”.

Sabato ha ido demasiado lejos. ¿Lo hace para complacer a sus lectores “izquierdistas” y cipayos? ¿A quién puede convencer Sabato que Jauretche está en la misma línea que Goering, como tiene a bien decir más abajo? ¿Quizá los patriotas sean “nazis”? ¿No ha pasado nada en el país, Sabato? ¿Realmente cree usted que Jauretche tiene “costumbres suicidas”? ¿Se referirá quizás al hecho de que Jauretche fundó Forja, de que defendió el patrimonio argentino cuando los amigos de Victoria Ocampo lo enajenaban, a que no buscó el aplauso de *La Nación*, a que defendió el régimen caído en 1955, cuando estaba caído, mientras Sabato militaba en “el partido de la revancha”? ¿Ésas son las “costumbres suicidas” de Jauretche? Somos muchos los suicidas, Sabato, si es que eso es un suicidio, a menos que sea verdad otra cosa muy distinta: luchar por el país, por su clase obrera tal cual es y por un mundo nuevo, es un acto que propende a la vida, no a la muerte.

### Sabato mira hacia atrás

Pero Sabato no se detiene en la peligrosa pendiente. Como un Raskolnikov criollo de su maestro predilecto, Sabato vuelve al lugar del crimen. Que los errores que padeció casi toda su generación en 1945 sean olvidados por la reorientación a que todo escritor tiene perfecto derecho, está fuera de duda. Pero si Sabato pretende reincidir en ellos, también tenemos derecho a inventariar sus extravíos. Después de juzgar benévolamente a Victoria Ocampo, e implacablemente a Jauretche, Sabato se refiere a las bromas que el autor de *Los profetas del odio* “hubiera gastado a Fidel y Guevara que sin embargo encabezan ahora el movimiento latinoamericano que no fue capaz de llevar adelante el general Perón, admirado por Jauretche”.

¿No es demasiado? Sabato parece haber perdido el sentido de la proporción. ¿Es necesario decirlo?

Cuando Fidel era un fubista cubano que contaba con la simpatía de la burguesía comercial de La Habana y con el gigantesco apoyo publicitario de *Time* y *Life*, de *La Razón* y *La Nación*, de Jules Dubois y del almirante Rojas, de la SIP y de Gainza Paz, en ese momento los guajiros ni lo miraban, ni lo escuchaban. La gran ola de la revolución lo envolvió y lo transfiguró en un auténtico revolucionario. Por eso Eisenhower dijo significativamente que Fidel Castro era “un traidor”. Pero el proceso de la revolución cubana, difícil y confuso como el de todas las revoluciones, no puede autorizar a los amigos de otra “revolución”, la Revolución Libertadora, a pedirle cuentas a Perón y al peronismo en virtud de que “no llevó la revolución hacia adelante”.

Porque precisamente cuando los que escriben esta hoja pugnan por impulsar la creación de milicias, en medio del caos de la revolución argentina vacilante, Sabato y sus amigos de *Sur* pugnaban no por establecer las milicias (que ahora les enternecen en Cuba) sino por aniquilar a la clase obrera, a la CGT, al IAPI, al Banco Central nacionalizado, a Perón y a la revolución misma. Perón no pudo “llevar la revolución adelante”, entre otros motivos igualmente válidos, porque Sabato y sus amigos estaban ocupados en preparar la contrarrevolución. Porque Sabato no estaba con el abominable dictador argentino sino con el almirante Rojas, que sí fusiló cuando pudo hacerlo, pero por motivos diferentes a los de Castro.

Y cuando Perón expropió *La Prensa* y la entregó a la CGT, Sabato se sintió herido; pero cuando lo hace Fidel Castro, le parece la más pura expresión de la política revolucionaria. En suma, Fidel sí, Perón no. Las revoluciones lejanas nos parecen hermosas jornadas, y las cercanas, espectáculos detestables.

Para terminar: cuando el hombre que “no fue capaz de llevar la revolución adelante” fue remplazado por los honrados marinos que supieron llevar adelante la contrarrevolu-

ción, Sabato fue funcionario en la cadena periodística en una empresa intervenida y controlada por el gobierno de Rojas. ¿Hacia qué lado empujaba Sabato en ese momento? ¿Empujaba hacia adelante o empujaba hacia atrás? Reconocemos que renunció valientemente a su cargo; pero cuando se renuncia es que antes se ha aceptado, y el que se va es que estuvo –y Sabato estuvo con y en la Revolución Libertadora–. Desde este ángulo sus críticas retrospectivas a Perón y Jauretche no merecen más respuesta que ésta que escribimos, forzados por Sabato y por los hechos mismos.

Y cuando todo o casi todo había pasado, todavía Sabato tuvo la decisión de escribir “el otro rostro del peronismo”. Allí decía que a las masas obreras del 45 las movía “el resentimiento”. ¡Todavía! Jauretche le contestó: “No las movía el resentimiento, las movía la esperanza”.

¿Para qué sirve un intelectual? ¿Para qué sirve un intelectual en un país semicolonial? ¿Para responder a los de arriba, o para servir a los de abajo, que casi siempre están a nuestro lado?

Que Sabato elija. Nosotros ya hemos elegido. Con los nuestros y con Cuba.

## La respuesta de Ernesto Sabato\*

En el artículo que Ramos me dedica en el primer número de esta revista, suscitado por el reportaje que se me hizo en *Che*, dice que es necesario poner las cosas en su lugar. Como sólo logra embarullarlas más, me considero en el derecho de volverlas a su sitio. Sitio que no pretendo que sea la sede de la Sabiduría Universal, pero que al menos es el que me corresponde.

Antes que nada quiero hacer dos aclaraciones. Primera, que no pretendo tener en mi bolsillo la verdad absoluta sobre los problemas del país, como en cambio parece suceder con

\* Respuesta de Sabato aparecida en la revista *Política*, el 14 de marzo de 1961.

Ramos; segunda, que a pesar de todo creo que Ramos ha escrito ese artículo únicamente movido por su pasión nacional y no con el ánimo de disminuir o falsearme, aunque sus argumentos esquemáticos y el olvido de hechos importantes así podrían hacerlo creer. También comprendo que el hombre de acción necesita simplificar la realidad, del mismo modo que usamos un mapa para movernos en un país infinitamente más complejo y rico que él. Lo malo no es la existencia (indispensable) de mapas, lo malo es cuando los hombres de acción llegan a creer que el mapa es la realidad.

También es cierto, en fin, que la política es la ciencia o el arte del poder, y que esta actividad no se condice frecuentemente (como lo demostró Maquiavelo) con la justicia, con los sentimientos y hasta con la verdad.

Todo esto explica la simplificación que Ramos realiza sobre mi pensamiento. Todo esto explica, también, que yo no me enoje. Pero ninguna de las dos conclusiones es argumento suficiente para que me quede masoquísticamente callado y para que no complete o desmienta la somera información y deformación que Ramos ofrece de mi persona. Enumero las críticas de Ramos y agrego los elementos de juicio que el lector ecuánime debe tener presente.

### 1. *Publicar en la revista Sur*

Precisamente, en la entrevista de *Che* expliqué con todos sus matices (no con circunloquios, como afirma mi crítico, sino con matices, que no es lo mismo) el porqué y el cómo de mi colaboración en esa revista. Allá remito al lector, pero aquí lo resumo: don Pedro Henríquez Ureña, gran humanista dominicano y uno de los precursores del movimiento latinoamericano, hombre que la revolución mexicana llevó al país del norte, notable personalidad literaria y hombre generoso como pocos, fue uno de mis profesores de castellano en el Colegio Nacional de La Plata, me estimuló en mis comienzos literarios y me pidió finalmente una nota para *Sur* cuando

yo era un muchacho. Así publiqué mi primer artículo en esa revista. Nunca, ni en aquel momento ni en los años que siguieron, su directora Victoria Ocampo ni su secretario José Bianco me pusieron cortapisa o suprimieron una palabra de lo que yo mandara.

### 2. *Sur*, riñón de la oligarquía

Decía en mi reportaje que en los últimos años no publiqué prácticamente nada en la revista porque su posición ecléctica no me satisfacía. El hecho de que su directora tenga una posición contraria a la mía o a la de Martínez Estrada o Waldo Frank, que ha tenido posición contra el imperialismo yanqui desde siempre y que hoy mismo lucha por la Revolución Cubana; María Rosa Oliver, conocida por su simpatía por el comunismo; Henríquez Ureña, de vasto prestigio en el movimiento latinoamericano; y el propio Ernesto Sabato, cuyo análisis estamos haciendo aquí. Entre sus colaboradores ha habido de toda índole, desde el pensamiento liberal hasta la extrema izquierda, como lo prueba la presencia de Sartre y Camus, escritores que sólo un lunático podrá acusar de servir a la reacción mundial.

### 3. *Bianco*, “riñón de la revista *Sur*”

Déjese de bromas, Ramos. Bianco es un excelente muchacho, no sólo generosísimo y buen escritor sino que en más de una oportunidad se ha movido para sacar a hombres como usted de la cárcel.

Si es un riñón, ha de ser seguramente un riñón flotante.

### 4. *Temer el rompimiento con la máquina de prestigio de la oligarquía*

Bueno, creo que ahora me enojo de veras. Ramos no ignora, pero al no decirlo en su nota permite que numerosos lectores sí lo ignoren, muchos e importantes hechos que demuestran hasta el cansancio lo contrario. Que demuestran que a mí me

ha tenido sin cuidado esa famosa máquina del prestigio literario, que va desde *Sur* hasta la Sade pasando por *La Nación* y las academias. Para esos lectores me veo obligado, pues, a recordarles, aunque sea telegráficamente:

En 1955, por equivocación, me dieron la revista *Mundo Argentino*. No sólo desde ella iniciamos una campaña sistemática contra el imperialismo yanqui, en artículos de Alexis Latendorf, que provocaron dos visitas del embajador norteamericano a la Casa de Gobierno, y artículos de la revista *Visión* en mi contra, sino que denunciarnos, con nombres y fechas, los casos de torturas que policías o comandos de la llamada Revolución Libertadora cometieron con obreros peronistas. A raíz de esa denuncia, con la prueba de página en la mano, el interventor en la editorial Haynes, coronel Merediz, me llamó y me pidió que retirara el artículo de Moro. Me negué rotundamente y a raíz de eso, después de publicar la denuncia, renuncié a mi cargo. Esa misma noche, por Radio Nacional, aprovechando la mesa redonda sobre el tema del federalismo, hice la denuncia oral de los hechos. Todo el mundo sabe los ataques de la prensa “revolucionaria” que eso me costó, la expulsión de Ascuá<sup>1</sup> y mi reiterada calificación de “comunista” y “peronista”.

En cada artículo publicado en los últimos años, en cada reportaje he dado pruebas de que me importa un bledo la famosa máquina de prestigio a que alude Ramos.

En junio del 58, en un reportaje en *Azul y Blanco*, a la pregunta de qué opinaba de nuestros intelectuales, respondía: “De los viejos prefiero no hablar. En su mayoría son gente que gime telegráficamente cuando bombardean un pueblo inglés,

---

1. Nota del Editor: ASCUA (Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de los Ideales de Mayo) era una entidad de origen laico y liberal que controló los medios de comunicación estatales durante los años de la Revolución Libertadora y ejerció gran influencia sobre la mayoría de los diarios y revistas de publicación masiva.

pero se queda tranquila cuando los ingleses bombardean un pueblo de mau-maus. De la gente joven espero mucho. Están aprendiendo la lección como yo mismo”. A la pregunta sobre la Sade respondí: “Es una organización prácticamente muerta... su fariseísmo se puso de manifiesto cuando fueron denunciadas torturas bajo el gobierno revolucionario... Sin duda quedan en la Sade algunos escritores estimables y de buena voluntad, pero no creo que valga la pena hacer nada para intentar dar vida a un organismo caduco”.

En setiembre del 60, en *El Popular*, el lector puede leer un largo reportaje que me hizo el poeta (Atilio) Castelpoggi, donde explico mi posición en favor de la revolución popular a todo lo largo de la América Latina.

En febrero del 60, en el suplemento literario de *Clarín*, en una crónica del Primer Encuentro de Escritores Americanos, Chile, decía, entre otras cosas:

“Hubo una tonalidad latinoamericana en el encuentro y una intensa pasión que estaba mostrando a las claras que este inmenso continente de países hermanos tiene hoy una realidad urgente que los escritores no pueden ni deben olvidar. Se verificó que todos nosotros teníamos algo profundo y doloroso que (además de nuestra común historia y nuestro lenguaje) nos unía dramáticamente: la desdichada y en muchos casos mísera situación de países dominados y explotados. La visita a las minas carboníferas de Lota, pareció constituirse en el símbolo de esa patética unidad del continente, en aquellos seres que surgían de las entrañas de la tierra americana, de galerías que peligrosamente se hundían a lo largo de kilómetros bajo las aguas del Pacífico; en aquellos hombres embadurnados de negro como trágicos disfrazados, ante los ojos entristecidos de los escritores latinoamericanos, parecía verse a los testigos –es decir a los mártires– de este continente dominado por la mísera explotación.”

A propósito del mismo Encuentro, en el reportaje que me hizo la revista chilena *Ultramar*, dije: “Por lo demás, la nueva generación, en la que me considero inserto, está con el pue-

blo y revalora seriamente el gran fenómeno del peronismo. Yo, personalmente, no comulgo con la persona de Perón, pero juzgo que el peronismo fue un vasto y profundo movimiento que ha iniciado una revolución en nuestro país”.

En la mesa redonda organizada por el Centro de Derecho, en 1959, expuse largamente mis opiniones para probar que, a pesar de los atributos repudiados de la persona de Perón, el movimiento que se hizo en su torno fue el comienzo de una auténtica revolución y que era necesario revisar todos los errores que las personas de buena fe habían cometido al atacar sin discriminación aquel movimiento.

En dos artículos de la revista *Ficción* en 1956, polemiqué con Jorge Luis Borges sobre el mismo problema. Y decía: “En cuanto a la justificación histórica del peronismo, a la discriminación de la parte de verdad que asistió al pueblo insurrecto, al reconocimiento de su trágico desamparo durante años en quebrachales y frigoríficos y yerbales, sin que Borges se ocupara de ellos en *Sur*; en cuanto a los obreros y estudiantes que mucho antes de Perón sufrieron cárcel, tortura y muerte por levantarse contra la injusticia social por la enajenación de la patria a los consorcios extranjeros; en cuanto a todo eso, nada más que anatema e infamia”.

En fin, y dejando numerosos artículos y reportajes, en otras revistas y diarios del continente, quiero reproducir un fragmento de mi último artículo de *Sur*, precisamente para mostrar no sólo mi reiterado pensamiento sino la absoluta libertad de que goza uno de los colaboradores de esa revista:

“Aquí, en nuestro país, cuando la revista *Mundo Argentino* denunció la existencia de torturas, el gobierno de Aramburu, que había llegado para restaurar las libertades, no destituyó a los policías culpables de ese crimen sino que hizo renunciar al director de la revista que lo denunciaba: muestra típica de la hipocresía lingüística. Porque hay torturas perversas (si son aplicadas a liberales argentinos por policías peronistas, o ciudadanos franceses por miembros de la Gestapo) y hay torturas

beneficiosas (si se las aplica a meros cabecitas negras por defensores de la libertad, o a simples argelinos por paracaidistas que actúan en virtud del triple principio de la Revolución Francesa); hay bombas atroces, que caen en ciudades donde se habla el prestigioso inglés, y hay bombas democráticas que sirven para devastar ciudades japonesas. Aquí la tradición de la delincuencia semántica viene desde lejos, y no hay que creer que Juan Perón la inauguró como algunos imaginan. Ya en nombre de la Democracia se apaleaba a obreros de los frigoríficos, se esclavizaba a mensúes en los yerbatales y se torturaba a opositores en la Sección Especial.”

Y más adelante arguye:

“Durante veinte o treinta años (ya ni la cuenta llevamos) un payaso sangriento torturó, usufructuó, diezmó y vejó al pueblo dominicano, con apoyo monetario y espiritual del gobierno de los Estados Unidos, el silencio cómplice de los gobiernos títeres y la habitual hipocresía de la prensa grande. Pero bastó que un grupo de muchachos heroicos y puros levantara en armas a un pueblo latinoamericano para terminar con su esclavitud, para que instantáneamente aquel gobierno descubriera de pronto su vocación por los gobiernos democráticos, su odio a las tiranías, su desprecio a los hombres fuertes de América Latina, su sagrada furia en defensa de las libertades. Y lo más triste es que en esta manifestación de fariseísmo, el gobierno de los Estados Unidos haya sido acompañado, a una sola indicación de su batuta, por el coro de veinte gobiernos latinoamericanos, entre los cuales (para que la farsa alcance su fisonomía más siniestra) el de Stroessner. Como si la befa todavía fuese poco marcada, el poderoso estado del Norte ofrece la limosna de 500 millones de dólares a un continente que, según la CEPAL, requiere 20.000 para salir de la miseria, el hambre, la enfermedad y la esclavitud en que yace.”

Si Ramos piensa que con actitudes y declaraciones como ésta yo busco el aplauso de la oligarquía argentina y aspiro a una silla en la Academia entonces hay que revisar todas las palabras del diccionario y dudar de cosas como el socialismo de Marx. Pero sigamos con sus críticas.

### 5. *Militar en el partido de la revancha*

Es radicalmente falso, y Ramos lo sabe. Me ofrecieron, ya dije que seguramente por equivocación (y los hechos posteriores lo demostraron) la revista *Mundo Argentino*, desde donde hice, precisamente, una enérgica campaña en contra de todo revanchismo (ver artículo, por ejemplo, a propósito del revanchismo en la Universidad de Cuyo). Y todo un capítulo de *El otro rostro del peronismo*, publicado en 1956, se llama: “Ni venganza ni persecuciones”.

### 6. *Cuando los que escriben esta hoja pugnaban por la creación de milicias, Sabato y sus amigos de Sur pugnaban por aniquilar la clase obrera, etcétera*

Aquí a Ramos ya se le va la mano. Es un sofisma meter a toda la gente de *Sur* en un solo saco y es una simple mentira el afirmar que yo alguna vez haya querido la destrucción de la clase obrera. Lo invito a Ramos a que me señale una sola frase en un solo escrito mío donde haga semejante afirmación. Estaba contra Perón y me alegré por su caída, quizás excesivamente. Pero insisto en que para mí el individuo Perón no me merecía ni me merece hoy la menor consideración. No por lo que haya hecho contra la oligarquía argentina sino precisamente por lo contrario: por todo lo que representa de frustración de una de las grandes oportunidades de la historia argentina.

### 7. *Las revoluciones lejanas nos parecen hermosas y las cercanas espectáculos detestables*

No sólo esta frase no me es aplicable (véanse los fragmentos de artículos y reportajes más arriba) sino que, y esto es lo más gracioso, esta frase me pertenece. Como quien quiera puede verificarlo leyendo mi intervención en la mesa redonda de la Facultad de Derecho ya citada.

### 8. *Atacar “implacablemente” a Jauretche*

Otra exageración retórica de Ramos. En el famoso reportaje me limité a hablar de un problema y porque me lo preguntaron: la

conocida fobia de Jauretche por los hombres de libros. Parece que Ramos es el único que todavía no se ha enterado.

Respondí, pues, como corresponde, la pregunta. Pero en otras oportunidades he dicho mucho de bien sobre Jauretche y sobre Forja, movimiento que inició en nuestro país un auténtico espíritu de liberación. Movimiento de intelectuales, por otra parte. Lejos de mí escatimar ese mérito a Jauretche y a Scalabrini. Pero ese mérito no nos obliga a silenciar la réplica. Dice en *Política y Ejército* que lo que caracteriza a un reaccionario no son precisamente sus ideas (que pueden ser ultrarrevolucionarias) sino su incapacidad para aplicarlas a la realidad de su propio país; tesis que en buena medida considero brillante. Como imperfectos seres humanos, nadie puede comprender totalmente la realidad del país y siempre todos tenemos pues algo de reaccionarios. Mi intención, al criticar la fobia de J. a los intelectuales, fue tratar de hacerle comprender una parte de la realidad que parece desestimar y que, por lo tanto, lo convierte parcialmente en un reaccionario.

Nosotros comprendemos que Forja tuvo que luchar contra la incompreensión general del liberalismo y de buena parte de la “cultura” argentina. Esa actitud polémica, justificada en su momento, llevó a despreciar y subestimar a los universitarios y a los intelectuales en sentido amplio. De fenómeno positivo en su momento histórico se ha convertido ahora en un serio defecto de la posición que Jauretche y muchos otros tienen frente a la *intelligentsia*. El caballito de batalla del “fubismo”, el caballito de batalla de los “cipayos de la inteligencia”, el machaqueo de los estudiantes que salieron a la calle para echar abajo a Yrigoyen y el ataque o el desdén que la mayor parte de los intelectuales hicieron a Perón, son tesis que al convertirse en estáticos lugares comunes pueden convertirse (y se convierten) en peligrosas tesis reaccionarias.

Bastaría mencionar un solo hecho para probarlo. Los dos muchachos que encabezaron el movimiento cubano, hoy punta de lanza de la liberación continental, eran dos típicos

“fubistas”. Me dirá Ramos que al comienzo eran aplaudidos por Estados Unidos y por la oligarquía argentina y que luego viraron a la revolución por la fuerza de los hechos. Mayor motivo para ser cautelosos y para comprender que esa famosa tesis es falsa. ¿Cómo puede demostrar que muchos de los fubistas argentinos y de los intelectuales que tanto desdeña no se convertirán aquí en dirigentes revolucionarios? Me dirá que en la ocasión del peronismo no lo hicieron. Hay muchos motivos que explican ese desencuentro, y ya hablaré de algunos. Pero tampoco eso prueba nada sobre el futuro. Y tampoco el pasado lo certifica: ¿qué son Ramos, Spilimbergo, Silvio Frondizi, Puiggrós, Esteban Rey y el propio Jauretche si no intelectuales? ¿Qué eran Scalabrini Ortiz y Dellepiane? No es insultando y menospreciando a los jóvenes estudiantes de hoy como se logrará que de entre ellos salgan los Fidel y los Guevara del futuro.

#### *9. Establecer algún contacto entre la frase de Goering y esa fobia de Jauretche*

No soy yo que la establece, sofisticadamente: es el propio Jauretche que lo hace, con su actitud.

Por lo demás, aquí tenemos motivo para una serie de reflexiones interesantes que se vinculan a Perón y el porqué mucha gente como yo no lo aceptamos. Ramos se exalta porque en alguna forma se pueda acercar la palabra “nazismo” a ciertos aspectos de Perón. ¿Tendré que recordarle hechos que son del dominio público? El grupo de coroneles que tomó el poder en 1943 no ocultaban su pasión germanófila y sus deseos de que triunfara el Eje. No me importaría tanto este origen del general Perón si sólo estuviera vinculado al deseo de una derrota del imperialismo inglés y yanqui. Pero bien sabemos que eso no es toda la verdad, bien sabemos que la mentalidad de la mayor parte de esos militares y de la gente civil que los acompañó en aquel primer momento eran la típica mentalidad del nazi. Que el señor Perón compartía esa men-

talidad y que en ningún momento se avergonzó del asesinato de seis millones de judíos en los campos de concentración, lo prueba el hecho que en la Argentina se refugió con su complicidad el máximo responsable de aquel monstruoso crimen. Y aquí también se refugiaron Mengele y todos los otros jefes menores, muchos de los cuales eran amigos personales y consejeros de Perón. Como también se refugiaron criminales como Pavelic y todos los fascistas rumanos y croatas que en sus países respectivos encabezaron la sangrienta represión del movimiento obrero. Que la mentalidad de Perón era de ese género lo prueban muchísimos otros hechos, pero en especial el aliento que de su parte tuvo siempre la Alianza Libertadora, refugio de delincuentes cobardes que, con el apoyo del Estado y la policía, cometieron toda clase de vejámenes a los “marxistas, judíos y masones”, sin excluir al propio Jorge Abelardo Ramos. Y el máximo delincuente, llamado Guillermo Patricio Kelly, fue uno de los puntales de Perón, y su libertad, proclamándolo como “gran patriota y gran nacionalista”, fue reclamada por los altavoces de los camiones que hicieron la propaganda de Jauretche. Ya ve, Ramos, que no andaba tan descaminada la crítica.

Ya sabemos que los pontífices del liberalismo y los campeonos de la libertad en abstracto se sirvieron de estos argumentos para atacar a Perón, escamoteando los hechos que hacen al movimiento social que desencadenó (y que finalmente traicionó). Pero ni yo soy un liberal, ni escondo los otros elementos, como se puede ver en los fragmentos que he citado. Tengo pleno derecho, pues, a señalar esta grave tara espiritual de Perón. Una de las taras básicas que repugnó a mi espíritu y que me impidió jamás acercarme a él. Una de las taras básicas que “para siempre” separará y distinguirá su figura de la figura de un hombre como Castro, hombre que incondicionalmente tiene nuestro apoyo y nuestra simpatía. Tara que por otra parte no es la única que se le puede denunciar, pues además de eso es un cobarde (como lo probó el 17

de octubre, fecha en que, de no haber sido por el fervor y el coraje de Eva Duarte, hubiera terminado su carrera; como lo probó el 16 de junio de 1955, en que con voz quebrada por el miedo demostró una vez más no tener el coraje necesario para encabezar una revolución; y como lo probó finalmente en setiembre, cuando su deber era ponerse al frente de su pueblo descamisado, en lugar de huir).

Y además de filonazi y cobarde, Perón fue un hombre sin escrúpulos, sin palabra, sin lealtad; traicionó a cuanto se le puso a tiro, abrazaba a quien al otro día defenestraba, recibía con la misma sonrisa ambigua y con el mismo entusiasmo a judíos y antisemitas, a socialistas y clericales. Y además de todo eso traicionó a su propio pueblo y lo dejó en la estacada, se rodeó de mediocres y traidores, enalteció a los serviles y rechazó a los dignos (al propio Jauretche, sin ir más lejos), buscó el halago de la Iglesia mientras pudo, se cuidó muy bien de desmontar la máquina militar de su propia casta y armar a las clases populares (como ha hecho Fidel), robó y permitió que robaran, corrompió todo y permitió que se corrompiera.

Me dirá Ramos que mucho de esto es “moralismo pequeño burgués”. No, pienso que un gran líder de una gran revolución debe ser un ejemplo, como lo son Robespierre el incorruptible, Lenin, el propio Fidel. No puede haber a la larga una gran revolución encabezada por un hombre mezquino y sin escrúpulos, mentiroso y traidor, ambiguo y corrompido. Las masas, como los niños, son capaces de maravillosos esfuerzos si aquellos a quienes admiran y siguen son hombres fuera de lo común.

Esta respuesta no pretende demostrar que en mi vida no haya cometido errores. No los olvido nunca. Más todavía, generalmente los expongo públicamente. Pero, ¿qué hombre viviente no es contradictorio y no ha cometido errores? Supongo que los de Ramos, por ejemplo, podrían ocupar un buen volumen de 500 páginas. Ni deseo ni estoy en condiciones de hacerlo, ya que no soy un político, como él, y porque

me basta saber que fundamentalmente quiere lo que yo quiero para la América Latina. Y no cometería además el error de gastar mi tiempo y mi energía combatiendo a un aliado en lugar de usarlo contra los que tengo del otro lado de la trinchera.

Por otra parte, a menos que no salgamos de la pura teoría, sólo se aprende a nadar nadando, como decía Hegel. Y sólo se aprende a ver la verdad en nuestra historia practicándola y haciéndola, aunque sea en pequeña escala como nos sucede a Ramos y a mí.

La experiencia de Perón y la experiencia de la revolución llamada libertadora nos sirvió mucho para este aprendizaje. Pero sería un gravísimo error de Ramos imaginar que esa experiencia sólo tiene que enseñarnos a los que estuvimos contra Perón; también ¡y de qué manera! tiene que servir para que aprendan muchas cosas los que lo apoyaron hasta el final. Esto no es una invitación a la mezcolanza y al eclecticismo, sino un llamado a la síntesis. A menos que Ramos se considere a sí mismo como síntesis final del proceso histórico y nosotros tengamos apenas reservado el papel de perennes equivocados. Pero todos sabemos que hubo grandes males en el peronismo (empezando por los defectos capitales de su líder) y que también los fubistas pueden ser mañana jefes de una revolución.

## La contrarréplica de Ramos\*

Cuando se planteó esta polémica con Sabato, algunas personas conocidas me reprocharon lo que ellas llaman “mi debilidad” por Sabato. Consideraban que las ligerezas políticas de este escritor, y sus coqueterías con esa urna antigua que es la revista *Sur* volvían superfluo todo debate. Añadían que se trataba de un hombre que, en rigor de verdad, jamás había roto con el sistema cultural de la oligarquía y que no merecía sino el silencio. Yo estoy en completo desacuerdo con esas opiniones, a pesar de los errores políticos de Sabato o quizá precisamente por las causas que los motivan.

\* El texto de Ramos salió publicado en la revista *Política*, del 22 de marzo de 1961.

Voy a recordar aquí algunas de las razones que explican “mi debilidad” por Sabato, para retomar esa ambigua expresión. Hace veinte años, en noviembre de 1941, participé con Sabato en una reunión en Punta Lara, cerca de La Plata. Éramos unos veinte o treinta estudiantes y obreros. Se trataba de organizar un partido revolucionario, ese partido ideal, intransigente e inquebrantable que templó las aspiraciones de nuestra adolescencia y que hoy todavía constituye el objetivo central de nuestra lucha. Al fundarse el pequeño partido, el eje de su acción pública fue su oposición a la guerra imperialista y a la participación argentina en ella. Sabato estuvo presente. Era uno de aquellos veinte o treinta hombres jóvenes que bajo la bandera marxista se levantaron en medio de la indiferencia general como los únicos adversarios de la guerra que había en la República oligárquica de 1941.

Cuando todos los intelectuales de “izquierda”, socialistas, comunistas y hasta ex trotskistas estaban a favor de los Tres Grandes, ese núcleo aguerrido salvó el honor del pensamiento revolucionario en la Argentina. Y ahora yo quisiera saber dónde estaban muchos de los críticos más mordaces de Sabato, cuando Sabato estaba contra la guerra. Yo quisiera saberlo. Esa es una de las razones de “mi debilidad” por Sabato.

Pero esto no implica que no deba ignorar su total significación y que no tenga el derecho a puntualizarla. El reaccionario período de la guerra mundial empujó al marxista Sabato a apoyarse en la revista *Sur* y aledaños. Cambió la física por la literatura, el marxismo por una visión semiidealista de la historia y volvió las espaldas a la política. No tratándose de un militante, esas revoluciones de su espíritu sólo a él y a su obra importaban. Durante el régimen peronista, sin embargo, Sabato se comprometió con toda la opinión pública liberal y cipaya en su oposición indiscriminada a Perón. El ala política de la pequeña burguesía representada por Frondizi, sostenía que se oponía a Perón no por revolucionario, sino porque era contrarrevolucionario; y el ala intelectual de esa misma clase, expresada por la boca de Sabato, juzgaba que un régimen

como el de Perón aniquilaba el universo platónico que es la “sede plena” de todo intelectual.

### Los intelectuales ante la Revolución

Ya sabemos que el divorcio de Perón con la *intelligentsia* constituyó un drama, habitual en todos los movimientos revolucionarios, sean burgueses, nacionalistas, pequeño burgueses o proletarios.

A los intelectuales no los educa ni los mantiene la revolución que vendrá, sino la vieja clase dominante: tenemos ejemplos próximos, lejanos y remotos. Yrigoyen apoyó la Reforma Universitaria, pero los “intelectuales” que se le acercaron se contaban con los dedos de la mano. Ugarte se mantuvo a distancia, y las conversaciones con Ingenieros no llegaron a nada. Ni hablemos de Perón en ese aspecto. Nada menos que Lenin, antes y después del triunfo de la revolución, fue aislado por la brillante intelectualidad rusa. Ni siquiera logró el apoyo de Gorki, que sí lo brindó, ya viejo, y consolidado el régimen burocrático, a Stalin.

¿Y Fidel Castro, objeto de la devoción de Sabato? Pues Fidel Castro es víctima del mismo fenómeno; las tres cuartas partes de los profesores y escritores cubanos están en la emigración o en la oposición. Las revoluciones sobresaltan a los intelectuales, criaturas especiales cuyo “universo platónico” no tolera los tumultos terrestres. El propio Lunacharsky, comisario del pueblo de Instrucción Pública, corrió hacia Lenin, con las lágrimas en los ojos, ofreciendo su renuncia, cuando en medio de la guerra civil los destacamentos del Ejército Rojo amenazaban disputarse con los blancos una iglesia bizantina donde se custodiaban importantes tesoros artísticos. Lunacharsky era un intelectual de raza: su mirada sólo abarcaba los íconos mudos del siglo XII; pero se le escapaba el colosal cuadro histórico que dirimían las dos artillerías.

## Los intelectuales en los países atrasados

No pretendo convencer a Sabato de sus errores políticos; son el fruto de toda su formación y quizá de sus necesidades psicológicas más profundas; mi propósito es evitar que esos errores hagan daño a quienes leen a Sabato sin ser intelectuales. La posición de un intelectual en un país atrasado tiene particularidades que a mi juicio constituyen todo el secreto del problema que debatimos.

Para los fines puramente polémicos, rebatir los sofismas expuestos por el escritor, y sus hábiles digresiones, no conduciría sino a una exposición casi anecdótica y superficial; Sabato no se explica por sus actos y sus contradicciones verbales, sino por la situación que la inteligencia como clase ocupa en la sociedad semicolonial. Los tiroteos verbales escapan a mi interés, son pura pólvora, como los duelos incruentos de los caballeros. Deseo explicar, en la medida de lo posible, por qué un intelectual en un país atrasado está sujeto a un doble sometimiento, aún en el caso de los disconformistas como Sabato.

## El patriciado y la inteligencia

En el viejo orden social del patriciado probritánico, la importación de literatura francesa o inglesa era tan natural como la importación de las camisas confeccionadas en Pool, que tenía las medidas de los elegantes porteños. Todavía alrededor de 1920 numerosos varones de la sociedad argentina recibían por vía marítima, cada seis o doce meses, varias docenas de piezas de ropa interior inglesa, zapatos o trajes de sus habituales proveedores londinenses. Era una factoría orgullosa y todo lo consumía por encargo, incluso las necesidades del espíritu. La capacidad productora local era insignificante; el mercado comprador de lujo se nutría de Europa. Las librerías compraban en el Viejo Mundo, y, fuera de Buenos Aires, el libro apenas circulaba.

En tales condiciones, y ante el apogeo del trigo y del *chilled*, la oligarquía juzgaba la actividad artística o literaria local como algo superfluo. ¿Para qué producir Lugones, si se podía importar Samain? ¿Hacia qué público podía dirigirse un intelectual argentino, cómo editar los hijos de su espíritu y cómo, finalmente, distribuir su obra? Aún en nuestros días no hay ningún escritor argentino que pueda vivir de sus libros. Si el centro de la cultura estaba en Europa, allí se dirigían los escritores locales que se ahogaban en la estrechez aldeana. Los que permanecían aquí debían ingresar a la burocracia administrativa y docente, o enterrarse en la redacción trituradora de los grandes diarios, como el desdichado Lugones.

El intelectual se revelaba como algo perfectamente inútil: la sociedad oligárquica podía prescindir de ellos o, con cierta condescendencia, considerarlos como un lujo propio, restringido, bizantino, traductor. Ese fue el significado del grupo editor de la revista *Sur*. Algunos apellidos dilectos la prestigiaron: Bioy Casares, Borges, las hermanas Ocampo, Bullrich, Larreta de Álzaga. Era suficiente para Buenos Aires, la urbe cosmopolita sin *hinterland*, el puerto voraz e improductivo. El intelectual, para vivir o expresarse, debía asimilar la escala de valores creada por la oligarquía, o sucumbir. Era una sociedad estática y cerrada: las apologías sistemáticas a los próceres señalados, la admiración por las instituciones anglosajonas, el embeleso por las novedades ultramarinas, en fin, el desdén declarado por la tradición nacional y sus caudillos populares, execrados por la oligarquía, todo ese sistema de ideas debía ser deglutido por la clase intelectual (maestros, escritores, poetas, ensayistas, catedráticos, periodistas, novelistas), o resignarse al más completo silencio. La apertura hacia los diarios, las instituciones culturales, las grandes editoriales, las traducciones, las radios, la repercusión de la palabra, los reportajes, el ámbito universitario, todo aquello que de una manera u otra constituye la escena esencial del escritor, quedaban cerrados a todo aquel que no participara implícita o explícitamente de

tres o cuatro variables ideológicas preentendidas. De estos tabúes no se salvó nadie, y tampoco Sabato.

Pues, en resumidas cuentas, si la oligarquía y su sistema imperaban, ¿cómo podía un intelectual vivir y manifestarse? La burguesía industrial, que teóricamente y por razones de mercado, es el sector más nacional de los grupos dominantes, ni siquiera fue capaz de contar con su propia prensa. ¡Como para pensar en que la burguesía argentina proporcionase a los intelectuales el sostén económico y publicitario que necesitaban! La posición “independiente” del intelectual venía a resultar una pura quimera. Sin embargo, la oligarquía no ha sido desalojada del poder económico, y la burguesía no ha logrado establecerse firmemente en él. La sociedad argentina se debate en este forcejeo, pero como los valores superestructurales son más lentos en evolucionar que los factores materiales, la ideología “oficial” de la cultura argentina continúa bajo el signo oligárquico, como lo demostrarían incidentalmente las ataduras de Sabato, que Sabato no quiere o no puede romper.

Por esa razón, el debate sigue manifestándose entre lo nacional y lo antinacional, ya que del mismo modo que la burguesía argentina no ha logrado controlar ni la economía, ni el aparato del Estado ni las palancas de la cultura, el estilo cultural oligárquico ejerce aún su papel hegemónico. Y los intelectuales se adaptan a las alternativas de esa lucha.

### Los compromisos de Sabato

Por otra parte, el compromiso de Sabato con el sistema no es algo abstracto: si Sabato pudiera expresarse sobre Perón, por ejemplo, en términos objetivos, si no sintiera la necesidad de complimentar a Bianco, de expresar su simpatía por Victoria Ocampo, y al mismo tiempo de alabar a Fidel y al fubismo, además de vincular a Goering con Jauretche y al fascismo con el peronismo, probablemente todo su público lo abandonaría,

le cerrarían sus puertas las grandes editoriales, y ya no habría reportajes para él. Dudo que esto sea consciente en Sabato; pero su inconsciencia del problema es una necesidad férrea de su equilibrio, puesto que no se trata de su caso individual sino del incierto destino de toda la clase intelectual apretada por la manaza de hierro de la historia moderna.

Es asombroso que este conformismo fundamental se manifieste en nuestro escritor más inconformista. Pero estoy persuadido de que esta es la cuestión de fondo y que los “errores” de Sabato obedecen a ese trágico sino de la *intelligentsia*. Si Sabato viviera en La Habana, ya estaría en la oposición. Porque es evidente que si un intelectual realmente quiere ser independiente, debe transformarse en un político revolucionario. Que no venga Sabato a explicarnos que Lenin “también” era un intelectual. Lo que Sabato se cuida muy bien de decirnos es que hay dos grupos de intelectuales: los revolucionarios y los otros. ¿En qué grupo desea figurar?

Ya sabemos que no aplaudió los fusilamientos, ni estimuló las torturas de la revolución setembrina, ni participa de la visión del mundo victoriano de la señora Ocampo, ni mide a Jauretche con el mismo metro que lo hace *La Nación*, no deseaba subjetivamente aniquilar a la clase obrera en 1955, ni escatima sus críticas a Borges; pero lo hace dentro del mismo bando. Si se me permite la expresión, diría que Sabato es un crítico de izquierda dentro de la intelectualidad oligárquica, pero su crítica, casi siempre inteligente, es efectuada desde adentro y en resumidas cuentas fortalece a *Sur*, que es una revista “amplia”.

Sabato desempeña en ese sentido el mismo papel de válvula de seguridad que las izquierdas clásicas en los partidos socialistas amarillos. Proporcionan a los jóvenes renovadas esperanzas en una “reforma interior” y prestigian con sus rebeldías el caduco templo. La responsabilidad política de Sabato es mucho mayor precisamente por la claridad con que ve muchos problemas, pues cubre con su palabra todas

las infamias que *Sur* y otros círculos formulan contra la revolución popular, contra sus jefes, buenos o malos, y contra la barbarie nativa.

### El "nazismo" de los coroneles

Las razones de esta contradicción irresoluble han sido expuestas ya más arriba y no las repetiré. Sólo me permitiré agregar, para terminar, que la explosión verbal que Sabato consagra a Perón no es digna de su talento. La extremada violencia de su desahogo personal contra dicho político, es peor que un crimen, es un error, como decía Talleyrand. Lo menos que podemos exigirle a Sabato, como intelectual, es que maneje ideas.

Los insultos o agravios son extraños al ejercicio de la inteligencia, y la política es, creo, su más alta expresión. La aversión irreprimible que Sabato manifiesta contra el general Perón tiene un pecado intrínseco: es vieja, constituye un anacronismo, es la versión de un odio congelado. ¿No lo advierte Sabato? Algunos peronistas tienen la misma posición que Sabato, sólo que a la inversa. Se niegan a discutir a Perón porque lo consideran un dios; y Sabato rehúsa analizarlo, porque lo juzga un malvado. Ignoraba estas concomitancias de Sabato con los peronistas, e ignoraba además que Sabato, como Homero, dormita a veces.

Sabato afirma que el grupo de coroneles de 1943, entre ellos Perón, eran nazis. No tengo tiempo ahora de discutir este tema, ya bastante examinado en artículos, libros y libritos, que Sabato conoce y que estoy seguro ha leído. El nacionalismo de un país semicolonial no puede confundirse con el nacionalismo de un país imperialista: constituye su antítesis y es ocioso discutirlo en 1961. Advierto con pesar que Sabato recae en los polvorientos lugares comunes de la Unión Democrática de 1945, en la doctrina de (Silvano) Santander, principal autoridad en la materia. Le recordaré a Sabato que en el

gobierno de Perón personas de credo judío ocuparon los más altos cargos, embajadas, subsecretarías, etcétera, ignorando al parecer, lo mismo que Perón, el carácter nazi de su gobierno.

### La "cobardía" de Perón

Hay un punto, en conclusión, que no desearía pasar por alto. Y es el de la "cobardía" de Perón. Sabato se anticipó a decir que yo lo juzgaría como un moralista pequeño burgués. Esta vez acertaba. Sabato es un pequeño burgués. Si no lo fuera, ganaría mucho su natural inteligencia. Porque, ¿qué es la cobardía? ¿Era cobarde Lenin cuando se hacía el sueco en una de sus fugas? ¿Lo era asimismo cuando se afeitó la barba en medio de la ola de reacción pequeño burguesa de julio de 1917 y se escondió en Finlandia, mientras otros miembros del partido se presentaban a la policía e iban a la cárcel? ¿Habla Sabato del coraje físico? Ese lo tienen los boxeadores en grado compatible con su necesidad profesional. También lo tienen los probadores de alimentos de los déspotas orientales (según Kipling), los jockeys, los domadores de tigres, los buzos, los paracaidistas y hasta los lectores de Martínez Estrada. Pero esos valientes no acostumbra a organizar revoluciones. Lenin tenía la valentía en la cabeza, no en otras partes, pero su cuerpo obedecía a la cabeza.

La pasión ciega en las luchas es mala consejera, Sabato. La osadía de un oscuro coronel que logró elevarse por encima de sí mismo hasta convertirse en el jefe indiscutido de su pueblo, de un militar que arrojó sobre la multitud aquella frase: "Trabajadores del mundo uníos" en la Plaza de Mayo, que desafió a los Estados Unidos, que doblegó, políticamente al menos, el poder de la despreciable oligarquía porteña y que abrió el camino al desenvolvimiento de los sindicatos argentinos, esa osadía de sus grandes horas, ¿puede cuestionarse? Ese coraje político no fluía tan solo de su persona. Sabato debería saberlo,

pues ha leído su Plejánov, sino que fue la respuesta personal al arrojo social de esas masas que delegaban en el caudillo su inmenso poder. Ese mecanismo de transferencia recíproca entre el jefe y la multitud no es un invento argentino: está en la naturaleza misma de los grandes movimientos históricos.

En realidad, al condenar a Perón sin atenuantes, Sabato vuelve inconscientemente su aversión sobre la revolución popular que Perón encabezó un día y de cuyo impacto Sabato no ha logrado todavía librarse.

Porque si el jefe que suscitó la adhesión apasionada de millones de argentinos y que la suscita aún, es un malvado, un cobarde, un vil y un traidor, según Sabato, ¿qué juicio merecen a Sabato esos millones de hombres que apoyan al cobarde, al vil y al malvado? Sabato no se atreve a decirlo, pero no queda más que una alternativa: o esas masas populares también son cobardes, viles y malvadas, o son simples rebaños engañados, niños crédulos o tontos atraídos por el devorador de sueños, una simple clientela romana.

Sabato no se atreve a decirlo: ¿le falta también a él, coraje, aunque sea coraje intelectual? Es un tema delicado, pero sin embargo el análisis del peronismo y de su jefe es el tema más importante de todos y ya volveremos sobre él. Sabato nos decepciona con su incursión no intelectual.

Desde lo alto de su universo platónico, Sabato ha descendido a mezclarse en estas disputas de los hombres. Volverá a su cielo, y es una lástima, porque esta tierra necesita de los escritores. Sólo exige de ellos la ruptura con los mandarines petrificados de la vieja Argentina.

## Ernesto Sabato II\*

### El hombre y la máquina\*

Asistimos a un extraño divorcio entre el pensamiento y la realidad: la filosofía y la literatura regresan al individuo como problema, mientras el mundo parece dirigirse a recrear al hombre en la humanidad. Naturalmente, esta enunciación parte de ciertas convenciones metodológicas. Es imposible ponerse de acuerdo, no sólo con las conclusiones sino aún con el planteo, sin definir previamente los prerequisites del asunto. La

\* Crítica al libro de Ernesto Sabato, *Hombres y engranajes* (Emecé, 1951), que fue publicada en el diario *La Prensa* el 11 de mayo de 1952 firmada con el seudónimo de Pablo Carvallo (Carvallo era el apellido de Faby, su mujer).

serie de catástrofes históricas acumuladas sobre las espaldas del hombre moderno ha vulnerado su seguridad física y su universo espiritual. Esto no exige demostración. A la crisis básica de la civilización capitalista le ha sucedido una desfibración profunda de la tradición cultural, manifiesta en la dirección y el sentido de las actuales actividades estéticas y filosóficas. Hablar hoy del “hombre moderno”, implica establecer una radical diferenciación del “hombre moderno” de hace medio siglo.

Desde el Congreso de Viena hasta 1914 se mantuvo vigente un sistema de ideas y un estilo de vida que ha desaparecido en la tempestad de las últimas décadas. Cumpliendo la misión que le corresponde, la filosofía, a través de algunas personalidades eminentes, intuyó esta mutación e inició un retorno a la metafísica que ha alcanzado en nuestros días su más deprimente expresión. La evolución de la era maquinista, el establecimiento del mercado mundial y la inmersión del hombre en la fábrica, en la especialización o en el delirio urbano, han sido los rasgos prácticos y visibles de la civilización burguesa en su edad imperialista.

Pero la marcha de la historia política no coincide siempre con el proceso intelectual o estético. Un pensador danés muerto hace un siglo había postulado ciertas ideas redescubiertas hoy por su espíritu singularmente trágico, apropiadas para revestir la desorientación y la crisis de la intelectualidad contemporánea ante el panorama actual del mundo. Kierkegaard estableció el punto de partida del existencialismo. Sus continuadores y exegetas —Jaspers, Marcel, Heidegger, Sartre— han desarrollado hasta sus últimas consecuencias la naturaleza antiintelectualista de esa corriente, y a pesar de sus infinitos matices todos ellos coinciden en situar el problema del hombre como el de una criatura frágil que no posee ninguna solución terrena. En su visión de la vida como una “anticipación hacia la muerte”, Heidegger expresa con bastante claridad el espíritu general de esa tendencia, en el fondo profundamente religiosa, en la forma exageradamente nihilista.

Del existencialismo surgirán sin duda nuevas fugas místicas, refugio general de toda metafísica, por más púdica que sea. Si la filosofía, por su mismo carácter hermético, ha sido siempre tema de especialistas, ¿a qué se debe esta rápida popularidad del existencialismo? Hablar de una moda sería absurdo. No se recuerda la “moda” de Kant. En verdad su difusión, que contribuye más a oscurecer su significado que a esclarecerlo, obedece a causas más importantes que los de un auge corriente de una escuela. El existencialismo, más que un pensamiento del siglo XX, es un estado de ánimo de vastas capas sociales que en él encuentran la generalización de su propia angustia ante una realidad que niegan con todas las fuerzas. En apariencia se trata de una rebelión contra el universo del átomo y de la bomba (algo así como un romanticismo más letrado, como un dadaísmo menos grosero, como un surrealismo más consciente), pero en realidad responde a una necesidad de los intelectuales de encerrarse a sí mismos como en una cripta y abolir el mundo.

A pesar del hecho de que los existencialistas y parientes más próximos niegan toda posibilidad de aprehensión del mundo por métodos racionales (afirman la supremacía de la existencia frente a la esencia y aluden a una “vivencia” de carácter impalpable y misterioso) su filosofía es un formidable ejercicio de razonadores. Antirracionalistas por definición, un implacable análisis preside sus investigaciones, dirigidas, sobre todo en su fase práctica, a invalidar los progresos de la técnica y a definirla como un monstruo con espíritu propio. Resulta evidente que el desarrollo científico de nuestro tiempo ha dejado muy atrás el asombro cuantitativo de nuestros abuelos frente a la invención del cable submarino. En la época de Julio Verne el viaje a la Luna era motivo de una novela, en nuestros días es asunto de un laboratorio con fondos votados por algún Parlamento. Ante esto, y la guerra bacteriológica y las armas atómicas, se puede llorar o reír, pero Spinoza aconsejaba comprender. La edad de la máquina no ha

sido el resultado de un espíritu maligno insinuado en el alma de los hombres, sino el producto de una lenta evolución de las formas productivas que han elevado el poder del hombre sobre la naturaleza, sin que ese proceso técnico suprimiera, por supuesto, la explotación del hombre por el hombre.

En un libro reciente escrito por el argentino Ernesto Sabato (*Hombres y engranajes*) se expresa ingeniosamente la melancólica tesis de que la ciencia y la técnica son fenómenos que deben ser considerados en sí mismos y cuyas demoníacas proporciones actuales son “como concreciones metálicas de objetos ideales, eternos y sobrehumanos, realizaciones en acero de ideas pertenecientes al universo matemático”. Sabato se pregunta si, después de todo, lo peor no sea el capitalismo sino el maquinismo. Esta disociación, realmente singular, permite al autor imbuir a su análisis de la vaguedad necesaria. Su crítica de la máquina es puramente romántica, pero la ansiedad metafísica comparte su lugar con un panorama descriptivo esencialmente justo. Como Sabato se burla de las leyes históricas objetivas, no está en condiciones de extraer las consecuencias inmediatas y futuras de esas leyes. Su enérgica condenación de la civilización actual es absolutamente correcta, aunque el autor se manifieste incapaz de penetrar el sentido objetivo del proceso técnico: asimilar el marxismo con el stalinismo, descomponer el capitalismo en la entelequia maquinista, fundir la historia con la catástrofe... son otros tantos excesos atribuibles a esa postración de los intelectuales modernos a que nos hemos referido.

La historia no es una suma de catástrofes, como Berdiaeff-Sabato suponen: es una tensión dramática entre diversos regímenes sociales en pugna, entre formas estéticas hostiles o crisis religiosas. No hubo un Renacimiento. Hubo varios y muchos crepúsculos acompañaron como una sombra a esas cimas del orgullo y el poder humanos. El aparente predominio de la máquina sobre el hombre no es otra cosa que la preeminencia del capital financiero sobre el mundo. La sociedad

actual cruje en sus cimientos. De las ruinas escapan quejidos, voces de agonía o triunfo, lamentaciones diversas, nuevas formas en el seno del viejo ciclo. Lo que es deja el lugar a aquello que va siendo. No ha sido el triunfo de la Razón el factor de la deshumanización del hombre o de los hombres sino la descomposición del capitalismo, en cuyo incendio muere también el mito racionalista envuelto en la mortaja de su propio estatismo. La ciencia no es una instancia externa a los hombres, ¿debemos demostrar acaso la total subordinación de los científicos a los dictados de la política? Estigmatizar la ciencia es idealizar el regreso a la naturaleza, a la rueca y a la rueda. Pero si la naturaleza es incómoda, según Wilde, la inocencia virgiliana de Rousseau ya era pueril hace dos siglos. Todas las tentativas para responsabilizar a la ciencia y a la Razón del caos actual del mundo conducirán, sin lugar a dudas, a paraísos artificiales rodeados de nubes sin impurezas. El escenario está aquí. El debate entre Sartre y Berdiaeff presente en el espíritu de Sabato y en el de casi todos los intelectuales de esta época, es un debate equívoco, el anverso y reverso de una misma desesperación con doble seudónimo. La máquina volverá a los hombres liberados y los servirá. La prehistoria habrá concluido.

## Ernesto Sabato III\*

### Recuerdos y personajes

*Usted destacó varias veces la conducta de Ernesto Sabato durante la guerra...*

– Sabato no estuvo en la lucha contra la guerra, pero la repudiaba.

– *¿Era simpatizante de la Liga Obrera Socialista?*

– Él no militaba en ningún grupo. Participó marginalmente de una especie de reunión nacional que se hizo en Punta Lara,

\* Extracto de una serie de conversaciones mantenidas por Ramos con Jorge Raventos, en 1973, y que formarían parte de un libro a medio camino entre la memoria y la reflexión. Después de muchas idas y vueltas, la idea fue retomada ya iniciados los años 90, pero la muerte de Ramos dejó inconclusa la obra.

cerca de La Plata, en 1941. Fue una tentativa de unificar a todos los grupos trotskistas de la época. Sabato colaboró en algunas traducciones. Él había formado parte de la Federación Juvenil Comunista pero rompió con el aparato oficial stalinista cuando viajó a Europa y se vinculó en París al grupo surrealista de André Breton. De allí vino con una actitud de cierta simpatía hacia el trotskismo, pero no tuvo actuación política, sólo una relación circunstancial que no obstante permitió que se pudiera decir de él que no era un cipayo.

– *Después de ese momento de la guerra, Sabato incurrió en titubeos, vacilaciones, vaivenes y agachadas políticas...*

– Sabato se exilió en los problemas estéticos y literarios, tomó distancia del curso tormentoso de la política. La primera vinculación que tuvo con la política fue con el comunismo: no creo que haya sido muy alentadora como para dejarlo con ganas de seguir. Tuvo que redescubrir una vocación un poco enterrada en él, que era la literatura, y sustituir una carrera por otra. Años después se vinculó al grupo de la revista *Sur*: eso condicionó un poco, por un lado, su abstención política y por otro, el mundo de sus relaciones y vinculaciones, que pasaron a ser los socios de lo que podría llamarse la oligarquía literaria.

– *En Sobre héroes y tumbas Sabato dibuja un personaje (Méndez) que, ya es sabido, quiere ser un retrato suyo. ¿Se siente bien pintado? ¿Se parece Méndez a usted en la época en que se conocieron con Sabato?*

– No es que se parezca a mí: se parece a las circunstancias de la época. Fíjese que, efectivamente, algunas veces hemos charlado con Sabato en La Helvética antes de que la Revolución Libertadora la demoliese con los tanques Sherman del revolucionario general (Justo León) Bengoa. En esa época, esa década del '50, el mundo de Buenos Aires que conoció Sabato, y que yo observé a lo lejos, el mundo de los intelectuales y los artistas, la república de las letras, el mundillo de los profesores y periodistas, era una sociedad flotante y cosmopolita que tenía con respecto a mi persona y mis puntos de vista la acti-

tud que se desprende de la reflexión que formula Bruno al despedirse de Méndez: “Un individuo notable. Con la gente que lo odia podría levantarse una sociedad de socorros mutuos más o menos del tamaño del Centro Gallego”.

Ese era un poco el estado de ese mundo en tanto la actividad que se había desenvuelto afectaba de manera directa las convicciones, los intereses y los ideales de mucha gente. La posición nuestra en esa época venía de los tiempos de la preguerra en la lucha contra el frente popular y el democratismo aliado al stalinismo, que luego se trasmuto en oposición declarada a la guerra imperialista y finalmente, para colmo, se transformó en apoyo crítico al peronismo en 1945, con nuestra interpretación sobre el 17 de octubre, nuestro respaldo antes de las elecciones y nuestro apoyo a las medidas de gobierno del peronismo.

Era demasiado para la cantidad de tolerancia de las clases medias izquierdistas ligadas al imperio o a la Unión Soviética soportar que alguien pudiera tener una posición trotskista y que después apoyase al ejército en su política nacional y al jefe político de ese ejército, a quien esa pequeño burguesía consideraba un tirano o un nazi. Todo eso condensó un odio que ingresó a la literatura por la mano de Sabato: él sentía lo que flotaba alrededor mío en ese momento y retrata ese clima, que es el de una generación frustrada de izquierdistas cipayos.

## La izquierda tradicional\*

- *¿Qué es la izquierda y cuándo se está en la izquierda?*
- Según es sabido, la III República imitó a la Revolución del 89 únicamente en esto: a la izquierda se sentaban los parlamentarios partidarios “del progreso”, palabra frecuentemente usada por retardatarios; y a la derecha del hemisiciclo reposaban los sólidos propietarios del Mediodía, los hombres del comité Des Forges, los bandidos de la alta finanza, los abogados de las “fuerzas vivas”, los periodistas remunerados por su venalidad activa y, en general, aquellos representantes de los sectores reaccionarios más calificados de la Francia posterior a la derrota de Sedán.

\* Entrevista a Ramos aparecida en el libro *Las izquierdas en el proceso político argentino*, de Carlos Strasser (Editorial Palestra, Buenos Aires, 1959).

La “progresividad” de los parlamentarios sentados “a la izquierda” era, por supuesto, muy relativa, pero respondía pese a todo a las tendencias ideológicas del proceso histórico. Los dreyfusistas se ubicaban por lo común a la izquierda, lo mismo que los laicistas, en la *belle époque* de los grandes debates.

Pero esta clasificación puramente francesa de los partidos políticos modernos, sirve de muy poco para la comprensión de los problemas en los países coloniales, semicoloniales o “subdesarrollados”, como dice discretamente la ONU. Progreso o reacción, revolución o contrarrevolución, izquierda o derecha, tales son los rótulos corrientes, claros para todo el mundo, en las viejas metrópolis. Allí se sabe que dentro del campo de la izquierda pululan todos los matices, reformistas o revolucionarios; y dentro de la esfera de la derecha, coexisten desde el catolicismo mundano de Mauriac, hasta los partidarios frenéticos de los progroms y las “cámaras de gas”.

En América Latina el asunto es más complicado. La Argentina, como provincia de Europa, recibió totalmente confeccionado un esquema económico y político al que debió resignarse.

El sistema de colonización impuesto por Gran Bretaña promovió la creación de una sociedad cerrada y jerarquizada. En ella coexistían desde el club del Círculo de Armas hasta el peón riojano de pata al suelo, desde el cipayo de apellido tradicional venido a menos, como el grotesco “Sir William” (Guillermo Leguizamón), presidente local de los ferrocarriles ingleses, hasta el impoluto doctor Juan B. Justo, campeón del librecambio y enemigo de la industrialización.

Porque la importación de mano de obra europea creó un proletariado de originales características: si los gerentes de los ferrocarriles eran ingleses, los trabajadores de los transportes eran en su mayor parte de origen europeo meridional. Ambos grupos estaban desvinculados del pasado histórico y de las luchas sangrientas de la vieja Argentina; ambos grupos venían juntos: el primero, en los camarotes de lujo, y el segundo en la leonera cosmopolita de la tercera clase. Eran, en pequeño, una

reproducción monstruosa de la sociedad europea transferida a la nueva tierra; y, a su manera, eran grupos privilegiados, urbanos, civilizados. Compartieron durante mucho tiempo el desprecio al “negro”, y su notoria ironía sobre la “política criolla” indicaba que ellos no lo eran y que esta soberbia era pariente pobre de aquella otra sentida por sus lejanos connacionales por los *natives* de África.

Dicho trasplante marcó desde su origen la ubicación de esta inmigración bipartidaria, por así decir, en la sociedad argentina. El obrero inmigrante encontró el marco natural para su lucha en el Partido Socialista, fundado por vástagos de inmigrantes genoveses y en cuyas sesiones se discutía en varios idiomas. Si estaban “a la izquierda” en Europa, era perfectamente lógico que estuvieran “a la izquierda” en nuestro país.

Radicados en la ciudad de Buenos Aires, ingresaron a las industrias derivadas de la explotación imperialista, y gozaron de las ventajas y dificultades de una economía más o menos dinámica. La “lucha de clases” tenía para ellos cierta vigencia efectiva y los dos polos del duelo histórico estaban a la vista: burguesía contra proletariado, clase contra clase, socialismo contra capitalismo.

Este socialismo era muy moderado, naturalmente; era un socialismo de médico, o de boticario; un socialismo aséptico donde se votaba por correspondencia para no incomodar a los afiliados, en suma, un socialismo que había tomado como paradigma a esos filisteos y oportunistas alemanes del género de Bernstein, o del ministro de su majestad belga, el incomparable Vandervelde, cuyo cretinismo parlamentario era insufrible aun en la comfortable Bruselas.

Y bien, en este país donde vivían todavía los viejos guerreros que un día lucharon a tacuara, donde percibíase aún el eco despavorido de los últimos malones y donde la inmensa mayoría del pueblo argentino vivía al margen de la economía monetaria y de la civilización urbana, el “socialismo” europeo del doctor Justo inculcó a los obreros extranjeros la idea

del librecambio, su desconfianza de porteño hacia el interior, y su admiración colonialista por los grandes personajes europeos de la socialdemocracia. El rencor imperialista que profesaba Justo hacia los hombres simbólicos que habían fundado el país en una época de sangre y hierro, estaba asociado a una notable incompetencia para elaborar una política nacional del proletariado.

Se produce así un perfecto aislamiento de los obreros porteños de procedencia europea y las masas argentinas del interior, para las cuales no regía ninguna legislación protectora y que aún no habían encontrado el cauce de un partido popular. Podría haber sido el Partido Socialista, en su primera época, el gran partido del pueblo argentino, si ese socialismo hubiera sido genuino y no importado, y si hubiera comprendido el carácter semicolonial de la Argentina, el peso decisivo de sus masas rurales, la clave de su dolorosa historia y el secreto de la penetración imperialista.

En esos tiempos eran socialistas y latinoamericanos Manuel Ugarte, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Alfredo Palacios. En otros trabajos he señalado el “trágico destino de una generación”, como llamó Ugarte en un libro silenciado al infortunio que padecieron, y que finalmente los aniquiló, frustrando la gran posibilidad de un socialismo popular, nacional, latinoamericano y revolucionario.

Pues este socialismo de tendero que nos tocó fue precisamente todo lo contrario: europeizante, porteño, antinacional y reformista. Su internacionalismo era para los discos rayados del 1º de mayo, para las tonaditas que cantan los gerentes de las cooperativas en las viejas efemérides. Era un internacionalismo parecido al de la Unesco, de género híbrido, bancario e interalimenticio, de conferencia de expertos, un internacionalismo muy al gusto del filisteo panamericano o ginebrino.

La lucha por la independencia nacional de América Latina los dejaba indiferentes, y sólo veían la barbarie y los golpes militares nacidos del atraso a que somete nuestros pueblos la férula

imperialista. El “militarismo sudamericano” les daba náuseas. Como en épocas de bonanza la burguesía europea había logrado someter sus ejércitos al control del poder civil, aquellos sólo eran empleados para conquistar mercados coloniales o disputarse a cañonazos el reparto del mundo. La política interior quedaba para uso exclusivo de los abogados. Pero en América Latina los militares hacían de políticos y los abogados socialistas sólo veían en sus excesos alguna tara exclusivamente vernácula. Lo que se les escapaba por completo era que el ejército en América Latina era uno de los pocos organismos centralizados y frecuentemente ocupaba el lugar de una burguesía nativa inexistente para defender el país, con éxito variable, de la expoliación extranjera. Los socialistas europeos de Juan B. Justo rechazaban esta injerencia militar en los asuntos públicos con todas sus fuerzas y la historia pasaba a su lado sin mirarlos.

Partido metropolitano de consumidores, toda su política careció de grandeza y volvió sus espaldas al porvenir, traicionando a un marxismo que jamás comprendieron y a un país que les era profundamente extraño. Porque es bueno decirlo de una vez por todas: el Partido Socialista de Juan B. Justo ni fue marxista, ni fue argentino. Y no se puede ser lo uno sin ser lo otro, ya que el revolucionario debe ser hijo de su tiempo e intérprete de su tierra si es que desea remodelar la sociedad en que vive y ser actor de su historia. Todo lo demás es charamusca, humo teórico, y macaneo libre, cosa de profesores, que tanto abundan, y de tontos solemnes que manipulan traducciones innobles de Nicolás Lenin.

Somos socialistas revolucionarios en tanto somos argentinos y latinoamericanos del siglo XX, que es el siglo de la irrupción de las masas en la creación de sus propios destinos. Esta afirmación de lo nacional no entraña contradicción alguna con las ideas generales del marxismo, sino que constituye su ratificación más diáfana, porque el socialismo no germina ni puede triunfar sino en las condiciones específicas heredadas del pasado. La correlación de las tareas socialistas con las

tareas democráticas en el proceso revolucionario sólo podrá ser fijada por la lucha misma, por el desarrollo económico del país y por la madurez política de las masas. Establecer a priori una abstracción estratégica de índole puramente “socialista”, como lo hace el socialismo amarillo de Juan B. Justo y de algunos superinternacionalistas, no significa otra cosa que dejar al imperialismo la iniciativa y el control de la historia actual.

Resulta sugestiva esta coincidencia entre Juan B. Justo y las sectas “ultraizquierdistas” de variado pelaje sobre el carácter “capitalista” puro de la Argentina y América Latina, enunciación de la que se infieren importantes conclusiones tácticas, entre otras la subestimación de las tareas democráticas y nacionales en el proceso revolucionario. Ninguna de estas sectas que hoy proliferan emplea la expresión “revolución nacional”, llave maestra en la lucha revolucionaria por la liberación y unificación latinoamericana. Como ejemplo terminológico, diremos que algunos de estos teóricos formados bajo los efluvios de instituciones tan respetables como la Unesco, pretenden destilar penosamente sus generalidades alrededor de la “integración mundial del capitalismo” antes que preocuparse de la integración nacional de América Latina.

El destino ulterior del Partido Socialista ha sido bastante melancólico. De su seno brotaron sistemáticamente, más o menos cada diez años, inevitables “tendencias de izquierda”. Todas pretendían “retornar a Marx”, sin pasar por América Latina; como la dirección gangrenosa del dúo Justo-Repetto o Repetto-Ghioldi era insufrible y la política municipal y espesa de la Casa del Pueblo concluía por sofocar los más robustos pulmones, entre los jóvenes cundía la indignación y se replanteaba la cándida idea de una “regeneración” del Partido. Había que trabajar “desde adentro”.

El resultado era que los jefes de la oposición juvenil recortaban sus rebeldías ingresando al poco tiempo al comité ejecutivo, como Dardo Cúneo; casi todos los izquierdistas eran como él, y con eso está todo dicho. En 1937 el concejal socia-

lista Zabala Vicondo denunció públicamente que Repetto y sus amigos hacían fraude interno para imponer sus candidatos en las elecciones del Partido. A raíz de ese sospechoso asunto se produjo una escisión. El Partido Socialista Obrero surgió con gran ímpetu, pero carecía de programa, aunque algo de la realidad nacional parecía olfatear al principio. La tentativa fue ahogada por el stalinismo, que absorbió a la mayor parte de los dirigentes y destruyó luego el socialismo obrero. Como siempre ocurría en estos casos, los socialistas de izquierda, transformados en stalinistas, y que de algún modo habían demostrado cierto talento o personalidad, al cabo de dos o tres años se habían convertido en máquinas parlantes; eran hombres irreconocibles, verdaderos cretinos políticos. Tal fue el caso de Benito Marianetti y otros, reducidos a la condición de politiquillos locales.

Después de 1937, vino la guerra imperialista. Como era inevitable, la camarilla de Repetto se entregó con pasión senil a predicar el ingreso de la Argentina a la matanza europea. Al socialismo cipayo la caída de París lo conmovió mucho más que el hambre de Santiago del Estero. Los socialistas tenían la misma política que la embajada británica; y no era casualidad que algunos de ellos trabajaran como periodistas en el Departamento de Información de esa representación diplomática. Tal fue el caso de Dardo Cúneo, como el viejo Repetto, con su palabra empapada en cianuro, lo señaló en una polémica, recordando (esta vez con justicia) que él no había necesitado estar empleado en la embajada para defender la democracia; mientras que otros, más izquierdistas, la defendían a sueldo.

El carácter honorario del cipayismo de Repetto quedó por otra parte demostrado cuando contribuyó, junto a Victoria Ocampo y Marcelo de Alvear, a fundar Acción Argentina, un organismo de propaganda destinado a convertir a la juventud argentina en dadora de sangre. Parecía que teníamos el tipo universal.

El país recuerda todavía con vergüenza ese periodo funesto, donde todos los partidos, el Radical de Frondizi (que firmó

manifestos rupturistas) como el Conservador, el Socialista y el Comunista, participaban en una verdadera competición de servilismo colonial. No puedo eximirme aquí de recordar, como lo hice en mi libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, lo que constituye un timbre de honor revolucionario para mi generación, representada en el movimiento obrero por los marxistas revolucionarios: todavía puede leerse en las páginas de *Inicial*, *La nueva Internacional*, *Frente Obrero*, el testimonio de nuestra lucha contra la guerra imperialista. Fuimos los únicos en sostener esa posición y vale la pena recordarlo hoy, cuando han aparecido tantos “nacionalistas populares” e izquierdistas recientes.

Es de estricta justicia, por otra parte, decir que en la periferia del viejo radicalismo agonizante luchaban por la neutralidad los hombres de Forja, lo mismo que diversos grupos nacionalistas. En el caso de estos últimos, su prédica se invalidaba a veces por una notoria simpatía por la causa de los nazis, lo que disminuía su trascendencia política, y denunciaba su aleación reaccionaria.

Los socialistas, en fin, demostraron a partir de la revolución de 1943, que eran fieles a sí mismos; rupturistas en 1914, enemigos mortales del yrigoyenismo y de la “política criolla”, solidarios con el motín oligárquico de 1930, copartícipes del fraude patriótico de 1932 y beneficiarios de la abstención electoral del radicalismo, niños mimados en la Década Infame, nuevamente rupturistas en 1939, debían necesariamente enfrentar, con la ayuda del imperialismo, al gobierno nacionalista militar del 4 de junio.

Repetto y los principales dirigentes del Partido Socialista sostuvieron y armaron un petitorio destinado a poner en práctica la doctrina Rodríguez Larreta de la intervención militar extranjera en la Argentina. Este petitorio los convirtió, en términos constitucionales, en “infames traidores a la patria”. Como era totalmente previsible, el surgimiento tumultuoso del peronismo los encontró en la vereda de enfrente. El núcleo

minúsculo, votado por el Barrio Norte, por los contribuyentes y la aristocracia obrera, había permanecido totalmente al margen del crecimiento numérico de la nueva clase engendrada por el desarrollo industrial.

Cuando las masas salieron a la calle, en las jornadas de octubre, los socialistas las contemplaron como a la irrupción de la barbarie criolla, como a una catástrofe cósmica. Y tenían razón, a su manera. La descarga emocional del peronismo sacudió al Partido Socialista y remachó su dependencia política hacia el viejo sistema oligárquico. Las heridas fueron profundas, y aún no han cicatrizado.

Es interesante observar que después del último cisma, entre el núcleo prediluviano encabezado por Repetto y la tendencia representada por Palacios, la discusión sobre la naturaleza histórica y social del peronismo no ha comenzado. Junto a Ghioldi ha permanecido la familia de Juan B. Justo, en el ala de Chertkof, mientras que alrededor de la doctora Justo y Palacios, se ha nucleado un sector relativamente nuevo y sobre todo las juventudes. Si alguna esperanza cabe abrigar respecto a la tendencia Palacios, se cifra por entero en la discusión que pueda abrirse alrededor del tema capital en la presente política argentina, esto es, el peronismo.

Si se persiste en continuar la tradición de las izquierdas en el socialismo argentino, que consistía en “retornar a Marx” sin comprenderlo, todo estará perdido por un nuevo período. A Marx hay que comprenderlo en la Argentina, no en Alemania ni en Japón. Y para comprenderlo en la Argentina hay que proceder frente al peronismo como marxistas, y argentinos. Si bajo la divisa del marxismo se emplean fórmulas tomadas en préstamo del arsenal ideológico del imperialismo para juzgar un movimiento tan importante como el peronismo, y si se pretende agotar la cuestión como lo hace el medievalista José Luis Romero, planteando el dilema “burguesía o proletariado”, no se avanzará un solo paso. Además de hablar de la burguesía y el proletariado, Marx explicó los desniveles his-

tóricos entre Gran Bretaña e Irlanda, entre la metrópoli y la colonia. Al imperialismo extranjero le conviene que los *natives* izquierdistas empleen la primera parte de Marx, pero no la segunda.

En cuanto al Partido Comunista, ¿qué decir que no hayamos dicho centenares de veces? A este grupito tan opulento y tan pobre, tan bien alimentado y raquítrico, tan vociferante como insignificante, podríamos incluirlo entre las numerosas filiales del VOKS, que creo es la sigla del organismo soviético para la promoción del turismo extranjero.

Hubo una época, en tiempos de Stalin, que la burocracia empleaba asesinos para eliminar a sus adversarios políticos. Después, el Kremlin comprendió que estos métodos georgianos dificultaban su política exterior y a partir de la última guerra, con el deshielo y el surgimiento de Jruschov, fue abandonado este sistema, cuya sombra aún lo envuelve.

Es un partidito típicamente extranjero; el humor de los madrileños en las vísperas de la guerra civil calificó a *Mundo Obrero*, el semanario stalinista de España, como “La gaceta china”. En la Argentina prolifera esta indigesta literatura de Estado, espléndidamente financiada, tan inoperante como aburrida.

El Partido Comunista se fundó en 1918, de un desprendimiento del Partido Socialista. En esos momentos la revolución rusa resplandecía como un faro sobre los oprimidos y explotados del mundo. El Partido Comunista arrastró malamente su vida, con las pupilas clavadas en el centro moscovita, desarraigado como una planta esteparia en la tierra del ombú y sujeto a las dramáticas alternativas internas de la Rusia revolucionaria. No era más que un grupo de propaganda del “comunismo” en general; pero el triunfo de Stalin sobre el partido ruso determinó un cambio radical en su orientación.

El año cardinal será 1930; a partir de esa fecha, el Partido Comunista argentino ingresa definitivamente en la órbita de la

diplomacia soviética y se convierte en su más sumiso agente. Como es natural, a tal política, tal jefe. Vittorio Codovilla, un italiano trashumante que descubre el negocio ruso, llega a la dirección partidaria, que comparte con un maestro, Rodolfo Ghioldi, quien no carecía al principio de ciertas condiciones. Al mismo tiempo que Codovilla se convierte en la principal figura, Ghioldi llega a jugar el papel de segundo violín y, como será más tarde una de las características más evidentes del stalinismo, es aniquilado por completo.

El stalinismo condenará a Yrigoyen en la asonada del 30, calificándolo de “gobernante fascista”, participará en la Década Infame como “ala izquierda” de la oligarquía triunfante; controlará la CGT en sociedad con el socialismo amarillo; creará el Frente Popular, en busca de un acuerdo con la oligarquía probrítica, reflejando de ese modo la política de Stalin en sus tentativas por la formación de un bloque europeo “democrático”; pondrá en primer plano la consigna de la lucha contra el fascismo (adversario de los explotadores de la Argentina) y postergará indefinidamente la lucha contra el imperialismo.

Al estallar la guerra mundial, frente a la inesperada noticia del pacto nazi-soviético, adoptará durante un año y medio la consigna de la “neutralidad”, exactamente hasta el 22 de junio de 1941, en que Hitler ataca a la Unión Soviética. A partir de ese momento, el Partido Comunista será el verdadero organizador de todos los intentos realizados para lanzar al país a la guerra europea. Durante el régimen militar del 43 y en el transcurso del proceso que culminará en las elecciones del 24 de febrero de 1946, el stalinismo empleará todos los recursos financieros para lapidar al peronismo naciente, injuriar a la clase obrera y forjar la Unión Democrática. Este último frente es una hechura cabal del stalinismo y el testimonio de su completa podredumbre.

Durante los doce años de gobierno de Perón, el stalinismo vegetará, como lo hizo siempre, atrayendo incautos a través de periódicos híbridos como *Propósitos*, expresión genuina

del democratismo incoloro, propio de los stalinistas. Esa hoja de penosa lectura será el vocero legal infatigable de los stalinistas de la Argentina para reunir, con cualquier motivo y para cualquier ocasión, a lo que se ha dado equivocadamente en llamar los “idiotas útiles”; que no son tan idiotas, porque viajan gratis por Armenia soviética, por China o Bulgaria y regresan luego indemnes, a deslumbrar a los amigos burgueses con el tamaño de algún dique y a mostrar el gorro de astracán que le regalaron obsequiosos funcionarios. El stalinismo argentino no merece, en verdad, mayores consideraciones. La policía argentina respeta a Vittorio Codovilla como la policía de Lisboa respeta a un colega francés.

Por otra parte hay un convenio tácito entre la burocracia soviética y el imperialismo inglés para reservar la zona del Río de la Plata a la diplomacia británica. Se trata de un antiguo acuerdo, jamás violado, y el stalinismo argentino es sumamente fiel a los acuerdos que realiza el gobierno soviético. La orientación anglo-rusa es una constante de la política stalinista en la Argentina.

Esa es la razón por la cual el antiimperialismo yanqui es, en los últimos años, un elemento permanente en la actividad de estos “dirigentes” residentes en Buenos Aires. En resumen, considerar a los stalinistas como un partido argentino constituiría una licencia de lenguaje y no incurriremos en ella.

Pero además, y para terminar, el stalinismo juega otro interesante papel entre nosotros. Todo el mundo sabe que en la política se presenta con frecuencia la necesidad de que el gobierno de turno golpee a alguien: en la actualidad, nadie ignora que el peronismo es el movimiento popular más importante, o mejor dicho el único movimiento popular. Golpear al peronismo, o intentar aniquilarlo, exigiría el establecimiento de una dictadura franca o quizás el estallido de una guerra civil. Puede humillárselo, postergar sus demandas, arrestar a algunos dirigentes obreros. Todo esto cabe, según se sabe, en el Estado de derecho. Pero como el imperialismo yanqui

desea pruebas de que en la Argentina la casa está en orden, y como barrer el espectro comunista ejerce un efecto sedante sobre los nervios de los militares que desean olvidarse de los problemas importantes, el gobierno de Frondizi, votado por los comunistas, reprime la propaganda y la actividad de los comunistas. Es el payaso que recibe las bofetadas.

Esto es casi una manía para Codovilla, manía un tanto masoquista, pero en todo caso útil para extraer nuevas sumas de dinero, y para evitar hablar de política. Lo mismo ocurrió con el stalinismo chileno, cuando Neruda escribió un poema titulado “El pueblo lo llama Gabriel”, hasta que González Videla llegó al poder y los mandó a todos a los campos de concentración de Pisagua. Con el González Videla argentino les ha ocurrido algo semejante.

Convendrá el lector que después de todo lo dicho hemos dado un paso adelante en cuanto a la comprensión de la “izquierda” en los países semicoloniales. Si la noción “izquierda” contiene la idea de la “progresividad”, de la “corriente de la historia”, y si el Partido Socialista y el Partido Comunista son partidos de izquierda, ¿cómo juzgar, por ejemplo, a la Unión Democrática de 1946, integrada por esos partidos? Y si Perón contó en ese año con el apoyo de núcleos nacionalistas reaccionarios, incluso de viejos elementos fascistas, ¿deberemos concluir que en 1946 a Braden le asistía la razón contra Perón?

Sobre esta contradicción superficial entre forma y contenido, explotada frecuentemente por el imperialismo para aislar a los movimientos nacionales en los países coloniales, Trotski ha expresado algunas ideas reveladoras que a pesar de su difusión reproduciremos aquí, ya que cada generación que aparece tiene distinta memoria que las anteriores:

“En los países de América Latina los agentes de los imperialistas democráticos son especialmente peligrosos, desde que son más capaces

de engañar a las masas que los agentes declarados de los bandidos fascistas. Tomaré el más simple y demostrativo ejemplo: en Brasil existe hoy (1958) un régimen semifascista que ningún revolucionario puede ver sino con odio. Supongamos, sin embargo, que mañana Inglaterra entrara en un conflicto militar con el Brasil. Yo le pregunto, ¿de qué lado del conflicto estará la clase obrera? Le contestaré por mí mismo: en este caso, yo estaré de parte del Brasil fascista contra la Inglaterra democrática. Porque en el conflicto entre esos dos países no será una cuestión de democracia o fascismo. Si Inglaterra triunfara pondría otro dictador fascista en Río de Janeiro y colocaría una doble cadena alrededor del Brasil. Si, por el contrario, el Brasil fuera el que triunfara, ello daría un poderoso impulso a la conciencia nacional y democrática del país y llevaría al derrocamiento de la dictadura de Vargas. La derrota de Inglaterra, al mismo tiempo, daría un golpe al imperialismo británico e impulsaría el movimiento revolucionario del proletariado inglés. Verdaderamente, hay que tener la cabeza vacía para reducir los antagonismos mundiales y los conflictos militares a la lucha entre el fascismo y democracia. Bajo cualquier máscara hay que aprender a distinguir a los explotadores, dueños de esclavos y ladrones.”

El contenido positivo de la “izquierda” en el proceso histórico se esfuma cuando, por ejemplo, un partido “extremista”, bajo cualquier pretexto se coloca en el frente antinacional de un país atrasado; en ese caso, carecen de importancia sus creencias sobre lo admirable que fue la Revolución Francesa, o el carácter seductor de los Derechos del Hombre, su simpatía verbal por “los oprimidos”, o su platónica adhesión por la Revolución Rusa. Esa “ideología” se ha desvinculado de la realidad, como se ve, y como es únicamente la realidad la que imbuye de contenido a toda ideología, su carácter abstracto permite que alguna fuerza no precisamente “progresiva”, inocule un contenido político concreto a esas enunciaciones enfáticas.

## Juan B. Justo\*

Irguiéndose apenas sobre su banca, con su barbita en punta y su agria voz en falsete, el doctor Juan Bautista Justo remató su discurso contra los gobiernos de la “política criolla” con estas palabras:

“El país progresa, a pesar de sus gobiernos, debido a la necesidad de expansión de los pueblos y al capital europeo; progresaría más si en lugar de este gobierno tuviéramos por gobierno un consejo formado por los gerentes de los ferrocarriles.”

\* Extracto del artículo “Derecha e izquierda en la Argentina oligárquica”, aparecido originalmente en la revista *Dinamis*, perteneciente al Sindicato de Luz y Fuerza, Buenos Aires, 1966, y luego incluido en *El marxismo de Indias*, Planeta, Barcelona, 1973.

En ese momento ejercía el gobierno, tan despectivamente aludido por Justo, el doctor Roque Sáenz Peña. El discurso del jefe socialista era pronunciado en 1912, apenas cuarenta días después que la misma Cámara de Diputados aprobara la ley enviada por Sáenz Peña sobre el voto obligatorio y secreto. Así juzgaba Justo al presidente que barría el camino para la primera intervención popular en los comicios. ¡Curioso socialista!

Pero el doctor Justo no era el único en juzgar de este modo a Sáenz Peña, cuya posteridad se vería abrumada por una retórica de jardinería fúnebre. También los “diarios grandes”, con sus vozarrones, castigaban al presidente y detestaban la célebre ley. Ayer nomás, el traficante de libretas de enrolamiento, don Cayetano Ganghi, con su habano y su parla de cocoliche, la flor en el ojal y su familiaridad con los personajes, escribía confidencialmente a (Ramón José) Cárcamo: “Roca es un poroto a mi lado. Tengo 2.500 libretas”.

Justo era un socialista verdaderamente extraordinario al atacar de esa manera al presidente que ponía fin a la era del voto venal pretendiendo sustituirlo por los gerentes británicos. ¿Por qué ese jactancioso desprecio por la “política criolla” en un país criollo o casi criollo? ¿En qué razones se fundaba su admiración por el capital extranjero y su aversión hacia todos los gobiernos argentinos? Ya en 1894, antes de fundar el Partido Socialista, Justo había hecho sus primeras armas periodísticas en el diario del general Mitre: postulaba en un artículo los beneficios del libre comercio (que hoy llamaríamos “libreempresa”), y se dirigía a los ganaderos, según sus palabras, para que no fueran a caer, por ingenuos, en las pantanosas aguas del proteccionismo industrial.

Su formación positivista, hija de la época que intelectualmente lo formó, contribuyó a su exaltación de las virtudes de la raza blanca sobre la molicie mestiza o criolla. Justo, en un rincón de la América del Sur, sufría como propia la “carga del hombre blanco”. Había aprendido en la tradición familiar la versión canónica de una historia fabulosa urdida por los ven-

cedores de Pavón: su juicio maligno sobre los gauchos, montoneros y caudillos que recoge su poco leída *Teoría y práctica de la historia*, agobiada de estadísticas australianas, así lo prueba.

El fundador del socialismo en la Argentina resultaba ser positivista en filosofía, librecambista en economía y mitrista en historia. Como además Spencer le había enseñado que sólo sobrevive el más apto y que el progreso es indefinido y constante, Justo estaba persuadido de que el exterminio de los gauchos criollos por los ejércitos porteños respondía a las más profundas tendencias de la ciencia evolutiva y que la matanza de los negros en África, como el dominio británico de la economía argentina, confirmaba en todas sus partes la idea biológica de la adaptación al medio de la enérgica raza blanca.

Como se comprende fácilmente, esta era la idea prevaliente en la Europa dispéptica y ahíta posterior a Sedán. Offenbach le había puesto música a esa hermosa fiesta que concluyó en 1914.

### **Una sociedad portuaria de consumidores**

Si estas ideas del doctor Justo no concernían en modo alguno a las particularidades de la realidad argentina a principios del siglo, formulaban, por lo menos, una apreciación más o menos correcta de la sociedad portuaria. Buenos Aires se había erigido como una ciudad-puerto cosmopolita, burocrática e improductiva, una prolongación sudamericana y complementaria de la economía capitalista europea. Pero el resto del país era su más directa antítesis.

Por ese motivo, el socialismo de Justo no se propagó jamás a toda la República. Desde su origen hasta el presente asumió el carácter no desmentido de un grupo político del municipio de Buenos Aires. Resultaba inevitable que cada vez que un gran movimiento nacional pasaba bajo los ojos miopes del

“socialismo” desconocería su significado, pretendería medirlo con un criterio europeo y condenaría como bárbaro el río multitudinario tan solo porque no estaba dibujado en sus mapas.

Traductor del primer tomo de *El capital*, de Marx, Justo había ironizado muchas veces sobre el materialismo dialéctico, que se le antojaba una especie de “metafísica”. Él mismo se confesaba un “realista ingenuo”. El pensamiento dialéctico era un pensamiento perturbador en una sociedad satisfecha de sí misma, que se expandía sin resistencia en un mercado mundial elástico y rico, como el de la Europa sibarítica del Centenario. El positivismo reinaba soberanamente en un mundo sin contradicciones, cuyo horizonte se iluminaba bajo el sol inmutable del patrón oro en un cielo sin nubes.

La división internacional del trabajo también parecía darle la razón a Justo: la providencia (o el gran arquitecto, en su caso) había distribuido sabiamente el genio inventivo en el brumoso Mar del Norte y el fértil humus en la Pampa soberbia. Ese destino pastoril de la Grande Argentina gozaba de la aprobación de Justo: sólo exigía para el artesanado y la aristocracia del trabajo en la capital derechos políticos y seguridad social, como cabía exigirlos en una sociedad capitalista en crecimiento. A las provincias interiores las miraba con sospecha.

Su librecambismo, según se ve, se fundaba en la clientela consumidora de Buenos Aires, que debía adquirir los productos industriales del Viejo Mundo a precios reducidos, del mismo modo que los europeos consumían los alimentos argentinos a bajo costo. Esta política sólo podía conducir a la eliminación del escaso proletariado industrial existente o a impedir su crecimiento. Como se sabe, sin industria no hay clase obrera.

Esto mismo permite definir el “socialismo” de Justo, así como identificar al grupo social porteño que seguía sus inspiraciones. El “maestro” del socialismo había transformado la doctrina liberadora del proletariado en una panacea para consumidores pequeño burgueses de la ciudad de Buenos Aires.

En cuanto a la historia argentina anterior a la inmigración la consideraba como una especie de disputa étnica, a la manera de Sarmiento, que fue un gran escritor aunque un pensador arbitrario y cuyo poder visual dejaba mucho que desear, ya que ve la civilización donde estaba la barbarie y la barbarie donde germinaba la civilización.

Bajo la difusa polvareda de los combates, Justo sólo distinguía en ellos al primitivismo americano, cuna de caudillos asiáticos del tipo de Artigas o Quiroga, sentados en cráneos de vacas y bebiendo aguardiente en guampa. Así, Justo transfiguraba la factoría rioplatense en una sociedad verdadera, al estilo de Europa. Reducía la Argentina de su tiempo a los contornos de la ciudad de Buenos Aires, y la historia nacional anterior a la inmigración a una pura irracionalidad.

Con un método análogo consideraba que las guerras coloniales “franquean a la civilización territorios inmensos. ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades?”. En cuanto a la América Latina no era menos lapidario: “Apenas libres del gobernador español, los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener en paz a esos hombres de otra lengua y de otras razas”.

Es que junto con la importación de ferrocarriles, artesanos e institutrices francesas habían llegado al Plata a fines del siglo pasado difusas nociones de un laborismo británico tan cuáquero y prudente como el nacido en las lejanas islas. No puede asombrar, en definitiva, que este peculiar socialismo cosmopolita de la Argentina agraria se apresurase en librar de todo equívoco a aquellos que suponían posible fusionar la tradición nacional con las ideas socialistas. Ese fue el caso de Manuel Ugarte.

Cuando Ugarte defendió a Colombia contra la segregación de su provincia de Panamá, *La Vanguardia* asumió la defensa de la “soberanía panameña”, esto es, de la política norteamericana escisionista. Ugarte debió alejarse del Partido Socialista.

Algo semejante ocurrió con Palacios, que abandonó esa agrupación en 1915 y que a pesar de su énfasis oracular se había propuesto también un socialismo latinoamericano, aunque bañado en el agua de olor de su insoportable retórica. Luego advirtió que resultaba más ventajoso encomiar simultáneamente a Mitre y al Chacho, tomar el té con el almirante Isaac Rojas y posar de nacionalista, todo al mismo tiempo.

### **Socialismo y Marina de guerra**

El “socialismo” de Justo había nacido como manifestación de una sociedad exportadora y estática. En 1945 ya era un espectro de esa sociedad que tendía a desvanecerse ante un nuevo proletariado traído al mundo por la industrialización posterior al año 30. Aquellos cooperativistas y artesanos de 1910 se habían convertido en comerciantes o importadores, cuando no en industriales con fortuna nueva e ideas viejas, y su menguante influencia electoral porteña se cosechaba en un pequeño sector de la clase media, acomodada todavía en el viejo sistema y narcotizada por la lectura de los editoriales de *La Prensa*.

Pero ya resultaban extraños en el nuevo país. En 1945 el Partido Socialista se encontró de modo totalmente natural junto a la Marina de guerra, cuyos oficiales aún llevan en su uniforme luto por la muerte del almirante Nelson, a diferencia de los paisanos de Salta, que todavía hoy llevan en sus ponchos rojos con rayas negras luto por la muerte de Martín Güemes. Antes de 1945 estas cosas no podían entenderse; después, resultó más sencillo penetrar su sentido.

### **Vittorio Codovilla\***

#### **De cómo un tesorero italiano introduce en la Argentina a un georgiano rusificado**

La reacción burocrática en la Unión Soviética determinó que en la Internacional Comunista se procediera a una selección natural de sus dirigentes locales. Ya en diciembre de 1926, Rodolfo Ghioldi y Vittorio Codovilla, con una adaptación al poder realmente notable, hacían aprobar por el Comité Central la siguiente resolución: “El Comité Central del Partido Comunista de la Argentina manifiesta su solidaridad con el Partido Comunista de la Unión Soviética, ratificando su enér-

\* Extractos reproducidos de *Historia del stalinismo en la Argentina*, Ediciones del Mar Dulce, 1969.

gica oposición al trotskismo y condenando (como ya lo ha hecho con las actitudes fraccionistas de la oposición rusa) sus concepciones erróneas y antileninistas”.

Refiriéndose a dicho período el Comité Central, en 1947, desarrollaba todavía mejor ese pensamiento:

“Por otra parte la situación económica y política de la Unión Soviética se caracterizaba por el hecho de que pasaba por serias dificultades de crecimiento en ese periodo de transición hacia la construcción del socialismo, dificultades que eran aprovechadas canalescamente por los trotskistas que sabotaban la producción y hacían una oposición sistemática a la política stalinista de construcción del socialismo. Los trotskistas se esforzaban por dividir el Partido Bolchevique con el fin de quebrantar la dictadura del proletariado, de hacer perder la fe al pueblo soviético en la posibilidad de triunfo del socialismo en el país, y de ese modo, crear las condiciones favorables para la restauración del régimen capitalista. Esta campaña infame de los trotskistas contribuyó a sembrar dudas entre los elementos vacilantes e inconsistentes de los Partidos Comunistas, acerca de la posibilidad de la construcción del socialismo en la URSS y del desarrollo revolucionario de la situación a escala mundial.”<sup>2</sup>

Convendrá el lector en que la importancia de las citas reproductivas no residen en su importancia teórica o más bien en el hecho de que mientras Ghioldi y Codovilla condenaban desde Buenos Aires el trotskismo, las divergencias interiores del partido bolchevique eran prácticamente desconocidas fuera de Rusia. Las principales figuras de la oposición aún figuraban en el Comité Central del partido y en los más altos cargos del Estado y los retratos de Trotski junto a los de Lenin, decoraban cada habitación obrera de la Unión Soviética.

---

2. *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*. Redactado por el Comité Central del PC, Editorial Anteo, 1947, pág. 61.

Lo curioso de estas declaraciones residía, precisamente, en que los dirigentes del Partido Comunista argentino, ya en 1926, se habían constituido voluntariamente en correa de transmisión de la burocracia rusa de este país. Cumplían su papel a conciencia. En esa razón tan conservadora habrá de buscarse el origen de la prolongada campaña antitrotskista llevada a cabo durante más de treinta años por el grupo dirigente del Partido Comunista argentino, tanto más meritoria y provisora por cuanto durante muchos años no existieron grupos o tendencias trotskistas en el país, ni nadie tenía la más remota idea del significado de esa extraña palabra.

### Un hombre de la estepa en el Congreso de Bruselas

En febrero de 1927 se reunió en Bruselas el Congreso Antiimperialista, convocado por la Liga Antiimperialista Mundial, organismo colateral de la Internacional Comunista. Asistieron a dicha reunión las más variadas personalidades independientes –desde Manuel Ugarte hasta Carlos Quijano– y también figuras “independientes” que la Internacional Comunista empleaba como tales para fines subsidiarios de prestigio. El inevitable Romain Rolland llevó sus mensajes lacrimosos. Pertenecía a ese género de filisteos del tipo de H. Wells y los Webb, más tarde los Sartre y Cía., Alfredo Palacios europeos, profesionales de todas las causas del progreso, aunque inseguros amigos en las horas difíciles, sobre todo cuando las revoluciones carecen de domicilio constituido y hay que hacerlas.

También asistieron grandes políticos y pensadores de América Latina, como Manuel Ugarte, José Vasconcelos y Víctor Raúl Haya de la Torre, así como la viuda de Sun-Yat-Sen, e incluso el dócil e inocuo comunista japonés Katayama. Pero resulta imposible omitir, para los fines de este libro, la cautivante presencia, en nombre de los comunistas argentinos, que aún no se llamaban todavía “stalinistas”, de Vittorio Codo-

villa. Por la composición del Congreso y, por así decirlo, por su “decorativismo”, se advertía que la Internacional Comunista, que movía los hilos, había cambiado recientemente de dirección. El Congreso restó importancia a los problemas de América Latina. Todo su interés se dirigía al Asia, donde la segunda revolución china marchaba hacia la catástrofe guiada por Stalin. Este, por intermedio de Bujarin, que reemplazó a Zinoviev en el comando de la Internacional, sostenía la teoría de la subordinación del Partido Comunista chino a la organización del Kuomin-tang, partido de la burguesía dirigido por Chiang Kai-Shek. Dicha política condujo al exterminio de miles de comunistas chinos en marzo de 1927, cuando Chiang desarma los sindicatos de Shangai y ejecuta en masa a los comunistas, que pedían desesperadamente a Moscú autorización para resistir.

El Congreso de Bruselas permitió a Haya de la Torre exponer algunas ideas realmente fecundas alrededor del redescubrimiento teórico de América Latina. Opuso su antiimperialismo de unidad latinoamericana a la “lucha antiimperialista pura” de los delegados comunistas, entre ellos Codovilla, que desdeñaban la cuestión nacional latinoamericana y tan solo veían en la penetración extranjera el pretexto para un antiimperialismo abstracto. Hacían lo que hacen en nuestros días: al coincidir con el imperialismo en considerar como legítima la existencia de veinte “naciones”, renuncian a luchar por la unificación nacional, la tarea central de la revolución latinoamericana. La “balcanización” del continente permitía al imperialismo prolongar la agonía económica latinoamericana y a la burocracia soviética negociar la lucha “antiimperialista” desde la plataforma insular de cada “nación”, de acuerdo a la evolución de la política exterior del Kremlin.

En una sesión del Congreso, cuando Haya de la Torre insistía en la necesidad de estudiar los problemas de América Latina como una gran unidad económica y política, Codovilla exclamó:

“¡Que perezcan, por último, estos veinte pueblecitos con tal que se salve la Revolución Rusa!”<sup>3</sup>

Sin duda Codovilla ha mantenido en los últimos cuarenta años una posición inmodificable con respecto a su continente de adopción, y esa exclamación no será la última. Su colega en el Congreso de Bruselas, y luego renegado del comunismo, el peruano Eudocio Ravines, dirá en sus memorias que Codovilla le confió:

“A un comunista no le interesa sino la campaña de la III Internacional, aunque para sostenerla se sacrifiquen quince países.”<sup>4</sup>

La identificación de este curioso dirigente del Partido Comunista argentino con el gobierno soviético no podía ser más completa. Será necesario agregar que Vittorio Codovilla no era argentino. Había nacido en Italia en 1894, aunque su existencia haya discurrido en actividades no siempre públicas, en varios países: Italia, Argentina, Rusia, España, Francia. Sobre la naturaleza de dichas actividades y sus efectos sobre el movimiento revolucionario, hablaremos en el lugar oportuno de este libro. Tan solo diremos que aun ahora quienes han tenido la fortuna de escucharlo “in voce”, coinciden en corroborar su escaso dominio de nuestro idioma. Eximo al lector de comentar inmediatamente su prosa, y para decirlo de algún modo, sus ideas escritas. Le impondremos esa tarea a medida que estudiemos sus diversas posiciones y las de su partido. ¡Curioso jefe de un partido político! Un verdadero cosmopolita como el personaje en cuestión figuró durante décadas al frente de un movimiento “comunista”. Como si toda la experiencia histórica no enseñara que el jefe de un partido debe ser la encarnación misma de la tradición, los

---

3. Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1954, pág. 188.

4. Op. Cit., pág. 189.

intereses y la psicología del pueblo en que actúa. Un Lenin, un Kemal Ataturk, un Cárdenas, un Tito, un Nasser, un Mao-Tse-Tung, un Yrigoyen, un Perón, resumen en sus personalidades los rasgos generales de la historia nacional en su forma más plástica. Solo un partido “extranjero”, es decir, no integrado en la trama viva del país, podía colocar a su cabeza un dirigente como Codovilla, “extranjero” en el sentido más profundo de la expresión. No era por cierto la Argentina la excepción. América Latina no revestía ninguna importancia para los grandes personajes de la Rusia soviética. Un ruso en el Partido Comunista de Colombia, un japonés, un hindú y un norteamericano en el Partido Comunista de México lo ponen de relieve.

(...)

### **Codovilla y la política rusa**

En esos años (1930-1940) dos destacados dirigentes del stalinismo (Rodolfo Ghioldi y Vittorio Codovilla) estaban ausentes del país. El primero estaba encarcelado en el Brasil, por su participación en la aventura insurreccional dirigida por Prestes. Con respecto a las ocupaciones de Codovilla en el extranjero hay menos datos, pero los que se conocen parecen suficientes.

Después de haber empujado al partido en 1930 a la lucha contra Yrigoyen, Codovilla abandonó la escena de sus triunfos. Su estadía en la Unión Soviética consolidó su crédito ante la burocracia, que lo envió en 1937 a España. Allí actuó con el general soviético Bielov (funcionario de la NKVD, policía política rusa, con jerarquía de general), encargado con plenos poderes de la represión en la España republicana de todos los militantes comunistas descontentos, revolucionarios no stalinistas, trotskistas, dirigentes del POUM y anarquistas. La actividad de Codovilla en España ha sido señalada ya en varios libros de importancia documental. Algún día no muy lejano se sabrá absolutamente todo.

El fusilamiento de doce oficiales comunistas que lucharon en el frente de Belchite, donde la artillería alemana redujo a polvo las fortificaciones hechas con cemento soviético, el asesinato de Andrés Nin, dirigente del POUM, del teórico anarquista italiano Camilo Berneri, del ex secretario de Trotski, el joven alemán Erwin Wolf, del socialista ruso Marc Rhein... y de otros centenares de militantes revolucionarios del mundo entero que luchaban en España por el socialismo, fueron episodios estrechamente vinculados a la actividad de Codovilla en España. Podría hablar de ellos con mayor autoridad que la de la teoría marxista.

Ya Krushev arrojó una luz brutal sobre los crímenes de Stalin, en el XX Congreso de 1956. Largo tiempo reprimida, la corriente de la verdad también arrastrará a Codovilla, cuya oscura personalidad en relación con el poder ejercido es uno de los típicos sarcasmos de la época contrarrevolucionaria que evocamos.

(...)

### **La nueva clase obrera**

Dos meses más tarde de las jornadas de octubre (de 1945) el Partido Comunista celebraba una Conferencia Nacional. Vittorio Codovilla presentó un informe que merece la celebridad de que goza: “Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso”. A sesenta días de las elecciones que debían restablecer un gobierno constitucional, el máximo dirigente del Partido Comunista trazaba un diagnóstico de las fuerzas que debían enfrentarse.

Nuestra predilección por el estilo de Codovilla no es muy grande: nos atreveríamos a decir que sus rencillas con la gramática son comparables a la repulsión recíproca que experimenta el marxismo por él y él por el marxismo. Italiano de origen, largos años radicado en la Unión Soviética, Codovilla no ha logrado nunca poseer a fondo la lengua española. La gracia del idioma no lo frecuenta y de esta lucha sorda por la expresión deviene la tortura del lector.

Por otra parte, si el idioma es el alma de un pueblo, como sin duda lo es, esta desconexión de Codovilla con el espíritu nacional se relaciona hondamente con la abierta incompatibilidad que lo separa de nuestra historia, en la que la política argentina, como la de todos los países jóvenes, tiene tan profundas raíces y justificaciones.

Sería una exagerada pretensión, poco marxista, por lo demás, deducir de la personalidad de Codovilla la acción del partido que dirige. Es más bien esta acción la que ha engendrado a Codovilla y lo ha elevado a la pública expectación como prueba de su desarraigo. Es curioso que en el proceso de selección al revés que se verifica en la Internacional Comunista, después de la muerte de Lenin, para designar a los dirigentes de los partidos locales, haya permanecido Codovilla durante largos años como el hombre más indicado para la tarea en la Argentina. Esto demostraría que para la burocracia soviética la Argentina es un país poco importante, que se conforma con poca cosa o, quizás, que Codovilla es el tipo de burócrata más característico de la promoción elegida por Stalin.

A semejanza de este último, Codovilla es un “alógeno”: tampoco el siniestro georgiano habló correctamente la musical lengua rusa y la escribió tan deplorablemente como Codovilla la castellana, según pueden atestiguarlo los textos que de Stalin conoce el público latinoamericano. Sea lo que fuere, Codovilla, como su amado maestro, ha sido siempre más fuerte en la acción organizativa que en la teórica.

Pero como ocurre frecuentemente con este género de hombres prácticos, alimentan en el fondo de su corazón una ardiente ansiedad por profesar la “teoría”. El “alógeno” desea brillar en la metrópoli; el rudo empirista, anegar el mundo con sus especulaciones y la tribuna con expansiones oratorias. Estas coincidencias con Stalin, seguramente desarrolladas por una sana emulación, debieron causar hondas satisfacciones, en sus tiempos, a Codovilla, y quizás fueran todo su crédito.

Después del informe de Kruschev, con las revelaciones sobre los crímenes de Stalin, esos andares se han calmado. Pero el estilo no ha podido cambiar ya, y ha sobrevivido a la muerte de Stalin y a sus nuevas exequias. Podría creerse que sin GPU en Moscú y sin policía soviética en España, Codovilla es un hombre perfectamente inofensivo. Nada de eso. No tenemos derecho a tranquilizar al lector. Bastará que pasemos a citar fragmentos de su obra maestra, para que se advierta que Codovilla, aun sin aparato de represión a su alcance, será siempre, mientras la pluma no caiga de su vigorosa mano, un hombre realmente mortífero.

(...)

### **Codovilla contempla el divino rostro**

En una reunión de Comité Central del partido celebrada en los días 6, 7 y 8 de febrero de 1953, Codovilla presentó un informe animado por un soplo de vida, por primera vez en muchos años. Este hecho inusitado obedecía a la divergencia planteada por (Juan José) Real, nacida de la realidad argentina misma. La débil heterodoxia inquietó tan profundamente a Codovilla que se vio obligado a “polemizar”. El interés del documento dimana de esa crisis, que puso a prueba la naturaleza y la formación política de los cuadros del partido.

Codovilla triunfó en toda la línea y Real fue expulsado –después de una lastimosa “autocrítica”– sin arrastrar detrás de sí un solo afiliado. Hasta que la experiencia pruebe lo contrario, es preciso convenir que la masa de afiliados está modelada en el cipayismo proimperialista en la Argentina y en el cipayismo prosoviético fuera de ella. Tal es la base “granítica” de Codovilla. Las razones ya las hemos explicado y no volveremos sobre ellas. El caso de Real no hace sino confirmarlas.

El informe de Codovilla comienza con una nota involuntariamente operística:

“Han transcurrido apenas cuatro meses desde que se publicó la *genial* (subrayado de Codovilla) obra científica de Stalin *Problemas económicos del socialismo en la URSS* y desde que se realizó el histórico XIX Congreso del glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética, y ya es visible para todos que los acontecimientos internacionales y nacionales marchan en *la dirección prevista* (subrayado de Codovilla) en la historia de la humanidad.” (pág. 7)

Esta diligencia lacayuna hacia la burocracia soviética y su jefe llegaba a extremos inauditos, aun en la boca de Codovilla, diestro entre los aduladores diestros. Como si un espíritu maligno lo impulsase sistemáticamente al error, Codovilla educaba al partido en la idea de que un congreso en Rusia podía prever los acontecimientos mundiales inmediatos (cosa imposible hasta para Marx, que se equivocaba en casi todas sus predicciones a corto plazo); que además, lo que no era poco en los Casandras eslavos, preveía los acontecimientos inmediatos de la Argentina y, en fin, que la sabiduría reunida en sus deliberaciones no podía sino quedar grabada en los fastos del género humano.

Entre las páginas 7 y 9 del Informe, Codovilla califica de “genial” a Stalin cinco veces. Era un buen promedio, si se considera que toda la introducción del Informe, ampliamente “rusificada”, perseguía el propósito ulterior de aplastar definitivamente a Real y a todos aquellos que pretendieran orientar al Partido Comunista hacia la realidad argentina. Aun un fogueado stalinista como Codovilla debía conmoverse hasta las lágrimas al escuchar en el Congreso del partido soviético el nombre de Stalin.

Esta proeza literaria no puede caer en el olvido:

“¡Stalin! He aquí el nombre que cada vez que era pronunciado, *electrizaba* (subrayado de Codovilla) al Congreso. En ello iba implícito el homenaje fervoroso tanto de los camaradas soviéticos como de los camaradas de los partidos hermanos que tuvimos la dicha y el honor de estar presentes en

la sala del Kremlin; iba implícito el homenaje fervoroso de los comunistas y demócratas de todas partes del mundo, de toda la humanidad avanzada y progresista que reconocen en Stalin a su guía y maestro, al gran abanderado mundial de la paz. La presencia en el Congreso del hombre cuyo nombre ‘está siempre presente en el corazón y en la mente de los pueblos’, produjo una inmensa *satisfacción y alegría* (subrayado de Codovilla) en todos los que estuvimos en el Congreso y en especial entre los viejos militantes comunistas que tuvimos la suerte de conocer a Stalin a poco de triunfar la revolución soviética, ya que pudimos comprobar *con nuestros propios ojos* (subrayado de Codovilla) que, pese a los canalleros deseos de sus enemigos, *goza de perfecta salud* (subrayado de Codovilla).”

Esta desdichada predicción de Codovilla, ante un auditorio no stalinista, hubiera hecho temer por la vida de Stalin. Conociendo las facultades proféticas de Codovilla (el inevitable fascismo de Yrigoyen, el triunfo de Alvear, la inminente caída del gobierno de Farrell, la no menos inevitable intervención militar extranjera contra la Argentina, la obvia derrota electoral de Perón), era preciso prepararse para algún acontecimiento irreparable en la URSS. En efecto, veinticuatro días más tarde, Stalin fallecía en Moscú.

Por otra parte, estamos en el deber de rectificar una apreciación de Codovilla, una sola, claro está, un lunar en su luminosa exposición. La sensación “electrizante” que la sola mención del nombre de Stalin producía entre los delegados soviéticos al Congreso quizás no se originaba precisamente en la “alegría”, sino en el pavor, que suele producir fenómenos nerviosos parecidos. En efecto, en enero de 1953 Stalin había anunciado, después de catorce años, un nuevo proceso.

Se trataba de los “médicos envenenadores”, todos ellos judíos, que originó parecidos procesos en cadena en los países de las democracias populares (publicado en *Pravda*, el 13 de enero de 1953). Stalin preparaba una purga en masa del Politburó, formado por antiguos stalinistas como Krushev, Mikoyan, Molotov. La mujer de este último, judía, había sido

## Raúl González Tuñón\*

arrestada y enviada a Siberia, mientras se desataba una campaña antisemita en toda la Unión Soviética, vinculada a una “conspiración mundial sionista”.

La muerte de Stalin interrumpió el “proceso de los médicos envenenadores” y quizá salvó la vida de todos los miembros del actual gobierno soviético.

No es difícil imaginar el clima “electrizado” que evoca Codovilla al referirse al XIX Congreso del partido ruso. ¡El solo nombre de Stalin!

Pero su emoción pasó a un estado de éxtasis puro cuando su maestro en profecías (del cual Codovilla había aprendido cuanto sabe y esto permite conocer mejor a Stalin) declaró que:

“Existen todas las razones para confiar en los éxitos y la victoria de los partidos hermanos en los países donde domina el capital.”

Abrumando ante esta reflexión profunda, Codovilla comenta:

“Y que esto ha de ser así, no puede haber la menor duda, pues la experiencia demuestra que las afirmaciones del gran Stalin se basan siempre en *el análisis científico* (subrayado de Codovilla) de la relación de fuerzas en una situación determinada y que, por consiguiente, responden a la realidad.”

¡Una afirmación vaga transformada en prueba, una tímida enunciación de deseos trocada en ley! “Esto ha de ser así”, dice el astuto burócrata, riéndose sordamente para sus adentros del marxismo, de los marxistas y de los estúpidos que escuchan embobados sus balbuceos, mientras se dispone a expulsar a Real, envuelto en el mágico prestigio de su reciente estada soviética.

En el último número de *Cuestionario*, Raúl González Tuñón narra una autobiografía que el lector puede juzgar por sí mismo. En una parte de ella puede leerse lo siguiente, referido a la guerra civil española:

“Claro que después hubo gente como Barea que dijo que muchos habían ido a tomar manzanilla en la retaguardia. Abelardo Ramos también se hace eco de esta calumnia. Esto trae el asunto de mi escrito contra Trotski. Yo atacé cruelmente a Trotski porque lo consideraba un provocador: conocía sus artículos en las revistas más reaccionarias

\* Carta enviada por Ramos a la revista *Cuestionario*, dirigida por Rodolfo Terragno, en agosto de 1973.

de Austria, de Holanda, de Copenhague; no contra Stalin sino contra la Revolución Rusa. Conocía su campaña –de él y de los trotskistas– que contribuyeron al suicidio de Maiacovski (decían que la poesía revolucionaria de él ya no se comprendía). Eso, unido a una neuritis muy aguda y a un amor imposible, hizo que Maiacovski se pegara un tiro. Eso no quiere decir que yo deseara la muerte de Trotski, así como murió, con un pico de hielo; pero no me retracto de lo que escribí aunque ahora lo pueda considerar exagerado. El canallesco Abelardo Ramos, en el fondo me hizo un favor, atacándome; hay que volver a leer sus artículos en *Democracia* que escribía bajo el seudónimo de Víctor Almagro... esas cosas lamentables. (Por algo no ponía el nombre). O la defensa innoble de un miembro del FIP, preso por la ley de Onganía, diciendo que esa ley anticomunista estaba mal aplicada porque el FIP no tenía nada que ver con el comunismo...”

Hace casi exactamente 33 años, el 20 de agosto de 1940, un agente de los servicios secretos de Stalin asesinó a León Trotski, organizador de la insurrección de Octubre y fundador del Ejército Rojo. El señor González Tuñón escribió con ese motivo la siguiente página:

“Sobre el cadáver de León Trotski: en Coyoacán, palacete campestre pagado por el dinero norteamericano, ha muerto León Trotski, literato notable, hombre pequeño y traidor del Partido Comunista y de la Unión Soviética. Nunca fue antifascista como nosotros lo fuimos –y lo somos–, recordad, camaradas, los terribles años. Estaba inquieto últimamente porque mientras los imperialismos se desangran, la Unión Soviética construye avión tras tanque día a día... En la radio de Amsterdam por diez mil dólares –en los años terribles– dirigió al *New York Times* un mensaje –él, el hombre de la ‘revolución permanente’– delatando y calumniando a sus viejos camaradas del Partido... Dijo al ‘Plan Quinquenal’: ‘No...’ y el Plan Quinquenal... vosotros lo sabéis... Hoy que la prensa reaccionaria del mundo canta loas a su pobre cadáver de viejo resentido arrojándole la final paletada de tierra de ignominia, cómo se agranda la figura de Lenin, cuya memoria fue escupida por los que hoy

exaltan al Traidor, y cómo, cómo se agranda la figura de Stalin, el fantasma del fascismo y del imperialismo, la expresión suprema de nuestra causa y de nuestro Partido... Atrás, pequeño hombre. La tierra generosa hará con tus cenizas lo que hace con las cenizas de todos los hombres: algo útil a la tierra. Recién ahora tu carne torturada de envidia y fiebre oscura, tendrá un sentido, una función, pero los pueblos y el Partido no olvidarán que hubo un traidor... Atrás, pequeña sombra de lúcida maldad. Silencio sobre la tumba del pobre León Trotski, cuidador de conejos, esposo y padre... Que su ceniza tenga paz, pero no su memoria.”<sup>5</sup>

Al describir la Década Infame y la degradación del intelectual rosa, escribí en mi historia de la Argentina (Volumen V), lo que va a leerse:

“Eran los días de esplendor del Hombre Stalinista, ese híbrido singular de liberal y rusófilo formado a la sombra del gran puerto cosmopolita. Su psicología se alimentaba de dos elementos indestructibles: el odio a las revoluciones vivas del presente y la adulación a los Estados sólidos nacidos de revoluciones remotas. Cabe agregar que el stalinismo no reclutaba prosélitos entre los rebeldes sino entre los sometidos. Esta selección era completamente natural. Por lo demás, su predilección por las revoluciones aumentaba cuanto más lejanas eran y disminuía cuando estallaban en alarmantes lugares próximos. Las masas populares, en las calles del propio país, los petrificaría de despecho. No obedecía a ningún azar la adhesión de esta repugnante especie política al ‘socialismo en un solo país’ proclamado por Stalin en sus verdes tiempos. Esta doctrina serenaba los nervios y permitía la continuación de su vida burguesa en la práctica de la rifa, la colecta o el terno manifiesto. En este género de faena, la división del trabajo entre asesinos y versificadores fue perfecta. Después del asesinato, a Raúl González Tuñón, mediocre cortesano para todo servicio, se le encomendó la sórdida misión de can-

---

5. Raúl González Tuñón, *Canciones del Tercer Frente*, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1941, pág. 67.

tar ‘ad gloriam’ de los verdugos. Debía enlodar el cadáver del jefe de la Insurrección de Octubre. González Tuñón, arrodillado desde hacía veinte años en el stalinismo, estaba dispuesto a todo. Los incesantes viajes a Moscú, París o Madrid debían pagarse. Con el corazón alegre el lacayo borroneó algo que no merece caer en el olvido” (aquí transcribo su inmortal página) y concluyo:

“Encubridor y cómplice, González Tuñón poseía en alto grado la ‘tendencia al lodo’ que Freud había observado con su ojo certero en ciertos seres. No crea el lector que esta página absolutamente típica había nacido de una sola mano. En estas palabras del poeta eunuco se retrataba una generación y una época.”<sup>6</sup>

Ahora en *Cuestionario*, el versificador se atreve a recordar el episodio. Agrega que su heroico ataque a Trotski obedecía a que “conocía” sus artículos en revistas de Austria, Holanda y Copenhague. González Tuñón desconoce la lengua alemana, la holandesa y la danesa. También inspira dudas sus relaciones con la lengua castellana, si hemos de juzgarlo por la calidad de los productos verbales que expende. Mucho menos ha conocido nada de lo escrito por Trotski.

Miente, lo que en un stalinista veterano es ya una primera naturaleza, del mismo modo que su fábula sobre el suicidio de Maiakovski no puede creerla ya ni siquiera un lector de *Nuestra Palabra*. Bastará leer *Literatura y Revolución*, de Trotski, para advertir la agudeza de su juicio sobre los grandes poetas revolucionarios que, como Maiakovski, Esenin y Alejandro Block, se mataron o enmudecieron en el crepúsculo stalinista.

Parece que Tuñón no deseaba que asesinaran a Trotski “con un pico de hielo”. Lo hicieron con un zapapicos de montaña. Es de esperar que esta rectificación tranquilice sus escrúpulos por completo.

---

6. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, volumen V, “La era del bonapartismo”, Plus Ultra, Buenos Aires, 1972.

Tampoco parece henchido de alegría por mis artículos publicados en el diario *Democracia* durante el gobierno de Perón. Lo califica de “cosas lamentables” y aventura la sagaz hipótesis de que por esa razón, yo los firmaba con seudónimo. Sin embargo, el editor Peña Lillo editó dichos artículos en 1959 con el título de *De Octubre a Setiembre* y con el verdadero nombre de su autor, que podía firmarlos de ambos modos.

El lector que dude sobre su contenido podrá leerlos pues el mismo editor prepara una segunda edición que pronto estará en las librerías.

El triste versificador objeta calumniosamente mi defensa del compañero Simón Gómez, que realicé ante el Tribunal de la Cámara del Terror el año pasado. En la sala había público, y muchos detenidos, asimismo, pudieron escuchar mi exposición, que duró 25 minutos. Defendí el pensamiento marxista, su raigambre profunda en América Latina y su originalidad creadora, así como deslindé el ancho terreno que lo separa del seudo marxismo que defiende el Partido Comunista, aunque subrayé ante la Cámara que no era ese el lugar más apropiado para hacer la crítica a ese partido. La resolución de dicha Cámara, al absolver al procesado, se fundó en que no podía ser incluido en las disposiciones previstas en la ley.

No me habría ocupado del señor Tuñón si no hubiera regresado del campo de los muertos a tañer su desmedrada lira.

Ingrata como es, esta puntualización reviste cierto valor. Por ella, la nueva generación conocerá una época a la que Tuñón pertenece con pleno derecho.

## La burocracia soviética\*

*–El mundo entero se pregunta estupefacto qué es lo que ha ocurrido y qué es lo que ocurrirá en la Unión Soviética. ¿Podría formular usted algunas consideraciones sobre el tema?*

–No resulta sencillo responder en pocas palabras, como parece serlo para la prensa norteamericana y la Europa capitalista en general, esclarecer un tema tan complejo. Decía Trotski, poco antes de ser asesinado por un agente de Stalin en 1940, que si la guerra en ese momento en curso, la segunda guerra imperialista, no terminaba con el triunfo de la revolución mundial, había que revisar a fondo todos los presu-

\* Entrevista aparecida en la revista *La Patria Grande*, 2 de octubre de 1991.

puestos del socialismo. Según Trotski, de ocurrir ese hecho, debería considerarse, quizás, que la historia había probado la incapacidad de la clase obrera para tomar el poder y transformar a la sociedad en su conjunto: “En ese caso –decía– la tradición teórica del marxismo, que había encontrado su forma de realización en la revolución de octubre de 1917, debía ser sometida a un análisis completo”. De algún modo se buscaría otro camino para resolver los grandes problemas sociales y económicos de la humanidad.

*–En otras palabras, ¿el hundimiento de la sociedad soviética es también la prueba del fracaso del socialismo como concepción de una nueva estructura económica y política?*

–No vayamos más rápido que los acontecimientos. Según es sabido, la profunda noche en que sumió a los pueblos de la Unión Soviética la dictadura burocrática del stalinismo, no se redujo al satanismo personal de Stalin. En realidad reflejó toda una capa social, la famosa “Nomenklatura”, que abarcó, según los estudios realizados, alrededor de 4 a 5 millones de personas. La noche del stalinismo, que ha concluido, según los publicistas del así llamado “mundo occidental”, significa, lisa y llanamente, de acuerdo a tales esclarecidos sociólogos, el término, la conclusión o el fracaso del socialismo. Por el contrario –afirman los mismos publicistas– se habría demostrado la bondad de la democracia en Europa y en los Estados Unidos. Sería evidente el triunfo incontestable del régimen capitalista. Éste aparecería como el único régimen o sistema económico y social, capaz de satisfacer los requerimientos del mundo actual. Al mismo tiempo, la prensa occidental y parte de la prensa soviética sostienen la necesidad de volver a la economía de mercado, de restaurar el régimen de la propiedad privada, en particular de los campesinos, de solicitar préstamos a Occidente y de marchar hacia una economía de alto nivel de consumo general. De no hacerse esto, se predice en los medios “habitualmente bien informados”, se va a cernir sobre la ex Unión Soviética una catástrofe económica de caracteres colosales.

–*¿Es que usted desprecia de los mecanismos del mercado?*

– Por el contrario, el mercado ejerce un control que permite medir los flujos productivos y establecer precios adecuados a condición de que los delincuentes propios de toda sociedad (planificada o capitalista) sean controlados o eliminados por la sociedad mediante el Estado. En el caso de Rusia, Lenin procuró, desde 1922, someter a la economía semi-estatal y semi-cooperativa nacida después de 1917, al control del mercado. Entregó la tierra a los campesinos, medida categóricamente burguesa, similar a la reforma agraria de la Revolución Francesa de 1789, y otorgó al capital extranjero decenas de concesiones para explotar el petróleo de Baku, las empresas eléctricas y parte de la gran industria pesada. El fundador del Estado soviético calificaba a los burócratas del Partido Bolchevique, que pretendían dirigir la economía sin saber hacerlo, como “burócratas grandes rusos” y “gendarmes zaristas”. A su política de abrir la economía soviética a grupos capitalistas extranjeros y de estimular la productividad del campesino a fin de crear excedentes de granos, Lenin la designó como NEP (Nueva Política Económica). Simultáneamente emprendió una ofensiva contra el secretario general del partido, el georgiano Stalin, al que acusó de llevar adelante una política “rusificadora” más o menos del mismo signo que la que insinúa actualmente Boris Yeltsin en relación con las nacionalidades “alógenas” a las que trata con aires del antiguo imperio (no el stalinista sino el zarista).

–*De acuerdo a su punto de vista, además de la cuestión agraria, ¿sería la cuestión nacional el otro gran tema del pasado y del presente en la ex URSS?*

–Desde ya. Es el meollo del problema. Desde los tiempos de San Cirilo y la cristianización de los eslavos. Aquel ducado que se fue constituyendo alrededor de Moscú se expandió con los Romanoff durante diez siglos. Llegó a formar un imperio colosal que mantuvo bajo su yugo a más de sesenta nacionalidades que hablaban cerca de cien lenguas.

La “rusificación” consistió en suprimir los derechos políticos de tales pueblos, sofocar la cultura de las repúblicas y forzar la inserción de grupos rusos en las nacionalidades oprimidas. Salvo el breve interregno del gobierno de Lenin, que sólo duró cuatro o cinco años, a los mil años de imperio ruso sucedieron casi tres cuartos de siglo de “rusificación stalinista”, con otro color de bandera, otro sistema productivo, sin la OKRANA pero con la KGB. ¿Quién podría dudar que el estallido de la Unión Soviética no era la definitiva rebelión de los pueblos esclavizados por zaristas y burócratas stalinistas durante once siglos, que han encontrado al fin la oportunidad de proclamar su independencia nacional? Estos desconocidos tártaros que hoy exigen a los ucranianos la devolución de Crimea (mientras que Ucrania, con mucho ardor nacionalista, rechaza el nacionalismo de los tártaros, en tanto defiende su independencia frente a la República Rusa); aquellos turcomanos, khirgises o armenios, así hasta el infinito, estaban demostrando que no amenazaba al siglo XIX “el fantasma del comunismo” como escribía el joven Marx, sino el fantasma del nacionalismo, o sea el despertar de las nacionalidades. También a lo largo de este siglo XX está en discusión el derecho de las naciones a separarse de los imperios multinacionales, como en la URSS (dejando el contenido social a un lado, por ahora) y unirse en Estado nacional o Confederación de pueblos, en aquellos casos en que los grandes imperios se benefician de su desunión: América Latina es un ejemplo y el Oriente Árabe es otro. De tal suerte que los acontecimientos de la URSS de algún modo pueden hacer pensar en la historia de los latinoamericanos y del Tercer Mundo. Aunque pensándolo bien ya no hay Tercer Mundo. Hay un mundo “avanzado” en que se incluyen el Occidente capitalista y también los países del Este que han sido víctimas del stalinismo y que nunca conocieron al socialismo. El otro mundo, es el de los coloniales y de los semicoloniales que aún no han encontrado el camino para formular

su propio destino. Observe la indiferencia y a veces hasta el desprecio que muestran hacia el Tercer Mundo no sólo los occidentales sino también notorias personalidades soviéticas. Algunos de ellos señalan la necesidad de poner término a la ayuda y colaboración económica de la Unión Soviética con Cuba y otros países díscolos. En fin, todo esto indica la necesidad de un reexamen profundo de la historia y la actualidad de la Unión Soviética.

—A su juicio, ¿por dónde debería comenzar ese examen?

—Dicen los psicólogos que para comprender a un adulto o sus problemas es necesario hacer un viaje a la infancia y encontrar ahí algunas claves de su problemática futura. En relación a las sociedades, en mi opinión es preciso, casi siempre, historizar de algún modo su presente pues las raíces de los hechos que ocurren ahora, en este caso me refiero a la Unión Soviética, es necesario buscarlas en su origen, en 1917, y desde cierto punto de vista, aún antes. Sería preciso saber por qué triunfó la revolución de 1917 sobre el imperio zarista de los Romanoff.

—De sus palabras podría desprenderse la idea de que hay una conexión bastante íntima entre lo que podríamos llamar la disolución del Imperio Soviético, la previa Perestroika, el stalinismo, el período de Lenin y al parecer toda la historia rusa.

—Exacto.

—A su juicio, la formidable crisis que conmueve a la Unión Soviética y que, de algún modo, afecta al mundo entero, ¿significa el fracaso del socialismo?

—Es bastante curioso que en la llamada “era informática”, donde las comunicaciones y los sistemas de computación han permitido a la sociedad moderna acumular formidables masas de información, que pueden ser incorporadas al conocimiento humano tan solo con el pequeño esfuerzo de oprimir un botón, la ignorancia alrededor de los problemas esenciales haya tenido una expansión equivalente. La humanidad llamada civilizada, la parte de la humanidad que se llama a

sí misma civilizada, no constituida precisamente por las tres cuartas partes del género humano que habitan en el Tercer Mundo, se encuentra como abrumada. Una sombría perplejidad se ha apoderado de ella. El llamado capitalismo triunfante, engeguedo de alegría ante el fracaso de la sociedad soviética, padece al mismo tiempo —cosa verdaderamente sugerente— de una confusión de ideas, de una incertidumbre que se mezcla incesantemente con el temor a lo desconocido. Esto nos permite entender muy bien por qué un norteamericano de origen japonés haya podido escribir, sin saber en definitiva qué se proponía demostrar, un ensayo titulado *El fin de la historia*. Más trágico resulta todavía el espectáculo de la pequeño burguesía ilustrada del Tercer Mundo. Es una fiel copia de las clases medias que han engordado en el Occidente capitalista y cuyo narcisismo político e individualismo burgués está legitimado por el fabuloso desenvolvimiento de las fuerzas productivas en el mundo capitalista. Pero este no es el caso del pequeño burgués, más o menos intelectual, de las colonias y las semicolonias. Es este último justamente el que sufre agudamente la pérdida de todas las perspectivas. La clase pensante de Europa y de los Estados Unidos se ha vuelto indiferente a la política y desconoce las enseñanzas de la historia (si es que la historia en general ofrece enseñanzas) debido al bienestar alcanzado gracias a la marginación histórica de los pueblos débiles. La experiencia parecería indicar que aquellos países que han pasado por un largo período de tranquilidad social y de satisfacción económica parecen perder interés por una existencia apasionada. Es en este sentido que este tipo de naciones pueden producir ensayos como este al que me referí sobre el fin de la historia. Pueblos que, como el suizo o el belga, se han adormecido en la mollicie. Su ideal de vida es la seguridad personal. Han abandonado el ideal de toda gran empresa histórica. A estos ejemplos punzantes podría añadirse, con ciertos matices, la sociedad de la Europa Occidental a la que acaba de entrar alegremente la madre España,

olvidándose para siempre de aquellos a los que un día trató como hijos, abstraída de toda vicisitud, algo embriagada por esta dicha gastronómica y la recientísima conducta lúdica de su juventud. El destino de estos pueblos parecería ser el carecer de destino.

–*Pero usted no ha contestado a mi pregunta.*

–Estoy buscando hacerlo. Tenga en cuenta que desde hace medio siglo lo único que hemos escuchado es el conflicto de la Guerra Fría entre uno y el otro. Ahora bien, el Otro ha cesado. Y el Uno se considera triunfador. Se trata de un grave error óptico e histórico. Vamos a los hechos: no sólo ha concluido el sistema stalinista de opresión policial en nombre de la dictadura del proletariado, cosa de la que he tenido oportunidad de opinar no sólo ahora sino desde mi juventud. Tenga en cuenta que soy el autor del único libro que se ha escrito sobre la historia del stalinismo en América Latina, donde al mismo tiempo hago una evaluación de los orígenes del stalinismo en la Unión Soviética. Y le diré que no es un libro nuevo, se publicó en 1962, hace casi treinta años.

–*Aunque tiene una edición reciente...*

–Sí, es la tercera. Es fácil comprender, en consecuencia, que los acontecimientos de la Unión Soviética no me toman por sorpresa. Permítame agregar algo importante: la base de crecimiento y acumulación capitalista desde la crisis de 1930 hasta la Perestroika, fue la carrera armamentista. Roosevelt salió penosamente de la crisis mediante la conversión del aparato industrial hacia la producción de guerra, primero como arsenal de Inglaterra y luego para sostener sus propios ejércitos en los campos de batalla. Concluida la guerra con su tenebroso saldo de cincuenta millones de muertos, la Guerra Fría apareció en el horizonte como la fórmula salvadora para mantener y extender el “complejo militar industrial” que el presidente Eisenhower consideró una amenaza a las decisiones del propio gobierno norteamericano. La famosa “revolución científico-técnica”, de la cual han brotado tantas maravillas

de la vida moderna, no habría sido posible si en los últimos cincuenta años Estados Unidos no se hubiera convertido en una formidable fortaleza militar. Como auxiliares motores del gran estímulo suscitado por el poderío de la Unión Soviética, Estados Unidos probó sus armas en guerras sangrientas aunque secundarias: en Corea y Vietnam. Hasta hace poco tiempo, el setenta por ciento de los ingenieros norteamericanos trabajaban en fábricas vinculadas a los contratos con la Secretaría de Defensa. Algo espectacular ha ocurrido: el gran enemigo ha desaparecido de la escena. Las guerritas de baja intensidad en las márgenes coloniales del mundo civilizado no han sido ni serán suficientes para mantener en actividad al coloso armado hasta los dientes. ¿Será capaz el capitalismo norteamericano de convertir su sistema productivo de alta eficiencia en una competencia pacífica con sus dos grandes e inesperados adversarios, Japón y Alemania? Los hechos hablarán por sí solos. En lo que a la Unión Soviética se refiere, es indudable que ha desaparecido el control policial, han hecho su aparición todas las fuerzas reaccionarias que, con o sin policía secreta, aspiran a instaurar el capitalismo, despojar a los trabajadores soviéticos de las conquistas sociales y de las ventajas de la economía estatizada (sin la cual, y a pesar del burocratismo stalinista, Rusia y los otros países heredados del zarismo, serían hoy un territorio rural primitivo). Para terminar, de aquella Rusia imperial, analfabeta y bárbara de los Romanoff, poco a nada queda ya. Con un esfuerzo inaudito, el sufrido pueblo soviético ha logrado formar millones de físicos, biólogos, escritores, poetas, ingenieros y astronautas. Son el resultado del sufrimiento de varias generaciones. La burocracia stalinista, mediante Gorbachov, intentó una política de auto regeneración del poder, que aspiraba a controlar desde arriba. Pero la caldera había llegado al límite. El stalinismo ya era incompatible con el desarrollo industrial, científico y cultural de los pueblos soviéticos. La monstruosa herencia ideológica del stalinismo ha privado a los soviéticos

de un debate digno de la crisis que atraviesan. Hoy libran su lucha, más bien sordamente, las dos grandes tendencias que existieron en la URSS desde el comienzo: aquella que procura establecer el capitalismo y otra que procura mantener y purificar la tradición socialista de las primeras jornadas revolucionarias. El tiempo dirá cuál de ellas triunfará en definitiva y cuáles serán sus jefes, hoy desconocidos. Y el tiempo también permitirá que las nociones de socialismo, comunismo, marxismo y nacionalismo, en todas sus múltiples variantes, sean redefinidas a la luz de la vida real, de la historia concreta, sin gendarmes tutelares, falsificadores de la historia, ni envenenadores públicos.

## Los nacionalistas\*

La palabra “nacionalista” recién aparece en la prensa política hacia el fin de la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen. Adquiere su más plena difusión en la Década Infame. Antes de esa fecha el nacionalismo no existía como movimiento ideológico si se considera como algo singular y fuera de serie al periódico *La Voz Nacional*, que financiaban en 1926 una condesa italiana y un mutilado de guerra, también peninsular.

Habían aparecido, sin duda, algunos grupos “patrióticos” hacia 1909. Eran las patotas de “indios bien” que reñían en

\* Extracto del artículo “Derecha e izquierda en la Argentina oligárquica”, aparecido originalmente en la revista *Dinamís*, perteneciente al Sindicato de Luz y Fuerza, Buenos Aires, 1966, y luego incluido en *El marxismo de Indias*, Planeta, Barcelona, 1973.

Lo de Hansen con los grupos de extramuros o se propasaban con las señoras en la calle Florida. Los “indios bien” fueron arrancados de sus calaveradas en el Kiosco de Palermo o en el café concierto del Gato Negro para formar las bandas “patrióticas” que asaltaron, tirotearon e incendiaron los sindicatos obreros de Buenos Aires. Valieron para esta actividad inesperada los buenos oficios del Barón Demarchi durante la primera Semana Trágica.

Volvieron a salir los “indios bien”, bajo la inspiración de Joaquín de Anchorena, en 1919; la capital presencié entonces “pogroms” antisemitas, y las legiones de la juventud patriótica fueron adiestradas por el almirante Domecq García en el Centro Naval, en Florida y Córdoba.

Pero era un patriotismo “social”, no “nacional”. Se dirigía contra los extranjeros pobres, no contra los extranjeros ricos, que generalmente eran los amos de la República. Las bandas patrióticas no volcaron su cólera sobre el dominio británico en el país ni contra los rubicundos gerentes ingleses de los ferrocarriles, que vivían en sus fincas soleadas de Hurlingham y que eran “gente bien”. “Rusos” y “gringos” pertenecían a la clase de los que trabajaban. Tales fueron los comienzos del nacionalismo, antes aún de llamarse con ese nombre.

Diez años más tarde una nueva generación escribe el semanario *La Nueva República* y redacta las páginas políticas del diario vacuno-conservador *La Fronda*, que dirige Francisco Urriburu. Este órgano de la oligarquía bonaerense bautizará al presidente Yrigoyen con el mote de “El Peludo” y se convertirá, al concluir el período despreocupado de Alvear, en el más mordiente adversario del caudillo nuevamente en el poder.

Toda la oposición, desde los socialistas, demócratas progresistas o antipersonalistas, hasta la más cerril reacción conservadora, lee cada día la primera página de *La Fronda*. Allí escriben un puñado de brillantes jóvenes que ya empiezan a llamarse nacionalistas y que el conservadurismo utilizará, en ese momento y luego, para voltear a Yrigoyen.

Los hermanos Laferrere, los Irazusta, Ernesto Palacio, Pico, Padilla y muchos otros escriben feroces sátiras contra el yrigoyenismo y su jefe. Daré un solo ejemplo: en su edición del 10 de mayo de 1929, *La Fronda* publica el acta textual de matrimonio de los padres de Yrigoyen, donde puede el lector informarse que ambos contrayentes no sabían leer ni escribir. *La Fronda* titula el documento del siguiente modo: “¡Analfabeto de padre y madre!” Y luego comenta: “¡Analfabeto de padre y madre! ¡Pobrecito! ¿Cómo no lo habíamos sospechado antes? ¡Qué magnífica genealogía para un jefe de República civilizada!”.

Apenas cabe recordar que a Perón no lo trató mejor la oligarquía y que ese mismo nacionalismo de 1930 reapareció en 1955 con su odio intacto hacia el pueblo: sólo habían cambiado los caudillos. Yrigoyen había sido elegido presidente de la nación un año antes por el voto de 800.000 argentinos, contra unos 400.000 de todos sus adversarios coligados. A estos 800.000 votantes, *La Fronda* los llamaba invariablemente en su primera página “los 800.000 papanatas”.

Los motes injuriosos aplicados al presidente eran múltiples. Rara vez era mencionado por su apellido: el Megaterio, el Fenómeno, el César Pardo, el César Viudal, el Fósil, el Divino Caimán, el Megaterio Plebiscitario, el Cacique, el Peludo Austero, Llorón y Magnánimo, eran los más habituales de la delicada hoja.

El séquito de Yrigoyen, según *La Fronda*, estaba formado generalmente por la “fauna reparadora” o por “mullitos malolientes”. El mal gusto de Yrigoyen, el origen desconocido o dudoso o equívoco de sus colaboradores era señalado con malignidad por los nacionalistas de *La Fronda*, orgullosos de sus apellidos y su sintaxis. Bajo esta burla a veces soez, se adivinaba, sin embargo, una irritación profunda. Un turbador desconcierto invadía el espíritu de estos socios del Jockey Club metidos a libelistas. Esto era fácil de entender.

## El fin de una ilusión

La crisis de 1930 se desencadenaba sobre el mundo con un poder devastador. Los países productores de alimentos, como la Argentina, no sólo ven precipitarse la otrora sólida estructura de los precios mundiales, sino que su clase terrateniente pierde la quimera de la Grande Argentina. Su norma de derroche en un mundo de posibilidades ilimitadas se estrellará ante la crisis. Las “ilusiones del Centenario” se desvanecen ante el horror de un mercado internacional que rechaza las carnes pampeanas o las adquiere a precios inferiores a su costo de producción.

Los calaveras que han pasado diez o veinte años de su vida en París regresan precipitadamente a la Argentina ante la desvalorización del peso nacional. Una profunda consternación envuelve a la clase parasitaria por excelencia. Los más sofisticados ocultan su angustia con una ironía a la francesa: “*Quelle difference, de París a l'estance!*”.

Pero la crisis mundial no sólo pulveriza el ideal lejano de una Europa pacífica y opulenta, sino que reduce a la nada los regímenes políticos democráticos en aquellas naciones que carecen de recursos para sostenerlos. En 1929 el Duce consolida su poder en Italia; en 1933 asume el gobierno Adolf Hitler; en 1934 es dictador de Austria socialista el canciller (Engelbert) Dollfuss. Toda la Europa oriental, con sus monarquías putrefactas, evoluciona hacia regímenes fascistas o semi-fascistas.

Esa marea de antiliberalismo planetario se manifiesta en la Argentina a través del nacionalismo de origen oligárquico a que nos hemos referido. Yrigoyen es responsabilizado de todos los males que aquejan a la República, y con Yrigoyen es enjuiciado el propio régimen representativo: el voto de la chusma constituye la raíz del drama. El ala nacionalista de la vieja oligarquía conservadora repetirá con nuevos argumentos el odio antiyrigoyenista de sus padres.

Sus maestros son (Edmund) Burke, el famoso reaccionario inglés y adversario de la Revolución Francesa, o (Charles) Maurras, que reclama el trono de Francia para coronar al último cretino sobreviviente con sangre real, o el Duce, al que Lugones llamara “admirable” y cuyo programa di Lavoro estudiará (José Félix) Uriburu, el patético espadón del 6 de setiembre.

En la historia argentina, que afirman es la historia de la patria y de sus padres, los nacionalistas encontrarán un prócer en la persona de Tomás de Anchorena, aquel diputado porteño que llamó “cuicos” a los diputados mestizos del Congreso de Tucumán, y otro en Juan Manuel de Rosas, en quien saludarán el espíritu encarnado de la dictadura ganadera como ideal de gobierno.

Pero la consistencia misma del pensamiento nacionalista oligárquico se encontraba en la Europa ultramontana y no en los archivos argentinos. Reflejarán a su modo, como la izquierda cipaya, la otra cara del colonialismo intelectual de la Década Infame.

Dejo a un lado, como es lógico, a muchos nacionalistas “plebeyos”, como José Luis Torres, que combatieron en ese período como patriotas sin sangre azul. Resulta sugerente señalar que un escritor de simpatías nacionalistas, Bruno Jacovella, evocando recientemente estos temas, reafirma bizarramente lo que acabo de explicar. En su escrito, Jacovella dice lo siguiente: “La recepción del pensamiento de Maurras hizo posible una crítica nacional, no meramente ética, del sistema liberal –que Yrigoyen aceptara como algo obvio–, una crítica a la que no tenía derecho el marxismo por su carácter exterior o internacional”.

Aunque sabíamos que los nacionalistas detestan la dialéctica, la lógica formal tampoco parece ser de su agrado. Maurras o Mussolini son tan criollos como Marx y Engels. Pues la cuestión fundamental en cuanto a la izquierda cipaya residía en su impotencia para la aplicabilidad del pensamiento socialista en un país semicolonial, no en la esterilidad del pensa-

miento mismo. Mientras que en lo que respecta al nacionalismo oligárquico importaba al país un sistema ideológico que si era antihistórico en Europa no podía sino duplicar su carácter monstruoso en un país atrasado, que sólo por medio de la clase trabajadora y del pueblo podía liberarse.

La predilección del nacionalismo aristocrático por las espadas (simétrico el maníaco y abstracto antimilitarismo de la izquierda cipaya), por la autoridad, la policía y el orden medieval –tenían una curiosa idea de lo que fue el turbulento y gozoso Medioevo–, expresaba un nacionalismo contrarrevolucionario, justamente todo lo contrario de lo que exigía la tragedia de un país semicolonial aplastado por la parálisis de su vieja estructura.

Eran los guardianes de un orden antiguo. Aborrecían los tiempos modernos, la industria, la clase obrera, las decisiones mayoritarias, en las que veían un plan infernal.

Virtuosos de la prosa política, cultivaban amorosamente el estilo, hijo de los grandes ocios y de un refinamiento muy fin de época, de época de vacas flacas.

Algunos de ellos proclamaban abiertamente su deseo de ordenar la Argentina bajo la jerarquía monárquica. En la revista *Sol y Luna* podía leerse: “La voz auténtica de la hispanidad nunca enmudeció del todo en nuestra tierra ni aún en el siglo de los feos coroneles liberales. Y no hablamos de fidelidad al imperio político que fue y puede volver a ser España, sino al imperio espiritual que ha sido siempre, y ahora como nunca” (1939).

### Defensa de la oligarquía

En un artículo titulado “Defensa de la oligarquía”, Héctor Sáenz y Quesada resumía el pensamiento nacionalista ante el radicalismo y la inmigración: “En el año 1916, por medio de la ley Sáenz Pena, accede al gobierno el aluvión inmigratorio lle-

gado al país después del servicio de vapores con la Europa. El gobierno escapa de las manos de los hispano-argentinos para extenderse a otras razas cuyos apellidos –tan jocosamente comentados en su hora– demuestran la transformación racial más bien que social, llamada ‘radicalismo’. Y es entonces que la descendencia semi-asimilada del inmigrante, que hasta había llegado a olvidar el dialecto ligur o siciliano aprendido en su casa, siente la necesidad de inventar un término despectivo que lo distinga de los desplazados y le confiera –a despecho de la realidad de la sangre– una patente de argentinismo. Y el diccionario le proporciona, con sentido gramatical pero no histórico, la palabra ‘oligarquía’”.

Que las afirmaciones arrogantes de Sáenz no eran broma, lo demostrarán los nacionalistas oligárquicos varias veces y siempre a su costa. Pues sí, en general, padecían de esteticismo, su más cara ambición era modesta: soñaban con ocupar el cargo de consejeros de algún príncipe armado. Esto último era una verdadera estrategia y les resultó ruinoso.

Para no hablar de la actualidad, recordaré que el nacionalismo oligárquico dio impulso a Uriburu, tan solo para comprobar que el general Agustín P. Justo se quedaba con el poder en 1932. Sostuvo inicialmente al general (Pedro Pablo) Ramírez, pero el coronel Perón los apartó enérgicamente de su camino calificándolos de “píantavotos de Felipe II”; rodearon a Lonardi y salieron bruscamente de la escena al aparecer Aramburu.

Tienen la obsesión del asalto al poder y la desgracia de hacer revoluciones para otros. He relatado en el IV tomo de mi libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, las vicisitudes ideológicas y políticas del nacionalismo y no me repetiré aquí.

Al ideal de retorno a una desaparecida edad de oro agraria, se añadía en el nacionalismo oligárquico un notorio desdén por el “cabecita negra” y el peronismo, tal como habían surgido de las entrañas de la historia argentina. Se consideraban

a sí mismos como parte medular del “núcleo fundador” y lloraban en su relamida literatura la crisis de una “clase dirigente”.

No se sabe todavía por qué motivo habían adquirido la manía de arrogarse la representación de la Nación, paranoia quizá justificada por la desproporción entre sus ganas de mando y su número.

Algunos de ellos, como los hermanos Irazusta, escribieron una diagnosis exacta de la expoliación británica en el tratado Roca-Runciman, aunque lo hacían desde un ángulo puramente agrarista; otros, contribuyeron a contrabalancear la historia liberal unitaria, cuyas fábulas habían formado a varias generaciones de argentinos nuevos. Pero al antirrosismo de la historia liberal, completamente estéril, opusieron un rosismo liso y llano que recluía el drama argentino en las fronteras de Buenos Aires y su puerto avaro.

En resumen, las izquierdas cipayas eran antirrosistas y anglófilas, y el nacionalismo oligárquico (que también tuvo sus anglófilos) asumía una postura prototalitaria y rosista. Durante la Década Infame todo el país yacía en el cepo de esa falsa opción y se veía impedido de remontar la corriente de la historia nacional para encontrar en ella al nacionalismo democrático y popular del morenismo, de las montoneras, del federalismo de provincias, del yrigoyenismo.

Al condenar a los vástagos de los extranjeros sin linaje hispánico, el nacionalismo oligárquico se colocaba al margen de la Nación, de la Argentina tanto como de América Latina. Rechazaba en realidad la Argentina tal cual ha llegado a ser: una fusión indestructible de la vieja sociedad criolla con los hijos y nietos de la inmigración arraigados definitivamente al país. Del mismo modo, cuando la izquierda cipaya se hacía eco de las invectivas mitristas contra caudillos y montoneros, o de los moteos oligárquicos contra los “cabecitas negras”, negaba a la vieja Argentina que había sobrevivido a todas sus derrotas y que resurgía, más fuerte que nunca en los días del 45.

Izquierda cipaya y nacionalismo oligárquico morían en cierto modo ese año, agotaban en esa fecha su significado, pues la sociedad agraria de 1910 había dejado simbólicamente de existir. El nuevo capítulo está por escribirse. Cuando se escriba dirá, sin duda, que en un país que aún no se ha librado del imperialismo no puede haber otro nacionalismo que no sea popular ni otra izquierda que no se defina como nacional.

## Che Guevara\*

### Los peligros del empirismo en la revolución latinoamericana

El triunfo de la revolución cubana ha dado lugar a una considerable bibliografía. Sociólogos, periodistas, visitantes ocasionales (tanto de Cuba como de los problemas revolucionarios), interesados amigos y burgueses de izquierda no menos interesados han desfilado por la espléndida isla, en las diversas etapas de su proceso.

A su regreso sintieron la íntima exigencia de escribir su “testimonio”. Pero sería un grave error juzgar a los maravillosos

\* Revista *Izquierda Nacional* N° 5, febrero de 1964, pág. 5 en adelante.

cubanos por los “cubanistas”. La revolución producida en Cuba tiene suficientes títulos para la historia como para que pueda ser confundida por esa marea inevitable de “simpatizantes” que suscita toda victoria. La osadía de sus jefes, su indudable firmeza y la rapidez de un aprendizaje ya es un lugar común de la literatura política y está fuera de toda discusión.

Pero acontece frecuentemente que, cuando se inaugura un nuevo punto de partida en la historia universal, las cabezas visibles de un gran proceso político son envueltas por la ola de encomios originada precisamente en aquellos que nada hicieron para el triunfo y que se convierten en los más celosos guardianes de la reputación y de la infalibilidad de la revolución triunfante.

En este sentido la revolución cubana parece seguir el mismo destino corrido por la revolución rusa, a saber, que sólo se legitiman dos posiciones: la del enemigo imperialista, que la cubre de infamias, o la del “amigo” que al tiempo que la canoniza, declara sospechosos a aquellos revolucionarios para los cuales la revolución cubana es susceptible de análisis y para quienes sus incidencias internas, las fuerzas que en ella se debaten, son capitales para su destino.

La revolución en Cuba ha roto las compuertas de una admiración indiscriminada y de una especie de delirio “cubanista” en las izquierdas latinoamericanas que, sustancialmente sano en su origen, amenaza con paralizar el funcionamiento del pensamiento marxista en relación con tan importante problema. Y, no sólo el pensamiento marxista, sino ante todo la acción revolucionaria que ese pensamiento guía.

Si la revolución cubana reviste una importancia tan singular, se debe ante todo al hecho de que con ella la revolución latinoamericana ha experimentado un gigantesco paso hacia adelante. Pues si Cuba fuese en realidad una isla, como afirman los geógrafos, su revolución aparecería notablemente disminuida en el campo de la historia mundial. Sería un puro falansterio insular, una criatura prodigiosa sin porvenir. Lo

que proyecta a la revolución cubana al plano de las grandes perspectivas históricas es que Cuba es una provincia de la Nación Latinoamericana inconclusa y que su revolución es una etapa de la revolución nacional latinoamericana. Se nos permitirá añadir que, salvo Fidel Castro, nadie hasta hoy ha expresado este punto de vista.

Es preciso establecer que, por otra parte, la revolución latinoamericana es, a su vez, una etapa hacia el establecimiento de la sociedad socialista en este planeta. Los “cubanistas” que se han pronunciado en Latinoamérica sobre la revolución cubana, en particular los stalinistas y los socialistas de “izquierda”, han evitado hasta hoy, como es tradicional en la izquierda cipaya, decir una sola palabra sobre el carácter latinoamericano de la revolución cubana. Ellos insularizan las revoluciones como el imperialismo balcanizó nuestros Estados.

Pero lo que podría pasarse en silencio tratándose de los “cubanistas” o de los “amigos de Cuba”, es imposible que ocurra con el Che Guevara. La autoridad que dimana del papel que ha jugado y juega en Cuba, y el prestigio genuino de que goza por sus actos, vuelve imperiosa la tarea de impedir que bajo su autoridad las ideas erróneas que expresa Guevara sobre algunos aspectos de la estrategia revolucionaria cubran el oportunismo o el aventurerismo de aquéllos que si no hicieron la revolución cubana fue porque, casualmente, estaban ocupados en apoyar la contrarrevolución de 1955. Nos estamos refiriendo a las múltiples variantes de la izquierda cipaya de nuestro país, que han encontrado en Cuba un excelente pretexto para ocultar su oportunismo en la propia patria.

### **El origen y la “excepcionalidad” de la revolución cubana**

En un trabajo que publica *Monthly Review* (octubre de 1963, edición argentina), Guevara expone sus ideas acerca de la utilidad que la experiencia de la revolución cubana puede

prestar a la revolución en América Latina. Resulta penoso comprobar que el tratamiento del tema es sensiblemente inferior al tema mismo, de suyo importante. Aunque Fidel Castro, en diversos discursos, se ha referido con particular énfasis al destino común de la revolución en Latinoamérica, Guevara no parece reparar en este ensayo sobre el carácter unitario –históricamente y políticamente considerado– de nuestra revolución. Por el contrario, disuelve el gran problema estratégico de la revolución latinoamericana en la adopción de “fórmulas únicas” para realizar la revolución en cada uno de nuestros veinte Estados.

Si bien es cierto que Guevara, al soslayar la existencia de una cuestión nacional latinoamericana, incurre en un serio error, sus fórmulas de “medicina empírica”, para usar su infortunada expresión, agravan ese error y lo transforman en un trágico equívoco. Pues si la propia existencia de América Latina balcanizada en veinte Estados es la demostración más evidente de la acción imperialista inglesa primero y norteamericana más tarde, de nuestra impotencia, la provisión de “fórmulas” para tomar el poder en Panamá o en la Argentina, en Uruguay como en Venezuela demuestra que ni en la esfera estratégica, ni en la esfera táctica, las ideas de Guevara están en orden.

El hecho de que Guevara sea uno de los principales jefes de la revolución cubana duplica su responsabilidad, pero al mismo tiempo sus apreciaciones adquieren un valor público independiente que requiere la más clara y rápida respuesta.

Ridiculizando a algunos “excepcionalistas” que juzgan el triunfo de la revolución cubana como producto de condiciones sumamente especiales e irreproducibles en el resto de América Latina, Guevara admite ciertas particularidades que gravitaron en Cuba. La primera de ellas, según Guevara, es “esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruiz, nombre que en pocos años ha alcanzado proyecciones históricas...” Y agrega:

“¿Y cuáles son las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro? Hay varias características en su vida y en su carácter, que lo hacen sobresalir ampliamente sobre todos sus compañeros y seguidores; Fidel Castro es un hombre de tan grande personalidad que en cualquier movimiento en que participe debe llevar la conducción y así lo ha hecho en el curso de su carrera desde la vida estudiantil hasta el premierato de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América. Tiene las características de gran conductor que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza, valor y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada, sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros.”

De modo que, para Guevara, la particularidad primera de la revolución cubana sería la personalidad dominante de Fidel Castro. Explica esta personalidad... por los datos de la personalidad misma. Si Guevara no hubiera proclamado su condición de marxista, esta tautología no dañaría más que la claridad de Guevara, pero como Guevara se confiesa marxista y es al mismo tiempo un dirigente de la gran revolución cubana, son las ideas marxistas las que resultan, en definitiva, lesionadas con esta pobre enunciación.

Si Guevara nos hubiera dicho que después de 400 años de vida colonial –de la Cuba precolombina hasta la guerra hispanoamericana y desde 1898 hasta la revolución de 1959– la isla se alzó a la historia del mundo personificando en Fidel Castro toda su indignación y todo su orgullo, en otras palabras, que Fidel Castro resume en su persona a su pueblo, no habría dicho sino la verdad. Ninguna personalidad puede explicarse por sí misma, salvo para la concepción idealista de la historia. El culto del héroe pertenece al irracionalismo romántico, se funda en Carlyle, Schopenhauer y Nietzsche, antes que en Marx.

No dudamos que Guevara no tuvo el propósito de ir tan lejos en su elogio de Fidel puesto que planteado en esos términos, lejos de magnificarlo, lo disminuye, al sustraerlo al poder modelador de la historia que tan intensamente vivió. Puesto que el Fidel Castro que *Life*, *Time* y Jules Dubois aclamaron cuando veían en él a un luchador por la libertad y un castigador de la tiranía, no era ya el mismo Fidel Castro que expropia la industria del azúcar y luego proclama la lucha por el socialismo. Tampoco Fidel Castro era un marxista en sus comienzos, ni era un fingido populista.

En *El Capital* Marx había observado que el hombre, al actuar sobre el mundo exterior y modificarlo, modifica por ello mismo su propia naturaleza. Explicar a Fidel por sí mismo, y a su personalidad por sus virtudes intrínsecas, equivale a sustraerlo del proceso histórico, a establecer una hipertrofia del factor personal y, resueltamente, a transformarlo en un producto sacro. Los peligros del irracionalismo filosófico están a la vista, pero más alarmantes resultan todavía los efectos del empirismo en la esfera de la estrategia y la táctica.

### La segunda excepcionalidad: el imperialismo

Guevara afirma: “La condición que podríamos calificar de excepción, es que el imperialismo norteamericano estaba desorientado y nunca pudo aquilatar los alcances verdaderos de la Revolución Cubana... ¿Qué golpe más inteligente y más hábil que quitar el dictadorzuelo inservible y poner en su lugar a los nuevos muchachos que podrían, en su día, servir altamente a los intereses del imperialismo?”

En efecto, ciertos sectores del imperialismo, sobre todo las corporaciones exportadoras y el capital bancario, simpatizaban abiertamente con los guerrilleros de Sierra Maestra y el gran periodismo amarillo de Estados Unidos lo elevó al pináculo de la fama mundial. Era justamente el período en que los revolu-

cionarios del mundo entero, nosotros entre ellos, poco crédito hacían a Fidel Castro. Eran “fidelistas” en la Argentina todos los partidos y personalidades de la Revolución Libertadora, los hombres y mujeres de la oligarquía, en suma, los enemigos jurados de la clase obrera y de los intereses nacionales, los lacayos tradicionales del imperialismo. Ellos veían en Fidel una especie de Almirante Rojas.

El imperialismo yanqui observaba con inquietud el quebrantamiento del régimen de Batista, y la creciente peligrosidad de su antigua servidumbre. La corrupción que el propio imperialismo había instalado en Cuba, se volvía contra la estabilidad de una sociedad colonial en disolución. Fidel Castro apareció ante el imperialismo como una posibilidad de regenerar la superficie de la dominación imperial, de “parlamentarizar” el status de la factoría.

Pero, como lo demostraron los acontecimientos, el dominio del imperialismo sobre Cuba tocaba a su fin. No bastaban las armas de Fidel para triunfar; se había hecho impostergable el apoyo de los campesinos expoliados para proseguir la lucha. La lógica interna de las guerrillas desbordó todos los planes del imperialismo y los esquemas populistas revolucionarios de Fidel; la revolución agraria estaba en marcha y sus diversas etapas no sólo fueron modificando las relaciones de Fidel con el imperialismo, sino también su ideología. Reemplazó las ideas a medida que la revolución se profundizaba; la revolución amplió su dimensión a su vez por el cambio de Fidel.

Así pudo decir el general Eisenhower que Fidel era un “traidor”, es decir, que había defraudado las esperanzas del imperialismo. Del mismo modo, los revolucionarios cubanos se elevaron desde una concepción liberal populista de la revolución contra la tiranía hasta la ideología socialista. En eso consistió la singularidad de su grandeza.

A lo dicho cabría añadir que Guevara se refiere en el mismo trabajo a que “la burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía... viera con simpatía que estos

jóvenes rebeldes de la montaña castigaran al brazo del imperialismo, que era el ejército mercenario”. En realidad, en Cuba no había “burguesía nacional”; actuaba una burguesía comercial importadora, cuya vinculación con el imperialismo era la razón de su existencia y que participaba de las ilusiones del imperialismo con relación a Fidel, todo lo cual está narrado con mucho detalle en el libro de Jules Dubois, *Fidel Castro*, escrito cuando Dubois era amigo de la revolución cubana.

No tenemos motivo alguno para rechazar esta “excepcionalidad” de la revolución cubana, que apunta Guevara. Por el contrario: creemos que se trata de una particularidad tan profunda, tan original, que difícilmente pueda encontrarse un paralelo en la historia de las revoluciones contemporáneas, ni siquiera en la historia de las antiguas. También coincidimos con Guevara en que difícilmente el imperialismo pueda engañarse otra vez en América Latina, como le ocurrió en Cuba. Pero prescindiendo de la sagacidad del imperialismo, importa mucho más que los revolucionarios de América Latina no se engañen en cuanto a la historia de la revolución cubana y, sobre todo, en cuanto se refiere a sus propias perspectivas estratégicas. Pues provienen del Che Guevara, precisamente, en el curso del trabajo que estamos analizando, las mayores confusiones concebibles en torno de nuestros problemas.

### **Balkanización y monocultivo**

Sorprende que Guevara emplee el vocablo “América” sin aditamentos. Ya sabemos que hay dos Américas. Pero más asombra que al mencionar la segregación de Panamá se refiera a ella como la expresión de la “lucha interimperialista” entre los “grandes consorcios monopolistas del mundo”. En esta observación incidental, por lo demás, aparece bien claro que Guevara ha carecido de tiempo para reflexionar sobre el rasgo

fundamental de la historia política del continente, es decir, sobre la fragmentación de la nación latinoamericana.

En 1903 la transformación de la provincia norteña de Colombia en “República de Panamá” no fue la expresión de la “lucha interimperialista”, sino de la lucha entre el Senado de Colombia, que se negaba a entregar a Estados Unidos una faja de soberanía colombiana para construir el canal, y el gobierno de Washington. Eso se llama “balcanización”, como lo fue la disolución de los viejos Virreinos, la creación de la República del Uruguay en el Río de la Plata por el Imperio Británico o la ruina de la República de Centroamérica creada por Morazán.

La balcanización no surge por el monocultivo, sino el monocultivo por la balcanización. La cuestión nacional latinoamericana irresuelta es la base política de la deformación unilateral de nuestras economías estatales. Guevara rechaza, como es natural, las monstruosas manifestaciones económicas de nuestra subordinación; pero parece desconocer su origen histórico y político, por lo que recae, sin proponérselo, en el “antiimperialismo estatal” de nuestros stalinistas e izquierdistas cipayos. La lucha por la unidad nacional de nuestros pueblos latinoamericanos, que proceden de una misma historia, viven en contigüidad territorial, hablan una misma lengua y se alimentan de una misma tradición cultural, es el eje de la revolución de América Latina. Hasta el presente, el destacamento avanzado de esa revolución es el pueblo de Cuba. Guevara no debe olvidarlo.

### **Medicina empírica y lucha armada**

Los aspectos más peligrosos del ensayo de Guevara se refieren, sin embargo, al papel de “consejero revolucionario” que espontáneamente se arroga en los asuntos de la revolución latinoamericana. Nuestra cálida simpatía por la revolución cubana y sus hombres, no obstante, se fundan en nuestra

condición de revolucionarios. Por esa razón no podemos permitirnos la menor condescendencia con las ligerezas en que incurre Guevara al abordar estos problemas.

“Aplicamos algunas fórmulas, dice, que ya otras veces hemos dado como descubrimientos de nuestra medicina empírica para los grandes males de nuestra querida América Latina; medicina empírica que rápidamente se enmarcó dentro de las explicaciones de la verdad científica.” ¿Cuáles serán estas “fórmulas”, no “científicas” pero útiles, que Guevara “ha descubierto” y que ahora se dispone a recomendarnos?

Son muy simples. Las “condiciones objetivas” para la revolución, lo sabemos, “están dadas”: colonialismo, miseria, degradación biológica del pueblo, etcétera. “Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales una de las más importantes es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperialistas y sus aliados internos. Estas condiciones se crean mediante la lucha armada, que va haciendo más clara la necesidad del cambio... y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento”.

Para aclarar mejor su pensamiento, Guevara añade: “Apuntado ya que las condiciones se completan mediante el ejercicio de la lucha armada, tenemos que explicar que el escenario una vez más de esa lucha debe ser el campo y que, desde el campo, un ejército campesino que persiga los grandes objetivos por los que debe luchar el campesinado (el primero de los cuales es la justa distribución de la tierra) tomará las ciudades”.

El lector podrá pensar que Guevara establecerá ciertas diferencias en la medicación para los miembros de una familia, como lo harían hasta los curanderos. Pero la medicina empírica, cuyos descubrimientos nos ofrece Guevara, no distingue matices. Nuestro autor habla de “América” (suponemos que se refiere a América Latina) y extiende su receta a todo el continente. Advierte, sin embargo, que “un campesino argentino

no tiene la misma mentalidad que un campesino comunal del Perú, Bolivia o Ecuador, pero el hambre de tierra, permanentemente presente en los campesinos, da la tónica general de América y como en general están más explotados aún de lo que habían sido en Cuba, aumentó las posibilidades de que esta clase se levante en armas”.

Es evidente que como guerrillero práctico Guevara ha resultado ser más eficaz que como teórico de la revolución. La “teoría” de la revolución latinoamericana reposa sobre el conocimiento de la realidad de América Latina. Guevara, que es médico (no empírico) no acudiría para operar después de un combate a los consejos de un chapucero, por más empírico que fuese. Es más probable que recordase sus clases de anatomía y de técnica quirúrgica. Y habría procedido correctamente, pues estaría en juego la vida de un combatiente. La vida y la existencia de millones de latinoamericanos se pondrán en juego cuando la revolución en este continente alcance su punto crítico. No podemos permitirnos improvisaciones al respecto.

¿Cómo ha podido concebir Guevara la idea singular de que en América Latina han faltado alguna vez las “condiciones subjetivas”, es decir la decisión personal, la audacia, la fe en la victoria, el desprecio del enemigo? Son precisamente las “condiciones subjetivas” las que han sobrado y costado ríos de sangre en Latinoamérica. Tupac Amarú, ¿no era expresión de “condiciones subjetivas”? ¿Y Sandino, en Nicaragua, carecía de “condiciones subjetivas”? ¿Y los obreros y marinos de El Callao que se levantaron en 1948, estaban huérfanos de “condiciones subjetivas”? ¡Toda la historia del siglo XX en América Latina es la historia de los motines, levantamientos y luchas más audaces!

No, compañero Guevara, en nuestro continente no han faltado “condiciones subjetivas”, han sobrado. Lo que han faltado, por cierto, son las otras, las “condiciones objetivas”, las que tuvo Cuba, por ejemplo, cuando el imperialismo se

autoengañó y apoyó la revolución de Sierra Maestra, mientras el ejército mercenario de Batista se deshacía víctima de su propia gangrena. El imperialismo no ha apoyado hasta ahora ninguna revolución en América Latina; y cuando lo ha hecho, como en el caso de Bolivia actual, ha logrado paralizarla.

Esta teoría revolucionaria de las “condiciones subjetivas” es un puro subjetivismo, nihilismo voluntarista elevado a la jerarquía “teórica”, a la candorosa creencia del “descubrimiento”. Guevara ofrece como descubrimiento algo que refiere toda la historia de México y de Bolivia: que en América Latina la clave de la revolución es la cuestión agraria. Lo que no dice es que en México la revolución agraria está fundamentalmente realizada, lo mismo que en Bolivia. Que en Chile existe una agricultura minifundista de tipo capitalista. Que en Uruguay el imperialismo inglés creó en el siglo pasado una economía agraria capitalista para facilitar la exportación masiva de cereales, carne y lanas. Que en la Argentina ocurrió el mismo fenómeno y por las mismas causas. Y que ese “campesino” argentino con el que sueña Guevara (y no solamente Guevara, ay) es el campesino de nuestra pampa gringa, que “tiene hambre de tierra”, naturalmente, pero que no desea comprarla a los precios del mercado, pues prefiere adquirir autos y camiones e invertir su capital en la usura prendaria.

Guevara reduce a América (América Latina) a un solo campo, el campo servil o comunal, la estrategia revolucionaria a la lucha armada (basta fijar un punto y aguantar), el parlamentarismo a una quimera, la lucha legal a un farsa, y para que nada falte en esta embriaguez insurreccional apunta la posibilidad de “una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad”.

Para alertar contra las manifestaciones de este irracionalismo político Lenin escribió todo un volumen. Se titula *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*. Guevara reduce un proceso infinitamente rico y complejo a dos o tres “fórmulas” mágicas, fundadas en el libre albedrío. No lo

arredra adoptar el mismo consejo para países con una economía agraria fundamentalmente capitalista como el Uruguay, México, Chile o la Argentina, donde el foco revolucionario está en la ciudad, con aquellos países donde la cuestión cardinal no está en la ciudad, sino en el campo precapitalista, como Perú, Colombia o el noroeste del Brasil.

Esta monstruosa simplificación lo faculta para demostrar al auditorio de maravillados pequeño burgueses de Buenos Aires, Montevideo o Santiago de Chile, lo fácil que será lanzarse a la conquista del cielo. Debemos convenir que esta perspectiva que ofrece Guevara es realmente una perspectiva celeste en el sentido más galáctico de la expresión.

Por otra parte, Guevara todavía no ha “descubierto” cosas que el marxismo ha enseñado desde hace un siglo: que existe una correlación entre las condiciones “objetivas” y las “subjetivas”, correlación que establece oportunamente el partido revolucionario y que es su más alta y delicada función. Pues las masas populares, las clases medias, el ejército (no mercenario) y hasta las clases dominantes en agonía, al disgregarse la vieja sociedad, sienten profundamente la necesidad de un cambio. Saben todos que “esto no puede seguir así”, pero sólo unos pocos saben en qué consiste la calidad del necesario cambio.

En el proceso revolucionario (que no es precisamente un golpe de fortuna) esos pocos, o sea el partido revolucionario, ganan a su causa a la mayoría de las masas populares, incluso a sectores del ejército, y los que hasta entonces constituían parte de las “condiciones objetivas” (es decir, la situación general externa al partido) pasan a formar parte de las “condiciones subjetivas”, vale decir, de las masas populares que van adhiriendo a las banderas de la revolución.

No sólo desconoce los principios elementales del marxismo quien levanta un muro impenetrable entre las “condiciones objetivas” y las “condiciones subjetivas” sino que se veda a sí mismo la posibilidad de derribarlo.

## ¿Y el proletariado?

Para Ernesto Guevara parece haber un gran ausente en la revolución latinoamericana. La clase obrera es raramente aludida; cuando se la menciona, aparece en un segundo plano, aunque con los debidos respetos: “Sobre las base ideológica de la clase obrera cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro...”

Sería la “clase campesina de América” (lo que es una monstruosa abstracción según lo hemos indicado) la que formaría un “ejército libertador”, aunque con la “ideología de la clase obrera”, de donde podría inferirse que no con la clase obrera misma. Ésta establecería, para esa eventualidad, un poder vicario de los “revolucionarios” de las guerrillas. Idea tan profundamente errónea, reaparece en el estudio de Guevara una y otra vez.

“Ese ejército, afirma, creado en el campo, en el cual van madurando las condiciones subjetivas para la toma del poder (que va conquistando las ciudades desde afuera, uniéndose a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes...)”, etcétera... Según se ve, al tomar las ciudades, el ejército campesino se enriquecería con los “nuevos aportes ideológicos de la clase obrera”. Pero el rol de la clase obrera en la lucha revolucionaria aparece como un mero espectro, alusivo y elusivo.

Aquí no hay partido revolucionario de la clase obrera, no hay participación ni dirección obrera en el proceso de la revolución agraria y popular; sólo se descubre un ejército campesino, es decir pequeño burgués, que se dirige a sí mismo con las ideas de Marx depositadas en su seno por la divina intermediación.

Por algo rechaza Guevara la “excepcionalidad” de la revolución cubana; esa excepcionalidad (en otras palabras, las particularidades y originalidades de toda revolución en cualquier latitud y cualquier época) lo obligaría a estudiar las características de la revolución en América Latina, antes de pontificar

sobre ella. Pero al negar la “excepcionalidad” de la revolución en Cuba, somete al resto del continente a un patrón único que libera a nuestro autor de enojosos problemas y de respuestas no menos enojosas.

Sus ideas sobre las guerrillas en aquellos países latinoamericanos que poseen grandes concentraciones urbanas no son menos peregrinas; pecan de una inaceptable ambigüedad. Su empirismo mueve a Guevara a desplazarse de párrafo en párrafo de las nociones teóricas más generales a recetas caseiras puramente pragmáticas; si en el orden gastronómico este método es saludable, en la esfera de la medicina resulta más inquietante. Pero en lo que concierne a la estrategia revolucionaria todo esto tiene un nombre: aventurerismo.

Sin preocuparse de las condiciones reales de la situación social y política de un país dado, Guevara aconseja que la “lucha en grandes ciudades debe iniciarse por un procedimiento clandestino, para captar los grupos militares o para ir tomando armas, una a una, en sucesivos golpes de mano... En este segundo caso se puede avanzar mucho y no nos atreveríamos a afirmar que estuviera negado el éxito a una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad”.

Así Guevara habla de la “guerrilla en las ciudades”. Parece una broma, pero el tema es demasiado grave. En la época del Segundo Imperio, Engels declaraba cerrado técnicamente el ciclo de la lucha de barricadas en el viejo París. Las grandes avenidas abiertas por el barón Haussmann en la capital francesa, al eliminar las callejuelas tortuosas y estrechas de la ciudad medieval, y permitir el emplazamiento de la artillería, ponía fin al estilo clásico de las luchas populares análogas a la revolución de 1830 y 1848. Ni luchas de barricadas, ni luchas de guerrillas eran posibles en las condiciones de la ciudad moderna. Guevara tendría que repasar, o leer, a Engels, que algo conocía del tema, y no sólo de oídas.

Pero si en lugar de hablar de las “guerrillas en la ciudad” Guevara pretende indicar la posibilidad de la lucha armada

dentro de la ciudad, sin duda tendría que referirse al proceso general de la insurrección armada, en un pueblo y en un país dado, según condiciones específicas que sólo la realidad indicará en su momento. Imaginar consignas y procedimientos tácticos para una situación abstracta, es caer en la teorización más estéril.

Santiago de Chile pertenece a América Latina, lo mismo que Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro. Si esa asombrosa fórmula no es un conjunto de palabras, como lo tememos, ¿piensa Guevara también en estas capitales? Por lo demás, esa “guerrilla dentro de la ciudad”, según se deduce de su exposición, podría sin duda iniciarse en cualquier momento ya que lo que importa es la voluntad “subjetiva”.

En consecuencia, si el campesinado de la Argentina forma una de las columnas más sólidas del régimen capitalista agrario de este país y es el bastión de la propiedad privada, ¿de qué fuerza se nutrirá ese “ejército campesino” que proyecta Guevara? Es curioso que a pesar del origen argentino de Guevara, su ignorancia sobre nuestro país posea tal magnitud. Lo que resulta más curioso es que se funde en ella para formular consejos sobre una revolución cuyas leyes y datos objetivos parece desconocer.

Iguals consideraciones podríamos formular sobre otros países latinoamericanos de cierto desenvolvimiento capitalista donde el papel del proletariado resultará decisivo para la victoria revolucionaria y donde la ideología del marxismo deberá expresarse a través de un partido proletario, caudillo del país, y en modo alguno como un conjunto de ideas descendido desde lo alto.

El ejército campesino de Mao estaba construido sobre miles de obreros y estudiantes revolucionarios de los centros urbanos que se retiran de las ciudades hacia el Norte después de las grandes derrotas de 1927. Era un ejército-partido de una dirección proletaria, con un estado mayor y una oficialidad revolucionaria que educó en las grandes marchas a miles

y miles de campesinos pobres. Esa fue una de las “excepcionalidades” de la revolución china. Sólo se puede repetir esa “excepcionalidad” china, como la cubana, en el papel; la realidad latinoamericana nos prepara “excepcionalidades” nuevas, propias y sorprendentes, ante las cuales la actitud de un revolucionario serio debe ser estudiar sus bases objetivas, tal cual salieron de manos de la historia.

Sólo el proletariado latinoamericano podrá constituirse en guía y cabeza de las grandes masas campesinas o pequeño burguesas del continente en la lucha por la independencia económica, la unidad nacional y el socialismo. Esto no rige tan solo para los países con un gran proletariado, como Argentina o Brasil, sino también para el Perú, cuya revolución agraria está fuera de discusión. Pero aun en el Perú ya existe una clase obrera que tendrá como misión dirigir al campesinado y no ser dirigido por él. La historia de todas las luchas sociales señala que las insurrecciones campesinas solo dieron origen a la creación de nuevas dinastías, como en la antigua China, o trasladaron el poder a manos de la burguesía nacional, como en México.

Ernesto Guevara ha prestado grandes servicios a la revolución cubana; su presencia en ella nos enorgullece como argentinos. Pero sólo la verdad nos hará libres. Si las revoluciones triunfantes necesitan de ella para no morir, las revoluciones que han de hacerse no triunfarán sin ella.

## Regis Debray\*

Nuestra identificación inequívoca con la revolución cubana no podría vedarnos sin embargo examinarla con los ojos abiertos y mucho menos admitir confusión alguna sobre la política latinoamericana de esa revolución. La tentativa de Fidel Castro de escapar a la insularidad cubana y extender la revolución a Tierra Firme no sólo indica su intrepidez revolucionaria y una urgente necesidad de emanciparse de la áspera y extorsiva amistad con la burocracia soviética, sino también el curso indispensable para que la revolución cubana adquiriera su verdadero carácter como parte constitutiva de la revolución latinoamericana. Pero los métodos para lograr ese vasto objetivo deben ser sometidos a discusión.

\* *El marxismo de Indias*, Planeta, Barcelona, 1973.

Las ideas de Fidel Castro sobre esta materia han sido reformuladas, al parecer, por un joven intelectual francés, Regis Debray. Sus tres trabajos publicados<sup>7</sup> permitirán ofrecernos una idea de conjunto de lo que se supone es la escala de valores de los revolucionarios cubanos sobre los múltiples problemas de América Latina y en particular acerca de los métodos aplicables a su revolución. Pero como los errores de Debray alcanzan proporciones espectaculares, juzgaremos al joven francés como responsable exclusivo de sus libros.

El concepto dominante en estos trabajos, que han alcanzado gran difusión en América Latina<sup>8</sup>, consiste en elevar la guerrilla al nivel de un método único para la lucha revolucionaria y en reducir todas las etapas de la lucha política a un conjunto de fórmulas técnico-militares. La fórmula introductoria es muy singular: “liberar el presente del pasado”<sup>9</sup>, esto es, no hacer mucho caso a la experiencia histórica de las revoluciones. La originalidad que va a brindarnos Debray así lo exige, y convenimos en ello. Pero nos dice a continuación que pocos años de experiencia armada en América Latina han “hecho mucho más para dar a conocer la singularidad de sus

---

7. Debray ha escrito: *América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria*, Editorial Banda Oriental, Montevideo, 1967; *El castrismo: la larga marcha de América Latina*, en revista *Pasado y Presente*, Córdoba, 1964; y *¿Revolución en la revolución?*, Editorial Sandino, Montevideo, 1967.

8. En momentos de escribirse este capítulo, Debray es procesado en Bolivia por su relación, teórica o práctica, con las guerrillas de ese país. Esto prueba que su pasión revolucionaria no es solamente verbal y tal actitud despierta nuestra simpatía; pero infortunadamente no prueba la justeza de sus opiniones. En cuanto al gobierno del general Barrientos, protegido de la embajada de Estados Unidos, ha encontrado en la presencia de “cubanos extranjeros” la última posibilidad que le quedaba para demostrar su “nacionalismo”. También Barrientos ignora que los godos del Alto Perú fueron vencidos por el venezolano Sucre. ¡Sólo los *rangers* yanquis son compatriotas para Barrientos!

9. Debray, *¿Revolución en la revolución?*, p. 7.

condiciones objetivas que las décadas precedentes de teoría política copiada. Históricamente, Cuba ha dado la arrancada a la revolución armada en América Latina”.<sup>10</sup>

## De Zapata a Sandino

Nos permitimos observar que en “las décadas precedentes” no sólo se habían formulado en América Latina “teorías políticas copiadas”<sup>11</sup>, sino además movimientos de masas no copiados, entre ellos algunos armados. Si bien Debray no debe ignorarlo, insistiremos en recordar a Zapata, a Sandino, a Prestes, a los mineros bolivianos de 1942, a la clase media y obreros de Bolivia en 1952. Pero dos líneas más adelante Debray alude a la revolución boliviana de ese año, aunque para juzgarla sumariamente en cuatro frases lapidarias. Nos enseña que “en 1952 los mineros destruyen al ejército de la oligarquía, establecen un gobierno liberal, reciben armas y una apariencia de poder. La revolución se aburguesa. Los mineros se escinden poco a poco... Replegados sobre sí mismos, semi-impotentes, semi-indolentes, dejan a la burguesía nacional reconstituir un ejército y jalonan su reinado de huelgas, escaramuzas y combates...”<sup>12</sup>

Observemos, en primer lugar, que en la revolución de 1952 participaron no sólo los veteranos mineros, sino que salió a la

---

10. *Ibíd.*, p. 13.

11. Aquí, como en el resto de sus trabajos, Debray formula superficiales referencias al stalinismo, aunque mencionándolo elusivamente. Tiene razón, sin duda, cuando habla de las “teorías políticas copiadas”; su posición sería inconvencional si explicara que esas teorías copiadas provenían de Moscú y se aplicaban no sólo en América Latina, sino también en Europa y en Asia: eran el resultado de la degeneración burocrática del Estado Soviético y la Internacional Comunista

12. Debray, *¿Revolución en la revolución?*, p. 23.

calle a su frente Siles Suazo, luego presidente de Bolivia e hijo del presidente Siles, al que se conoce habitualmente como el jefe del “ala derecha” del MNR, lo mismo que Lechín, el dirigente minero, al que usualmente se considera como jefe del “ala izquierda” del mismo movimiento. Juntos a ellos, empleados, maestros, profesionales, obreros fabriles, hombres y mujeres del pueblo de La Paz y otras ciudades bolivianas.

Efectivamente, destruyeron el ejército, pero no establecieron un “gobierno liberal”, sino un gobierno pequeño burgués revolucionario que entregó la tierra a los indios por primera vez desde el siglo XVI y nacionalizó las minas de propiedad imperialista. No es cierto que los mineros “recibieron armas”, sino que las arrebataron a sus poseedores, los militares. En efecto, la revolución “se aburguesó”. En cuanto a los mineros “semi-indolentes”, el adjetivo empleado por el autor que comentamos se parece demasiado al que utilizan los gerentes imperialistas para referirse a la “pereza criolla”. Nos asombra ver que un teórico de la revolución latinoamericana esconda tales prejuicios sociales y raciales. Los mineros bolivianos no eran “indolentes”, ni siquiera “semi-indolentes”: de su esfuerzo dependía y depende la extracción del mineral a más de 300 metros bajo tierra, de cuya exportación provienen todas las divisas de Bolivia.

### **“Indios analfabetos” en las milicias bolivianas**

Pero el joven intelectual de *Les Temps Modernes* no nos ha dicho todo acerca de Bolivia. El colaborador de la revista del refinado Sartre aún nos reserva otras albricias. Helas aquí en toda su belleza: “[El] ‘pueblo en armas’, es decir, de mercenarios reclutados entre los obreros sin trabajo y el lumpen... En Bolivia las ‘milicias’ del MNR, compuestas por indios analfabetos y por ‘ferroviarios’, único sindicato proletario en el que el terror gubernamental pudo dar resultados, esta burguesía

tiene que defender su poder político contra quienes se lo han dado, los obreros y los estudiantes que, con los jóvenes nacionalistas y comunistas a la cabeza, condujeron la lucha... y que en Bolivia, sufrieron el largo calvario de las masacres mineras y de todas las insurrecciones aplastadas por la Rosca”.<sup>13</sup> Este tipo de régimen, continúa impassible Debray, da a luz “un monstruo que bien pudiera llamarse fascismo demoburgués”.

En cuanto al “monstruo” del “fascismo demoburgués”, nacido del nacionalismo boliviano, es otro de los hallazgos teóricos que pertenecen exclusivamente a Debray y que nadie pretenderá disputarle, así como su curiosa información acerca de que los jóvenes nacionalistas y los comunistas “sufrieron el largo calvario de las masacres mineras y de todas las insurrecciones aplastadas por la Rosca”. ¡Tales son los resultados de las giras rápidas por una Nación tan compleja como Latinoamérica! ¡Es bien sabido que los “jóvenes nacionalistas y comunistas” no pudieron luchar o padecer juntos porque:

1º Los stalinistas del PIR (antes de la fundación del PC) formaron parte de la contrarrevolución que derribó y colgó a Villarroel en 1946.

2º Los mismos stalinistas ocuparon cargos públicos en esa oportunidad y en tal carácter masacraron a los mineros del MNR en Potosí en 1947. Desde hace un cuarto de siglo, los stalinistas bolivianos militan en cada golpe de Estado contra el MNR.

Todo latinoamericano conoce la trágica historia de Bolivia contemporánea y no la haremos aquí. Bastará que aludamos a los “lúmpenes” y “mercenarios” de las milicias obreras y campesinas de Bolivia para que todo el material informativo que nos brinda Debray se vuelva sospechoso. Es preciso no haber conocido la Bolivia anterior a 1952 para ignorar el alcance histórico de las dos principales medidas adoptadas por el

---

13. Debray, *América Latina: algunos problemas...*, p. 71.

gobierno nacionalista, cualesquiera sean los errores, desfallecimientos y hasta traiciones que la Historia pueda imputarle.

¿Qué opinar, por añadidura, de “milicias” del MNR propuestas por “indios analfabetos”? ¡Raro vocabulario para un marxista que aconseja nada menos que a América Latina cómo hacer una revolución sin pérdida de tiempo! Pese a nuestra buena voluntad no logramos imaginarnos milicias diferentes en un país compuesto en su 80% de población indígena, la mayor parte de la cual no ha podido ir aún a la escuela, seguramente por “indolencia” o “semi-indolencia”.

El indio boliviano es un campesino, no es un indio a secas, salvo para un etnólogo, un racista blanco o un imperialista, jamás para un marxista, aunque sea un “semi-marxista”. La presencia de “indios analfabetos” en las milicias del MNR, agudamente observada por el ojo de águila de Debray, demostraría todo lo contrario de lo que se propone probar el joven licenciado francés: que esas milicias eran populares y que los campesinos arrancados a la vieja ignominia formaban milicias para defender la tierra que el detestable gobierno de Paz Estenssoro les había entregado.

(...)

### **Burguesía nacional y movimientos nacionales**

Debray formula juicios tan superficiales como tajantes. Algunos asombran por su poder inventivo: del peronismo afirma que ha nacido del “vivero” del APRA peruano; también le atribuye “influencia fascista”<sup>14</sup> en lo que coincide no sólo con la mayoría de la izquierda verbalista de América Latina y con el stalinismo internacional, sino también con el imperialismo yanqui y los sociólogos del mundo académico.

---

14. Debray, *América Latina: algunos problemas...*, p. 40.

Tanto el peronismo como el populismo de Vargas, “están en decadencia y han dejado en el lugar que ocuparon un vacío que el castrismo va llenando poco a poco, subiendo también de las organizaciones juveniles hacia los organismos de dirección”<sup>15</sup>. Todo aquel que conozca la Argentina y el Brasil, sabrá que esto no responde a la realidad sino a las ilusiones de Debray, que son éticamente, irreprochables.

Menos explicable por sus ilusiones resulta este juicio: “El antiyanquismo de Vargas y Perón, teñido de simpatías fascistas, no les impidió intentar acomodarse con los Estados Unidos, debiendo finalmente capitular”<sup>16</sup>. El vocablo “finalmente” resulta en este caso siniestro: pues Vargas se suicidó en 1954 y Perón fue derribado por el imperialismo al año siguiente.

También añade Debray que el peronismo “había engañado a la casi totalidad del proletariado”<sup>17</sup>. ¡Curiosa subestimación de la clase obrera argentina! Ésta apoya a Perón por razones concretas que ya hemos expuesto. Sería más justo decir en cambio que el imperialismo “engañó a la casi totalidad de la pequeño burguesía”, incluido el propio Debray, movilizándola en cierto modo contra sí misma y contra el movimiento nacional revolucionario en 1945 y 1955; este hecho puede ser probado más fácilmente que la aserción de Debray, ya que la pequeño burguesía es menos realista que el proletariado y en consecuencia más propensa a la automixtificación política, así como por la circunstancia sociológicamente notoria de su vinculación tradicional a los intereses de la gran metrópoli portuaria y de la estructura agraria-comercial.<sup>18</sup>

Del psicologismo habitual de Debray y de la calidad de su marxismo puede dar testimonio notable su caracterización de

---

15. Debray, *El castrismo: la larga marcha...*

16. *Ibidem*.

17. *Ibidem*.

18. Ramos, *Revolucion y contrarrevolución...*, Tomo II.

Lionel Brizola, ex gobernador de Río Grande do Sul. Después de Vargas, nuestro autor ha caído rendido ante el encanto del nuevo líder nacionalista brasileño: “Su fuerza innegable: su pasión, su amplia base popular, su coraje, su realismo, su odio al imperialismo, su honestidad, etcétera. No es completamente imposible que alrededor de Brizola, en un futuro próximo, se encarne una imagen brasileña del castrismo”.<sup>19</sup>

Que indudablemente Brizola se encuentre a la izquierda del antiguo movimiento de Vargas, no significa que su base social, su formación, el conjunto de sus ideas y su programa no sean típicamente aquellos del nacionalismo burgués o popular que Debray condena sumariamente en el propio Brasil y en el resto de América Latina. Brizola es, políticamente hablando, heredero de Vargas. Su idealización por Debray no es menos irracional que la condenación de Vargas.

Si nos demoramos en estas opiniones de Debray sobre los movimientos nacionales de América Latina es justamente porque se trata de movimientos de masas, insertados en la estructura real de las clases sociales, con una gran tradición y con una verdadera influencia en sus países respectivos. Las vacilaciones de Debray entre Vargas y Brizola no son sino un eco tardío en su conciencia de la sospecha de que, al fin y al cabo, no es posible suprimir en el papel a las masas, aunque las masas no se guíen por ahora con las ideas que deseamos ofrecerles.

De ahí que esta simpatía de Debray con respecto a Brizola, sea más que una inconsecuencia crítica, un mérito inconsciente o, si se prefiere, una inconsecuencia meritoria. Puesto que nadie, marxista o astrólogo, puede “a priori” determinar, inclinado sobre la bola de vidrio, la conducta política de Brizola en la historia futura del Brasil, así como nadie habría podido predecir la conducta política de Fidel Castro cuando

---

19. Debray, *El castrismo: la larga marcha...*

la prensa norteamericana le brindaba su simpatía en 1957. La historia la hacen los hombres (aunque la hacen bajo condiciones heredadas, dice Marx) y las circunstancias históricas de nuestra época aconsejan prudencia; ¿o es que Fidel Castro sería el único pequeño burgués de la historia moderna que ha logrado alzarse a la ideología socialista?

(...)

### ¿Panamá es una nación?

Sólo una perfecta amnesia, ya que no podemos atribuirle a Debray mala fe polémica, puede llevarle a afirmar que nosotros sostenemos la “unidad” como condición “previa” a la lucha revolucionaria en cada Estado. La reducción al absurdo de una posición tan clara como la que exponemos, nos exime de respuesta. Pero no podemos pasar por alto la referencia directa que Debray nos dirige al aludir a aquellos que en 1964 “quisieron lanzar la consigna de ‘devolución de Panamá a Colombia’” y que son los mismos “que esgrimen con frecuencia la consigna del viejo Trotski: Estados Unidos Socialistas de América Latina”.<sup>20</sup>

En efecto, yo personalmente expliqué con toda paciencia a Debray, en Buenos Aires, en febrero de 1964 y en el local de nuestro Partido, clausurado en 1966 por la policía del general Onganía, en qué consistía la posición marxista ante la cuestión nacional latinoamericana. Es rigurosamente cierto que mencioné el ejemplo de Panamá y Colombia, pero no “lancé la consigna”, sino que expuse ese ejemplo a Debray, por su fuerza demostrativa, del mismo modo que le expliqué al joven universitario procedente de París las particularidades de cada región latinoamericana.

---

20. Debray, *América Latina: algunos problemas...*, ob. cit., p. 71.

En esos días nuestro Partido publicó un manifiesto, que como era de esperar, Debray no entendió, en el que se leía lo siguiente:

“Ante la agresión sangrienta contra el pueblo de Panamá, el Partido Socialista de la Izquierda Nacional manifiesta su repudio a este nuevo acto de la barbarie imperialista, que afecta a toda Latinoamérica en su conjunto... La zona del Canal, al igual que Puerto Rico, deben considerarse partes irredentas del Estado Nacional Latinoamericano, cuya formación es un legado de las generaciones de la Independencia, a las masas trabajadoras y a la juventud del continente.

El conflicto, por lo tanto, no enfrenta al pequeño país panameño con el gigante norteamericano, sino a América Latina con el imperialismo y se resuelve por la lucha conjunta con miras a latinoamericanizar la Zona del Canal, sus instalaciones y funcionamiento. Este carácter latinoamericano del conflicto se hace más evidente si recordamos que el Estado panameño se apresuró a secundar la agresión imperialista contra Cuba, haciéndose cómplice de quien hoy lo trata como víctima y extrae de nuestras divisiones —y de la complicidad de las clases gobernantes nativas— su principal factor de poder.

La agresión a Panamá, es una agresión contra todos y cada uno de los pueblos latinoamericanos. La complicidad y el silencio constituyen actos de verdadera traición a la patria, vistos a la luz de la mejor tradición bolivariana y sanmartiniana.”<sup>21</sup>

Debray llegó a Buenos Aires como enviado de la revista pro-china *Revolution*, que aparecía en Francia e Inglate-

rra en ambas lenguas y que se proponía editar una edición castellana. Se trataba de una publicación impresa en varios colores, de un lujo excepcional en publicaciones marxistas. Debray debía auscultar la posibilidad de una versión para América Latina de dicha publicación pro-Pekín; si me esforcé tanto en explicarle con lujo de detalles los problemas de América Latina, fue a consecuencia del asombro que me produjo su afirmación de que calculaba vender unos 4.000 ejemplares de esa suntuosa revista entre los mineros de Bolivia. La misma opinión expuso ante calificados periodistas de Buenos Aires muy conocidos en Cuba. Debray añadió que el precio del ejemplar resultaría de alrededor de 2 dólares. Precio excesivo para una publicación revolucionaria.

Es fácil de comprender que los conocimientos que Debray tenía de la América Latina eran sobremanera exigüos. Por esa razón le recordé que el promedio de vida de los mineros bolivianos era de unos 35 años, que muchos no sabían leer y que si sabían leer no estaban en condiciones de adquirir una revista tan costosa, etcétera, etcétera. El lector advertirá por los resultados que mis conversaciones con Debray no acreditarán mi poder persuasivo...

En definitiva, la no aceptación explícita y categórica de la unidad de América Latina para los partidos y movimientos revolucionarios latinoamericanos significa lisa y llanamente su conformidad con la balcanización, o sea con la clave de la dominación imperialista en la patria bolivariana.

---

21. Manifiesto del PSIN, 10 de enero de 1964. Concluía así: “En consecuencia, exigimos de este gobierno, a pesar de su origen espurio: 1. Empleo vigoroso de todas las instancias internacionales; 2. Sanciones económicas unilaterales contra el agresor, si no depone inmediatamente su actitud; 3. Ofrecimiento de armas a Panamá para defender su soberanía; 4. Reivindicación de la soberanía latinoamericana sobre el Canal, cuyo funcionamiento deberá quedar a cargo de una comisión integrada por las veinte repúblicas latinoamericanas; 5. Consultas inmediatas para promover una acción latinoamericana colectiva”.

## Reportaje\*

*–La fortaleza de las fuerzas que enfrentan a lo que usted llama imperialismo, en América Latina, se presenta dudosa en algunos aspectos. Quiero señalar un punto: los gobiernos que enuncia como nacionalistas populares suelen caer sistemáticamente como víctimas de la misma provocación, que siempre se produce un mes o quince días antes de sus derrocamientos, en forma meticulosamente idéntica. Para esa fecha, siempre comienza a circular un documento –debe ser el mismo, con algunas correcciones– donde en nombre de los*

\* “El Colorado Ramos”, entrevista realizada para la revista *Confirmado* por su director, el periodista y referente radical Rodolfo Pandolfi, el 29 de febrero de 1972.

*suboficiales o de los trabajadores se pide liquidar al cuerpo de oficiales. Así pasó en la Argentina, con Perón; en Brasil, con Goulart, o en Bolivia, con Torres. Y a pesar de que a esos gobiernos les hacen la misma jugada, son impotentes para evitarla. Todo eso parece demostrar, al menos, una debilidad de conducción estratégica.*

–Como usted sabe, desde mi punto de vista América Latina es una nación no constituida. Como somos una nación fragmentada, estamos dominados por las potencias antinacionales y, en particular, por Estados Unidos.

–*Pero eso no explica la impotencia para prever y replicar.*

–El atraso histórico no se expresa solamente porque los recursos básicos estén en manos del extranjero. Se expresa también en la pérdida de la conciencia aguda del interés nacional, en la pérdida de la tradición histórica y en la debilidad con que los partidos marxistas, en América Latina, han logrado constituirse. Ese es el reflejo del carácter semicolonial que ha permitido, como usted señala acertadamente, que cuando algún gobierno de carácter nacionalista, militar o civil, burgués o pequeño burgués, como en el caso del régimen de Torres, se apresta a enfrentar al capital extranjero, como lo hizo Ovando, aparezca siempre un manifiesto, guiado por la mano del imperialismo, con frases izquierdistas que crean una crisis en la oficialidad nacionalista, lo que facilita al sector no nacionalista del Ejército el derrocamiento del gobierno. La repetición de la misma maniobra indica la insistencia táctica del enemigo en aprovechar una debilidad estratégica de las fuerzas nacionales. Esa debilidad estratégica está marcada por las dificultades para constituir un partido obrero y socialista en América Latina, capaz de impedir esas maniobras, de contribuir a la victoria de los gobiernos nacionalistas y, en caso de vacilación de esos gobiernos, de encabezar los procesos. Eso lo realizó, como estrategia militar y política, el partido revolucionario de la nación más importante de Asia: Mao luchaba junto a Chiang Kai-Shek en una alianza de clases, patriótica; pero

cuando Chiang defecionó, Mao enarboló la bandera patriótica y encabezó la revolución china.

*–Cuando ustedes plantean al frente de clases pienso que miran especialmente hacia el peronismo. El radicalismo, sin embargo, sorprendió a los observadores con su afiliación, que se produjo a nivel muy importante, la vida de los comités, la movilización de sectores juveniles, etcétera. Esto parece inesperado.*

–Los vestigios de vitalidad radical no son de extrañar porque se trata de un partido montado desde hace ochenta años, que siempre tuvo todas sus estructuras políticas intactas, a pesar de Onganía, y mantuvo comités –aun sin locales– y vinculaciones, a diferencia del peronismo, que estuvo sin estructura política diecisiete años. Toda esa tradición de expertos en la materia recobra lo que tiene de vigente en los períodos preelectorales.

*–¿Perón es un revolucionario?*

–Es un revolucionario burgués. Enfrentó a la vieja estructura política de los terratenientes sin tocar su base social.

*–Pero también aplastaba las huelgas obreras y, por supuesto, al clasismo.*

–Estableció la legislación obrera más avanzada en América Latina, para su tiempo, y eso determinó la perdurabilidad política del peronismo.

*–Si uno recorre los discursos de Perón, desde el famoso pronunciado en la Bolsa de Comercio en adelante, él dice que esa legislación servía para mantener la estructura de clases y evitar el avance de fuerzas revolucionarias. Él mismo se presentaba como un paternalista que buscaba estimular el conformismo obrero. Y en cuanto a las leyes, a la oligarquía le costaron mucho psicológicamente, pero poco o nada desde el punto de vista económico.*

–Lo que podríamos decir es que Perón, en los comienzos de su carrera política, entendió que debía intentar ganar, para la comprensión del sentido nacional de su política, a los sectores tradicionalmente respetables de la vida económica nacio-

nal: están los discursos en la Bolsa de Comercio, el discurso a los ganaderos, etcétera. Se trataba de convencerlos de que las convulsiones de la posguerra debían encontrar una Argentina debidamente organizada donde hubiera algo de justicia social para evitar las revoluciones que asomaban desde el Este.

*–Perón lo dice expresamente. Y lo repite en discursos posteriores, no solamente de los primeros tiempos, sino también de los últimos tiempos de su gobierno.*

–Eso puede asombrar a quienes creen que Perón es socialista y sobre la base de esa convicción errónea son peronistas. Pero si descubrieran que Perón es, en realidad, un nacionalista popular burgués que se propuso desarrollar el capitalismo argentino...

*–Perón habla de socialismo...*

–Yo y mis compañeros, en 1945, no apoyamos a Perón porque Perón fuera socialista. Lo apoyamos porque era burgués y en eso consistía su carácter progresista. Era burgués frente a la oligarquía terrateniente aliada al embajador Braden, que quería un país de vacas gordas y peones flacos. Hay gente de Filosofía y Letras proveniente de la carrera de Sociología, creada bajo el sociologismo comtiano importado de Estados Unidos, que supone a Germani como un hombre de ciencia y a Jauretche como un charlatán: pero Jauretche, un peronista, desempeñó el papel que los enciclopedistas franceses desempeñaron frente a la vieja nobleza. Puso en ridículo a la mitología literaria de la Argentina agraria, en nombre de una concepción burguesa.

*–¿No cree que Perón ahora sea socialista, como dicen algunos jóvenes justicialistas?*

–No creo que Perón haya cambiado en modo alguno su sistema de ideas y su doctrina, que es nacionalista popular.

*–¿No cree que confunde entonces su expresión sobre el “socialismo nacional”?*

–Creo que es positivo que se califique así. Eso indica la necesidad que tiene Perón de modernizar a su movimiento,

vinculándolo –aunque sea en el orden de la semántica– a la revolución mundial.

–*Pero esa aproximación semántica, a través de la expresión “socialismo nacional” que tanto usó la ultraderecha, es sumamente confusa.*

–Efectivamente, efectivamente. Yo preferiría que se llamara “socialismo de raíz nacional”.

–*¿Cuánto hace que no lo ve a Perón?*

–Yo hablé con él solamente una vez, en 1968.

–*¿Recibió carta de él, últimamente?*

–El año pasado, y solamente un saludo, a través de un dirigente metalúrgico, con una acotación a propósito del problema universitario, donde Perón apoya el criterio político nuestro, según parece, y no el criterio de los grupos peronistas que están al margen de la FUA y, en consecuencia, renuncian a luchar por sus ideas en la FUA.

–*Creo que en este caso es como usted dice. Pero hay una vieja tradición de Perón que consiste en apoyar simultáneamente posiciones antagónicas.*

–No me consta, pero lo he leído en las revistas.

–*Voy a plantear las cosas de otra manera. El liderazgo de Perón sobre los peronistas aparece como muy fuerte, en apariencia, pero es débil en la realidad. Aquí vino un señor como delegado personal de Perón, nombrado por Perón y con instrucciones de Perón. Ni Mor Roig ni Lanusse lo nombraron delegado personal de Perón, sino que fue Perón quien lo nombró para imponer su política, la política de Perón. Entonces, un sector importante del peronismo se opuso y simuló desconocer, en una ficción gruesa, que ese señor era el delegado de Perón, como si creyera que lo puso allí el gobierno. Cuando ese señor se desgastó, Perón lo reemplazó para seguir con la misma política. El ciclo luego se repite. Es decir que siempre una parte importante del peronismo desobedece a Perón pero fingiendo que el problema es con quienes no lo entienden bien. Nunca lo tocan a Perón, pero constantemente lo desobedecen.*

–El exilio de Perón dio lugar al desarrollo de este juego de equivocaciones, y todo peronista dirigente usa la máscara de Fernando para enfrentar las orientaciones de Perón. Ese juego obliga al maquiavelismo de Perón cuando, en realidad, el maquiavelismo no está en Perón sino en las cosas mismas. Él tiene que rever a los hombres que designa para tratar de imponer la línea que considera justa. Son los dirigentes quienes usan la máscara de Fernando y en nombre de Perón atacan al delegado de Perón. Pero fuera de los dirigentes está la crítica que las masas populares hacen a la conducción de Perón, y esa crítica no se expresa por intrigas sino por actos colectivos: como hace nueve años, cuando Perón ordenó la abstención y la masa peronista fue a las elecciones. Y en 1961, cuando aconsejó concurrir en la Capital Federal apoyando la candidatura a senador de Raúl Damonte Taborda, el peronismo, que en todas partes concurrió, se abstuvo de votar por ese candidato en la Capital Federal y dio lugar al triunfo de Alfredo Palacios. Es la forma de contestar al líder cuando no acierta: sus partidarios innominados, de una manera u otra, lo critican a través de un acto. Enseñan al líder que éste es líder mientras es representativo.

–*Pero, insisto: ¿usted cree o no en la actual debilidad del liderazgo político de Perón?*

–No, no creo que esté débil. Ejerce una influencia política inmensa y está condicionando en parte la conducta del gobierno militar.

–*Una influencia inmensa, pero siempre medio peronismo discute a sus delegados.*

–No, no. Hay núcleos dirigentes. Las masas, en tanto Perón da una respuesta válida, acatan en forma incontrastable a Perón. Simplemente, hay círculos de dirigentes que se consideran albaceas...

–*Usted que es dirigente de un nucleamiento que se llama Frente de Izquierda Popular... ¿no cree que hay un porcentaje elevado de autodenominados izquierdistas que se alejan*

*del trabajo político esperando que las soluciones se produzcan sin trabajo político?*

–Bueno, vamos a ir por partes...

–*Perdón, quería terminar la idea. La gente distingue sobre todo por izquierda a dos cosas: al Partido Comunista, con su organización, por una parte, y a la llamada ultraizquierda, por la otra. Pero usted propone una izquierda que no tiene nada que ver ni con los comunistas ni con la ultraizquierda o los partidarios de la lucha armada.*

–La izquierda argentina expresó clásicamente la influencia política y monetaria de la burocracia soviética a través del Partido Comunista, mientras la influencia del imperialismo inglés se presentó a través del partido del doctor Justo. En la medida en que el Partido Comunista estuvo siempre contra los movimientos populares, quedó reducido a un grupo bien organizado pero cuya peligrosidad se limita a la venta de rifas. Sueña con una sociedad vegetariana que mantenga relaciones fructuosas con la Unión Soviética. En ese sentido, el Partido Comunista condena la lucha armada. Por eso es tan amigo de los demócrata progresistas y de la Marina de Guerra. En cuanto al Partido Socialista, está amenazado de extinción por cuanto desapareció el sector que lo sustentaba: la aristocracia obrera de carácter privilegiado. Después del 45 aparece nuestra corriente, de izquierda nacional, que plantea las cosas con un enfoque marxista entroncado con la realidad argentina y la latinoamericana.

–*¿Usted no visualiza otra izquierda?*

–Están los partidarios de la acción armada. Allí podemos distinguir dos sectores: los que hablan y los que hacen. Los que hablan son mucho más numerosos que los que hacen y están instalados generalmente en los barrios residenciales del interior y de la Capital, y en la Facultad de Filosofía y Letras. A éstos no les tengo el menor respeto, ni político ni intelectual. Respeto, sí, a los que practican la acción armada, aunque descreo de ella. Yo creo que cuando se toman las armas las debe tomar el pueblo argentino, como en mayo de 1810 y en mayo

de 1969. La acción colectiva, pacífica o militarmente, redime de una sociedad mal constituida. Pero nunca una minoría. El revolucionario español Joaquín Maurín cuenta una visita a Rusia de una delegación sindical, en 1921. Los revolucionarios preguntaron a Trotski si podrían los soviets enviar armas a España para hacer la revolución. Trotski contestó: “Para hacer una revolución es necesario haber ganado las simpatías de la mayoría de la población. Y entonces se cuenta naturalmente con los soldados, que son quienes tienen las armas. Las armas necesarias para la revolución española están en España: ganen la voluntad de los que las tienen”.

–*Su crítica a la lucha armada, ¿no puede favorecer al inmovilismo, a la falta de creación a una alternativa armada al sistema? De eso lo acusan los ultraizquierdistas cuando dicen: “Ramos, la CIA, la misma porquería”.*

–Los grupos ultraizquierdistas, en este país, no representan absolutamente a nadie más que a núcleos muy reducidos de estudiantes de algunas facultades privilegiadas. Pero quiero aclarar que yo no estoy contra la lucha armada, sino contra la lucha armada que realizan las minorías. Creo que no hay en la historia universal nada que no se haya hecho con las armas. Los más ilustres generales del Ejército Argentino, como San Martín, Paz, Quiroga, Roca, Mosconi, hasta llegar a Perón, encarnaron siempre la voluntad popular de luchar por la emancipación argentina. Yrigoyen recurrió en 1890, 1891, 1903 y 1905 a la lucha armada; los conservadores recurrieron a la lucha armada; Onganía contra los mandos colorados, etcétera. Nadie se asustó aquí, desde la izquierda a la derecha, por la lucha armada. Pero un medio, como son las armas, no puede transformarse en un fin. El fin es la conquista del poder por el pueblo: los medios pueden ser combinados, sucesivos o simultáneos. Pero hay una ley básica: no se puede hacer una revolución si no se cuenta con la mayoría del pueblo. Y la revolución, llegado el momento, se hace por una vía o por otra, según sea el grado de resistencia de la vieja sociedad.

–*Pero si usted entiende que la revolución la hace una mayoría, esa mayoría presionaría sobre toda la situación e, inclusive, sobre las instituciones armadas.*

–Yo opino que no se puede hacer una revolución, en este país ni en país alguno, sin contar al menos con una parte del ejército. Así lo demuestran la historia de la revolución china y la historia de la revolución rusa: en ambos casos, sectores importantes de las fuerzas armadas se pasaron al lado del pueblo. Parte del aparato de coacción de la sociedad arcaica se transformó entonces en su antítesis, cuando esa sociedad agotó sus posibilidades. Un marxista no está contra la lucha armada sino cuando ésta es manejada por minorías, que jamás logran llevar a ese campo a la mayoría del pueblo. Cuando la mayoría del pueblo llega a la lucha armada, la historia del siglo XX demuestra que las revoluciones que se producen son fruto de la invasión extranjera o de una gran guerra mundial. Está el caso de la revolución rusa, o de la revolución china, o de la revolución yugoslava. Y está el caso, que espero no sea el argentino, de un nuevo régimen llevado por el ejército soviético.

–*¿Cómo se encuadra el caso cubano?*

–El proceso de Cuba presenta el caso de un grupo de jóvenes universitarios liberales, que luchan contra un sátrapa puesto por el imperialismo en la isla, que obtienen el apoyo de grandes sectores del propio imperialismo para deshacerse de ese sátrapa y que recién después inician, algunos de ellos –que vencen en una lucha interna– el otro proceso.

–*¿Y qué pasará con el FIP?*

–Se propone participar en las elecciones, si ellas son legítimas. Y movilizar a las masas en cualquier caso.

–*¿Usted está con el peronismo duro o con el blando?*

–Los sectores del llamado peronismo duro revelan una mayor combatividad y eso suscita nuestra simpatía.

–*¿Aun la combatividad de los ex participacionistas volcados a la dureza?*

–¡Ahhh! ¿Usted se refiere al peronismo sindical? Porque yo sobre el peronismo sindical no tengo opinión. No tengo opinión porque no sé quiénes son los 8 ni los 24, que están frente a los 35 y a los 49. En fin: los agrupamientos internos del sindicalismo peronista reflejan un estado decadente del sindicalismo. La putrefacción de la dirección de la CGT no se debe a la particular mentalidad reaccionaria de Rucci y de sus guardaespaldas fascistas: se debe especialmente a que los sindicatos han llegado al extremo límite de lo que podían obtener en esta época de las clases dominantes. Conducidos por estos burócratas son incompetentes aun para lograr el más mediano aumento de salarios. Por esa razón los obreros peronistas vuelven su cabeza al camino político. Pero eso no quiere decir que los sindicatos hayan terminado su rol histórico: el sindicalismo argentino, peronista o no, necesita una real democracia interna de la fábrica a la cumbre, haciendo saltar esta estructura.

## Milcíades Peña\*

### La cuestión nacional y el marxismo

La interpretación marxista de la cuestión nacional es rechazada con singular tenacidad por los “marxistas” argentinos. Esta ignorancia no obedece a ningún descuido bibliográfico. Abundan las fuentes y, por lo demás, en los últimos veinte años la corriente revolucionaria de la Izquierda Nacional, aún antes de constituirse como partido, ha dejado su testimonio escrito en toda una serie de libros, folletos y revistas. Pero aunque las generaciones se renuevan, “el peso de las generaciones oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”.

\* Publicado en la revista *Izquierda Nacional*, N° 5, febrero de 1964.

La izquierda cipaya ha muerto históricamente, sin duda, pero sobrevive políticamente bajo la forma de sectas. Mientras los antiguos revolucionarios eran confinados por el aislamiento objetivo a la condición sectaria, ahora se proyectan a la acción pública por la modificación favorable de aquellas condiciones. La madurez de la época se vuelve contra las otrora imponentes organizaciones de la izquierda cipaya y tiende a convertirlas en sectas. Tal es el destino actual de los distintos fraccionamientos del “socialismo” y del “comunismo” en la Argentina.

La diferencia obvia entre unos y otros salta a la vista. En los períodos de la reacción los núcleos aislados definen la voluntad revolucionaria de resistir la corriente hostil, mientras que en los segundos, su condición sectaria en el período mundial de avance retrata la completa impotencia de la cipayería para comprender la realidad nacional e influir sobre ella.

Nada ha sido objeto de una desfiguración más profunda por el stalinismo, la socialdemocracia y otros “izquierdistas” que la posición leninista sobre la cuestión nacional. Prevalece todavía en esos medios en completa desintegración un sinnúmero de ideas peregrinas sobre la “burguesía nacional”, sobre la naturaleza de nuestra revolución y sobre la estrategia certera para triunfar en ella. Como cabía esperar, el imperialismo es el principal usufructuario de esta confusión.

Habiendo desaparecido Américo Ghioldi como expresión oligárquica en el seno de la pequeña burguesía izquierdista, su necesaria sustitución debía asumir un carácter más “revolucionario”, para cumplir los mismos fines, esto es, separar a la clase obrera de la pequeña burguesía radicalizada y a ambas de los intereses nacionales de un país semicolonial.

Los ultraizquierdistas emplean un lenguaje rotundo, pero su práctica política es mucho menos arrojada. Son revolucionarios de palabra y oportunistas de hecho. Como es bien sabido, el oportunismo en los países atrasados tiene un doble carácter, que refleja las dos grandes fuerzas prevaletientes en él: el impe-

rialismo y la burguesía nacional. Mientras que algunos traducen al lenguaje “marxista” los puntos de vista de la burguesía, idealizando su papel revolucionario, como lo hace Juan José Real, otros, en cambio, cubren su oportunismo hacia el imperialismo con la verba exaltada del intransigente tribuno: estos son los ultraizquierdistas, más peligrosos que los anteriores por cuanto toda la historia argentina contemporánea ha sido modelada por el capital extranjero en la doctrina “antiburguesa” y “anticapitalista” fundada por Juan B. Justo. Se recordará a este respecto que Justo dividía al capital en dos categorías: el capital “espurio” y el capital “sano”. El primero era el capital argentino, raquítrico y ansioso de proteccionismo; el segundo, el capital extranjero, fuerte y seguro de sí mismo. Justo prefería el segundo.

Es en épocas muy recientes que la burguesía nacional ha hecho su tímida aparición y que los movimientos que actualmente la interpretan —peronismo y frondizismo— actúan en la escena. Diremos de paso que mucho antes que existiera como tal la burguesía industrial, ya existían en nuestro país “movimientos nacionales” y que la diferencia entre “burguesía nacional” y “movimientos nacionales” es un enigma sellado con siete llaves para nuestros “izquierdistas”.

La pequeña burguesía urbana ha sido la víctima tradicional de la influencia izquierdista-imperialista. Los ejemplos de 1930, 1945 y 1955 son demasiado conocidos a este respecto como para que insistamos en analizarlos. En esta nota sólo nos ocuparemos del oportunismo hacia el imperialismo, que es el más corriente entre los sectores en apariencia más antagónicos de la izquierda cipaya. Por otra parte, estos sectores o sectas, multiplicados por el ciclón de la crisis “ad nauseam”, difieren entre sí en mil problemas: Stalin o Trotski, Mao o Jruschov, Togliatti o Gramsci, revolución campesina o colectivización, Ben Bella o Tito, etcétera, pero coinciden unánimemente en condenar las tareas nacionales de nuestra revolución y en sepultar horrorizados los textos de Lenin y Trotski sobre la revolución en los países semicoloniales.

## El imperialismo habla

La quiebra total de la izquierda cipaya ha movido al imperialismo a usar su propia voz en el debate sobre la naturaleza de las clases sociales en la Argentina<sup>22</sup>. La publicación de la revista *Fichas de investigación económica y social* posee ese significado. Dirigida a “economistas y sociólogos” profesionales, este órgano enmascarado con el pseudo-cientificismo yanqui, se propone en realidad remachar la vieja sumisión de la izquierda cipaya a las categorías abstractas y extranjerizantes que siempre la distinguieron. Todo esto no pasaría de una simple curiosidad “sociológica”, si no fuera que su perceptible redactor, el Sr. Milcíades Peña, no intentara emplear una amalgama de “marxismo” y estadística destinada a volver más accesible a los incautos su mercadería antinacional y antimarxista. Este nuevo método imperialista, mechado de alusiones a la “clase obrera”, a “Trotski”, etcétera, exige que se le preste cierta atención.

---

22. El redactor principal o único de la revista *Fichas de investigación económica y social* es el señor Milcíades Peña, titular de una empresa de publicidad, relaciones públicas e investigación de mercado que actúa en esta plaza. Bastamente relacionada con las grandes empresas extranjeras radicadas en el país, esta firma les proporciona profesionalmente informes mediante importantes contratos por prestación de servicios. La “investigación de mercado” es una invención yanqui típica del mercado imperialista, donde el despilfarro publicitario esconde la evasión de réditos y una forma indirecta de ejercer presión política sobre la prensa, la radio y la TV. La “investigación de mercado” constituye una de esas especialidades características de la anarquía capitalista, un subproducto del derroche y un método derivado del espionaje industrial. El señor Peña publica avisos en la sección financiera del diario *Clarín* cuyo título es el siguiente: “Se buscan empresas con más de 10 millones de pesos anuales de ventas”. En la revista imperialista *Primera Plana*, el señor Peña ha sido reportado acerca de los mejores métodos de investigación de mercado requeridos por las grandes empresas instaladas en la Argentina. Se trata pues de un personaje altamente calificado para lanzar una ofensiva publicitaria desinteresada contra el desarrollo industrial argentino. La aversión confesada del señor Peña contra la “burguesía industrial” es completamente sincera a la luz de tales antecedentes.

El tradicional órgano de los intereses comerciales porteños, *La Nación* de los Mitre, ha difundido siempre la doctrina de que las industrias argentinas estaban “sobreprotegidas”. El fundador del Partido Socialista y campeón del librecambismo, Juan B. Justo, argüía que las industrias en este país eran “artificiales”. Aconsejaba a los industriales combatir el proteccionismo.

Los ultraizquierdistas posteriores, inventaron variantes originales: al no poder negar la existencia de una industria y de una burguesía nacional, pretendieron suprimir a esta última con un ingenioso subterfugio, que consistía en afirmar que el “imperialismo es un factor interno” de la economía. En otras palabras, que la única respuesta para la revolución argentina, ya que el enemigo estaba adentro y afuera, era la revolución socialista, lo que eliminaba de un solo trazo las tareas nacionales en un país semicolonial.

La revista *Fichas* y su agente de Relaciones Públicas, por fin, agrega a esa lista su propia contribución: la industrialización argentina sería tan sólo una “seudo-industrialización”. Con la inclusión de una sola palabra, aunque sea una seudopalabra, este experto ingresa a la galería de los teóricos cipayos, lo que no es hazaña pequeña, sobre todo tratándose de un hombre de negocios.

### **Burguesía europea y burguesía nacional**

Mientras que algunos socialistas combatían abiertamente la idea misma de industrializar la Argentina, otros izquierdistas considerarán a la industria obra exclusiva del imperialismo, pero todos ellos declararán que sólo “el socialismo” puede introducir el orden en este valle de lágrimas. No es ajeno al debate añadir que tanto unos como otros, cada uno a su hora, fueron enemigos acérrimos del yrigoyenismo y del peronismo. Estos dos grandes movimientos del siglo XX argentino, como es bien sabido, sobre todo el segundo, expresaban un frente

de clases antioligárquico y de un marcado carácter burgués-populista, o sea históricamente progresivo.

Los cipayos que redactan la revista *Fichas*, y agobian al lector (sea o no “sociólogo”) con especiosas estadísticas ignoran por completo las condiciones que rodearon la aparición de la burguesía en los países imperialistas. Es un error corriente afirmar que la burguesía europea fue “revolucionaria” y que realizó su propia revolución, mientras que la burguesía de los países atrasados, por venir al mundo en la época de declinación del régimen capitalista, adquiere forzosamente una naturaleza contrarrevolucionaria.

En realidad, la burguesía no fue revolucionaria en parte alguna del mundo, ni en época alguna. Si el proletariado, sometido a las condiciones de explotación capitalista, aliena su existencia global y sólo puede alzarse a una conciencia sindical de sus intereses económicos inmediatos (lo que exige la formación de un partido revolucionario) la misma burguesía no ha sido menos enajenada, en el otro polo del sistema, por la contracción cotidiana que le exige la defensa de sus intereses como capitalista individual.

El pensamiento colectivo es más extenso y profundo en el proletariado que en la burguesía, que frecuentemente pierde de vista los intereses empresarios por la exclusiva y estrecha vigilancia del capitalista privado a su propio “status”. De donde resulta que las revoluciones burguesas clásicas no fueron dirigidas ni inspiradas por la burguesía, sino por otras clases que se subrogaron a aquella en la fundación del Estado Nacional o en la conducción del proceso revolucionario.

Pero esos “movimientos nacionales” tenían un marcado contenido económico y social burgués, puesto que toda la época y la situación general de la sociedad imponían a esos movimientos ese contenido. El capitalismo había penetrado por todos los poros del régimen feudal, mucho antes que la revolución conmoviera el régimen político. Así, el jacobinismo revolucionario del siglo XVIII fue un movimiento de

la pequeña burguesía, pero los frutos de la gran revolución fueron gustados por la burguesía. La unificación de Alemania no la condujo la burguesía alemana, que apenas advertía las ventajas de un simple *Zollverein*, sino la nobleza militar campesina de Pomerania, que la promovió teniendo en vista los intereses dinásticos de los Hohenzollern: pero la política bismarckiana, realizada por el ejército prusiano, amplió universalmente el vuelo del capitalismo alemán, sin que la burguesía alcanzara en modo alguno el poder político. No fue la burguesía industrial de Piamonte la que dirigió la lucha por la unidad de Italia, sino la Casa de Saboya, Cavour y los garibaldinos, con toda la pequeña burguesía peninsular. Sin embargo, esa unidad nacional fue la condición primera para que la burguesía expandiese el capitalismo en Italia y fundase su poder económico. Quizá la única excepción sea la revolución inglesa del siglo XVII, si dejamos en claro que su cabeza pensante y jefe supremo tampoco era un burgués, sino el hidalgo campesino Oliverio Cromwell.

El carácter enajenante de la producción capitalista se manifiesta más particularmente en el capitalista privado que en el proletariado y si éste sólo puede adquirir la conciencia “tradeunionista” de sus fines, el burgués individual ni siquiera llega a percibir los intereses de su clase en su conjunto, y mucho menos la clase en su conjunto logra forjar una autoconciencia de su política. El rasgo distintivo de la burguesía en los países imperialistas, como lo demuestra toda la historia de la Rusia prerrevolucionaria, fue justamente que la burguesía liberal rusa estaba más dispuesta a sellar un acuerdo con la nobleza feudal que con el pueblo y prefería una ventaja circunstancial a una revolución democrática. Pero si ésta ha sido la actitud habitual de la burguesía como clase, se impone establecer las diferencias existentes entre la burguesía y los movimientos nacionales en los países atrasados.

La burguesía semicolonial se forma como un resultado directo de las crisis del sistema capitalista mundial. Está ligada

desde su origen al capital extranjero, a sus mitos, ideas y a la reverencia a su gigantesco poder. Pero todo esto no impide que sus intereses se enfrenten frecuentemente con el imperialismo. Los intereses de la burguesía no se manifiestan a través de la burguesía misma, atada a sus preocupaciones cotidianas y a su odio de clase al proletariado nativo, mucho más agudo que su aversión al capital extranjero.

Dichos intereses encuentran su expresión en los movimientos nacionales. Si bien es cierto que poseen el contenido nacional burgués consiguiente, están compuestos de distintas clases sociales, entre ellas el proletariado, y asumen frecuentemente en su lucha un carácter plebeyo que aterra a la propia burguesía nacional. Baste recordar la actitud de los industriales frente a Perón, y recíprocamente, para medir las relaciones entre la burguesía nacional y el movimiento nacional.

Esta distinción en apariencia terminológica está lejos de ser obvia. Los cipayos de hace veinte años veían en Perón a un “dictador fascista” y en el proletariado a un “lumpenproletariat”; hoy ya no es posible afirmar cosas semejantes. Por esa razón los cipayos de la revista *Fichas* y sus congéneres, prefieren enfilarse contra la “burguesía industrial”, para esconder su odio contra el movimiento nacional, que también incluye al proletariado. El antiperonismo de la revista *Fichas* es transparente. Ese hecho bastaría para situar políticamente a su editor, y a concluir con el asunto si otros temas que imprudentemente toca la revista no exigirían la debida puntualización.

### **Los países opresores y los países oprimidos según Lenin**

La burguesía nacional oscila perpetuamente entre el temor a su propio proletariado y su ambición de disputar al imperialismo el control del mercado interno. A esta contradicción es preciso añadir otra: como el capital imperialista posee importan-

tes intereses en la industria argentina, es habitual que ciertas ramas de la industria de capital extranjero tiendan a establecer un dominio monopólico en el mercado, que hiere directamente a los sectores industriales de capital nacional del mismo rubro, carentes de la protección fiscal, aduanera y bancaria con que cuentan sus competidores interiores o exteriores.

Esta situación desgarrar continuamente la dirección de su política y recrea sin cesar una dualidad irresoluble y convulsiva. Si Juan José Real considera erróneamente que la burguesía nacional es definitivamente progresista (como traslación mecánica del estado semicolonial del país), la revista *Fichas* estima que es abiertamente contrarrevolucionaria (por considerarla mero agente del capital extranjero). Ambos se equivocan, pues ambos practican una política oportunista, uno hacia la burguesía nacional y la otra hacia el imperialismo.

Si en lugar de rendirse ante los productos microestadísticos de los “sociólogos” norteamericanos, el Sr. Peña y su empresa hubiesen destinado unos momentos a la lectura de Trotski, habrían encontrado en *El gran organizador de derrotas* las líneas siguientes: “Es evidente que la burguesía no viene al campo de los revolucionarios al azar ni a la ligera, sino por la presión de sus intereses de clase. Después, por temor a las masas abandona la revolución o le manifiesta abiertamente el odio que había disimulado. Pero no puede pasar definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de la necesidad de ‘sostener’ de nuevo a la revolución, o, al menos, de coquetear con ella, más que cuando con métodos revolucionarios o de otra especie (bismarckianos, por ejemplo) logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase”.

La revista *Fichas* no coincide con este punto de vista. Por el contrario sostiene que la burguesía (movimiento nacional) “no puede dejar de ser una clase contrarrevolucionaria...ella es una clase contrarrevolucionaria y antinacional”. Como todos los que ignoran la dialéctica, los redactores de *Fichas* inmovilizan una categoría, aislan de su contexto histórico una

clase, la fijan como un elemento inmóvil en el fluir del proceso histórico y la consideran como una fracción de eternidad.

Pero al lanzar a la burguesía (movimiento nacional) a la barricada de la contrarrevolución, el Sr. Peña crea un vacío, que se apresura a colmar con la fórmula socialista pura, la fórmula predilecta del imperialismo para separar al proletariado de la Nación y de sus posibles aliados en la revolución democrática. Lenin llamaba a estas actitudes “anarquismo pequeño burgués”, Trotski las juzgaba como “una imbecilidad equivalente a la traición”; nosotros preferimos designarlas como expresiones de la izquierda cipaya.

La revista *Fichas* resume en su contenido todas las ineptias antimarxistas de tres cuartos de siglo, enderezadas a impedir la adopción de la política leninista en la cuestión nacional. Las citaremos por su orden:

1° Desconocer el carácter semicolonial de la Argentina.

2° Atribuir a su industria una dependencia completa del capital imperialista.

3° Negar en consecuencia todo nacionalismo a la burguesía industrial o al movimiento nacional burgués.

4° Negar, además, toda divergencia entre terratenientes e industriales.

5° Negar toda “movilidad social” en la industria, o en lenguaje más simple, afirmar que la inmensa mayoría de los directivos industriales son actualmente los mismos que dirigían la industria antes de 1946.

6° Afirmar que la oligarquía agropecuaria fue la más enérgica promotora de la industrialización argentina.

7° Negar, además, que el gobierno de Perón propulsó la industrialización.

8° Negar la existencia en la política argentina de una política nacional entre los diversos grupos de las clases dominantes. Cada uno de ellos sería servidor de uno u otro imperialismo extranjero.

9° Propugnar un gobierno de obreros, peones y...chacareros.

Que una empresa de Relaciones Públicas y Publicidad salga con esta fórmula no es lo menos sorprendente de la revista *Fichas*. Los izquierdistas cipayos cuentan con un nuevo aliado. Desde hace veinte años hemos combatido tesis semejantes. Y durante dos décadas la realidad argentina se ha encargado de demoler con su evidencia a sus estériles sostenedores. Si consagramos estas líneas a refutar a los cipayos de la revista *Fichas* no es porque tengamos en cuenta su insignificancia –salvo en el campo comercial– sino porque esta curiosa revista nos permite reiterar con fines educativos ideas sustanciales del marxismo en los países atrasados.

El imperialismo y la propia burguesía nacional, al emplear el púdico vocablo cepaliano de “país subdesarrollado”, convienen en aceptar el carácter semicolonial de la Argentina, notorio para todo el mundo, excepto para el “investigador” de *Fichas*. La Argentina de 1964 no ha cambiado esencialmente el carácter histórico-social que le atribuía Lenin en su libro sobre el imperialismo, escrito en 1916, y en el cual incluía a nuestro país en la serie de los países oprimidos.

El 26 de julio de 1920, durante el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía del siguiente modo el punto de vista marxista sobre la cuestión nacional y colonial: “En primer lugar, ¿cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis? La distinción entre pueblos oprimidos y opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa”. De esta situación histórica especial de los países atrasados, Lenin extraía no menos evidentes conclusiones tácticas y estratégicas: “La dominación extranjera impide el libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas. Es por esta razón que su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y es por esto que la ayuda aportada a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias no es, en realidad, una ayuda aportada al movimiento nacionalista de la burguesía nativa, sino la apertura del camino para el propio proletariado oprimido”.

## ¿Revolución nacional versus revolución socialista?

En el período en que Stalin idealizaba a la burguesía china, la burocracia soviética separaba las tareas nacionales de la revolución democrática de las medidas propias de la revolución socialista en compartimientos estancos, separados por amplios períodos históricos. Era una variante de la ideología nacional burguesa en ciertos países atrasados, que persiguen la completa capitulación del proletariado y su partido al programa de la burguesía.

Por el contrario, ciertos ultraizquierdistas o agentes imperialistas, según los casos, sostienen una tesis inversa, no menos peligrosa que aquélla. Afirman que la revolución socialista es la única tarea concebible en un país atrasado. Al exponer semejante tesis, sustituyen la “etapa democrática” por la “etapa socialista”, en lugar de entender de una vez que el proceso de la revolución permanente en los países atrasados significa simplemente que la lucha por la liberación nacional sólo puede emprenderla el proletariado siempre y cuando acaudille a masas no proletarias, e incluya en su programa consignas no solamente socialistas, sino nacionales.

Es en el duro proceso revolucionario, cuyas alternativas y dificultades nadie puede prever, salvo algún Cagliostro yanqui, que el proletariado puede asumir la dirección de la lucha nacional e introducir las medidas socialistas que convengan a la Nación para arrancarla del caos. Si la política de Stalin en China condujo a arrodillarse ante Chiang Kai-Shek, la política ultraizquierdista de los cipayos sólo puede conducir a debilitar el movimiento nacional, a aislar al proletariado de su seno o a consolidar dentro de él la primogenitura de la burguesía nacional.

Lo más frecuente en estos casos, es que los pequeño burgueses de “izquierda”, lectores de *Fichas*, permanezcan al margen de los grandes procesos revolucionarios, preservando en sus bolsillos la pureza de la doctrina, como en 1945 o en 1955, si es que no salen a la calle para contribuir a derri-

bar al “gobierno burgués”, del brazo de la oligarquía. Esto el señor Peña lo debe saber muy bien. El “internacionalismo abstracto” es la máscara de los social-imperialistas en los países opresores y de los más declarados opresores en los países semicoloniales.

La revista *Fichas* afirma que la “burguesía es contrarrevolucionaria” y propone luchar contra la burguesía (movimiento nacional) y el imperialismo al mismo tiempo. Coloca en un mismo plano al país opresor y al país oprimido. “Aguardar que la burguesía nacional saque al país del atraso para recién después llamar a la clase obrera a la conquista del poder no es apoyar el desarrollo nacional sino renunciar a él, ya que aparte del proletariado no hay ninguna otra clase capaz de realizar esa tarea. En estas condiciones hablar de revolución ‘democrático-burguesa’ o de ‘revolución nacional’ es caminar en el vacío o engañarse conscientemente”, afirma el Sr. Peña.

Fuera del hecho notable de que un agente de Relaciones Públicas exponga tales ideas, queda en pie el hecho de que fuera del proletariado “no hay ninguna otra clase” interesada en la independencia nacional. En la Argentina, que es nuestra patria, mal que le pese a los *Public Relations*, existen otras clases interesadas en el crecimiento económico y en la independencia nacional: existen el proletariado rural, la pequeño burguesía urbana y rural, clase gigante y en muchos sectores empobrecida, los pequeños comerciantes y los pequeños industriales. La inmensa mayoría del país está interesada en la liberación nacional, pero si bien es indiscutible que sólo el proletariado puede conducir a esas masas, no es menos cierto que el proletariado librado a sus solas fuerzas no puede realizar ni la liberación nacional ni por supuesto su liberación social.

Para este tipo de cipayos Trotski afirmó lo siguiente: “Lenin ha escrito centenares de páginas para demostrar la necesidad capital de distinguir las naciones imperialistas de las colonias y semicolonias, que constituyen la mayor parte de la humanidad. Hablar de ‘derrotismo revolucionario’ en general sin

distinguir entre países opresores y oprimidos es hacer del bolcheviquismo una caricatura grotesca y miserable y poner esta caricatura al servicio del imperialismo”.

### **La estadística yanqui o la mentira como ciencia**

La “sociología” norteamericana ha impuesto en el pequeño mundo de sus imitadores internacionales un método estadístico para miniaturistas destinados a fragmentar la sociedad global. De este modo se cierran la posibilidad de descubrir sus contradicciones y conservan sus bien remunerados empleos. La revista *Fichas* se aplica dócilmente a utilizar dicho método. Su propósito declarado es inventariar la ausencia de contradicciones entre las clases dominantes de la Argentina y la absoluta fusión de ellas con el imperialismo.

Esta burda operación se realiza en varias etapas. La primera de ellas consiste en negar la “movilidad social” en nuestro país. La historia universal es la realización de la idea absoluta para Hegel, y para Marx es la historia de la lucha de clases. Nunca la historia del mundo ha sido tan convulsiva como en nuestra época, en la que agoniza el capitalismo, y los pueblos, las clases y los regímenes sociales y políticos se desplazan en luchas grandiosas.

Para la revista *Fichas*, sin embargo, todo es estático. Como las cifras son manuales, los cipayos de la revista intentan demostrar con ellas dicha tesis. Con la ayuda inapreciable de la Guía de Sociedades Anónimas ofrecen las pruebas. Es conocido el hecho de que dicha Guía no persigue un propósito científico, sino que está destinado a las agencias de publicidad, a los agentes de Relaciones Públicas a la caza de nuevos clientes y otros menesteres semejantes. Por esa razón incluye en sus páginas a todas las empresas que radicadas en el país se rigen por el sistema jurídico de acciones. Dicha Guía contiene, pues, compañías comerciales, intermediarias, industrias importantes, grandes

tiendas, agrícolas-ganaderas, de transportes y hasta agencias de propaganda, que como se sabe, venden ilusiones. Esto último tampoco lo ignora el señor Peña, pues justamente es su oficio.

Con ese sapiente breviario en la mano, la revista *Fichas* sostiene que no ha existido entre 1946 y 1960 “movilidad social”, o sea el desplazamiento de individuos de una clase social a otra más elevada en la esfera de la industria. En otras palabras, dicha revista se proponía demostrar que la “burguesía industrial” carece de existencia y que los principales directores de Sociedades Anónimas industriales son en la actualidad básicamente los mismos que existían en la gran industria en 1946. Es fácil inferir que también la revista indicada pretende señalar que el peronismo no promovió la industrialización argentina, lo que se indicará explícitamente con la misma autoridad científica en otra parte de la regocijante publicación. Pero los números empleados por estas manos indiestras juegan una mala pasada a sus manipuladores. Ellos demuestran sin dejar lugar a dudas que la “movilidad social” de ese período constituyó una realidad aplastante.

Cabe advertir al lector que el “inconsciente” de los “investigadores” de la revista *Fichas* ha trabajado más certeramente que su máquina: para designar a los directores de las sociedades anónimas industriales de antiguo arraigo (imperialistas) emplea el vocablo “clásicos” y para aquellos dirigentes de la industria incorporados a la actividad económica después de 1946, utiliza la palabra “advenedizos”. No otro es el criterio oligárquico para designar a los recientes ricos de la “nueva clase”, lo que psicológicamente implica una involuntaria confesión que desmiente la propia tesis sobre la identificación entre terratenientes e industriales, dentro de la mejor tradición de los actos fallidos freudianos.

Pero veamos las cifras de los cipayos: sobre 743 directivos hay 165 “clásicos”, 97 “dudosos” y 482 “advenedizos”. La revista *Fichas* considera “dudosos” a “aquellos directores que en razón de sus apellidos (González, García, etcétera) resultaron de difí-

cil identificación”. Los González y los García que son de “difícil identificación” no pertenecen evidentemente a la cohorte de directores “clásicos” de las grandes sociedades anónimas anteriores a 1946, bien conocidos por la Guía y por la revista *Fichas*. Son apellidos típicos de la pequeño burguesía argentina que ascendía verticalmente hacia puestos directivos de la industria. Estos “investigadores de mercado” están por lo visto más familiarizados con los Parsons y Packard que con los García. Sólo a un cipayo en estado de beatitud perfecta se le puede ocurrir la idea de realizar una “investigación” para saber quién es García. Resulta concebible que al terminar esa encuesta, se encuentre acometido de una estadística perplejidad.

En resumen, esto obliga a sumar los 97 “dudosos” a los 482 “advenedizos”. El resultado aritmético es: 165 empresarios de la década pre-peronista y 579 “seudo-industriales”, como diría nuestro seudo-investigador. La tesis le ha estallado entre las manos. Como dice el proverbio gaucho, el mal enlazador se enreda en su propio lazo.

Se trata de un solo ejemplo de la solvencia intelectual de la revista *Fichas*. Pero toda la publicación cipaya se funda en esos sólidos cimientos.

## **Industria nacional e industria extranjera**

La revista *Fichas* y su solitario redactor fingen considerar que la industria argentina sólo puede concebirse bajo la forma de Sociedad Anónima. ¡Qué honestidad científica! Dejan a un lado sigilosamente a las Sociedades de Responsabilidad Limitada, que es la forma jurídica adoptada en nuestro país para favorecer la organización de la pequeña o mediana empresa y a cuyas estipulaciones se acogieron miles de talleres y fábricas en el período que horroriza al Sr. Peña y sus mandantes y que apenas osan mencionar. Esos talleres, que la revista llama despectivamente “artesanales”, si habían sido ya excluidos de

sus relevamientos por el Censo Industrial de 1941, también son ignorados por el señor Peña. Pero igual se ve obligado a confesar que constituyen “el 90% de los establecimientos y un 20% de los obreros”, lo que deja al margen de sus elucubraciones a casi un cuarto de millón de obreros argentinos.

En un país semicolonial, cuesta cierto esfuerzo tener que repetirlo, decenas de miles de pequeños y medianos industriales, que emplean entre 200.000 y 250.000 obreros, constituyen precisamente uno de los focos más peculiares de la “burguesía industrial” aborrecida por este agente extranjero, que considera “advenedizo” a todo industrial argentino y “clásico” a todo industrial imperialista. De un modo absolutamente típico, esos talleres forman parte del rudimentario capitalismo de un país atrasado. Las deficiencias de la información estadística (que entre otras cosas permite la manipulación inescrupulosa de cifras por estos “investigadores de mercado”) impiden que pueda contarse con guarismos actualizados. Una estadística completa ampliaría considerablemente su número e importancia: son legión los talleres que no pagan réditos y escapan a todo control. La recomposición de estadísticas sobre base de diversas fuentes, de alias distintos, de pesos de valor diferente, ha dado nacimiento a un arte que más se vincula con la ficción literaria que con la investigación responsable. Sus resultados están a la vista.

Las cifras no dicen nada por sí mismas. La propia revista *Fichas* lo demuestra amputando de la industria nacional a un cuarto de millón de obreros. Pero estas conclusiones se derivan del pensamiento político fundamental que guía la penosa recopilación.

La industria de capital argentino, así como la industria argentina de capital extranjero, forman parte del aparato productivo del país. Emplean proletariado nacional, se enfrentan entre sí, por la tendencia monopolista del capital extranjero a dominar el mercado interior y se distinguen por las diferentes bases financieras de su política. Mientras que la industria de capital extranjero cuenta con sus propios bancos y puede soportar una acción

de *dumping* o los períodos de receso del mercado consumidor, la industria de capital nacional depende fundamentalmente de los bancos oficiales, es decir del Estado. Las consecuencias de la caída de Perón en 1955 se hicieron sentir agudamente en este problema. A menos que se ignore la realidad del país y se suspenda por un momento la lectura del *Times*, este hecho es de tal notoriedad que hasta la revista *Fichas*, podría conocerlo.

La dependencia de la industria argentina del exterior, que apunta triunfalmente la revista *Fichas* es la demostración del carácter atrasado del país. Las importaciones no han hecho sino crecer, pero se ha modificado con la industrialización su carácter. En lugar de importar artículos de consumo, el país importa del exterior bienes de capital, equipos, materias primas industriales. Antes de considerar esta transformación cualitativa como una prueba de la capacidad de maniobra que adquiere un país semicolonial frente a sus antiguos proveedores, la revista citada la juzga como una manifestación de que las grandes empresas imperialistas “ven complacidas la pseudo industrialización porque ella origina una creciente demanda de esos productos”. La complacencia del imperialismo por la industrialización argentina se puede medir por la política desarrollada contra Perón durante quince años, por la presencia de los representantes del imperialismo en los gobiernos sucedidos en el país a partir de 1955 y la política económica por ellos practicada. Todo el país conoce los resultados de la “complacencia” imperialista por nuestra industrialización, a la luz del millón de desocupados que la política imperialista ha producido en los últimos años.

(...)

### Frente único de cipayos y chacareros

Ofrecemos al paciente lector la última perla de la muestra. La revista analizada señala a la Unión Industrial Argentina como

la entidad representativa de la burguesía industrial. Todo el mundo familiarizado con la política y la economía argentinas sabe muy bien que la UIA reúne las empresas de capital imperialista o derivadas del agro, protegidas dentro del sistema imperial-oligárquico y cuya representatividad puede medirse por el simple hecho de que reúne entre sus asociados a fabricantes e importadores de un mismo producto.

Pero además de incluir a la UIA como representante de los industriales argentinos, que significa lo mismo que aludir al partido de Nicolás Repetto como expresión del pensamiento marxista, la graciosa revista de marras expone sus ideas sobre los chacareros de la pampa gringa. Como era lógico esperar, la revista *Fichas* no buscó estas ideas en la Argentina sino en el mundo anglosajón. Fundándose en el señor Carl C. Taylor, *Fichas* dice: “Indiquemos tan solo que el latifundio priva al chacarero de todo interés en construir una vivienda costosa sobre la tierra que no es suya. Por eso el elemento más débil en el nivel de vida rural de la Argentina es la vivienda, lo que se debe principalmente al latifundio”.

Toda la bibliografía conocida, pensada y escrita en nuestro país, es suplantada por este autor, que ha procedido para conocer la vida rural del país con los mismos métodos que su ligero discípulo. ¿Quién ignora entre nosotros que cuando el chacarero no es propietario de la tierra sino su arrendatario, compra casa en el pueblo? Afirmo la misma revista que el chacarero vive aislado entre sí: “Este aislamiento bárbaro de la población rural argentina incide para restringir el mercado interno de la industria nacional”. La existencia de un mercado interno para la industria no está determinada por el “aislamiento” del chacarero, propio de la vida rural, sino por su condición de siervo de la gleba o productor capitalista, es decir, por su apartamiento o vinculación con la economía monetaria.

Para que no quede duda alguna sobre su ignorancia de los hechos más elementales, la estadística revista *Fichas* afirma que la burguesía industrial aprovecha la existencia del lati-

fundio, pues aunque reduce su mercado interno, le permite obtener mano de obra barata para sus fábricas. Las torpezas se acumulan aquí en cantidad imposible de enumerar. Léase: “Desde entonces, el latifundio siguió abasteciendo a la industria con la fuerza de trabajo barata de los chacareros arruinados y empobrecidos que emigraban al Gran Buenos Aires. Durante la última guerra mundial, el chacarero vivió al borde de la miseria, en momentos en que no se exportaban sus productos, vegetando gracias al programa gubernamental de adquisición de las cosechas, elaborando para mantener el valor de la renta agraria... En consecuencia, durante todo el periodo de la guerra los chacareros se volcaron sobre el Gran Buenos Aires, facilitando a la industria la mano de obra barata que necesitaba para elevar la cuota de ganancia de sus capitalistas”. ¡Es el viejo cretinismo agrario de los socialistas, de *La Nación* y de la oligarquía ganadera!

El pequeño burgués urbano que en 1945 derramaba lágrimas de cocodrilo por los escuálidos chacareros arruinados por el peronismo, renace en la revista *Fichas* para recoger tales detritus “ideológicos”, que nadie creía ni en 1945. Es preciso desconocer totalmente la realidad argentina para proferir tales tonterías. Los cipayos de la revista *Fichas* ni mencionan al peón rural o al obrero agrícola, que fue quien realmente se volcó al Gran Buenos Aires, elevando así los jornales de sus compañeros que permanecían en el campo. Además, no fueron los peones o jornaleros con trabajo los que venían a la industria de la Capital, sino aquellos muchachos desocupados en las orillas de los pueblos rurales, que vivían de changas miserables y que ya no podían ser absorbidos por las faenas agrícolas.

Ningún chacarero vino a Buenos Aires en esa época, como no fuera para escuchar “El Barbero” en el Colón. ¡La razón era tan simple! Si eran “felices propietarios” de su tierra, triplicaron sus ganancias con los altos precios de la guerra, y si eran “arrendatarios”, aprovecharon la congelación de los arrendamientos dictada por el gobierno militar en 1944. Por otra

## Raurich, Sebrelí, Moreno y otros\*

parte, el Estatuto del Peón impuesto por Perón, les obligó a dar sueldo regular y cama decente al peón criollo hasta entonces humillado y explotado en la chacra, como su hermana lo era en el servicio doméstico de la ciudad. Pero al imponerse por vía militar un Estatuto del Peón, el chacarero que hasta ese momento sólo trabajaba la cosecha fina y holgaba el resto del año, se vio obligado a utilizar la mano de obra cuya mensualización le exigía el Estatuto. Así fue como diversificó su producción, y trabajó todo el año para aprovechar al jornalero. Sembró no sólo trigo, sino avena, alternando los cultivos, e hizo algo de tambo y hasta ganadería. En otras palabras, acentuó su enriquecimiento durante la guerra, gracias al Estatuto del Peón, que maldijo en voz baja, y a la congelación de arrendamientos, que no pudo sino aclamar.

¿Los viejos cipayos andan buscando criar cipayos nuevos? La revista *Fichas* miente con una impudicia solo comparable a *La Nación*. ¿De modo que durante la última guerra “no se exportaban sus productos” y por eso el chacarero estaba “arruinado”? El señor Milcíades Peña, que sólo lee en inglés las sonseras que traduce, ¿no sabe leer los archivos de los diarios, al menos? ¿No ha oído hablar de las “libras congeladas” en Gran Bretaña? ¿Alguien ignora en nuestro país que esos fondos congelados en Inglaterra eran el fruto de las exportaciones argentinas de carne y cereales, que atravesaban el bloqueo marítimo?

¿Para qué seguir? Este teórico de la industria imperialista de la oligarquía industrializadora, del industrial “clásico” y del chacarero arruinado, no da para más. En la última página de su cómic y algo envejecido opúsculo propone un gobierno de obreros y chacareros. Será difícil que los chacareros se encuentren de acuerdo con tan ambiciosa postulación. Deberían abandonar en tan honrosa circunstancia la actividad usuraria a la que actualmente se consagran con pasión y los \$15.000 promedio que sacan hoy por hectárea sembrada. Los teóricos de chacra deberán buscar otros candidatos más “arruinados” para sus aventuras estadísticas.

—¿Dónde lo toma a usted el 17 de octubre de 1945?

— El 17 yo estaba en el centro y ya conocía todos los hechos y circunstancias de la jornada anterior, que había sido el día en que la CGT se reunió para decidir qué hacer frente al encierro de Perón. En realidad, cuando la CGT se reunió la gente ya había empezado a salir en la provincia de Buenos Aires y en Tucumán, donde se producía la movilización de los inge-

\* Extracto de una serie de conversaciones mantenidas por Ramos con Jorge Raventos, en 1973, y que formarían parte de un libro a medio camino entre la memoria y la reflexión. Después de muchas idas y vueltas, la idea fue retomada ya iniciados los años 90, pero la muerte de Ramos dejó inconclusa la obra.

nios. Cuando la gente, el 17, se moviliza a Plaza de Mayo, yo estaba en la Avenida de Mayo, observando ese espectáculo tan colorido, esa algarabía: llegaban en todos los medios de transporte, dentro de ómnibus y tranvías, en camiones. Llegaban trepados al techo de los tranvías, corriendo el riesgo de quedar fulminados en los cables. Había un aspecto festivo que predominaba en la jornada, acentuado por los gorritos improvisados con pañuelos anudados en las puntas, las camisas sueltas y desabrochadas para aliviar el calor.

Yo observaba el rostro estupefacto de la gente bien vestida ante ese gentío que llegaba desbordando las diagonales. La concentración en la Plaza se prolongó hasta tarde. Perón apareció en el balcón cerca de la medianoche y el espectáculo era fantasmagórico: la gente había hecho antorchas con los diarios, la plaza parecía incendiada, llena de humo. Era algo impresionante. Cuando empezó la desconcentración, después de las 12, caminé por la Avenida de Mayo, pisando los cristales destruidos del edificio de *La Prensa*, en busca de alguien con quien comentar los acontecimientos. En Corrientes y Paraná, en un bar que creo que se llamaba “La Casa de Troya”, me encontré con Héctor Raurich y nos unimos con un grupo de trotskistas y trotskoides.

– *¿Se sentía, se intuía que se estaba viviendo un día-bisagra, un cambio en la situación política?*

– Juzgue usted mismo. Raurich, rodeado de ese grupo que lo admiraba (estaba Antonio Gallo, claro), tan pronto nos sentamos, soltó un dictamen. Dijo: “Acabamos de presenciar la manifestación de la barbarie política del proletariado, así como el gobierno es la manifestación de la barbarie de las clases poseedoras”.

– *Raurich miraba la movilización desde arriba...*

– Miraba el mundo desde arriba, con cierto desagrado. Su trotskismo era selectivo; tomaba de Trotski particularmente la crítica al stalinismo y desde allí se deslizaba hacia la hostilidad a la Unión Soviética. Por esa vía llegó al anticomunismo...

Pero esa noche el centro no estaba puesto en Rusia, sino en la movilización de la clase trabajadora en defensa de un coronel.

Por supuesto, en ese ámbito, el único que le respondió a Raurich fui yo. Le dije que ese comentario revelaba su incompreensión sobre la clase obrera verdadera. El bolchevismo, le dije, también era la manifestación de un pueblo que era bárbaro, y así lo reflejaba en sus fórmulas simples y a menudo simplificadoras, sumadas a la dureza de sus métodos, por oposición a la mayor sofisticación de los mencheviques. Y allí comenzamos una larguísima disquisición, en muchos momentos áspera, que aterrorizaba a los discípulos de Raurich pero no a él, claro, que como buen intelectual puro encontraba placer en una discusión nueva, desenmohecida y estaba encantado de hacer esgrima frente al desparpajo de un joven irreverente: yo tenía 24 años y él era un hombre maduro y sereno, un pensador admirado.

Raurich estaba un poco sorprendido de escuchar lo que yo decía, que a él seguramente le parecía una extravagancia, es decir, quedaba perplejo ante la defensa de un coronel nacionalista y de la movilización obrera hecha en lenguaje articulado y sostenido con argumentos y citas de los grandes maestros. Estuvimos en ese café hasta las 5 de la mañana, mientras los otros se iban despidiendo, y terminamos la discusión a las 7, en una lechería. Nunca más volvimos a conversar. Él siguió un curso bastante triste en su actuación política: invitó a todos sus amigos a sumarse al Partido Socialista porque, decía, era el único partido desde el que se podía luchar contra el peronismo. Así, ese príncipe filosófico del trotskismo terminó ocupado en dotar de argumentos antiperonistas a los Ghioldi y los Repetto, expresión menor de la socialdemocracia imperialista. Una pena. Raurich era un verdadero intelectual, un tipo inteligente y culto, lector y erudito en Hegel. Un pensador que, sin embargo, escribió poco y nada...

– *Un intelectual en el que se nota cierta influencia de Raurich es Juan José Sebreli. Lo curioso en él es que combina*

*ese trasfondo raurichiano con un coqueteo con el peronismo, algún saqueo a las posiciones de la izquierda nacional y algo de Sartre.*

– Yo a Sebrelí lo veo como un intelectual un poco trivial. Es muy sensible a las cosas que le llaman la atención e inmediatamente las incorpora a su discurso, llena unas cuantas páginas y las vende. Al día siguiente se olvida. El fue peronista dos veces y antiperonista dos veces. El era antiperonista durante casi todo el período de Perón, cuando colaboraba en la revista *Sur*. Allí publicó un artículo en el que atacaba mi librito *Crisis y resurrección de la literatura argentina* y, bajo la protección de Victoria Ocampo, reclamó “la autoridad como marxista” para juzgarme, diciendo que yo no era marxista, y para defender desde allí a Borges y Martínez Estrada. Un poco después se hace peronista y colabora en el periódico *Clase Obrera*, que dirigía Rodolfo Puiggrós, donde escribe grandes elogios de Evita con tan mala fortuna para él que doce meses después el gobierno de Perón cae estruendosamente, lo que le provoca gran alarma: no había calculado ese contratiempo. Entonces se hace antiperonista nuevamente. En la revista *Contorno*, de los hermanos Ismael y David Viñas, escribe un artículo que deja bastante mal parada a Evita. Más tarde, con el fin de la Revolución Libertadora, se tranquiliza y puede volver a hablar de Evita sin temor. Como ve, la línea política de Sebrelí ha sido zigzagueante...pero las páginas de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* son sin duda entretenidas.

– *Volviendo a Raurich, ¿ese grupo simplemente se disolvió en el Partido Socialista, o mantuvo algún tipo de identidad crítica?*

– Habría que aclarar, en primer término, que el grupo de Raurich no constituía un grupo político: eran una especie de peña filosófico-política que se reunía en el Tortoni o en la Casa de la Troya a mirar el universo. Así durante años...Pero había vasos comunicantes con el grupo Nuevo Curso, de Antonio Gallo, quien, al margen de estar lejos de la calidad intelectual

de Raurich, se empeñaba en una postura ultimativista. Gallo sostenía que la Argentina era ya un país capitalista, razón por la cual la contradicción fundamental era burguesía versus proletariado, motivo por el cual había que dejar de lado toda consigna referida a la liberación o independencia nacional.

Ese punto de vista lo iban a recoger, en el trotskismo organizado, Hugo Bressano (es decir, El Gato Moreno) y Milcíades Peña. De hecho, los primeros contactos de Bressano con las ideas de Trotski los recibe en la mesa de Raurich. En el año 40 Raurich se embarca en mayores contactos con la militancia, incitado por un debate que se desarrollaba mundialmente en el seno del trotskismo acerca del carácter social adoptado por la Unión Soviética y la actitud que el trotskismo debía adoptar ante ella. Intervienen muy centralmente en ese debate el propio Trotski, James Burnham y un europeo, Bruno R. James Burnham y Bruno R. sostenían, básicamente, que la URSS había restaurado ciertas características del capitalismo y que el stalinismo constituía la expresión terrorista de una nueva clase. Nosotros, los muchachos de aquella época, seguimos la tesis de Trotski, que planteaba que, pese a la degeneración burocrática, la URSS seguía siendo un Estado obrero y debía ser defendida. Raurich se hizo antidefensista.

En cuanto al ingreso de Raurich y sus amigos al PS, su evolución lo fue deslizándose desde el antidefensismo al anticomunismo y, como le señalé al contarle su comentario inicial sobre el 17 de octubre, al antiperonismo. Y aún más allá. De hecho, en su mesa, años después, sostenía que, de ser más joven, se enrolaría para luchar contra el comunismo en Corea. Uno de sus discípulos lo tomó al pie de la letra y se fue nomás a Corea en 1950. Cuando regresó, uno o dos años más tarde, fue recibido en Nueva York como héroe nacional de los Estados Unidos.

– *¿Qué pasaba entre tanto con el grupo que usted integraba?*

– La posición de respaldo al peronismo que caracterizó desde los orígenes a la izquierda nacional (este nombre no había sido acuñado aún) se expresó en dos publicaciones –la

revista *Octubre* y el periódico *Frente Obrero*—, en las que tuvimos mucho que ver un hombre muy inteligente que escribió poco y nada, Aurelio Narvaja, y yo. De *Frente Obrero* aparecieron dos números (en septiembre y octubre de 1945). *Octubre* salió en esos meses y siguió apareciendo en 1946 y 1947. Sacamos cinco o seis números en total. Raurich le decía a sus amigos en el café que a *Octubre* la financiaba el coronel Juan Velazco, que era en esa época el jefe de la Policía Federal de Perú. En esto, como ex trotskista, coincidía con el stalinismo, para el cual todo lo que tuviera algún tufillo trotskista era una hechura policial.

## Guillermo Lora\*

Con motivo de la aparición del libro *El presidente colgado*, a principios de año, se produjo una polémica en la que participaron el autor de dicha obra, don Augusto Céspedes, Guillermo Lora y el escritor argentino Jorge Abelardo Ramos. La importancia de la polémica nos ha impulsado a publicarla para su mejor difusión entre el público y en especial entre los trabajadores, con objeto de aclarar importantes puntos de referencia

\* De un folleto mimeografiado aparecido en octubre de 1968. La polémica que se reproduce se origina en la crítica que hace el dirigente trotskista boliviano Guillermo Lora del libro de Augusto Céspedes, *El presidente colgado*, la posterior defensa de éste y la participación de Abelardo Ramos.

sobre la Revolución Nacional boliviana, la interpretación de algunos de sus problemas y la verdad sobre determinados personajes de la política criolla.

Ramos defiende la posición de Céspedes y denuncia la conducta de Lora. Con relación a este “izquierdista”, surge como conclusión una frase célebre de Marx, con respecto a los caricaturistas del marxismo: “He sembrado dientes de dragón, pero he cosechado pulgas”.

### Un libro de Augusto Céspedes

Por Guillermo Lora

Su autor, novelista de muchos quilates, cree haber escrito la historia del golpe revolucionario del 20 de diciembre de 1943 y del régimen Villarroel, aunque el libro que llega al lector bajo el sugestivo título de *El presidente colgado*, contiene más bien, las memorias de uno de los sectores de esos acontecimientos.

No se trata del historiador que no tiene más remedio que referirse a su actuación pública porque así facilita la comprensión de los acontecimientos. Céspedes parece haber escrito su libro para convencerse de la gran importancia que tiene en el acontecer político y está seguro que el lector sacará mucho provecho informándose de todas las nimiedades de su vida militante y privada.

En la página 14 nos hace saber que durante el gobierno Quintanilla, junto con oficiales de reserva del Chaco, trató de sublevar el Colegio Militar; en otros lugares se refiere con lujo de detalles a cómo el 20 de diciembre de 1943 ingresó al local de teléfonos automáticos, con quiénes charló cuando fue a las minas y la forma en que fue paseado en hombros (pág. 59) o sus peripecias en el confinamiento. De esa manera en el volumen se ha ido acumulando mucho ripio y habría ganado mucho con la supresión de pasajes insulsos. Sin embargo, se tiene que comenzar reconociendo que en *El presidente colgado*

se encuentran verdaderas revelaciones históricas, datos sobre acontecimientos de primerísima importancia.

Es, ni duda cabe, un libro vigoroso que rezuma densa pasión más que sabiduría y muchas de sus páginas están magistralmente logradas. Suficiente referirse a la defensa que hace del periódico *La Calle*, “cuna de la revolución nacional” y a la justificación de los fusilamientos de noviembre, hasta ahora rechazados con el argumento simplista de que se trata de algo monstruoso e indigno de gentes civilizadas (pág. 171 y sigs.). La clase dominante ha acostumbrado a todos, incluyendo a los hombres de avanzada, a considerar el asesinato de líderes revolucionarios y de gentes del pueblo como algo de tan poca significación que no merece figurar en los libros de historia (las obras ventrudas y “serias” no consignan las masacres obreras y ni siquiera el cobarde fusilamiento de Andrés Ibáñez y los igualitarios) mientras que se desencadena todo un escándalo toda vez que las víctimas pertenecen a la reacción. Aunque no lo dice con claridad, de los planteamientos de Céspedes se desprende que son los altos intereses populares los que justifican el empleo de la violencia por los gobiernos revolucionarios. Contrariamente, la derecha recurre a la violencia en su empeño de obstaculizar la marcha de la historia.

En *El presidente colgado* pueden encontrarse las huellas de la decadencia de Céspedes como escritor. Duele que el magnífico novelista se pierda por su terco empeño de escribir historia (“tu historia son historias”, le dice Tamayo a Arguedas; mas, la frase lapidaria puede aplicar también a él con toda propiedad).

Es notable la forma osada en que vigoriza nuestro lenguaje, incorporando a la literatura todas las aportaciones populares. La suya es prosa mestiza, elocuente en su brevedad, hecha para herir y gustar, brillante y bien labrada. En anteriores escritos, y todavía en *El dictador suicida*, el uso de fuertes adjetivos era oportuno, en el libro que comentamos tiende a convertirse en chabacanería. A pesar de que el autor

pide disculpas por recargar demasiado la tinta. En *El presidente colgado* es el adjetivo el que con frecuencia sustituye al razonamiento adecuado y al documento indispensable.

¿Cuál es el método que sigue el “historiador” Céspedes? El conspicuo masón Iturricha inició su trabajo histórico con un largo y erudito capítulo destinado a exponer la filosofía de la historia que le sirvió de norma y que, por otra parte, es acabadamente idealista y reaccionaria. Nada de esto ocurre en Céspedes y muchos de los que busquen el hilo conductor del relato se verán confundidos por el inmoderado uso del término dialéctica, que en su pluma apenas si es un adjetivo más.

Analizando el rol que Céspedes asigna a los diversos personajes se tiene que concluir que la historia es hecha por los hombres superiores conforme a sus deseos. La clave de la historia boliviana, por lo menos de las tres últimas décadas, debería buscarse en el clan familiar Montenegro, Arce, Céspedes, y particularmente en este último, que indiscutiblemente nació para encarnar al héroe de Carlyle. La realidad objetiva no sería pues más que el producto de los planteamientos elaborados por el cerebro genial o retardado de los líderes de turno. Se explica que en Céspedes la política quede reducida a pugna y odio personales. Gran parte de *El presidente colgado* está dedicada a ridiculizar a quienes han sido catalogados como enemigos de la troika Montenegro-Arce-Céspedes y, por tanto, de la revolución boliviana.

A un historiador de derecha sólo podemos exigirle una honesta y documentada descripción de los acontecimientos. El escritor revolucionario debe ofrecer la interpretación de los fenómenos políticos y su proyección hacia el futuro, lo que supone la revelación de sus contradicciones internas, vale decir, la explicación de la política con referencia al choque entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción (Céspedes cita de pasada este segundo factor), que en el nivel clasista, y concretamente en nuestro país, se presenta como la colisión entre el proletariado y el imperialismo. Todas las

otras contradicciones son secundarias. Céspedes sin darse cuenta ha jugado un determinado rol en esa gigantesca pugna.

El proletariado encarna la rebelión de las fuerzas productivas contra el imperialismo que es el mayor obstáculo que se opone al libre desarrollo de aquéllas (desarrollo que se traducirá en el avance de la economía en su conjunto y no únicamente de alguna de sus ramas). Esto explica la enorme importancia que adquiere la poco numerosa y joven clase obrera. La incipiente y caduca burguesía nacional ha sido desplazada por la metrópoli imperialista en la tarea de estructuración de una sociedad democrática burguesa, objetivo que en manos de esta última se ha convertido en saqueo de las riquezas nacionales y en opresión económica y política del país.

Menudean las referencias a Nietzsche, Marx, Lenin, Trotski, etcétera, y todo hace suponer que Céspedes ha leído al primero, con quien, por otra parte, se identifica. A Marx le atribuye gratuitamente una cita y reproduce un párrafo del menos recomendable comentarista de Trotski, el argentino Ramos. Cuando define la restauración no la considera una etapa particular de la lucha de clases, sino que se apega a una de las vaciedades de Ortega y Gasset (“la vida española se hace hueca de sí misma”), a quien entre nosotros se lo conoce como el “filósofo del corcho”.

Cuando critica a los gobiernos movimientistas y muestra sus limitaciones y errores, da pruebas inequívocas de valor y probidad intelectuales. “La pedagogía política deformatoria de los valores nacionales que influyó totalmente en el periodo de Peñaranda (1940-43) posee tal poder de desorientación que se filtra hasta frustrar el gobierno de Villarroel y llegó a contaminar los gobiernos de la Revolución Nacional desde 1952 hasta 1964” (pág. 44).

*El presidente colgado* se esmera en relevar la decisiva influencia que Patiño siguió teniendo en la política boliviana, a pesar de la victoria del golpe antirosquero, es decir, antipatiñista, y esto gracias a la complicidad de ciertos gobernantes. A

Antenor Patiño se le renovó su pasaporte diplomático y el Parlamento “revolucionarlo”, en cuyo seno el lechinismo era mayoría indiscutible, modificó la ley de divorcio conforme a sus ocasionales conveniencias. A interferencias patiñistas se debió el sistemático boicot de los “nacionalistas” a la instalación de hornos para fundir estaño. Se puede añadir que en ningún momento los minerales bolivianos escaparon al control de la Patiño y, por tanto, del bloque imperialista angloyanqui. Todo el estaño fue y va a parar a la fundidora William Harvey o a la Tennant Sons and Co., tradicional agente del Banco Minero. Los pulpos imperialistas siguieron moviéndose a sus anchas, a pesar de los encendidos discursos antiyanquis de los jefes del MNR. A la Grace, añade Céspedes, se le respetaron sus privilegios.

Lo anterior no es más que la exteriorización de un fenómeno de capital importancia en nuestra política de los últimos años: la inevitable capitulación de cierto tipo de antiimperialismo ante el enemigo foráneo. Sería erróneo atribuir esta conducta únicamente a los defectos personales, a la mediocridad, a la mala fe o a la corrupción de los dirigentes.

El antiimperialismo para realizarse debe necesariamente materializar la ruptura de las ligazones que unen a los países dependientes con la metrópoli. Esta gigantesca tarea puede ser cumplida satisfactoriamente por la aguerrida clase que no tiene compromisos de ninguna naturaleza con el orden imperante, modelado para garantizar la acción y privilegios del imperialismo.

La pequeña burguesía, particularmente en los países atrasados, pretende, en el paroxismo de su osadía, desarrollar su propia política equidistante del marxismo (clase obrera), considerado como utopía que exige muchos sacrificios, y del imperialismo. Como no tiene el suficiente poderío económico ni la necesaria conciencia de clase para estructurar una sociedad burguesa pujante, pretende llevar adelante profundas transformaciones contando con la ayuda y el visto bueno de los Estados Unidos.

Estos ensayos no pueden prolongarse indefinidamente (su resultado sería la supervivencia de la colonia bajo el signo del

nacionalismo) porque en “la revolución nacional” está presente el proletariado, que, ayudado por las frustraciones de la pequeña burguesía, adquiere fisonomía propia; esta clase social imprime autoritariamente su sello a los acontecimientos y con toda energía, al buscar el camino de su liberación, tiende a llevar el proceso más allá del marco capitalista que es tan grato a la gran metrópoli. Este último objetivo sólo puede materializarse si los trabajadores logran sobrepasar a la dirección pequeña burguesa, sepultarla políticamente.

La historia del MNR ilustra de modo trágico esta tesis. Dicho partido ha sido arrastrado y destrozado por dos fuerzas contrapuestas: el proletariado y el imperialismo.

Para acabar con la nefasta influencia del patinismo y de los otros trusts engendrados por el capital financiero, para evitar el empantanamiento de la revolución, el MNR no tenía más camino que seguir al proletariado, transformarse de dirección en simple coadyuvante de su nuevo caudillo. Todo esto suponía un profundo sacudimiento ideológico capaz de proletarizar al partido pequeño burgués. Es cosa conocida que el lechinismo no se emancipó ideológicamente del MNR, sino que apenas alcanzó a ser su expresión obrerista.

El movimientismo en el poder se fue abandonando más y más en brazos del imperialismo y para contener y aplastar a la creciente oposición obrera no tuvo el menor reparo en aliarse con los Estados Unidos (producto de ese contubernio fue el renacimiento de la casta militar). La historia de los últimos años es la historia del descomunal choque entre las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución. Céspedes ha volcado en letras de molde su amargura al constatar el contraste entre las promesas hechas por los líderes movimientistas en la oposición y la obra realizada desde el gobierno.

Las limitaciones del MNR, la degeneración y traiciones de sus dirigentes son parte inherente a su condición pequeña burguesa. Es ahí donde debe buscarse la raíz de la frustración de Paz en el poder y no en su desconocimiento de las virtudes

del clan familiar que dice haberlo sacado del anonimato. Los aguafuertes de los personajes políticos son impresionantes, pero falta el análisis de las clases sociales y este es uno de los mayores defectos del libro.

La concepción antiimperialista de Céspedes es en verdad inofensiva. A pesar de los tremendos adjetivos que utiliza. Todo se reduce a la búsqueda de mejores precios para nuestras materias primas y a la protesta por el malbarato auspiciado por los malos gobiernos. No considera como una unidad la política interna e internacional de la burguesía imperialista, cree que esta última ha sido en Bolivia deformada e interferida por la rosca, esto permite suponer que si es reemplazada por el nacionalismo pequeño burgués pueden convertirse en ideales las relaciones boliviano-norteamericanas.

A él se debió que, en los primeros momentos del gobierno Villarroel, hubiese sido designado agente confidencial, encargado de lograr el reconocimiento diplomático de la revolución nacional por el imperialismo, Sánchez de Lozada, uno de los consejeros de Rockefeller y pro-pirista. La siguiente cita presenta a Céspedes de cuerpo entero: “Mis puntos de vista –dice refiriéndose a la campaña por él desarrollada durante su visita a Norteamérica– consistían nada menos que en señalar la interferencia que introducía, entre los Estados Unidos y el pueblo boliviano, el monopolio democrático de la rosca, la cual desnaturalizaba la política norteamericana en Bolivia y desacreditaba las corrientes populares bolivianas en los Estados Unidos” (pág. 89).

Hay páginas lamentables como las dedicadas al empeño de justificar, con argumentaciones nimias, el profascismo y el racismo de muchas de las campañas emprendidas por *La Calle* (pág. 57). Es falsa la tesis que busca identificar a la izquierda marxista (para él parece existir únicamente el PIR) con las posturas proimperialistas. Toda idea y todo gobierno pueden siempre ser atacados y criticados desde la derecha y desde la izquierda, sin que esto quiera decir que estas tendencias se

identifiquen. Pueden citarse muchos ejemplos en apoyo de lo expresado, pero preferimos reproducir lo dicho por Lenin en su *Materialismo y Empiriocriticismo*.

“Los materialistas han reprochado a Kant su idealismo, han refutado los rasgos idealistas de su sistema. Los agnósticos y los idealistas le han reprochado a Kant la admisión de la cosa en sí, como una concesión al materialismo, al realismo.

Purishkévich (monárquico, reaccionario extremado) exclama: ‘He criticado a los kadetes (partido de la burguesía liberal monárquica rusa) con mucha más consecuencia y resolución que vosotros, señores marxistas’. Sin duda, señor Purishkévich, los políticos consecuentes pueden criticar a los kadetes y los criticarán siempre desde puntos de vista diametralmente opuestos; pero sería preciso, sin embargo, no olvidar que vosotros habéis criticado a los kadetes porque son *demasiado* demócratas, mientras que, nosotros los hemos criticado porque no son *bastante* demócratas. Los machistas critican a Kant desde la derecha y nosotros desde la izquierda.”

El imperialismo atacó al gobierno de Paz Estenssoro porque creía que concluiría abriendo las puertas a la revolución obrera; nosotros lo combatimos partiendo de la certidumbre de que se había convertido en el mayor obstáculo para el advenimiento de esa revolución. Esas posiciones contrapuestas volvían a centrar la lucha política alrededor del choque entre el imperialismo y el proletariado.

### Citas que molestan a Lora

Por Augusto Céspedes

En este corto espacio respondo a algunas cosas que dice Guillermo Lora en *Presencia*, sobre libro *El presidente colgado*. Una vez más Lora no puede esconder su dogmatismo antimarxista en función de crítico. Sin discutirle la opinión que tiene de mi persona y de mi estilo, me refiero a su huraño y taciturno hermetismo sectario que le lleva al extremo de censurarme

porque hubiera citado una frase de Ortega y Gasset sobre la Restauración, en lugar de considerarla “una etapa particular de la lucha de clases”. Ortega hace una definición brillante: “La Restauración significa la detención de la vida nacional. La vida española se hace hueco de sí misma. Este vivir el hueco de la propia vida fue la Restauración. Perdióse en la Restauración todo lo verdaderamente fuerte, excelso, plenario y profundo”.

Además del brillo de esta frase, Ortega no está negando que fuera el resultado de la lucha de clases. ¡Pero no es marxista! Luego, está prohibido citarlo.

También cité a Summer Welles, a David Alvéstegui y a otros, pero para un marxista grado A como Lora sólo se debe citar a los inscriptos en la Cuarta Internacional. Dice él que Ortega es el “filósofo del corcho”, lo que obligaría a conocer únicamente a los escritores plúmbeos echando a los demás, como Nietzsche, al Index del Santo Oficio marxistoide.

Mas luego Lora dice “menudean las referencias a Nietzsche, Marx, Lenin, Trotski, etcétera”, siendo la verdad que no menudean, sino que apelo a ellas cuando coinciden con el hecho histórico descrito o sintetizan la ley que lo rige. Al revés de la mentalidad de camisa de fuerza que pretende encajar la realidad dentro del proverbio, aunque grite. Hay una dialéctica de clases, indudablemente, pero hay que ver, en qué punto esa realidad cede ante la contradicción principal que es la lucha colonial contra el imperialismo. Los marxistas grado Lora (grado 99.99) han acumulado durante treinta años resmas clasistas de papel trotskoide sin otro resultado que postergar la liberación nacional y ayudar a la oligarquía a tomar el poder, constituidos en sus agentes ideológicos de retención, en meros provocadores con sus utopías del gobierno obrero-campesino.

Su antipatía al nacionalismo conduce a Lora a censurarme por una referencia que hago en mi libro al diario *La Calle*, cual si al historiar la fundación del MNR y el período Villarroel se pudiera prescindir de ese instrumento revolucionario y de los que lo escribieron. Sin ser personajes de Carlyle, tradujeron el

inconformismo de un sector social en medio de un país *estagnado* y estañado. La historia no la hacen los héroes, pero se hace necesariamente con los hombres, no sólo con las teorías. *La Calle* no fue como *Masas* que nunca hizo historia y que nunca tuvo masa que la siguiera, quedando como desahogo de un pequeño burgués solitario.

Del mismo modo, Lora se resiente porque relaté que los mineros de Catavi me levantaban en hombros, actitud que nunca tomaron con él, no obstante ser yo un “doctor” para los obreros y Lora un “camarada”. Mi crítico tuvo que resignarse al rol de suplente cuando, caído y colgado Villarroel, cubrió la vacancia dejada en las minas por el MNR.

Entonces fue que Lora adobó su “tesis de Pulacayo”, fantaciencia pura, con gobierno obrero campesino, socialización, dictadura del proletariado, revolución permanente, traducción barata de Trotski, fruto de la mentalidad que cree en la teoría en sí y no en las transformaciones de la historia.

De ahí es que Lora me reprocha ahora haber citado también a Abelardo Ramos, uno de los más altos ideólogos de la izquierda nacional latinoamericana, porque éste en 1947 denunció la campaña de los poristas contra Villarroel como una traición a la revolución.

La cita es la siguiente: “Verdaderamente hay que tener la cabeza vacía para reducir los antagonismos mundiales y los conflictos militares a la lucha entre fascismo y democracia”.

Ese recuerdo de la cabeza vacía que le endosó su ídolo Trotski es lo que más ha disgustado a Guillermo Lora. No hay más espacio por ahora.

### **Las desventuras de un izquierdista sin rumbo**

Por Jorge Abelardo Ramos

La publicación del libro de Augusto Céspedes, *El presidente colgado*, cuya verdad histórica y la prosa epigramática del autor

están de más ponderar, ha dado lugar a un duelo literario asaz desperejo. El señor Guillermo Lora, que dragonea desde hace años como “trotskista” en Bolivia, se ha permitido mencionar mi nombre en el debate; y Céspedes lo ha zarandeado con su habitual maestría, formulando hacia mi persona un elogio que me ha dejado perplejo. ¡El trotskista Lora me ataca y el nacionalista Céspedes me defiende! ¡Como para entender la política latinoamericana con la ayuda de la clasificación de izquierda y derecha impuesta por los ujieres de la Revolución Francesa! Lora debería saber que esta antinomia —izquierda y derecha— tiene antecesores europeos y que difícilmente pueden comprenderse con ella los problemas de los países coloniales y semicoloniales.

Es perfectamente natural, por lo demás, que Lora no entienda la observación anterior. Ejerce la ignorancia con respecto al marxismo viviente desde hace tantos años, que aun dormido es capaz de elegir el camino equivocado. Recuerdo a este respecto que cuando en 1947, pocos meses después de la caída de Villarroel —golpe imperialista en que Lora participó como “izquierdista”—, visité Bolivia, perdí muchas horas discutiendo con el Comité Central del POR en La Paz sobre el significado de los acontecimientos del 21 de julio. Me esforcé en señalar que el aspecto más importante del pensamiento marxista para los latinoamericanos residía en el estudio de la cuestión nacional. Que no todo Marx ni todo Lenin eran aplicables a la especificidad latinoamericana y que, en definitiva, no disponíamos de citas omniscientes de los maestros del socialismo para responder a la peculiaridad de América Latina, a cada problema, a cada libro, a cada plato picante y a cada proceso político que se ofreciese a nuestra contemplación. Que, en fin, no había más remedio que pensar con nuestra propia cabeza y redescubrir una interpretación marxista de la realidad sin otra ayuda que el intelecto. Pero como este precioso producto está injustamente repartido en el mundo (tanto en el desarrollado como en el subdesarrollado) Lora permaneció indiferente ante estos razonamientos.

Gozaba a la sazón de una banca de diputado, a título de gratificación por sus buenos oficios en derribar a Villarroel. Los movimientistas derivaron sus votos hacia este intrépido izquierdista, pues el MNR estaba proscrito. El nacionalismo estaba en la ilegalidad, pero el gobierno imperialista de Monje Gutiérrez toleraba en cambio a un “trotskista” en el Parlamento. Este hecho curioso habría sumido en hondas cavilaciones a políticos serios. Pero Lora se abrazó a la banca con el corazón alegre. Y publicó en el semanario *Lucha Obrera*, órgano del POR, un artículo titulado: “El mito del villarroelismo en las minas” donde vilipendiaba al Presidente mártir, tanto como a los movimientistas que lo habían votado.

Esta obstinación era tanto más sorprendente, por cuanto pocos días antes yo había insistido en La Paz ante el Comité Central del POR y ante Lora personalmente, en que el deber imperioso del POR consistía en adoptar el nombre de Villarroel como la bandera gloriosa de ese partido, así como ya lo era para todo el pueblo boliviano y para toda América Latina.

Pero por alguna extraña razón, el licenciado Lora creía que el militar Villarroel, como todos los militares, era sustancialmente un reaccionario. Sustituía así todo el método marxista por un criterio de sastrería: el civilismo era bueno y todo militarismo era malo. En esto no coincidían los mineros de Llallagua. Pues yo viajé poco después de aparecido dicho artículo a los distritos mineros en compañía del malogrado compañero Fernando Bravo, con quien asistí a una reunión de dirigentes mineros de ese distrito. Al comentar el artículo infortunado de Lora, un dirigente dijo lo siguiente: “Hemos hecho diputado a Guillermo y cuando venga a Llallagua lo colgaremos”. Ese minero no conocía a Marx, pero su lógica era irreprochable. Lora era flexible, sin embargo: pues cuando se trataba de derribar a un presidente nacionalista, hasta ciertos militares le resultaban aceptables.

Tales son las razones que me respaldan para poner en duda las afirmaciones de Lora como “experto en Trotski”.

Trotsky era maestro de revolucionarios, no de contrarrevolucionarios. Trotsky apoyó al General Cárdenas, no participó en cambio en ninguna conspiración imperialista para derribarlo. Trotsky dijo que aún cuando rechazaba el régimen de Vargas, estaba dispuesto a apoyar al Brasil de Vargas si entraba en una guerra contra la Inglaterra democrática. Pero Trotsky no hubiera jamás considerado, siguiendo en esto a Lenin, que en Bolivia la contradicción fundamental se da como una “colisión entre el proletario y el imperialismo. Todas las otras contradicciones son secundarias” (G. Lora, en *Presencia*, 21 de enero de 1968).

Esta rutilante gema podría ingresar sin dificultades a un Museo de las Ideologías Raras. Pues hasta un niño sabe que en Bolivia el proletariado, sea minero o fabril, y como es propio de todos los países semicoloniales, se compone de un reducido sector (unos 50.000 o a lo sumo 60.000 obreros) en una población que supera holgadamente los 4 millones de habitantes. En tales condiciones, el proletariado no puede decidir por sí mismo las cuestiones fundamentales de la revolución. Las restantes clases no proletarias de la sociedad boliviana, oprimidas y explotadas por el imperialismo, participan en la revolución, con sus propias ilusiones, que son menos fantásticas sin duda que las del Sr. Lora. Esas clases medias (en Bolivia, en Cuba, en Argelia) integran un vasto frente, en el que participa también el proletariado, aunque no sus intérpretes autoelegidos como Lora, y ocupan la escena política del conflicto que Lenin definía de manera diferente a la de Lora: pues en efecto, como Lenin no era un doctorcito altooperuano sino un revolucionario auténtico, no sostenía como Lora que en los países semicoloniales la lucha se desenvolvía entre “el proletariado y el imperialismo” sino que se trataba en el mundo moderno del enfrentamiento entre “naciones opresoras y naciones oprimidas”. Suena distinto, ¿verdad?

En cuanto a las limitaciones del MNR, como dice Lora y a la “degeneración y traiciones de sus dirigentes... que son parte

inherente a su condición pequeño burguesa”, de esto habría mucho que hablar. Con estos clisés que Lora lleva incrustados en su delicado cráneo no se puede avanzar mucho en la comprensión de la política contemporánea. También los revolucionarios cubanos, con Fidel Castro, comenzaron como pequeño burgueses. Pero al parecer ni degeneraron, ni traicionaron. En cambio, en la Unión Soviética, muchos antiguos obreros terminaron en verdugos y degeneraron en burócratas. Para no hablar de Bolivia.

Lora no sabe muy bien de qué habla. Pero su participación en el suplemento literario de *Presencia* presta a esa hoja cierto encanto juvenil. Su polémica con Augusto Céspedes me ha permitido, al menos, meditar sobre los ancestros políticos de Lora. Creo que no son justamente Marx, ni Lenin, ni Trotsky. Su remoto maestro es otro doctorcito, Casimiro Olañeta, el que traicionó a su tío el Mariscal, a Sucre y a Santa Cruz.

## Guillermo Lora II\*

El autor de esta obra (*Historia del movimiento obrero boliviano*) es dirigente del Partido Obrero Revolucionario de Bolivia, se autodefine como “trotskista” y participó, juntos a los stalinistas, socialdemócratas, radicales, liberales y estudiantes de “izquierda”, en la asonada imperialista que derribó en 1946 al gobierno nacionalista militar del mayor Gualberto Villarroel. Esta “revolución” coronó su triunfo colgando a ese presidente de un farol en la Plaza Murillo. Las incursiones de Lora por la historia de Bolivia debían ser necesariamente

\* Revista *Izquierda Nacional* N° 15 a 20, agosto de 1971 y meses siguientes, extractos de la crítica realizada por Ramos al libro de Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano*.

complementarias de su actividad política, como lo demuestra categóricamente el primer tomo de la obra que comentamos.

La Izquierda Nacional, como expresión genuina del marxismo latinoamericano, ha realizado una obra crítica demolidora acerca de la historiografía oligárquica y burguesa, del mismo modo que analizado los criterios históricos del stalinismo en la Argentina. Es curioso comprobar cómo ciertos “trotskistas”, a su vez, coinciden con el stalinismo en la común dependencia de los esquemas históricos del imperialismo para juzgar el pasado de América Latina. Este hecho prueba, tanto como la política cipaya practicada por el autor aludido, que la formación de un verdadero movimiento revolucionario en América Latina deberá distinguirse por la recreación completa del pasado histórico, tanto por la reinterpretación de los métodos de acción política, la historia del ejército, de la clase media y de la tradición cultural deformada.

La obra de Lora es una verdadera *summa* de liberalismo decimonónico apenas teñido por un vocabulario “clasista”. Comienza elogiando la penetración imperialista: “Surgieron ciudades en las cumbres más inhóspitas bajo el aliento civilizador transportado por los ferrocarriles y los aviones” (pág. 29). Sostiene además que Bolivia, “a no mediar la presión decisiva del imperialismo yanqui, sería la manzana de la discordia entre sus vecinos que han logrado un mayor desarrollo (Argentina, Brasil, Chile) y cuyo posterior desenvolvimiento parece estar vinculado al control económico y político que pueden ejercer sobre ella”.

Lora ha tenido siempre esta predilección por coincidir con los Estados Unidos en la política concreta. Ahora lo hace en el campo de la historia. Pues su tesis consiste en que si no fuera por el papel moderador que ejerce el imperialismo yanqui, sus poderosos vecinos devorarían a Bolivia como ya lo hicieron en otras ocasiones: “guerra del salitre con Chile, guerra del caucho con Brasil, guerra del petróleo con el Paraguay” (pág. 32). ¡Los pacíficos Estados Unidos y las belicosas semicolonias sudamericanas!

El cipayismo orgánico del autor lo lleva a ignorar la presencia del imperialismo cada vez que éste realmente se manifiesta en los hechos. Tal fue el rol del imperialismo inglés en la Guerra del Pacífico, como lo sabe todo estudioso del problema, o de la rivalidad anglo-yanqui en la Guerra del Chaco, que Lora atribuye al guerrerismo paraguayo. Para que no quede duda sobre su pensamiento, agrega: “Las necesidades de petróleo de Argentina y Brasil, los países mayormente industrializados de América, configuran parte de su política internacional, pues ambos construyen ferrocarriles para poder llegar a las zonas de exportación de ese hidrocarburo”. En “América”, hay otro país “mayormente industrializado” que la Argentina y Brasil. Ese país es Estados Unidos, que es el país “mayormente” influyente en Bolivia, según se sabe y no sólo en la esfera del petróleo.

Este desplazamiento de las afinidades políticas de Lora hacia la historia, ofrecerá en este volumen notables sorpresas. En la página 33 nos informa que la creación de Bolivia en 1825 fue obra de “la coyuntura creada por la rivalidad entre las zonas geográficas que formaron parte de los virreinos coloniales de Lima y Buenos Aires”. Lora carece de información sobre este tema, aunque debería tenerla de su patria chica quien escribe una historia del movimiento obrero.

Bolivia surgió como resultado de una Ley dictada por el Congreso rivadaviano de 1825, reunido en Buenos Aires, que decía lo siguiente: “Es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas (las provincias del Alto Perú) queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad”.

Semejante ley, que amputaba las provincias de arriba a la soberanía común heredada de España, contrariaba todos los planes de Bolívar, según lo testimonia su correspondencia con Sucre (que debería leer Lora, sin mengua de los papeles impresos por los izquierdistas de Londres o París, que devora sin cesar) y fue objeto de la incredulidad del Libertador, quien

sospechó que tamaño desatino sólo podía ser producto de alguna invención porteña. Aclamada por los exportadores de indios de Chuquisaca y Potosí, encabezados por el sinvergüenza de Olañeta, el célebre Doctor Doscaras, esa ley fue el punto de partida para que los cholos apergaminados y parásitos edificasen, con el éxito conocido, su propia parroquia, su escudito y sus nuevas fronteras, a fin de seguir explotando indios en paz, cubiertos bajo el pabellón de una flamante “patria”. Los propietarios de indios, tierras y minas agradecieron a la canalla portuaria de Buenos Aires el obsequio de esta rentable soberanía.

(...)

De la lectura del libro se desprenden dos hechos notables: el “trotskista” Lora defiende el librecambismo de la oligarquía boliviana, a la que juzga “el sector más dinámico de la aristocracia terrateniente” (pág. 95); al mismo tiempo encomia al proletariado de Bolivia, a cuya historia está dedicado su trabajo. Es fácil inferir que si un librecambista en un país atrasado pudiera realizar sus puntos de vista de modo radical, no existiría la clase obrera, ya que la importación de todos los productos industriales de las metrópolis exteriores impediría la formación de una industria nacional y, en consecuencia, la aparición de un proletariado.

La consecuencia de defender el librecambismo y el proletariado a un mismo tiempo, es soslayada por Lora mediante el hecho de que el único sector realmente importante de la clase obrera industrial es el resultado directo de la penetración imperialista. Su punto de vista es el mismo que el de los economistas ingleses del siglo XIX, o sea que la vigencia de la división internacional del trabajo, asignando a los países coloniales o semi-coloniales la tarea de exportar materias primas y a los países imperialistas el rol de exportar manufacturas, es una ley inmutable del desarrollo capitalista (europeo) ante la que es preciso

inclinarse, con la misma resignación científica con que aceptamos la inevitabilidad de la lluvia, el rayo o la tormenta.

El concepto de patria y de mercado interno es para Lora muy diferente al que se encuentra en Lenin y Trotski. Para Lora, “la lucha contra el capitalismo invasor era presentada como la esencia del nacionalismo y del patriotismo bien entendidos” (pág. 85). Toma partido por los partidarios del comercio importador puesto que era lo lógico “en un país que apenas estaba saliendo de su aislamiento” (pág. 86). Lo explica admirablemente del siguiente modo: “La mercancía extranjera destruía simplemente todos los talleres que encontraba a su paso y al hacerlo seguía fielmente un camino tradicional de la penetración capitalista”. Con el corazón alegre, Lora, que jamás se detiene a ocultar los hechos y cifras que testimonian en su contra (lo que obliga al lector a preguntarse si se trata de cinismo infantil o de torpeza senil), cita a continuación un texto en el que se dice que “al comercio ultramarino debemos la casi total desaparición de 1.000 telares establecidos en todas partes y con cuyos productos se vestían las tres cuartas partes de la población; al comercio extranjero debe la industria Cochabamba la paralización de sus variadas manufacturas” (pág. 86).

A este capitalismo extranjero que destruía los elementos de un capitalismo boliviano, Lora lo considera encarnación del progreso y a los proteccionistas bolivianos, gentes que “se vuelven hacia atrás suspirando el recuerdo de los tiempos coloniales” (pág. 85). Todos los apologistas nativos del imperialismo en América Latina que precedieron a Lora sostenían, si eran liberales como Sarmiento o Linares, que la lucha se entablaba entre la civilización y la barbarie; y si eran “marxistas”, que dicho conflicto enfrentaba al capitalismo con el feudalismo.

Pero ninguno de ellos, ni por supuesto Lora, comprendieron que el capitalismo que se desarrollaba era el europeo, no el boliviano o latinoamericano, y que en consecuencia, precisamente porque el capitalismo boliviano era sofocado por

el “capitalismo invasor”, la política proteccionista de Sucre y de Belzú, a los que Lora ataca, no era colonial, sino patriótica, o sea capitalista, puesto que en el siglo XIX el desarrollo capitalista, en Europa (y mucho más en América Latina), era sinónimo de patria.

Esta manía de Lora de considerar progresivo al capitalismo europeo que destruía los telares de Cochabamba y arrojaba a la desocupación a los artesanos bolivianos, mientras que reputa como reaccionarios los esfuerzos de las manufacturas locales para defenderse con medidas aduaneras de la competencia extranjera, dice bastante acerca de su retórico socialismo y de sus equívocas relaciones con Lenin y con Trotski. El primero sostenía que aquel que no apoya el nacionalismo de los países oprimidos apoya de hecho el nacionalismo de los países opresores. Trotski, por su parte, no sólo apoyaba los esfuerzos del General Cárdenas para nacionalizar el petróleo mexicano, sino que declaraba el carácter progresivo del patriotismo chino contra la invasión japonesa.

Para los maestros del socialismo, defender en los países atrasados el mercado interno contra la invasión mercantil extranjera, no consistía solamente en enriquecer a los burgueses nacionales (como afirmó siempre la escuela liberal de los terratenientes y comerciantes) sino ante todo contribuir a la modernización del país mediante la formación de una clase obrera, de acelerar el paso de las relaciones agrarias patriarcales hacia el pago del salario industrial urbano, de fortalecer el Estado nacional por la irrigación financiera que todo proceso industrial supone y en fin, de contribuir a madurar la conciencia nacional del país oprimido abriendo así el camino hacia el socialismo.

Pero el desdén de Lora hacia el pensamiento político de los clásicos del marxismo en relación a los países atrasados es inmune a toda crítica. Lora hace mucho que ha dejado de ser un atolondrado adolescente. Ha tenido ya el tiempo suficiente para repasar los textos de Trotski y Lenin acerca de que una

cosa es la política que el partido revolucionario desarrolla en un país atrasado y otra muy distinta es la política que debe desenvolver en un país avanzado. Si todavía Lora se obstina en confundir ambas políticas, en igualar niveles históricos desemejantes, en practicar en La Paz el Frente Único Proletario que solo conviene a Francia en lugar del Frente Único Antiimperialista que indudablemente refleja el desarrollo histórico de Bolivia, es que no se trata de una confusión, sino de un designio y elige en la historia boliviana los mismos aliados que adopta en nuestros días. Es antipatriota en el siglo XIX y lo sigue siendo en el siglo XX. Pero un antipatriota en un país semicolonial no puede ser marxista sino a condición de que sea un marxista colonial al servicio del opresor extranjero.

(...)

El criterio histórico de Lora se funda en sostener la progresividad del capital extranjero y en condenar a los partidos que se opusieron a él. Dirige una mirada benévola a los conservadores: “Los que se autotitulaban conservadores, enemigos jurados de los masones y que se apoyaban en su actividad cotidiana en el clericalismo y en la casta feudal aristocratizante, jugaron un papel progresista, a veces más importante que el cumplido por el mismo Partido Liberal: iniciaron la incorporación del país a la economía mundial; allanaron las dificultades para facilitar la invasión de capital extranjero; impulsaron la construcción de ferrocarriles y ligaron la banca a los intereses ingleses, que habían convertido a Chile en el baluarte de sus actividades” (pág. 108)

¡Hermosa tarea! La función desempeñada por los conservadores estimada por Lora como una prueba de su “rol progresista”. Desde fecha tan lejana proviene su aversión a toda tentativa nacionalista boliviana que se proponga contener, limitar, regatear o disputar su hegemonía al capital extranjero. Si se examinan sus ideas históricas, pueden compren-

derse sus actitudes políticas. Sería más certero declarar, por el contrario, que sus políticas actuales permiten inferir sus ideas históricas. Resulta curioso, no obstante, que los propios documentos que maneja Lora contraríen constantemente los juicios de ese autor y lo obliguen en ocasiones a admitir inequívocamente cuáles fueron los resultados de la penetración extranjera en Bolivia. De este modo, el defensor “marxista” del librecambismo escribe: “La lucha entre el proteccionismo y el librecambio y el triunfo y predominio de este último, permiten abrir las puertas del país a las mercancías de ultramar, ocasionando así y de un modo deliberado, la ruina de la producción nacional. De esta manera se limpió el camino para que el capital internacional se apoderase de la economía del país y la remodelara de acuerdo a sus propios y mezquinos intereses” (página 113)

A este juicio, Lora agrega otro, más lapidario todavía y que demuestra su incoherencia, puesto que pone de relieve el destino de Bolivia, gracias al triunfo del librecambismo que el mismo autor acaba de elogiar: “El advenimiento al poder del bolivianismo, del linarismo... del partido Liberal, etcétera, significó la derrota de toda posibilidad de convertir al país en manufacturero”.

Pero la apología irrestricta de José Avelino Aramayo, fundador de la dinastía minera del mismo nombre, es un verdadero primor. Lora califica al magnate de la minería anglo-boliviana de “pionero”, y a sus proyectos de negocios, de “ideario”. Aramayo fue Consejero de Estado del Presidente Linares, al que Lora primero alabó por librecambista y luego enjuició según el lector habrá visto pocas líneas más arriba. El mismo Linares es redescubierto por este versátil “trotskista” bajo la figura de un “paladín de las tendencias renovadoras en todo orden” (pág. 147).

No resultará extraño al lector atento la buena prensa que el viejo periodismo rosquero de Bolivia ha dispensado siempre a este admirador “izquierdista” del famoso Barón del

Estaño, personaje que junto a sus descendientes y al Grupo Patiño llena una página negra en la historia de Bolivia. Nada menos que a Aramayo, el intransigente marxista altiperuano atribuye “plena conciencia de que estaba abriendo un nuevo sendero para su Patria y por eso, en ciertos momentos, asumió actitudes de maestro. Mandó traducir libros ejemplarizadores, etcétera” (pág. 148). Los políticos de la época eran, para Lora, “no sólo amigos de la familia Aramayo, sino compañeros de un mismo ideal” (pág. 157). Juzga a Aramayo poco más o menos que si se tratara de un industrial nacionalista boliviano, empeñado en introducir el maquinismo en Bolivia contra las presiones del extranjero. Pero Lora no se equivoca, Aramayo trabajaba para desarrollar el capitalismo en... Inglaterra, como nos lo dice el propio autor a continuación: “Después de mucho batallar logra poner en pie en Inglaterra una fundición y refinería de bismuto, bajo la dirección de mister Foster” (pág. 156). A Bolivia le reservaba los agujeros, los socavones y la tuberculosis de sus indios proletarizados.

Entre el cerebro del coronel Hugo Banzer (por ejemplo) y el de Tupac Amarú, no cabe duda a cuál de ellos le falta más de 10 onzas. Las atrabiliarias y reaccionarias opiniones de Lora acerca del pasado y presente nos inspiran serios temores con respecto a sus propias onzas, en más o en menos.

## Marx y Engels\*

La sacralización de Marx ha contribuido a forjar la imagen de un dios infalible, en la cuestión nacional como en muchos otros importantes problemas. Recordemos que al día siguiente de escribir su soberbio *Manifiesto Comunista* (1848), en el que puede leerse la frase: “los obreros no tienen patria”, Marx, Engels y los hombres del Club Comunista de París viajaban a la Alemania revolucionaria a incorporarse junto a la burguesía en la lucha por la democratización y la unidad de la nación feu-

\* *Historia de la Nación Latinoamericana*, tomo II, Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1968.

dalizada. Para cumplir esa tarea Marx dirigió la *Nueva Gaceta del Rin*, con los fondos que lograron extraerle a la medrosa burguesía renana, cuyo mayor temor en este mundo era hacer su propia revolución.

Con toda razón Trotski escribía noventa años después del *Manifiesto Comunista*, al analizar el envejecimiento y modernidad del célebre documento: “Los problemas de la estrategia revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales, no son tratados ni siquiera someramente en el *Manifiesto*. Estos problemas exigen soluciones particulares. Así por ejemplo, es evidéntísimo que si la ‘patria nacional’ ha llegado a ser el peor freno histórico en los países capitalistas desarrollados, constituye todavía un factor relativamente progresivo en los países atrasados que están obligados a luchar por su existencia independiente”<sup>23</sup>.

No todos los enunciados de Marx han logrado resistir las “injurias del tiempo”. Pero la relativización de algunos puntos de su gran obra pone de relieve la genial arquitectura del conjunto y también permite poner en guardia contra el riesgo de incurrir en la falacia del sistema cerrado y de concluir militando en la “clerigalla marxista” que tanto despreciaba el viejo Franz Mehring.

Justamente debido a esa fertilidad contagiosa y a la esencial heterodoxia que íntimamente lo distingue es que el marxismo ha llegado a impregnar tan profundamente la vida intelectual de nuestra época.

Entre las ruinas de la ciencia económica burguesa y de la sociología que miraba desde lo alto a Marx, se erige hoy triunfalmente el marxismo viviente; de sus enemigos se ha encargado la historia. De sus “amigos” deben cuidarse los marxistas verdaderos.

Pues contra todas las previsiones de Marx, la revolución ha estallado y se ha propagado no en los focos de la civilización

occidental, sino en las márgenes coloniales y semicoloniales del globo. Esto no ha invalidado el marxismo, sino que lo ha enriquecido con nuevos problemas a los que sólo el marxismo puede dar respuesta. Ya Marx había adelantado los primeros elementos del análisis que permitirán a Lenin elaborar la política nacional del proletariado.

(...)

### **Errores de Marx sobre la colonización de la India**

Para Marx como para Engels la cuestión nacional se planteaba solamente en la Europa civilizada, donde algunas nacionalidades no habían logrado aún erigir su Estado nacional por las supervivencias feudales o por el dominio retrogrado de los Imperios multinacionales (Austria-Hungría, Turquía y Rusia zarista). Si no siempre alentaban y apoyaban los movimientos nacionales (cuando juzgaban por ejemplo que algunos de éstos formaban parte de las intrigas dinásticas de la época), su actitud frente a Polonia, el movimiento irlandés y otras naciones europeas oprimidas era inequívoca. Más ambigua era la actitud de Marx y Engels en lo que concierne al mundo colonial y semicolonial extra-europeo.

En lo tocante a la India, por ejemplo, Marx incurrió en un error notable. Rehusando ver en el pasado del Indostán “una edad de oro”, describía minuciosamente el pavoroso espectáculo del despotismo asiático, cuyas finanzas eran el pillaje organizado hacia adentro, así como su administración militar era el pillaje organizado hacia afuera y cuyo único mérito histórico, derivado de las condiciones climáticas y la naturaleza del suelo, consistía en la organización de grandes obras hidráulicas, riego artificial, etcétera. Sin olvidar la descripción de la cruel penetración británica en la India y dejando a un lado los aspectos morales del proceso histórico, se preguntaba si “al realizar una revolución social en el Indostán”,

---

23. León Trotski, “A noventa años del Manifiesto Comunista”, en revista *Inicial*, p. 4, n° 2, Buenos Aires, octubre de 1938.

Inglaterra no era “el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución”.<sup>24</sup>

En 1853 la naturaleza del imperialismo y sus resultados no estaban a la vista y ni siquiera Marx podía adivinar ese proceso. “Inglaterra tiene que cumplir en la India, escribía, una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia.”<sup>25</sup> Marx suponía que la penetración de una potencia capitalista en el mundo atrasado debía acarrear necesariamente la introducción del capitalismo en ese mundo, lo que estimaba justamente como un gran progreso histórico<sup>26</sup>. “Si introducís las máquinas en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no podréis impedir que ese país fabrique dichas máquinas... El sistema ferroviario se convertirá por tanto en la India en un verdadero precursor de la industria moderna.”

Un siglo más tarde sabemos que no fue así y por qué razones el imperialismo colonizador se convirtió en el principal obstáculo no sólo para desarrollar la gran industria sino también para asegurar la pervivencia del atraso agrario. Al predecir tales resultados en la penetración inglesa en la India, Marx observaba la propensión natural de los hindúes para las artes mecánicas. Además, “la industria moderna, llevada a la India por los ferrocarriles, destruirá la división hereditaria del trabajo, base de las castas hindúes, ese principal obstáculo para el progreso y poderío de la India”.<sup>27</sup>

---

24. Marx, *Obras Escogidas*, Tomo I, p. 358.

25. *Ibidem*, p. 363.

26. Una particularidad fueron los países productores de alimentos, como Uruguay y Argentina en el Río de la Plata. Aquí, precisamente porque el imperialismo necesitaba producir alimentos en grandes proporciones, impulsó el desarrollo capitalista de las relaciones de producción en el sector agropecuario.

27. Marx, *ob. cit.*, p. 365.

El ferrocarril británico en la India, como lo hizo en la América Latina, no llevó sin embargo a la creación de la industria, sino a la destrucción de las viejas artesanías nacionales y a la introducción de los productos terminados de la industria inglesa. Las castas hindúes, no sólo no fueron suprimidas, sino que por lo contrario fueron fortalecidas por el conquistador y subsisten hasta hoy, como resultado del apoyo inglés a los príncipes y déspotas orientales. En ese orden de ideas las previsiones de Marx no se han verificado.

### Engels aplaude la agresión yanqui a México

Engels, por su parte, formuló aventurados juicios en la misma época sobre la anexión norteamericana a México, que han sido utilizados posteriormente como justificación teórica de una posición antinacional. Pero para el joven Engels, las operaciones de anexión llevadas a cabo por la rapaz burguesía yanqui a costa del territorio mexicano eran episodios del proceso mundial de expansión del capitalismo; gravitaban en su espíritu, no solo estas consideraciones, que para su época parecían estar justificadas desde Europa, sino también los propios y clásicos prejuicios europeos sobre los pueblos atrasados.

En este sentido, ni los grandes maestros del socialismo podían emanciparse bajo ciertos aspectos de las “ideas dominantes” de su tiempo. Sólo así puede concebirse que Engels aplaudiese el pillaje de las minas de oro de California, pertenecientes a México, por “los enérgicos yanquis”. Más aptos para explotarlas que los “perezosos mexicanos”<sup>28</sup>.

La cuestión nacional era clara para Europa, no para América Latina. Lo monstruoso no son estos errores de Engels,

---

28. Domingo F. de Toledo, *México en la obra de Marx y Engels*, Fondo de Cultura Económica, México, 1939.

sino que todavía existan “marxistas” en América Latina que desdeñen la cuestión nacional irresuelta con la autoridad que proporcionan los errores de los maestros. En un artículo publicado por Engels en 1848, el año del *Manifiesto Comunista*, se regocijaba de la marcha irresistible del capitalismo mundial, que a sus ojos suponía el fortalecimiento de la clase obrera (europea). En él decía lo siguiente:

“Hemos presenciado también, con la debida satisfacción, la derrota de México por los Estados Unidos. También esto representa un avance. Pues cuando un país embrollado hasta allí en sus propios negocios, perpetuamente desgarrado por guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra; cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia delante. En interés de su propio desarrollo, convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos... ¿Quién saldrá ganando con esto? La respuesta es siempre la misma: la burguesía y sólo la burguesía.”<sup>29</sup>

Esto significaba para Engels que cuanto más rápido se operaba la concentración del capital, más rápidamente el proletariado ajustaría sus cuentas con la clase explotadora. Por eso concluía su artículo con un anuncio impregnado de ingenua ironía:

“¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía tenemos necesidad de vosotros... vuestra misión es la monarquía absoluta; aniquilar el patriarcalismo... Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que ‘a la puerta os espera el verdugo’.”<sup>30</sup>

29. Engels, “Los movimientos revolucionarios de 1847”, en el apéndice del *Manifiesto Comunista*, Cenit, Madrid, 1932.

30 Engels, op.cit.

Engels tenía 27 años cuando escribía ese apresurado *réquiem* al desarrollo burgués. Su error era inevitable, pues a la burguesía no le esperaba aún su verdugo, el proletariado, sino sus víctimas, los pueblos del mundo colonial, y todavía contaba con un largo periodo de ininterrumpida expansión.

## Marx y Bolívar

La puntualización de estos juicios de Marx y Engels sirve para poner de relieve la importancia de una conciencia crítica de su legado y, al mismo tiempo, la necesidad de repensar con el método marxista a los propios maestros del marxismo. A este respecto, la famosa condenación de Bolívar por Marx es bien conocida: “Pero ver que comparen a Napoleón I, con el pillo más cobarde, más vulgar y miserable, es algo que excedía todo limite. Bolívar es el verdadero Soulouque”<sup>31</sup>, escribía Marx a Engels.

En un trabajo dictado por la necesidad de sobrevivir, escrito para la Enciclopedia Americana, Marx describe superficialmente las campañas militares de Bolívar. Afirma que las derrotas iniciales del caudillo americano se debían a su incapacidad militar y sus triunfos posteriores, a la Legión Británica. Bolívar, “como la mayoría de sus coterráneos era incapaz de cualquier esfuerzo prolongado”; en lugar de hacer la guerra “gastaba más de dos meses en bailes y fiestas”; indolente, en vez de avanzar sobre el general Morillo resueltamente, en cuyo caso “la fuerza europea de su ejército habría bastado para aniquilar a los españoles... prefirió prolongar la guerra cinco años más; dejó al “general Sucre todas las tareas militares, y se decidió por su parte a hacer entradas triunfales, a publicar manifiestos y promulgar constituciones”. En fin, con el Congreso de Panamá, Bolívar se proponía “hacer de toda América del Sur una república federal de la que él sería dictador”.<sup>32</sup>

31. Revista *Dialéctica*, n° 5, p. 272, Buenos Aires, julio de 1939.

32. Marx, “Simón Bolívar”, ps. 51 y ss., Ed. De Hoy, Buenos Aires, 1959.

Estos infortunados juicios de Marx sobre Bolívar estaban sin duda influidos por la tradición antiespañola prevaleciente en Inglaterra, donde vivía Marx y por el común desprecio europeo hacia el Nuevo Mundo, cuyos orígenes se remontaban a los filósofos de la Ilustración y a las observaciones olímpicas de Hegel en su *Filosofía de la Historia Universal*.

Por lo demás, América Latina estaba fuera del foco visual de las preocupaciones de Marx.

Lo que resulta más trágico aun, es que esta actitud hizo escuela entre muchos de sus discípulos europeos y no pocos latinoamericanos rusificados, cuando ya América Latina había ingresado en la corriente de la historia universal y era imposible ignorarla. Como siempre ocurre con los hombres de genio, sus errores prosperan más que sus ideas capitales, y con frecuencia se acude a aquéllos para obstaculizar el triunfo de las últimas.

## La cuestión nacional en el siglo XX

La cuestión nacional cambia de carácter cuando la constitución del imperialismo a fines del siglo XIX abre la época del saqueo general de pueblos y continentes enteros. En el siglo XX la cuestión nacional se vincula íntimamente a la cuestión colonial y a la lucha por el derribamiento del imperialismo mundial. En los tiempos de Marx y Engels la cuestión nacional aparecía como la forma rezagada de la formación de los Estados nacionales en aquellos países que por diversas razones aún no habían logrado su cohesión estatal: Polonia, Irlanda, los checos, finlandeses, serbios, armenios y otras nacionalidades europeas.

Los esclavos y semiesclavos de Asia, África y América Latina no entraban en las consideraciones teóricas de los socialistas de la II Internacional pertenecientes a las “naciones civilizadas”. La cuestión nacional se reducía a la cuestión nacional de los aludidos europeos de segunda clase. La II Internacional se había formado como resultado del crecimiento del capitalismo

europeo en su hora de supremo esplendor; los europeos, como los antiguos griegos, gozaban de las ventajas de la cultura occidental gracias a la explotación inicua de las colonias. Retenían para sí las libertades democráticas que las naciones europeas rehusaban a sus esclavos. Un proletariado privilegiado se había formado en tales circunstancias, pero el socialismo de este proletariado sólo abrazaba el campo de la civilización.

Tal es el carácter del reformismo de la II Internacional, que no sólo se manifestaba por las tesis de Bernstein con respecto a la utopía de una revolución catastrófica, sino que tendía a repetir, en condiciones radicalmente diferentes, los juicios primeros de Marx y Engels sobre el futuro del mundo semicolonial y colonial: éste sería arrastrado hacia el socialismo por el proletariado triunfante de una Europa socialista.

Sin embargo, este socialismo obeso de la II Internacional de la *belle époque* proyectaba la revolución hacia un futuro distante. Predicaba la filosofía del reposo y las maravillas de la evolución constante. Los fundamentos materiales de esa doctrina eran elocuentes, pues desde la paz de Sedán en 1870 hasta el conflicto de 1914, el capitalismo había emprendido una asombrosa carrera: la prosperidad general, el lujo, la cultura y la paz permitieron corromper a vastos círculos de obreros en Europa y sentar las bases de una ideología conformista que parecía justificar los juicios de Bernstein<sup>33</sup>. Era previsible que la cuestión colonial y nacional de los países atrasados careciera de importancia alguna para la socialdemocracia envuelta en esa atmosfera de incesante bienestar.

---

33. Bernstein consideraba que el mejoramiento paulatino de las condiciones de vida obrera y el aumento de poder parlamentario de la socialdemocracia postergaban *sine die* la perspectiva de una conquista revolucionaria del poder. En consecuencia, opinaba que había que adecuar el lenguaje a las tareas reales y los medios a los fines. Juzgaba que el socialismo había dejado de ser un “fin”, para ser una tarea a realizar diariamente, una conquista incesante de reformas. Bernstein, *Les marxistes*, p. 276, Ed. J'ai lu, París, 1965.

## Eduardo Astesano\*

El libro *América Latina: un país* cuenta, entre otros, con dos adversarios: uno es el ex diputado José Emilio Visca, que lo secuestró sin leerlo, y el otro es Eduardo Astesano, que lo ha leído sin comprenderlo.

Está muy lejos de nuestro ánimo exigir a Visca que aprenda a leer al solo efecto de informarse de las ideas contenidas en el libro confiscado hace seis años. Antiguo hombre de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, su predilección por los problemas de la cultura y la historia argentina no ha sido nunca resonante.

\* “La unidad latinoamericana vista por Eduardo Astesano”, Revista *Izquierda*, N° 2, septiembre de 1955.

Astesano, en cambio, es susceptible de reclamaciones más serias. Abogado y escritor, es autor de media docena de libros sobre historia y economía argentinas que constituyen una contribución estimable, aunque insuficiente, para la dilucidación de nuestro pasado.

Sin embargo, Astesano, como Puiggrós, no han logrado emanciparse todavía de la doble tutela ideológica que gobernó la mayor parte de su vida consciente: la burocracia soviética en el plano político y la ideología mitrista en el dominio de la historia. Esta rara aleación, por otra parte, no sorprenderá a ningún espectador de la política y la cultura argentina en el último cuarto de siglo. Toda la vieja izquierda directa o indirectamente se fundió en esa alianza infecta. La Década Infame presenció su apogeo. La Unión Democrática de 1945 selló esa hermandad de sangre.

## Stalin y Perón

Es cierto que Astesano y Puiggrós, después de haber pasado por el pantano del Frente Popular, de haber saludado alborozados la no menos páfida guerra imperialista y de haber doblado su cabeza bajo los arcos triunfales de la Unión Democrática de 1945, rompieron con el Partido de Codovilla. Ahora son más peronistas que Perón y más stalinistas que Stalin. Tal es la medalla y la contra-medalla de su posición actual. Puiggrós espera que si Moscú moviliza otro pelotón de fusilamiento y caen los dioses del día, los nuevos señores del Kremlin se acuerden de que él existe en la Argentina y de que posee todas las condiciones requeridas para reemplazar en su puesto a Codovilla, viejo agente de la GPU en América del Sur. Toda la estrategia de Puiggrós y de Astesano gira alrededor de esa sangrienta esperanza. Mientras su hora llega, proclaman a voz en cuello la aparición de un segundo peligro amarillo: el trotskismo. Como en los procesos del “delirium tremens”, sus ojos se pueblan de monstruos.

En su periódico *Clase Obrera*, Astesano ha publicado recientemente un artículo titulado “Una concepción reaccionaria. *América Latina: un país*”. No me propongo en estas rápidas observaciones examinar el contenido completo de este artículo, pues su autor ha batido un verdadero récord al introducir tantos errores en tan poco espacio.

Astesano (cuya rusofilia lo perturba) declara al comenzar que “Stalin ha sido el teórico que encontrara las líneas generales del problema en su obra cumbre: *La cuestión nacional y colonial*”. No pondremos en duda que este libro sea la obra cumbre de Stalin, mejor aún, la única que reviste cierto valor teórico. Tampoco ha sido puesto en duda que fue escrita bajo la directa inspiración de Lenin, encontrándose éste en Cracovia, de donde mandó a llamar a Stalin para sustraerlo a las intrigas a que se libraba el georgiano en la redacción del *Pravda*, en Moscú. Aprovechando el carácter rudimentario de la cultura de Stalin, que lo volvía más maleable para las sugerencias, indicaciones y precisiones de Lenin, el jefe bolchevique ruso planeó en Cracovia dicha obra, que debía plantear, por primera vez de manera orgánica, las ideas que sobre la cuestión nacional había expuesto el mismo Lenin en sus artículos anteriores, particularmente en su polémica con Rosa Luxemburgo.

De este modo y con la ayuda que en Viena le prestó Bujarin, Stalin escribió el ensayo que hace poner los ojos en blanco a Astesano. Así quedó consagrado como “teórico”. Por supuesto, la hazaña no volvió a repetirse, porque nunca más Lenin volvió a encontrar necesario dictar libros que otros firmen. Este curioso fenómeno de “trabajo en colaboración” no es infrecuente en los movimientos revolucionarios, y en los otros movimientos. Surge de las necesidades de la vida misma y debemos ver estas simulaciones teóricas con ojos piadosos. Pero no es nuestro propósito arrebatarse laureles de las sienes de Stalin. Por el contrario, debemos reprochar a Astesano que no haya reflexionado más seriamente acerca de ese libro que pensó Lenin y firmó su epígono.

En vez de considerar los escritos del verdugo de la Revolución Rusa como urna de la cual mana incesantemente un halo sagrado, Astesano debería evaluarlos como productos de la lucha de clases. Y, en consecuencia, debería deducir de ellos su núcleo viviente, incorporando todo el resto al osario común de las ideas, al museo de los pensamientos muertos.

¿Ha olvidado Astesano quizá la excelente definición que da Stalin (Lenin) acerca de la nación? Nosotros se la recordaremos: “Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada esta en la comunidad de cultura”.

Resulta evidente aun desde el punto de la seca escolástica staliniana, que América Latina es una nación sin constituirse. Pero mucho antes que Stalin hiciera su aparición sobre la tierra y nos donase su definición, ayudado por Lenin, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, San Martín y Monteagudo habían realizado sorprendentes marchas militares y campañas políticas a lo largo y a lo ancho de nuestro continente enarbolando la divisa de nuestra unidad nacional. Esta idea no había florecido de una manera repentina en el cerebro de los libertadores de nuestro continente, sino que más bien “en el principio fue la acción”, esto es, la realidad había indicado que constituíamos una comunidad nacional, primero bajo la Corona española y luego mediante las Juntas revolucionarias nacidas en 1810.

Sin embargo, Astesano aparenta ignorar que las fuerzas centrífugas de carácter económico que operaban en América Latina ayudadas por el capitalismo de la época, balcanizaron nuestra unidad política y contribuyeron poderosamente a formar veinte repúblicas, sin otra justificación para ser soberanas que su propia debilidad para fundirse en una nación de importancia mundial.

Pero ni la dialéctica marxista, ni siquiera la lógica aristotélica parecen frecuentar las vigilias de Astesano. Ha heredado de la escuela staliniana una encantadora insensibilidad

para manejar las ideas: de una manera ostensible las subordina a su propósito político del día, preocupándose poco de su coherencia interna. Por eso no tiene ningún inconveniente en escribir que “la existencia de una nación no se demuestra por lo que piensan o no sus teóricos sino por la existencia real de los factores de comunidad, territorio, idioma, organización económica y cultural que la constituyen. Hablar de *América Latina: un país* es negar al mismo tiempo que la Argentina es un país desprendido de la América colonial, estado multinacional en el que España oprimía a un conjunto disperso de nacionalidades, de españoles nativos en formación y de viejas nacionalidades indígenas. Es negar todo el proceso de las guerras civiles para constituir la nación argentina que culmina en la Constitución de 1853”.

Es evidente que hasta un egiptólogo se sentiría desalentado ante este párrafo. Si la Argentina tiene las características formales de una nación es porque no ha podido integrarse hasta ahora en una nación latinoamericana. De la misma manera, antes de 1870, Prusia era para los Astesianos de Alemania del Sur, una nación, como lo era antes del mismo año Padua, Milán o Turín, en Italia. Hoy, para toda la innoble cipayería que habita este continente, Panamá es una nación, aunque todos sabemos que no es más que la provincia del norte de Colombia que los bandidos imperialistas de los Estados Unidos le arrebataron mediante una revolución de palacio a Colombia, por negarse el Senado de esta última a conceder al imperialismo la concesión para construir el Canal de Panamá. Astesano se declara reiteradamente marxista, pero no lo prueba.

Este extraño “nacionalismo” que consiste en concederle categoría de nación a cualquier formación estadual nacida de un accidente fronterizo, es uno de los recursos más habituales que maneja el imperialismo para obstaculizar la formación de verdaderas naciones. A la burocracia soviética no le disgusta que exista la nación panameña, la nación guatemalteca, la nación argentina, porque constituyen otras tantas playas de

desembarco para sus maniobras diplomáticas, su intercambio comercial o sus “ligas de amantes de la paz”. De esta manera, para los burócratas de Moscú, el registro de actitudes tácticas en cada una de estas “naciones” para sus relaciones con los Estados Unidos, es prácticamente ilimitado. A la burocracia soviética le conviene la balcanización de América Latina; para los Estados Unidos esta balcanización es el prerrequisito de su dominación mundial.

Por otra parte, Astesano habla “de la América colonial, estado multinacional en el que España oprimía un conjunto disperso de nacionalidades, etcétera”. Pero América colonial no era un estado multinacional (la cabeza de Astesano está llena siempre de cuestiones rusas) sino que formaba parte del Imperio español-americano, donde tanto los hombres de la metrópoli como los de la colonia hablaban la misma lengua y donde los españoles residentes habían enraizado sus intereses con América a tal punto que en el movimiento de independencia figuran tanto españoles como americanos nativos.

En cuanto a las nacionalidades indígenas, recaemos en el charlatanismo pequeño burgués tradicional del indigenismo, tan caro al imperialismo colonizador, protector generoso de todas las tentativas diversionistas para encontrar en América Latina la heterogeneidad cultural y política necesaria a la hegemonía yanqui. Estas viejas “nacionalidades indígenas”, como dice Astesano, se han incorporado por obra del desarrollo económico a nuestro mundo idiomático en su mayor parte o están en camino de hacerlo. Suponer que los aztecas, los mayas o los guaraníes pueden tener en nuestros días un desarrollo autónomo, no es ya ejercer la poesía del atraso sino entrar en el juego que el imperialismo requiere para su estrategia en América Latina.

Una observación al pasar, simbólica para caracterizar la filiación mitrista-staliniana de nuestro autor: afirma que la Nación argentina se constituyó en 1853. Para Mitre y para Grosso sí; para nosotros, no. En 1853, no sólo no se constituyó

la Argentina como Estado, sino que comenzó un feroz ciclo de guerras civiles y de conflictos internacionales que duró treinta años y cuya principal figura fue Bartolomé Mitre, jefe de la burguesía comercial de Buenos Aires.

Recién en 1880, a través del ejército encabezado por Roca, la Argentina pudo constituirse, recuperando Buenos Aires, su capital histórica, mediante el apoyo de las provincias mediterráneas. Pero el Frente Popular ha dejado hondas huellas en la formación intelectual de Astesano: uno de los principios inconmovibles del Frente Popular de la Década Infame era que la Constitución del 53 era la vaca sagrada, el muro de nuestra Jerusalén. Asombrado de que nuestras ideas no sean traducidas del ruso, Astesano declara con horror que él no sabía nada de esta “novedosa teoría de que América Latina es un país”.

Decir que esta teoría es novedosa es exagerar un poco, a menos que se considere novedosa la Revolución Francesa, en la que Francisco de Miranda intervino como general de sus ejércitos y cuya nutrida correspondencia de la época registra sus tentativas por independizar la América española, que consideraba como una sola nación. Si la teoría ha llegado a ser una novedad para Astesano, eso no significa que lo sea para el continente. En todo caso, significa que Astesano empieza a familiarizarse con los problemas de América Latina.

Su Camino de Damasco –de Moscú a Buenos Aires–, en realidad no ha concluido. La frecuentación de nuestros temas nacionales, es decir latinoamericanos, le deparará nuevas y fecundas sorpresas. Por ahora (conmovido, alelado, confundido) Astesano considera que luchar por la unidad nacional de nuestros pueblos es “una concepción idealista, romántica, que se desarrolla fundamentalmente en los grupos intelectuales” y que se trataría de un “latinoamericanismo de exhibición”, que consigue adeptos “precisamente en los sectores de la pequeño burguesía de origen extranjero (españoles, italianos, judíos) por lo general ajenos a la cuestión nacional local, que encuentran cómodo adherirse a un nacionalismo

‘sui generis’ latinoamericano, verdadera variante del internacionalismo abstracto en el que viven”.

¡Bravo, Astesano, de los ballets de Kachaturian a la *Zamba de Vargas!* Durante muchos años Puiggrós, Astesano y toda su generación vivieron a la rusa. Se era de Boedoskaia o no se era nada –como cuenta Castelnuovo que decía Méndez Calzada–. La Argentina era una isla exótica en la que estábamos condenados a vivir, pero nuestro corazón estaba en Moscú, ¡camaradas! Para lo único que servía este país era para distribuir *El lampazo* en los cuarteles y hacer manifestaciones en la Boca propugnando una “Argentina soviética”. Pero todo eso pasó.

### De Rusia a Boedo

Podríamos decir que pasó definitivamente el día en que la clase obrera argentina se puso en movimiento y aplastó de un solo golpe a los viejos partidos sobrevividos. Hubo que hacerse de nuevo, recrearse ideológicamente. Aunque no lo hayan hecho del todo, éste es uno de los méritos de Puiggrós y de Astesano. Pero al retornar espiritualmente al país en que vivían, empezaron por hacerse nacionalistas argentinos.

Esto ocurrió por dos razones: porque recién descubrían el país y porque este género de nacionalismo es el que conviene a la política internacional de la burocracia soviética. De ahí que habiendo retornado de Moscú a Buenos Aires o a Rosario, se hayan quedado aquí.

América Latina vuelve a parecerles algo fabuloso, extranjero, ajeno, impropio. Por esa delicada razón, Astesano se alarma de que nuestro libro *América Latina: un país* haya podido significar “el fundamento de una penetración económica y política que no ambicionamos, constituyendo una gran piedra en el camino del armónico desenvolvimiento de los movimientos sudamericanos que se basan en nacionalismos

locales, exacerbados en las luchas y por lo tanto susceptibles en sumo grado en sus relaciones internacionales”.

Astesano parece un ministro de Relaciones Exteriores que no desease ofender al Departamento de Estado con alusiones poco tranquilizadoras con respecto al irreversible objetivo de nuestra unidad nacional. Para un revolucionario la gran bandera de Bolívar y de San Martín no puede ser sujeto de consideraciones localistas, generalmente alimentadas por el imperialismo. La realización de la unidad nacional de América Latina y de su revolución agraria coronará la época grandiosa que nos toca vivir. Ni el stalinismo como ideología del pasado, ni el imperialismo yanqui como punta de lanza de reacción contemporánea, podrán impedir esta gigantesca empresa que históricamente reposa sobre los hombros de la clase obrera latinoamericana.

## Celso Furtado\*

El desconocimiento recíproco entre el Brasil y la Argentina, y naturalmente entre todos los países latinoamericanos entre sí, es hijo directo del trágico proceso de fragmentación de la Nación latinoamericana.

Los Estados Unidos de Norteamérica, a través de un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo de un lado, y de la Guerra de Secesión, que culminó con la fundación de la Nación por mano de Abraham Lincoln, logró alcanzar las más altas cimas del poder económico y tecnológico. Por el contrario, los llamados Estados Desunidos del Sur no lograron consumir

\* “Perón, Vargas y Prebisch en las ‘memorias’ de Celso Furtado”, revista *Amauta* N° 3, año II, agosto de 1988, Buenos Aires.

las grandes esperanzas de Bolívar y de San Martín. En la visión política de los Libertadores nuestra ruptura con España en las guerras de la Independencia no podía derivar al mismo tiempo en la proliferación de numerosos Estados aislados e impotentes. Pero así ocurrió y cada uno de los países latinoamericanos conoce mejor a Estados Unidos que a sus pueblos hermanos en el común infortunio de la “diáspora”. El libro de Celso Furtado titulado *La fantasía organizada*, que ha publicado Eudeba con la presencia episódica del autor durante la Feria del Libro, sugiere numerosas reflexiones sobre ese aislamiento recíproco que todavía nos incomunica con el gran país brasileño.

Celso Furtado es conocido ampliamente como economista e historiador de la economía del Brasil. Ha participado durante largos años de la Comisión de Economía para América Latina (CEPAL) de las Naciones Unidas. En ese carácter fue próximo colaborador, en su momento, de Raúl Prebisch. Este último se desempeñó como secretario ejecutivo de dicha Comisión. El libro que comentamos, resulta una combinación de “memorias” del autor y de aspectos no muy conocidos de las intimidades de la CEPAL.

Para un lector argentino, lo más sorprendente reside en el tono apologético con que Celso Furtado estudia la personalidad de Prebisch. Sobre todo porque Furtado afirma que el debate de la década del 50 sobre el subdesarrollo, que a su juicio afronta Prebisch y la entidad internacional citada, suponía el descubrimiento, por así decir, de dicho problema. Tal es el mismo error del destacado economista brasileño, hoy ministro de Cultura del gobierno de José Sarney. En efecto el descubrimiento del subdesarrollo, o sea las particularidades económicas y sociales de la atrofia que sufren las sociedades coloniales y semicoloniales en virtud de su interconexión con el imperialismo, aunque parezca innecesario decirlo, no es un mérito de la CEPAL ni, por supuesto, de Prebisch, sino que ya había sido objeto de numerosos estudios a fines de siglo, el más celebre de los cuales fue el del liberal inglés J. A. Hobson.

Ni hablemos obviamente de las obras de Hilferding, Rosa Luxemburgo y Lenin, con su libro de 1913 titulado *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Pero Celso Furtado ignora al imperialismo por completo. Por lo demás los problemas del rezago histórico ya habían encontrado una manifestación muy clara, antes todavía, en las obras y escritos de Marx referidos a la economía de plantación de los EE.UU., antes de la Guerra de Secesión, y al carácter colonial de Irlanda respecto de Inglaterra. Naturalmente no es posible olvidar las conocidas observaciones del mismo autor respecto de Polonia y la Rusia zarista.

El llamado “subdesarrollo” no constituye en consecuencia, como parece creer Furtado, un aporte teórico nacido en la segunda posguerra, sino que según las referencias que acabamos de dar, era un problema que justamente se resistían a ver economistas educados en la tradición liberal. No podían admitir justamente la existencia de los grandes centros imperialistas alimentados gracias a la explotación y al atraso de los países coloniales. Hasta el propio Keynes resulta un descubrimiento tardío de Prebisch, cuando ya no vivía en la Argentina.

Lo más curioso de este libro, escrito con la solvencia intelectual y los recursos literarios que se reconocen a Furtado, resulta ser la peculiar idea que él se formó en la CEPAL respecto a Raúl Prebisch. Para los argentinos, en cambio, Prebisch está íntimamente vinculado a la historia política y financiera del país justamente en el período en que el poder oligárquico, más allá de los regímenes políticos, controlaba por completo la vida nacional.

Prebisch había iniciado ya en plena juventud, hacia 1922, su vinculación como economista con la Sociedad Rural Argentina. Dicha entidad es el órgano gremial de los grandes estancieros e invernadores de la provincia de Buenos Aires, verdadero “poder detrás del trono” de la época. Y adquirió una notoriedad mucho mayor después de la caída de Hipólito Yrigoyen en 1930. Con el ascenso al poder fraudulento del general Agustín P. Justo, su ministro de Hacienda, el ex socialista

Federico Pinedo, iba a consagrar a Prebisch como uno de sus principales asesores. Así, Prebisch integró el famoso “trust de cerebros”. Dicho grupo elaboró ciertos aspectos especiales de la economía y las finanzas argentinas en medio de la crisis mundial. La Argentina había sido hasta ese momento, como lo afirmó el vicepresidente de la República, Julio A. Roca, de algún modo una “especie de Dominio del Imperio Británico”.

Prebisch contribuyó con Pinedo a sobrellevar las dificultades que la crisis mundial había traído a la Argentina exportadora, íntimamente vinculada al poder británico. Es así, como fue designado Gerente General del nuevo Banco Central. Su plan de fundación fue establecido por el funcionario inglés Sir Otto Niemeyer, Director del Banco de Inglaterra que visitó Buenos Aires a esos efectos. Prebisch llevó a la práctica lo que podríamos llamar el “dirigismo oligárquico” de la década del 30. Este dirigismo oligárquico adaptaba la Argentina a la crisis mundial del mismo modo que, en otro orden, EE.UU. aplicaba en la época de Roosevelt los controles de precios, establecía subsidios y promovía con dinero del Estado gigantescas obras hidroeléctricas; e Inglaterra se proponía, arrojando por la borda a Adam Smith y a la economía liberal, mantener alguna forma de autarquía imperial para preservar sus intereses en ese período de pánico.

Todos los economistas liberales, entre los que se encontraba Prebisch, adoptaron medidas defensivas del Estado para preservar el *statu quo* de la oligarquía ganadera, establecer el control de cambios y, de algún modo, custodiar hasta el fin de la guerra la armonía que había existido durante medio siglo entre los intereses industriales británicos y los intereses agrarios de la Argentina. La designación de Prebisch como gerente del Banco Central era conocida en Londres, en los medios de los grandes propietarios de los ferrocarriles británicos, antes de que el propio gobierno argentino tuviese noticias de esa designación.

La revolución militar del 4 de junio de 1943, que promovería una ola de nacionalismo económico y que, al mismo tiempo,

en la persona del coronel Juan Perón, se proponía desarrollar la influencia de los nuevos sindicatos industriales sobre la vida nacional, marcaría el eclipse de la actividad pública de Raúl Prebisch en la Argentina. Poco después de 1943 abandonó el país. Con la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y la organización de la Naciones Unidas, Prebisch fue designado como Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina.

De este modo se inicia la segunda fase de la personalidad intelectual de Prebisch. Desde la CEPAL sus estudios sobre la realidad económica de la Argentina y de América Latina, postularían todo lo contrario de lo que había sido su gestión en nuestro país antes de la guerra mundial. En suma, promover la idea del desarrollo industrial como forma de protección de las economías semicoloniales vulnerables. Sostendría la tesis de los términos desfavorables del intercambio. Al mismo tiempo –lo que no resulta menos curioso– elogiará en sus informes las medidas de planificación industrial y de proteccionismo económico que estaba llevando a cabo el gobierno del general Perón desde 1946 en adelante.

Nada llamaría la atención de este proceso evolutivo en el pensamiento de un economista, salvo que, cuando en 1955 cayó Perón, Prebisch fue llamado en consulta por el gobierno de la Revolución Libertadora (de fuertes connotaciones liberales y muy vinculado a los intereses norteamericanos y británicos). En los breves días en que Prebisch residió en Buenos Aires a solicitud de la dictadura militar, elaboró un informe publicado por la Presidencia de la Nación.

En dicho texto reaparecería el primer Prebisch, es decir el Prebisch liberal, exportador, librecambista, agrarista, filo británico. Las conclusiones y consejos que el informe Prebisch de 1955 extraía del análisis de la economía argentina, eran exactamente las contrarias a las conclusiones de aquel Prebisch Secretario Ejecutivo de la CEPAL en la década anterior.

Consideraba a la política económica peronista como responsable de una supuesta crisis que había en la Argentina.

Sus consejos estaban dirigidos a enriquecer de nuevo a los productores agrarios, en particular a los criadores de ganado. También sugería transformar los magníficos convenios bilaterales de gobierno a gobierno que había establecido Perón para escaparle al área del dólar. Prebisch proponía nuevamente un comercio unilateral que nos reinsertaría una vez más en el campo de los grandes intereses internacionales.

En esos días de terrorismo “democrático” (se fusilaba a obreros en los basurales y a militares peronistas en las comisarías) un gran argentino, Arturo Jauretche, respondió a Prebisch con un folleto: *El Plan Prebisch, o retorno al coloniaje*. Todavía se lo puede adquirir en Buenos Aires. Recomendamos la lectura a Celso Furtado. En dicho trabajo Jauretche exhibía bajo una potente luz la trama infiel del Plan Prebisch y exponía su perplejidad, porque entonces no sabía Jauretche, ni tampoco nosotros lo sabemos hoy, cuál era el Prebisch verdadero: si era el Dr. Jeckill o era Mr. Hyde. Como en la novela de Stevenson, parecía adoptar alternativamente dos personalidades irresistibles. Era el bondadoso hombre de la ciencia económica, cuando estaba fuera de su país. Pero en cuanto pisaba la patria se volvía un enemigo feroz de la soberanía y la independencia argentina.

Celso Furtado es un hombre culto y refinado. Ha vivido mucho tiempo en París. Además fue oficial de las Fuerzas Expedicionarias brasileñas durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Brasil se vio arrastrada a la guerra por los Estados Unidos. Digamos de paso que la Argentina fue neutral ante el genocidio de las potencias civilizadas y nadie de aquí murió por causas ajenas. Fue precisamente en esa ocasión que el joven oficial Furtado conoció por vez primera Europa y se nutrió de cultura europea, o lo que había quedado de ella entre las ruinas humeantes. Pero en este libro se descubre que no está igualmente familiarizado con la sociedad argentina, sus hombres y sus problemas. Por esa causa, uno de los héroes intelectuales de Furtado resulta ser nada menos que Raúl Pre-

bisch, quien aparece en este atrayente volumen como uno de los personajes menos comprendidos por el autor.

De sus páginas se desprende un Prebisch “heresiarca”, una especie de campeón de la lucha por la emancipación económica de América Latina. En suma, verdadero adalid de la resistencia a los Estados Unidos en materia de “heterodoxia” económica. Pero no había nada de eso. Ese Prebisch no existió nunca. Cada vez que Prebisch abandonaba el oraculismo teórico de la CEPAL, el universo de los “análisis” o de las “sugerencias” y se encontraba en condiciones de marcar una directriz para su país con posibilidad de llevarse a la práctica, renunciaba en el acto a su “progresismo” verbal y se pasaba con armas y bagajes al campo de la ortodoxia monetarista, financiera y agraria de su juventud.

Bastará para el propósito de estas notas recordatorias apuntar que Prebisch rehusó la invitación de Arturo Jauretche para un debate público. Y al día siguiente de elevar su informe al gobierno de la Revolución Libertadora (es decir de la sangrienta dictadura militar “democrática”) regresó a Santiago de Chile, sede de la CEPAL. Como si fuera el hecho más natural del mundo, ya fuera de la Argentina reiteró el postulado industrialista retórico que acababa de desautorizar en su informe al general Lonardi. Con la mayor desenvoltura, desde 1955 siguió batiendo el parche del “desarrollo industrial” latinoamericano y a desgranar sus recuerdos pre-keynesianos de una ideología neoclásica que consideraba haber abandonado. Quizás era cierto para todos, menos para la Argentina.

Se hizo conocido como divulgador de los conceptos del “centro” y de la “periferia” o para decirlo más crudamente de la oposición entre el imperialismo y los países coloniales y semi-coloniales. Era un hombre que sabía adaptarse. Las Naciones Unidas, nacidas bajo el poder omnímodo de los “Cinco Grandes”, llegó a ser muy pronto escenario de los nuevos Estados del Tercer Mundo y en los círculos de su burocracia “tercermundista” Prebisch hizo su nido. Salvo ese breve intervalo del

golpe oligárquico en Buenos Aires, donde resurgió como por encanto su anglofilia tradicional, Prebisch sería *for export* el hombre “de ideas avanzadas”.

El sorprendente episodio de 1955 podría haber caído en el más piadoso olvido si no fuera que cuando su primo y coprovinciano González del Solar se hizo cargo de la Presidencia del Banco Central (después de una fructuosa carrera en el FMI) bajo el régimen militar presidido por el general Bignone, reapareció Prebisch en Buenos Aires. Resultó imposible a los periodistas arrancarle una palabra condenatoria de la deuda externa o de la política monetarista que su primo llevaba a cabo con admirable decisión. Una vez más, el torturado y sote-rado Mr. Hyde, el personaje de Stevenson, volvía a hacer su aparición en la personalidad del Dr. Prebisch.

En junio de 1983 Prebisch, antes del triunfo electoral de Alfonsín, fue invitado junto a otros economistas internacionales para dar su opinión sobre la deuda externa ante una subcomisión del Senado de EE.UU. Allí dijo que la crisis financiera de los países de la América Latina y las exigencias de “austeridad” que les había sido impuesta podían llevar a algunos deudores a desconocer su deuda externa “en lugar de continuar exprimiendo sus economías para continuar con sus pagos”, según informa *Clarín* el 23 de junio de 1983.

Esta audaz advertencia de Prebisch fue formulada en Washington. Pero en cuanto llegó a Buenos Aires, al año siguiente, y fue nombrado asesor del presidente Alfonsín, cambió nuevamente. Ahora, ya en la Argentina, y como asesor del gobierno, Prebisch nos dice que hay que pagar la deuda. Su opinión vuelve a ser ortodoxa: “Hay que corregir el déficit fiscal, percibir mejor los impuestos (la evasión impositiva es altísima en la Argentina) y contener los gastos del Estado”. Una moratoria es inconcebible: “Eso traería consecuencias imprevisibles para el país. Los financiamientos del comercio exterior están sujetos a la buena línea de créditos que tenga un país”, dice Prebisch, y agrega: “De haber tenido más reservas monetarias, Argentina se podía haber dado

ese lujo...” “¿Cuál sería la cifra ideal?”, pregunta el periodista de la revista *La Semana* de abril de 1984. Dice Prebisch: “Le explico las consecuencias de no pagar. Argentina vende gran parte de sus exportaciones a EE.UU. y Europa. Si no paga estos señores se cobran con parte de esas exportaciones. Nunca nuestro país estuvo en una situación de dependencia financiera como la de ahora. Somos la parte más débil”.

Según se ve, un hombre tan informado como Prebisch, llega a adulterar conscientemente la verdad de los hechos. La Argentina nunca vendió parte importante de sus exportaciones a los EE.UU. desde la Revolución de Mayo hasta hoy. Por lo contrario, fue compradora de los EE.UU. y no vendedora. Esto sucedió y sucede a raíz del carácter competitivo de ambas economías en el sector agropecuario y su cerrado proteccionismo aduanero impuesto por los productores norteamericanos a causa de nuestros mejores precios. El cuento de la “aftosa” tiene autores yanquis.

En cambio, con respecto a Europa, siempre la Argentina vendió al Viejo Mundo por medio de Inglaterra. Todo el mundo sabe que esta relación triangular dejó de existir con el nacimiento del Mercado Común Europeo, hace más de un cuarto de siglo. Esto lo puede ignorar cualquiera menos Prebisch. Sin embargo, Prebisch así lo afirma. Tal es el tributo político, moral e intelectual que el antiguo amigo de Inglaterra realiza en favor del gobierno que lo ha nombrado asesor.

Esto no es todo. Este Prebisch ortodoxo de brevísimas estadías en Buenos Aires, y que ahora sostiene que es necesario pagar la deuda externa porque de lo contrario las consecuencias serán “gravísimas” para la Argentina, dirá, muy poco después, en el exterior y a partir del momento en que deja de ser asesor de Alfonsín, que la deuda externa es impagable, tal cual lo dicen todos los economistas del mundo. Toca el resorte y... Mr. Hyde desaparece dejando una estela de azufre. Algo precioso queda en el tintero; en la breve visita a que aludimos, confirma que persiste en su espiritismo una visión

arcaica de la Argentina, enmascarada de “progresista” por toda la prensa internacional y por no pocos izquierdistas del país. En el reportaje citado de *La Semana* desliza la siguiente apreciación sobre un tema esencial: “La Comisión Nacional de Energía Atómica realiza una obra muy importante para el país, pero tampoco se puede seguir con el ritmo de gastos que eso implica en medio de la situación económica que tenemos. Hay otras prioridades como las áreas de Educación, Salud, Plan Alimentario Nacional.”

Prebisch conoce su público al dedillo. Resulta más simpático hablar de salud o de educación que del átomo, cuya investigación independiente está vetada por la OTAN. Distribuir cajas de comida a los miserables sin trabajo es un útil instrumento electoral para el gobierno de Alfonsín, adversario de la industrialización, de aquí se infiere que el “heresiarca” de la economía latinoamericana se presenta ante el público como un desindustrializador que asesora a un gobierno análogo.

Se escondía en el espíritu de Prebisch un estereotipo íntimo adquirido en su juventud como técnico al servicio del poder oligárquico y la gran influencia inglesa, bajo cuya sombra se había formado y a la que debía toda su carrera.

El estereotipo reaparecía cada vez que Prebisch retornaba a la Argentina. Parecía en él algo invencible. Nada de esto se menciona en el interesante libro de Furtado. Creemos que se trata de hechos que a los argentinos les importa conocer bien, lo mismo que a todos los latinoamericanos. Al fin y al cabo, Prebisch es un verdadero modelo de influjo extranjero en la conciencia de la inteligencia latinoamericana que aún no ha logrado constituirse en un cuerpo pensante autónomo.

Cabe añadir que las memorias o semi-memorias de Furtado se destacan por notables omisiones: la palabra “imperialismo” no se menciona ni una sola vez. Parecería que el “atraso económico” fuera obra de “leyes naturales” o de “errores técnicos” que pueden ser sustituidos por otras “técnicas” más eficientes. El pensamiento de Furtado se esboza aquí con porcio-

nes diversas de liberalismo, algo de “desarrollismo”, algo de nacionalismo, no pocos “valores democráticos”, un toque sensible frente a la miseria de América Latina y la debida distancia respecto al marxismo y al liberalismo ortodoxo. Resulta así una versión sincrética, característica de la ambigua situación de los economistas latinoamericanos que viven en un suelo social y político peligroso y cambiante, donde el prestigioso gremio termina por privilegiar su propia carrera profesional antes que una gran causa que pueda ponerla en peligro.

Celso Furtado incluye en su libro, además, dos aspectos singulares imposibles de soslayar en esta recensión. Se trata del juicio que le merece el general Perón y Getulio Vargas. La antipatía y repulsión que le inspira Perón se reitera en el libro de Furtado varias veces. Sostiene que “el trauma provocado por la crisis de 1929, que por todas partes en América Latina abrió las compuertas hacia una mayor participación de las masas en el proceso político, tuvo en la Argentina un efecto inverso, porque restituyó en el mando a la oligarquía, que se mantendría en el poder con apoyo militar y a través del recurso del fraude electoral. Este proceso de degradación política suscitaba un amplio repudio y contra él se venían organizando fuerzas democráticas que se identificaban con la causa antifascista de los aliados. Perón se servía de la flaqueza del sistema para tomar el poder, modificando profundamente el cuadro político. La confrontación definitiva se daría en 1946, cuando, en elecciones efectivamente libres, obtuvo la victoria por muy pequeño margen. Pesó en ese resultado la intervención de Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos, que al señalar a Perón como un fascista lo transformó en héroe de los nacionalistas argentinos. La asunción de Perón, frustrando al movimiento democrático en pleno desarrollo, no se explica si no se toman en cuenta las transformaciones de fondo que se venían sucediendo en la Argentina a partir de la crisis de 1929”.

En relación al tema del triunfo del peronismo, Furtado adopta el punto de vista de las fuerzas demoliberales vincu-

ladas a la oligarquía y al Partido Comunista que omiten el carácter “nacional” y no fascista del movimiento que encabezaba Perón en la Argentina, como tantos otros dirigentes en los países del Tercer Mundo que luchan en esa época en procura de la constitución del Estado Nacional y de la revolución que le es propia.

Veamos otra opinión de Celso Furtado: “Perón carecía de sensibilidad para los problemas económicos y se le escapaba lo que concernía a la singularidad argentina, país de alto nivel de vida pero que en el mercado interno competía con las exportaciones, que por su lado desempeñaban el papel estratégico de departamento productivo de bienes de capital. Al empeñarse en una política redistributiva para aumentar el empleo y la masa de salarios, redujo la capacidad de acumulación reproductiva. La visión que tenía Perón de la región, particularmente de los países vecinos, estaba contaminada de paternalismo. Lo cierto es que el gobierno peronista, que carecía de una política de industrialización, no llegó a interesarse por lo que se hacía en la CEPAL”.

Estas observaciones realmente asombrosas de Celso Furtado, un hombre que en otros aspectos parece estar bien informado, se destacan más cuando se consideran las políticas de unidad latinoamericana que emprendió Perón con Bolivia, Brasil, Paraguay y Chile. Las visitas del general Ibáñez a la Argentina y de Perón a Santiago de Chile, así como los grandes discursos que ambos presidentes pronunciaron procurando la unidad aduanera de ambos países, a lo que habría que agregar las cartas intercambiadas entre Getulio Vargas y Perón (que próximamente publicaremos en la sección “Documentos Latinoamericanos” de la revista *Amauta*), deja bien a las claras el carácter no paternalista y mucho menos “imperialista” de Perón como la propaganda norteamericana de la época quiso indicar y como injustamente Furtado repite por cuenta de terceros. La política de Perón en este orden fue abiertamente latinoamericanista e integradora.

En cuanto a que Perón en sus dos primeros gobiernos no se proponía impulsar una política de industrialización, ni tenía sensibilidad para los problemas económicos, revela un grado tal de desconocimiento o ligereza intelectual por la realidad argentina, que parece indigno de la fama que ha adquirido Celso Furtado en numerosos círculos académicos.

La sorpresa que este libro proporciona no termina ahí. Resulta muy interesante citar la entrevista que le concedió el presidente Vargas a Prebisch y a Celso Furtado en el Palacio Catete. Citamos a Furtado: “Prebisch, como muchos argentinos, sentía gran admiración por Vargas. Lo veía como el dirigente que conducía al Brasil por el camino de la industrialización, que intentaba transformar a un país de un gran atraso relativo en América Latina, en un país de vanguardia en la región. No se detenía, como la mayoría de los observadores extranjeros, en los aspectos negativos. Era una época de dictaduras, había que escoger entre tiranos y déspotas... Lamentaba que Perón no tuviera las mismas virtudes de Vargas”. Resulta curioso que el demócrata Furtado prefiera la dictadura de Vargas que el régimen de Perón, elegido por el pueblo.

Furtado establece una diferencia entre Vargas y Perón: “Nuestro Gaucho era un hombre que oía a los entendidos, a los técnicos, que se informaba bien y tomaba decisiones con prudencia. Perón era sobre todo un gran actor, gobernaba como si estuviera en un palco. Además Vargas gobernaba un país pobre en el que las cosas pequeñas podían ser importantes. Perón podía despilfarrar, sin que las angustias del momento vinieran a advertirlo de las consecuencias futuras de sus actos de histrionismo político”. Prebisch observaba a Furtado: “Vargas supo formar cuadros, le dio una estructura moderna al Estado brasileño. Veá, Perón dispersó con un gesto al equipo que me costó diez años formar”.

Prebisch se refería al equipo de técnicos que había formado él mismo bajo la dirección de Pinedo y que habían protegido el *statu quo* del Puerto de Buenos Aires y los intereses ingleses

con una gran capacidad técnica. Perón seguramente no podía utilizar ese equipo ya que su gobierno iba a enfrentar a los anglosajones, y se proponía hacer exactamente lo contrario de lo que habían hecho Prebisch y sus técnicos.

Escuchemos ahora otra opinión de Celso Furtado: “El equipo a que se refería (Prebisch) le había dado a la Argentina un avance kilométrico en la información económica en América Latina e hizo del Banco Central una institución admirada internacionalmente, y Perón lo sustituía por un tal Miguel Miranda, un bien humorado fabricante de bizcochos que, según lo que se publicó en la prensa de la época, al asumir el cargo golpeó con el taco del zapato en el suelo y dijo: ‘Está todo lleno de oro’”.

Es preciso decirlo francamente. Furtado no conoce el tema que trata. Asombra su imprudencia ante hechos de la historia económica y política argentina que se encuentran documentados en una rica bibliografía desde 1930 en adelante y donde Prebisch y la subordinación del Banco Central de la Argentina al Banco de Inglaterra están minuciosamente retratados.

En realidad, como tantos argentinos de la pasada generación saben, el Banco Central, organizado por Sir Otto Niemeyer y dirigido por Prebisch, representaba de manera característica (como lo indicaba la constitución de su directorio perceptible en la contratapa de sus informes anuales) a los grandes ganaderos de la provincia de Buenos Aires, a los industriales protegidos del sistema británico, a la burguesía intermediaria porteña y a los bancos extranjeros, o sea dominados por el poder británico. Ese Banco Central no podía ni deseaba hacer la política que podía beneficiar a la industria nacional vinculada al mercado interno.

Es en ese sentido que el Banco Central era –como dice Furtado– “una institución admirada internacionalmente”, ciertamente por los poderes internacionales que veían en el Banco Central –que Inglaterra ni siquiera pudo imponerle a la India– el mejor instrumento para regular la moneda, admi-

nistrar el crédito y mantener a perpetuidad a la Argentina colonial sometida a los intereses extraños.

En cuanto a la sustitución de Prebisch por Miranda también era bien clara. Miranda no fabricaba bizcochos, como dice Furtado, sino que era un industrial que además de envasar fruta de Mendoza, representaba típicamente la industria liviana de la Argentina. Era un hombre rudo, pero con un conocimiento pragmático de los asuntos nacionales y sin pretender una analogía de Miguel Miranda con Colbert, estaba muy por encima de los numerosos tecnócratas cultos y refinados, amantes de la buena música y de los buenos vinos, que pululaban por la América Latina teniendo un pie en los organismos internacionales asexuados y otro pie, más bien vacilante, en los ocasionales gobiernos nacionales que aparecen en nuestro suelo. Pero no hay ninguna duda en esto: el Banco Central de Buenos Aires era un banco extranjero y Miguel Miranda era un industrial argentino.

Sería injusto que las observaciones anteriores hicieran pensar al lector que no es útil leer este libro. Por el contrario, creemos que las Memorias o parte de las Memorias de Celso Furtado constituyen un buen testimonio no sólo en lo que se refiere a los problemas económicos de la América Latina sino en particular a las condiciones particulares que la realidad latinoamericana ofrecía hace treinta o cuarenta años a la juventud intelectual para su formación técnica. Era una época en la que los gobiernos oligárquicos, semi-liberales, semi-democráticos, autoritarios, nacionalistas o revolucionarios de América Latina, brindaban raras oportunidades para otorgar a esta juventud un porvenir profesional estable. ¡Signo de nuestras debilidades, aprovechadas por el imperialismo!

Recomendamos la lectura del libro de Furtado. Se verá que el propio autor brasileño, cuando adopta posiciones prácticas referentes a su propio país y a sus posiciones públicas, tampoco vacila.

Privado de sus derechos políticos por la dictadura militar que gobernó en el Brasil durante veinte años, en recientes decla-

raciones realizadas en Buenos Aires en *El Cronista Comercial*, Furtado elogia a esa dictadura desde el punto de vista que logró impulsar algunos aspectos básicos del crecimiento económico autónomo del Brasil. En ese mismo reportaje, publicado en el mes de abril en Buenos Aires, Furtado señala la necesidad de basar el crecimiento de la autonomía económica en el mercado interno, y no en el mercado internacional.

Al mismo tiempo, según hemos dicho ya, Celso Furtado actualmente es ministro de Cultura del gobierno de Sarney que, como se sabe, es de algún modo sostenido por las Fuerzas Armadas del Brasil. Esto está indicando que Furtado, en lo que se refiere al Brasil, no pierde de vista la dolorosa, compleja y tortuosa evolución de los acontecimientos en América Latina, que aún no ha encontrado sino avances episódicos pero inconfundibles en el camino hacia su emancipación total y unidad política. Y sin esta última, aquélla es imposible.

También deseáramos, al mismo tiempo que recomendamos la lectura de este libro, que Celso Furtado tenga la oportunidad de leer el presente comentario: probablemente le será útil para completar su incompleta visión de nuestro país.

Y una palabra final. Es bienvenida la publicación de esta obra por la Editorial Universitaria de Buenos Aires. Pero, precisamente por ser universitaria y por ser argentina, ¿no habría sido útil al lector, que Eudeba hubiese agregado comentarios y aclaraciones relativas a temas y personajes de la Argentina aludidos por Celso Furtado?

## Gabriel García Márquez\*

¿Una agonía en lugar de una vida? No dejará de complacer al europeo dispéptico este relato de innegable belleza trágica, ya que en los “países centrales” hay un estereotipo firmemente establecido desde los tiempos de la trata de negros. Para ellos, “América Criolla” es exactamente como el plato picante que les ofrece aquí el escritor colombiano: mariposas gigantes, mulatas cimbreadas de bocas feroces, generales lascivos, árboles de los que mana leche, muerte y barbarie. Y también héroes derrotados. Sobre todo, héroes derrotados. ¡Bufón en estado puro! La naturaleza americana es subyugante. ¡Sí! Pero su historia resulta aborrecible.

\* *La Nación inconclusa*, Ediciones de la Plaza, Montevideo, 1994.

Exactamente lo mismo pensaba Borges cuando aludió desdenosamente a la “horrible historia de América”. Así se nos presenta un Bolívar espectral, cuya talla, roída por la tisis, disminuye cada día y cuyo implacable retrato se dibuja con el filoso lápiz de García Márquez, de traición, mundanidad, obsesión erótica y baraja.

No resulta usual que se publique un libro en el mundo con una tirada de 1 millón de ejemplares en treinta y dos lenguas. Tal interés, ¿obedece al magnetismo de Bolívar? Cabe dudarlo.

¿Será más bien el prestigio del Premio Nobel, su particular vínculo con el Este y también con el Oeste? ¿Su cautivante pluma ejerce tamaño poder? No cabe duda que es gracias a García Márquez que la gente se ha precipitado a comprar el libro. No puede tratarse de Bolívar. Nuestros grandes hombres yacen bajo el peso de hagiografías sofocantes que les impiden respirar. La estructura cultural de nuestras repúblicas semicoloniales sólo cumple con los héroes escolares en cada aniversario fúnebre.

No podía esperarse que los mismos intereses que derrotaron a San Martín, Artigas y Bolívar hiciesen otra cosa que cerrarles la boca en los somnolientos libros de texto y embalsamarlos en bronce. El sistema de puertos exportadores de América Latina, después de haber contribuido a expulsar a los españoles, volvió sus espaldas a los libertadores. Expatrió a San Martín, sepultó a Bolívar en Santa Marta, encerró a Artigas en la selva paraguaya.

En tanto, sus oficiales, auxiliados por comerciantes, hacendados y periodistas, fragmentaban la “gran Colombia” y se proclamaban jefezuelos de cada aldea. En lugar de una “Patria Grande”, tuvimos veinte repúblicas simiescas. Cada “Estado” exhibía orgullosamente su Constitución copiada. Y cada República vivía de un solo producto, casi en estado de naturaleza: con sus plátanos aquéllos, ésta con su cobre, otra con su petróleo, o su carne, su estaño o su azúcar. Apoyada en cada producto exportable, se erigió una arborescen-

cia política, jurídica, aduanera, literaria y militar llamada “Nación”. Sobre cada una de ellas se elevó la sombra de los Imperios anglosajones.

La historia se trocó en fábula, Bolívar resultó, para el lector corriente, un ambicioso, celoso de San Martín, y nuestro Libertador, una especie de Santo, “renunciador” y asexuado, envuelto en su mortaja de asceta. Ambas imágenes resultaron tan falsas como el boceto despiadado que Marx trazó sobre Bolívar (lo llamó “canalla”) nutrido de la folletería inglesa.

De algún modo, García Márquez continúa esta tradición, aunque en el plano de un arte refinado y, por lo mismo, más sutil y peligroso. La novela-historia narra la desintegración física y moral de Bolívar, a través del río Magdalena hasta Santa Marta. Nada se le ahorra al lector: un moribundo lucha entre el sueño y la muerte; el poder se le escurre entre las manos; sus generales lo traicionan y desprecian en todas partes; exhausto, todavía le queda ánimo, entre vómitos de sangre, para alzar a las mulatas o damas mantuanas hasta su hamaca. Lisonjea y desacredita a un tiempo a sus fieles, descrea de todo y de todos.

Ese viaje de Caronte a los infiernos urde una visión horrenda del Libertador. Es precisamente García Márquez, muy atento a su trabajo, quien emplea la palabra, en un apéndice sobre fuentes, de la página 274: “El horror de este libro”. En dicha página titulada “Gratitudes” el autor revela sus propósitos: “Más que las glorias del personaje me interesaba entonces el río Magdalena... Los fundamentos históricos me preocupaban poco, pues el último viaje por el río es el tiempo menos documentado de la vida de Bolívar”. No obstante nos dice luego que consumió dos años en la lectura de documentos sobre la vida del Libertador, labor que lo autoriza más adelante a referirse al “rigor de esta novela”.

En materia de “rigor”, digamos que San Martín no fue el “Libertador del Río de la Plata”, como afirma García Márquez, sino de las Provincias Unidas, de Chile y de parte del Perú.

Tampoco es cierto que Garibaldi, quien visitó a Bolívar en su lecho de muerte, fuera “el patriota italiano que regresaba de luchar contra la dictadura de Rosas en la Argentina”.

El joven Garibaldi, que deambuló por Sudamérica a mediados del siglo XIX, era un aventurero peninsular, a la cabeza de una turba de forajidos, que el propio Garibaldi, en sus “Memorias” llama “chusma cosmopolita”, conocida en todas las escuadras filibusteras con el nombre de *fréres de la côte*. Esta banda temible saqueó Colonia y Gualeguaychú (en particular, poblaciones civiles desarmadas) a sueldo de los imperialistas franceses que ocupaban Montevideo.

Ese otro Garibaldi, que ayudó al conde Cavour en 1870 a fundar la unidad del Estado en una península despedazada, es un personaje de la historia italiana. En el Río de la Plata trabajó para dividir. Allí, patriota, dicen. Aquí, sin duda, forajido.

En la historia colombiana, García Márquez se presenta como liberal. Al referirse al general Santander, un viscoso y pérfido Mitre bogotano, el gran novelista escribe que “sus virtudes civiles y su excelente formación académica sustentaron su gloria. Fue sin duda el segundo hombre de la independencia y el primero en el ordenamiento jurídico de la República”. ¡Qué interesante! Sin embargo faltaría agregar que participó en la organización del atentado contra la vida del Libertador Bolívar y que fue durante toda su carrera pública, abierta u ocultamente un adversario personal y político del Libertador, el hombre de confianza de comerciantes y picapleitos hartos de heroísmos, fiel de la burguesía comercial, amigo de Estados Unidos y favorito de la opinión europea librecambista.

No pocas desgracias póstumas se acumularon sobre Bolívar, comparables a las que martirizaron su vida. Si de un lado el pensamiento conservador y oligárquico de los puertos ha instalado el bronce de Bolívar en un lugar tan sospechoso como la OEA, del otro, la farándula izquierdista de la inocente América Criolla, lo ha condenado con frecuencia bajo la inspiración del hechicero de Tréveris.

García Márquez, en su ensayo biográfico de Fidel Castro, (escribe el historiador colombiano José Consuegra) ha dibujado el perfil del revolucionario cubano con exquisita cortesía y no ha entrado en su vida amorosa por “considerarla un ámbito privado”. Con Bolívar no ha procedido con tantos miramientos. Sin duda, la “inteligencia” de América Latina percibe exactamente la dirección de la brisa. Una cosa es un hombre de Estado vivo, y otra un hombre de Estado muerto. Cuando García Márquez recibió en 1982 el Premio Dimitrov, en la Bulgaria “socialista” no se habían olvidado sus palabras: “Mi gran sueño es figurar en la Enciclopedia Soviética, que será el único eco que la literatura tendrá en el porvenir”.

Maravilloso artista, este genio de la lengua criolla no entrará al porvenir por su poder profético. La gran Enciclopedia Soviética, un monumento bizantino elevado a la grandeza moral de la Policía Secreta, ya ha muerto. García Márquez vive y vivirá. Para un intelectual del siglo XX, colocarse en cierto período bajo la protección de una gran potencia constituía un salvoconducto a la fama. Pero si se amparaba bajo la sombra de ambas, en el Este y en el Oeste, entre el Nobel y el Dimitrov, era mucho mejor.

Si a lo dicho se agrega que García Márquez no sólo es un gran escritor, sino el favorito de todo latinoamericano, cabría acariciar la esperanza de que la América mestiza pueda ofrecer algún día a sus intelectuales un ámbito protector que los vuelva más dueños de sí mismos.

Porque la literatura, como la ciencia, no es una “disciplina neutral”. Realmente, ¿por qué sería para García Márquez el Doctor Francia, dictador del Paraguay, un personaje risible y abominable, y en cambio Fidel Castro, un paradigma de jefe de gobierno? Las dos grandes figuras, el dictador paraguayo y el caudillo cubano, son dos revolucionarios, dos héroes, cada uno en su siglo. Requiere coraje moral y un enérgico desbrozar del pasado y del presente la no sencilla tarea de entender a ambos. ¿Garibaldi, “patriota” italiano y Rosas “dictador” a

secas? Estos juicios erróneos nacidos de la influencia deformante del pensamiento europeo, revelan la urgente necesidad de una descolonización historiográfica en América Latina.

En muchas ocasiones García Márquez no ocultó sus opiniones políticas. A la luz de su Bolívar, ¿podrá reiterar que la guerra de Malvinas fue una aventura “estúpida” y la invasión de Afganistán una proeza “socialista”? La gloria del escritor no podría constituirse en un factor paralizante de la crítica en disciplinas ajenas a la literatura, como la política o la historia, en cuya “selva oscura” se interna García Márquez sin vacilar y con poca fortuna.

*El General en su laberinto* es, sin duda, una obra de arte. Reposo sobre la agonía de un hombre que ambicionó fundar una Patria Grande, una “Nación de Repúblicas”. ¿Y por qué esta trama de estupenda prosa americana, succulenta de pájaros, perfumes, apetitosas mujeres y paisajes que sólo en América viven, debía ser el itinerario de una agonía? ¿Sólo muerte y derrota puede ofrecer nuestra tierra al ansioso paladar de la cruel Europa, inventora de la guillotina? La pequeño burguesía latinoamericana, colonizada por la izquierda y la derecha, siempre ansiosa y peripatética, ¿esperaba quizás este bocado exquisito, pero amargo en su núcleo, para decirse a sí misma, con un suspiro, que la revolución fue nada más que un hermoso sueño?

En el fondo, ¿no será ese el secreto del millón de ejemplares? ¿No le resultará agradable, a cierto tipo de lector, saber que al fin y al cabo aquí nada es posible y que los genios más atrevidos encontrarán de todos modos su agonía y hasta un poeta diestro para describirla? Sin embargo, Bolívar es un héroe vivo. Esta época exige muchos de ellos. Sólo queda por agradecer al ilustre escritor colombiano (nuestro verdadero Cervantes), por ese millón de lectores: ahora saben que en Santa Marta murió en 1830 un hombre más grande que Bonaparte. No dudamos que el vientre de la América que lo produjo es insaciable y fértil, y seguramente engendrará muchos otros.

## Arguedas, Rodó y otros positivistas\*

La ruina del plan bolivariano y la patética lucha personal del Libertador ante el derrumbe ha movido a los historiadores a dialectizar la pugna entre el héroe y el destino reviviendo las mohosas categorías carlylianas sobre el papel del individuo en la historia. Bolívar habría sido “un soñador” y su proyecto, “una hermosa quimera”. La rigurosa necesidad de unificar América Latina no sería sino un ideal, digno de evocarse en las conferencias de la OEA o en las sesiones del Banco Interamericano de Desarrollo.<sup>34</sup>

---

\* *Historia de la Nación Latinoamericana*, Editorial Peña Lillo, Buenos Aires, 1973.

34. El BID es “bolivariano” y hasta publica textos alusivos en su revista *Integración*. El imperialismo es sabiamente omitido en los poemas bancarios de estos intrépidos luchadores.

Todas las fuerzas que Bolívar logró congregarse en su torno para consumar la independencia se disolvieron cuando pretendió construir la unidad de los Estados recién emancipados. Las mismas oligarquías regionales que sostuvieron a los ejércitos libertadores con recursos y hombres, entre los que figuraban muchos parroquiales “padres de la patria”, se volvieron contra los unificadores cuando el comercio libre estuvo garantizado. De esa disgregación nacieron las pequeñas patrias, estas miserables y arrogantes “naciones”, pavoneándose con ejércitos sin armas, aduanas de bajas tarifas, territorios desolados, monedas perpetuamente devaluadas y prolijas fronteras con los incontables Principados de Luxemburgo que colorean el mapa gigante.

La época de la “argentinidad”,<sup>35</sup> de la “peruanidad”, de la “bolivianidad”, de la “chilenidad” debía coincidir con la sólida inserción en la estructura del comercio mundial de los Estados librados al azar histórico después de la muerte de Bolívar. Dicho fenómeno se despliega alrededor de 1880, cuando los países latinoamericanos elaboran sus formas jurídicas más o menos permanentes y construyen su “unidad nacional”, a la vez que Europa o Estados Unidos establecen con ellos canales regulares de intercambio y la complementación económica se consolida en la unilateralidad de la producción.

En el marco de hierro de la “balcanización”, se modelan los Estados en la década del 80: Rafael Núñez en Colombia, el general Roca en la Argentina, el coronel Latorre en el Uruguay, Porfirio Díaz en México, Santa María en Chile, Alfaro en el Ecuador, Guzmán Blanco en Venezuela, Ruy Barbosa en el Brasil instauran el reinado de la prosperidad agraria o minera y la hegemonía positivista.

---

35. Ricardo Rojas popularizó el vocablo. En América Latina la “balcanización” desencadenó búsquedas literarias del ser nacional; es decir; del ser argentino, ser peruano, etcétera, que pronto asumieron un carácter puramente psicológico, telúrico, cuando no místico.

## El positivismo en Europa

¿Y qué género de filosofía es ésta que domina la vida intelectual de América Latina en el mismo período en que parece declinar para siempre la idea histórica de la unidad latinoamericana? El positivismo comtiano satisfacía las necesidades filosóficas de la burguesía europea, si así puede decirse. Es el triunfo del racionalismo fundado en la ciencia experimental, que pretende en Europa recusar al irracionalismo romántico, dotar a la sociedad de una ciencia fundada en los hechos ciertos y extender la idea de una evolución incesante a la que no se veía límite alguno. El carácter acumulativo del progreso y la autoconsciencia de un bienestar creciente debían encontrar en los héroes de Balzac sus tipos más demostrativos.

Todo esto era completamente natural: hacía medio siglo que la burguesía francesa había hecho su gran revolución. Ahora, las marchas heroicas y los torrentes revolucionarios eran festejados pacíficamente los días 14 de julio con bailes populares en las calles de París. Artesanos, burgueses y estudiantes alborotaban luego con sus amiguitas bebiendo cerveza en las tabernas. ¡Esto era todo! La burguesía francesa estaba en reposo y disfrutaba su felicidad, que se le antojaba eterna. Augusto Comte dictaba cursos de astronomía popular para obreros en una municipalidad de París.<sup>36</sup> El creador del positivismo y la sociología se formó espiritualmente en la época de la Restauración; aborrecía las revoluciones y condenaba la teología, aunque no pudo resistir la tentación de escribir un catecismo propio y hasta elaborar los ritos para la celebración de matrimonios positivistas.<sup>37</sup>

---

36. Augusto Comte, *Discours sur l'espirt positif*, Unión Général d' editions, París, 1963, p.8. Comte dictó esos cursos durante 17 años consecutivos. Los llamados obreros eran artesanos: relojeros, carpinteros, orfebres y “una mezcla muy variada donde abundan los ancianos”, según escribía a Stuart Mill.

37. *Ibidem*.

Comte había condensado su credo en dos palabras que incluyó el escudo brasileño como divisa tutelar: “Orden y Progreso”. Pero como Comte era conversador esencial, definía el progreso como “el desarrollo del orden”. Toda reorganización debe comenzar por las ideas, pasar a las costumbres y finalmente, decía, alcanzar a las instituciones. A los obreros que asistían a sus cursos sobre astronomía popular, los educaba en principios conservadores análogos.

“La escuela positivista tiene necesidad del mantenimiento continuo del orden material. Ella no pide a los gobiernos más que libertad y atención... El pueblo no puede esperar, ni aun desear, ninguna participación importante en el poder político. Él se interesa no en la conquista del poder, sino en su uso real... también está dispuesto a desear que la vana y tormentosa discusión de los derechos sea reemplazada por una fecunda y saludable apreciación de los deberes.”<sup>38</sup>

En otras palabras, se trataba de conciliar las dos formas “fundamentales” del espíritu humano: la tendencia hacia la anarquía y la tendencia a la reacción, la revolución y la contrarrevolución. Comte se oponía a ambas. La burguesía europea no deseaba hacia fines de siglo otra cosa que conservar lo adquirido: vivía en puro presente y no deseaba precipitarse al provenir.<sup>39</sup>

La poetización de la ciencia era para la burguesía algo tan natural como situar los tiempos tenebrosos en el pasado y dibujar un horizonte rosa rodeado de tranquilizadores microscopios. El anticlericalismo era excitado, por añadidura, por el *Syllabus* troglodita de Pío IX; estos enfrentamientos fueron de vasta resonancia y apresuraron la laicización de la enseñanza pública y de la legislación civil.

---

38. *Ibidem*.

39. *Ibidem*.

## El positivismo en América Latina

Los nuevos Estados latinoamericanos acogieron el positivismo y las leyes civiles con igual ardor que los Parlamentos liberales de Europa. Los generales brasileños eran positivistas, protegidos de Inglaterra y guardianes del sistema esclavista<sup>40</sup>. También profesaban el positivismo los intelectuales que rodeaban al paternal déspota Porfirio Díaz. Tanto hablaban de la “Ciencia”, que el pueblo mexicano se refería a ellos como los “científicos”. Tuvieron tiempo para difundirla, pues don Porfirio subió al gobierno en 1872 y recién pudieron derrocarlo en 1911. Su secretario de Educación, don Justo Sierra, fundador de la Universidad, aunque nunca abrazó categóricamente el positivismo, era naturalmente un liberal y un ardoroso libre-cambista. Sabía hablarles a los obreros, por añadidura, con el lenguaje de las bayonetas.

El argentino Agustín Álvarez escribía en *South America* su condenación de la política criolla, congénitamente incapaz de elevarse al modelo anglosajón: la fórmula norteamericana era buena, pero el contenido indígena era detestable.<sup>41</sup>

De este modo circularon libremente por América Latina a fines de siglo, Adam Smith y Comte, Spencer, Bentham, Stuart Mill y Darwin. La traducción vernácula de estas

---

40. La filosofía de Comte se dictaba en la Escuela Superior de Guerra del Brasil.

41. Ridiculizando las costumbres políticas latinoamericanas, que atribuye a la fatalidad de la herencia hispanoindígena, Álvarez cuenta que un periodista, corrido a latigazos por un jefe de policía de Mendoza, se refugia en la casa del gobernador, a quien pide garantías constitucionales. El gobernador se apresura a sacarlo por una puerta trasera de la casa, que da a una callejuela estrecha y llena de monte, al tiempo que le dice: “Dispere por aquí, mi amigo”. Desde entonces se llamó a esa callejuela “Callejón de las Garantías”. (Agustín Álvarez, *South América. Ensayo de psicología política*, Ed. La Cultura Popular, Buenos Aires, 1933. El título en inglés es el mejor acierto del libro, una típica visión sajona de nuestra supuesta barbarie.)

corrientes consistía en practicar un librecambio que impedía la industria latinoamericana (Smith); de comenzar la reforma de la sociedad por la reforma de las ideas (Comte); de erigir el interés individual contra el Estado y la primacía de lo útil, como norma de verdad (Spencer, Bentham) y de considerar a las razas indígenas esclavizadas como la prueba de la supervivencia del más apto (Darwin). La incorporación en América Latina del positivismo como doctrina conservadora del *statu quo* resultaba equivalente a la perpetuación del monocultivo, la servidumbre indígena, la producción exportable como fuente exclusiva de recursos fiscales y la “balcanización”.

¡El noble producto importado venía con la garantía de su sello europeo y eso era suficiente! Pero empleábamos esa superestructura jurídica y filosofía burguesa sin realizar en América Latina la revolución burguesa que la había generado en Europa. Se operaba un viaje transatlántico de las leyes y la filosofía sin importar al mismo tiempo las relaciones sociales, los métodos de producción ni la estructura de clases. América Latina tuvo así matrimonio civil sin máquina de vapor y Estados soberanos organizados según el patrón de John Locke, donde algunos ciudadanos pasaban sus tardes reduciendo cráneos humanos al tamaño de un puño mediante un interesante procedimiento de cocción desconocido por los juristas ingleses. Tuvimos cementerios secularizados y escuela laica, pero se mantuvo el atraso clásico que garantizaba la condición semicolonial de América Latina. Gozamos (iy no siempre!) de soberanía territorial en cada Estado a condición de olvidar nuestra soberanía dividida como Nación inconclusa.

Así pudieron redactarse soberbias constituciones de cuño europeo o norteamericano estableciendo los tres poderes de Montesquieu en provincias andrajosas erigidas en “Naciones”, que hasta carecían de burguesía y cuyos presupuestos apenas alcanzaban para pagar los sueldos de un solo poder,

que siempre era el Poder Ejecutivo. ¡Los partidarios del positivismo burgués europeo en América Latina resultaban ser los enemigos del desarrollo capitalista en sus propias patrias!

La filosofía que la burguesía europea adoptaba después de su triunfo era prohijada por los terratenientes parasitarios o exportadores improductivos de los grandes puertos como la fórmula intelectual del “progreso”. Pero en esta filosofía el acento estaba puesto en el “orden” más que en el progreso; y era protegida por las clases más hostiles a la conquista de una economía independiente.

El positivismo se revelaba, en definitiva, como una filosofía conservadora a la que habían invertido de signo al cruzar el océano; sus cándidos consumidores latinoamericanos la identificaban con las “ideas avanzadas”. Resucitaba bajo nuevas formas el antagonismo entre el pensamiento y la vida, patético en los siglos coloniales y que en la era insular resultaría tragicómico.

La vieja Europa había necesitado miles de años para atravesar las ruinas del esclavismo, el feudalismo, el Renacimiento y la Reforma, asimilar la Contrarreforma y la victoria de la ciudad burguesa, luchar por el advenimiento de los derechos del hombre, conquistar el Parlamento y la libertad de prensa. Estos vastos procesos se habían desenvuelto íntimamente trabados a los conflictos de las formas de producción sobre las que reposaba la sociedad civil. Ni siquiera podía hablarse de parlamentarismo sin examinar la victoria completa de la producción capitalista.

Pues bien, cuando la Europa capitalista incorpora a América Latina a su sistema industrial metropolitano como una gigantesca provincia agro-minera, dota a su vez a nuestro continente de un *stock* jurídico y político compuesto de todas sus piezas. El modelo importado servirá para crear una ficción de aquella sociedad rica y evolucionada, pero no puede funcionar por sí mismo, ya que el sistema ha dejado su mecanismo, su cuerda, su fuerza motriz en Europa. Nos han enviado sólo la parte de afuera, el envase pintado, como esos lomos dibujados

de falsos libros que aparecen en las vidrieras de ciertas mueblerías o las manzanas de cera que decoraban las viejas casas de familia en la clase media de 1920.

La inaplicabilidad del liberalismo positivista europeo a América Latina resultaba tan evidente para ciertos intelectuales del 900, que no tuvieron más remedio que declararse racistas y acariciar la esperanza de que el tiempo concluiría por eliminar a los indios y mulatos para permitir un progreso orgánico. Ese era el punto de vista de Alcides Arguedas, el boliviano, o de los argentinos Carlos Octavio Bunge, Ramos Mejía y otros.<sup>42</sup>

### El racismo de Alcides Arguedas

Arguedas, que no era precisamente un ejemplar del más puro tipo caucásico, musitaba compasivamente estas palabras sobre el triste destino de Bolivia:

“De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfeccionamiento en el orden material y moral.”<sup>43</sup>

El profeta pesimista, que vaticinaba a su raza el más lúgubre porvenir, era una especie de Martínez Estrada de su

tiempo, pues como el argentino,<sup>44</sup> de su boca sólo brotaba un verbo apocalíptico sobre su pueblo, al que juzgaba responsable de la degradación nacional. Acariciaba una esperanza, sin embargo: más que de la mezcla con otras razas humanas superiores, la liquidación del criollo autóctono, vendrá de “ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza”.<sup>45</sup>

Se trataba de un pesimismo puramente literario y completamente desinteresado. Arguedas no dañaba su vista con la contemplación de la “raza de bronce”, que también era un “pueblo enfermo”. Se pasaba la vida en Cully, cerca de París; cortaba rosas de Francia por la mañana y redactaba dicterios contra los indios de su país por la tarde. Este amargo y rudo Isaías era el feliz propietario de dos buenas hectáreas laborables a 40 kilómetros de París, además de la gran casa o castillo, lo que significaba un buen capitalito, sobre todo en Francia, donde cada palmo de tierra vale oro.

El estilo tremebundo de Arguedas se comprendía: fue Simón Patiño, aquel sangriento avaro, rey del estaño, quien costeó la edición de su *Historia de Bolivia*. Para Patiño, una historia que descargaba sobre la fatalidad étnica el infortunio de Bolivia, no podía quedar inédita. Arguedas, en un raro ataque de optimismo, dedicó su obra al Vampiro<sup>46</sup>. La había meditado en París, donde parasitó largos años como cónsul de Bolivia, consolado por los encantos de la gran ciudad civilizada donde no había un solo indio, salvo él.

---

42. El biologismo, la psicología social y la psiquiatría histórica hacen furor. Carlos Octavio Bunge, en *Nuestra América* (1911), somete a la política criolla a un análisis clínico. Ramos Mejía, en *La neurosis en los hombres célebres*, examina al Dr. Francia, del Paraguay, y a Juan Manuel de Rosas, desde el punto de vista psiquiátrico. Ingenieros sigue el mismo camino. Es obvio añadir que los resultados serán para la ciencia como para la historia, devastadores, en el sentido de que no quedará nada de dichos análisis.

43. Benjamín Carrión, *Los creadores de la nueva América*, Ed. Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1928, p. 184.

---

44. En cuanto al caso de Martínez Estrada, era propietario de campos en el sur de la provincia de Buenos Aires. Su antiperonismo no sólo brotaba de toda su carrera literaria, protegida por la oligarquía y la revista *Sur*, sino de su explicable hostilidad hacia la Ley de Arrendamientos dictada por Perón. Martínez Estrada tenía arrendatarios en su campo a los que no podía desalojar. Era uno de esos intelectuales típicos de la Argentina, que son cipayos en su país y revolucionarios en Cuba.

45. Carrión, op. cit., p. 185.

46. Carrión, op. cit., p. 170.

Varones tonantes de este género, amparados por la oligarquía, han sido legión en nuestra paciente tierra. Constituían el sector ornamental de la plutocracia latinoamericana al comenzar el siglo.

### Rodó y el arielismo

José Enrique Rodó escribe su abrumador *Ariel* en un período en que el robusto imperialismo yanqui aterraba al mundo de las plácidas oligarquías sudamericanas, protegidas en su beatitud por sus relaciones con el imperio inglés. Al iniciarse el siglo XX se derrama por América Latina un grito de alarma llamado “arielismo”.

En una prosa obesa sin aristas, con las formas abundantes de una hermosa dama envejecida, Rodó oponía el “espíritu del aire” al voraz apetito carnal de Calibán. Estados Unidos sería este último, y una América Latina laxa, nacida de la imaginación del escritor, el primero. La propagación del arielismo fue espectacular, como esas raras fiebres tropicales que derriban todo a su paso. Rodó proponía a la América Latina, sumergida en un ocio hambriento, y reducida a la parálisis precapitalista, el cultivo de un ocio helénico, donde al parecer germinan todas las grandes culturas.

Exponía con frases cuidadosamente redondeadas, para no herir a nadie, una antítesis: los Estados Unidos eran un gran país devorado por la creación económica. Pero el “idealismo” de América Latina, heredero de la latinidad, debía preparar para el arte y la filosofía, expresiones de la “vida superior”.

“Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fue un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso des-  
envolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe

de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunas, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago.”<sup>47</sup>

La obra estaba impregnada hasta la médula de estas inepticias estremecedoras. En esencia, *Ariel* constituía una protesta ética de la indefensión latinoamericana ante los Estados Unidos. Oponía el poder del espíritu a la siderurgia y se convertía, por su maciza banalidad, en una doctrina conservadora

¿Por qué causas este monumento verbal y glacial fue escrito? ¿Qué razón motivó su cómico prestigio? Consideremos en primer lugar la tierra natal de Rodó. El Uruguay del 1900 era la pieza más perfecta de la “balcanización” latinoamericana. Estaba por concluir el ciclo de su guerra civil, con el triunfo del Partido Colorado, partido del que formó parte Rodó, lo que no resulta nada incidental. “El Nirvana” de Ángel Floro Costa era un hecho. La vieja Banda Oriental había muerto; en su lugar se distinguía una fecunda pradera atrás de una gran ciudad cosmopolita.

Toda la renta agraria de los campos orientales era comercializada por Montevideo. Con su producto comenzaba a erigirse una gran burocracia del Estado, un escudo protector de la clase media urbana. La situación demográfica, geográfica, económica y cultural predeterminaba la proyección del Uruguay hacia Europa. Las corrientes inmigratorias se asentaban rápidamente, se hacían propietarias, expandían Montevideo.

El coronel Latorre había construido el Estado jurídico; Batlle Ordóñez ordena el Estado exportador y distribuye la renta agraria entre la pequeña burguesía de la ciudad, que se hace naturalmente partidaria de un orden democrático y parlamentario liberal de corte europeo. La publicación de *Ariel* coincide con una era de bienestar general, que se prolongará seis décadas. El Uruguay urbano comenzaba a ser ya un país

---

47. Rodó, *Ariel*, Ed. del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967, p. 157.

de ahorristas, pequeños propietarios, empleados públicos bien remunerados y artesanos independientes.

El batllismo es su expresión política; el positivismo, su filosofía; la literatura francesa, su arquetipo. Es la ciudad de los templos protestantes, de los importadores, de los maestros poetas. Reina un tibio confort hogareño, una actitud ahistórica, una propensión portuaria. Uruguay se ha “belganizado”, un alto nivel de vida en la semicolonía próspera ha sepultado los ideales nacionales. De ahí que ignore su origen, pues nada le importa de él. El hijo o nieto de inmigrantes permanece vuelto de espaldas a la Banda Oriental, a las Provincias Unidas, a la América criolla. Vive replegado sobre sí mismo en una antesala confortable de la grande Europa.

Y en esa vida de próspera aldea, con sus Taine, sus Renán y sus Comte, en esa viscosa “idealidad” de las secularizadas religiones prácticas, Uruguay se aburre; en ese hastío nacido de su insularidad, donde el pasado es un misterio (recién comienza a embalsamarse a Artigas como “héroe nacional”) y el futuro no ofrece sobresaltos, el “espíritu” remonta su vuelo.

Es la hora de Rodó, el predicador del *statu quo*. El orador estetizante del Uruguay inmóvil se inquieta ante el genio emprendedor de los norteamericanos prácticos. No condena explícitamente las tropelías yanquis, sino su estilo pragmático. Propone un retorno a Grecia, aunque omite indicar los caminos para que los indios, mestizos, peones y pongos de América Latina mediten en sus yerbales, fundos o cañaverales sobre una cultura superior.

En *Ariel* no había furor. Se incitaba a la elevación moral. Al fin y al cabo Rodó emitía frases desde una sociedad complacida, a la que las caballerías de Aparicio Saravia darán un último sobresalto en 1904, una sociedad practicante de placeres virtuosos y enemiga del exceso. Francisco Piria, por lo demás, al frente de una legión de rematadores, ha creado en Montevideo una nueva clase de pequeños propietarios que constituirán la base social granítica de los arielistas. Detrás de

las bruñidas frases de Rodó se descubría a un sonrosado nirvana distribuyendo consejos de idealismo a los hambrientos de la Patria Grande.

Toda la autosatisfacción de las oligarquías ilustradas de América Latina, su concepción *pro domo sua* de un progreso quimérico, su latinidad, su humanismo lagrimeante, su desdén aristocrático hacia las bajas necesidades materiales, su adoración hacia la forma, todo ese detritus ético del estancamiento continental. Rodó lo pulió, lo envasó y se lo sirvió a la joven clase media de la América Hispánica regado con esa gelatina sacarinada de cuya fabricación se había hecho maestro.

La pequeño burguesía harta del Puerto intemporal, se sublimaba en Rodó y ofrecía a su tiritante congénere latinoamericana el más exquisito narcótico de su rica farmacopea importada. Un ¡ah! de general deslumbramiento arrancó el estupendo sermón laico en esas dulces horas sin futuro.

Y pese a todo, había una amarga injusticia en glorificar la pieza más detestable y nihilista de Rodó, justamente el escritor que inicia en el Plata la reivindicación de Bolívar y retoma la idea de la Patria Grande. Sepultar su Bolívar y exaltar su *Ariel*, he ahí la impostura clásica del colonialismo cultural posterior.<sup>48</sup>

---

48. Rodó, “Bolívar”, en *Hombres de América*, Ed. Claudio García, Montevideo, 1944, p. 7.

## Sobre el indigenismo hipertrofiado\*

Octubre es un mes de significativos aniversarios. El V Centenario de la llegada de los españoles a estas tierras; la formidable manifestación popular que funda un nuevo movimiento nacional (el peronismo), que cambia la historia del país; la lejana revolución que marcó a varias generaciones de intelectuales latinoamericanos. América Latina, el peronismo, los avatares del Este, fueron algunos de los grandes temas sobre los que *La Patria Grande* consultó al embajador Jorge Abelardo Ramos, presidente del Movimiento Patriótico de Liberación y uno de los más brillantes observadores de la realidad social y política latinoamericana.

\* “De Bolívar al Mercosur”, entrevista publicada en *La Patria Grande*, octubre de 1992.

—¿Qué opinión le merece el surgimiento de grupos indigenistas que se oponen a los festejos por el V Centenario del Descubrimiento de América y que conmemoran el 11 de octubre como último día de la América Libre?

—En realidad el imperialismo contemporáneo, que es el que sucedió de alguna manera a la influencia española desde las revoluciones de emancipación, tiene múltiples tácticas para perpetuar la división de la América Latina. Una de ellas es la hipertrofia del tema indigenista.

Nadie ignora que la Patria Grande, vale decir la herencia hispano-lusitana que hemos recogido los latinoamericanos como propia, ha sido fragmentada por obra de dos factores determinantes: uno de ellos son los intereses extranjerizantes de las oligarquías portuarias de toda América Latina y el otro es la intervención decisiva que han puesto en nuestra impotencia y balcanización las grandes potencias imperialistas.

La alianza de las oligarquías internas y de los imperialismos externos procuró desde los tiempos de San Martín y Bolívar separar a las partes territoriales que habíamos heredado de España y Portugal, porque de ese modo las repúblicas insulares podían ser más fácilmente dominadas que una gran entidad confederada como la que tuvo la posibilidad de realizar la sociedad norteamericana. Una y mil veces desde los tiempos de Manuel Ugarte y de Torres Caicedo se afirmó, pero no entró eso en la educación popular ni en las estructuras culturales de las repúblicas latinoamericanas, que si Estados Unidos había logrado su gran progreso material era porque se llamaban, respondiendo al contenido, los Estados Unidos de Norteamérica, y Torres Caicedo y Ugarte reiteraban que nosotros éramos los Estados Desunidos de la América del Sur, entendiendo el sur no en un sentido puramente geográfico sino en el más amplio de lo político, cultural y lingüístico. Para nosotros el sur comienza en México, en el río Bravo.

—Bien...pero, ¿cuál es la causa de la desunión?

Nosotros, los Estados Desunidos del Sur hemos pagado dolorosamente el haber logrado la independencia de España y Portugal sin haber consumado al mismo tiempo la unidad. No estamos desunidos porque somos subdesarrollados sino que somos subdesarrollados porque no logramos la unidad. En ese sentido la unión es la única estrategia y doctrina revolucionaria de América Latina.

El tema del indigenismo nos lleva a preguntar por qué existe en Alemania, en Suecia, en Inglaterra, en Holanda, un interés tan vehemente en proteger a los indígenas de América Latina. Seguramente no se trata de un acto de generosidad pura; sabemos que no han sido Inglaterra, ni los países nórdicos, ni Bélgica, ni Holanda, quienes se han destacado por un amor especial por los indígenas de los continentes marginados.

Sabemos que la India fue subyugada por Inglaterra durante 400 años. Como dijo alguna vez un historiador inglés, “las llanuras de la India están blanqueadas con los huesos de los tejedores de algodón”, muertos de hambre a causa del exterminio de las viejas industrias por los tejidos de algodón de Lancashire. Quiere decir que si Inglaterra por medio de las armas y del libre comercio impuso su dominio al inmenso continente indio, nos parece raro que ahora esté preocupada por los indígenas de América Latina.

*—¿Cómo aparecen las diferentes tesis?*

Nacen de las preguntas: ¿Esto qué es? ¿Un encuentro de dos culturas? ¿Es un descubrimiento? ¿Es una conquista? ¿Es un genocidio? La respuesta es que es un poco de todas esas cosas, pero es sobre todo una fusión. Es un descubrimiento de América por parte de los europeos y es un descubrimiento de Europa por parte de las civilizaciones precolombinas. Es un encuentro sangriento de culturas, como son todos los encuentros de culturas diversas.

No es pura y exclusivamente un encuentro, una conquista o una colonización, como tuvo lugar por parte de Inglaterra respecto de la India, donde después que se van los ingleses,

ésta mantiene íntegras sus lenguas, sus religiones y su cultura, como si los británicos no hubieran estado nunca allí, salvo en Calcuta, en Bombay o en Madrás, donde las clases altas educadas en Inglaterra y parte de las clases medias “cultas” hablan el inglés y otras lenguas. Salvo esto no hay restos de los ingleses. Lo mismo podríamos decir de Indonesia, del Congo Belga, de Malasia o de Birmania.

En cambio aquí no, aquí estamos hablando la lengua de aquellos que vinieron, portugués y español. ¿Por qué? Por razones que no vienen al caso aquí, que son razones teológicas, ellos no tuvieron el menor inconveniente en fusionarse, en hacer el amor con las mujeres indígenas y eso produjo en los primeros treinta o cuarenta años de la llegada de los españoles y los portugueses, la aparición de los hijos de la tierra, de los mancebos de la tierra, como se los llamaba, o sea de los criollos. Y esos criollos, que al principio eran hijos de españoles e indias, poco a poco se fueron mezclando más porque llegó el aporte africano y entonces aparecieron los mulatos, tercerones, como se les llamaba, cuarterones y quinterones, que eran sucesivas mezclas, descendientes de mulatos con descendientes de criollos y mestizos, de indias con mestizos de negros. Así se hizo una especie de Babel racial o sanguínea en que consiste, como dice Vasconcelos, la raza cósmica.

Somos una fusión de las razas del mundo originadas por el pueblo más mestizo que había en Europa, que era el pueblo español. Desde fenicios, visigodos, árabes y judíos, todos vinieron con los españoles y mezclaron sus sangres con la nuestra. Decir portugués en la América colonial era sinónimo de judío. De modo que aquí encontramos todas las mezclas, por lo que ser antisemita o antiitaliano o antiespañol es renegar de parte de lo que somos.

Se trata de un formidable crisol de razas que ha determinado que el rasgo específico y distintivo de América Latina sea que somos mestizos.

## Sobre San Martín y su falta de ideas latinoamericanistas\*

Si nosotros hipertrofiamos el rol del indio o el rol del europeo estamos negando lo que somos. Nosotros somos el indio y somos el europeo, somos el inmigrante del siglo XX, el del siglo XIX y el del siglo VXI. Nuestra fuerza es ser lo que somos.

Y aquel que quiera quitarnos la evangelización, nos quita una parte esencial de nuestra cultura. Quien pretenda despojarnos de los aportes traídos por los inmigrantes, sean españoles, portugueses, italianos o judíos, nos está quitando en nombre del indigenismo (o sea en nombre de una raza en estado puro, que sin duda resultó vencida), parte de nuestra individualidad nacional y, en consecuencia, es un enemigo de América Latina.

El indigenismo por eso es impulsado por el imperialismo contemporáneo hasta transformarse, en muchos de los casos, en uno de sus instrumentos.

Es preciso en este momento dejar en claro los derechos de incorporación a la civilización latinoamericana de las minorías indígenas, predominantes sobre todo en Perú y en Bolivia y en el mismo México, donde hay alrededor de 10 millones de aborígenes que conviven en un gran pueblo de 83 millones de habitantes. México, que es esencialmente un país mestizo, ya no es un país indígena.

Donde el indígena logra ingresar a la vida económica, inmediatamente absorbe la lengua española o portuguesa. De esta manera se favorece, al romper el aislamiento al que algunos lo quieren someter. Este es uno de los tantos derechos que las oligarquías criollas les han negado. También se los han negado a los gauchos y a los pobres, que junto con los indígenas, forman esa masa explotada por estas oligarquías nativas junto con el imperialismo extranjero.

El día 13 de diciembre de este año el suplemento literario de *Clarín* publicó un artículo de la señora María Teresa Canavaro titulado “Utilidad de la Nación” en el que se refiere a las ideas latinoamericanas del general San Martín, o mejor dicho, a la ausencia de dichas ideas en el espíritu del Libertador. De tratarse de otro tema, aunque no fuese compatible con las opiniones propias, no hubiera formulado comentario alguno. Pero durante más de treinta años, desde mi primer

\* Carta enviada por Ramos a la directora del diario *Clarín*, el 29 de diciembre de 1979, en respuesta al artículo de una historiadora del 13 de ese mismo mes.

libro *América Latina: un país*, hasta mi *Historia de la Nación Latinoamericana*, estudié dicha cuestión, que reputo esencial para nuestro destino nacional.

Es tal la gravedad y exigencia de precisión que atribuyo a la concepción latinoamericana de San Martín, en el pasado como en el presente, que he creído conveniente remitir al Dr. Enrique Barba, presidente de la Academia Nacional de la Historia y al Dr. J. E. Pérez Amuchástegui, distinguidísimo investigador sanmartiniano, copias de mi trabajo, para solicitarles se expidan sobre el fondo del asunto.

¿San Martín no compartió los “sueños” de Bolívar en cuanto a constituir una gran Nación hispanoamericana?

¿Resultaría así que sólo se propuso fundar repúblicas independientes de España, separadas las unas de las otras? En suma, la tendencia actual de confederar América Latina, de la que el Pacto Andino y los acuerdos con Paraguay, Uruguay y Brasil en materia energética son realidades expresivas, ¿tendría como fruto un pueblo latinoamericano formado por “apátridas prósperos”? Tales son las tesis que, con brío y error indudables, expone la señora María Teresa Canevaro en el artículo publicado en *Clarín* del 13 de diciembre.

Resulta imperioso e inexcusable dilucidar el asunto. Su gravedad reposa en dos hechos capitales para el destino nacional: la continuidad vital del pensamiento genuino de San Martín y la unidad de América Latina. Ambas se vinculan estrechamente a la formación de la conciencia histórica de las nuevas generaciones. No hay futuro argentino digno de ese nombre sin conciencia histórica. La bancarrota actual de la vieja factoría pampeana se manifiesta justamente en la crisis pública de esa conciencia.

De modo sorprendente, la señora Canevaro cita la conocida carta de San Martín a Guido en la que dice: “Usted sabe que no pertenezco a partido alguno; me equivoco, yo soy del partido americano”. Sin embargo, la autora extrae de tal confesión una

interpretación opuesta a texto tan claro. Así, afirma la señora Canevaro, “San Martín dio por sentada la división política que venía de los tiempos de la monarquía, apunta el historiador Enrique Mario Mayocho; esa inteligente división de los virreinos y de las capitanías generales sólo buscó cambiarles su dependencia por su independencia. No quiso unir a unos con otros, ni subordinar éstos a aquéllos. Comprendió o intuyó la imposibilidad de amalgamar comunidades tan distintas como las rioplatenses y la chilena, como la chilena y la peruana...El hombre del Partido Americano no tuvo, al parecer, sueños continentales”. Todo su trabajo gira alrededor de dicha tesis.

Cabe observar que ni San Martín ni Bolívar acariciaron “sueños continentales” sino que heredaron y reformularon con el lenguaje de la política y las armas, objetivos nacionales de alcance hispanoamericano. Estos objetivos no han cambiado en nuestro tiempo. Para ambos capitanes, la Nación era la América Hispánica concebida como un todo y, más aún, si era posible, con España incluida.

No ha caído en el olvido el concepto preciso que define los caracteres de una Nación: “Es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada en la comunidad de la cultura”. Esclarece el tema recordar que los Estados alemanes en la época de Federico el Grande revestían más diversidad entre sí que la que separaba a las posesiones americanas de España en revolución, para no hablar de las diferencias de toda índole existentes entre las colonias norteamericanas de Inglaterra.

Las diferencias que hubo y hay entre las partes constituyentes de América Latina son propias de particularismos regionales y no de naciones clásicas, forjadas por la historia, las etnias petrificadas o las lenguas vivientes.

Cabe recordar que toda la arborescencia del aparato jurídico, político administrativo y aduanero creada por las veinte repúblicas después de San Martín, es el resultado, como lo prueban las series documentales de Canning, Webster o Lord

Ponsonby, de las diplomacias británicas y norteamericanas, en especial de la primera.

Canning conocía la divisa romana “Divide et impera”. Pero San Martín también la conocía, y ambos militaban en partidos opuestos. Bolívar no fue Presidente de la Gran Colombia (las actuales Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela), Dictador del Perú y fundador de Bolivia en un sueño concebido una tarde bochornosa con el ron y la mulata de Jamaica, sino que lo fue en verdad.

Del mismo modo, San Martín no solo fue general en jefe del Ejército de los Andes, triunfador en Chile y Protector del Perú (mientras nombraba a Güemes general del Ejército de observación sobre el Alto Perú) sino un político que a través del diputado mendocino Godoy Cruz presionaba en 1816 sobre el Congreso de Tucumán para que declarase la Independencia. Esta declaración se hizo en nombre de “Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sud América”.

¿Cuáles eran las instrucciones reservadas recibidas por San Martín el 21 de diciembre de manos de Pueyrredón? Se le ordenaba que procurara hacer valer su influjo y persuasión “para que envíe Chile su diputado al Congreso General de las Provincias Unidas, a fin de que se constituya una forma de gobierno general, que de toda la América unida en identidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación”.

La aldea era la patria; y la Nación, toda la extensión de la América española. Para algunos, incluso Brasil, según creía el general brasileño que combatió junto a Bolívar, Abreu de Lima. Soplaban sobre todos la brisa ardiente de la Revolución española, de la Revolución francesa, de la Revolución norteamericana.

Eran todos “americanos”, hijos de una época conmovida por las nuevas nacionalidades en movimiento. Nadie quería la soberanía en un villorrio, salvo las oligarquías exportadoras de los puertos; esto es, los porteños, los hombres de Santos, de Puerto Cabello, los de Valparaíso o Guayaquil, los del Callao, o los mercaderes de La Guaira.

Cuando los soldados vencieron en Ayacucho, los comerciantes y terratenientes (la hacienda y la tienda) le dieron a la tropa extenuada su porción de “chicha y chancho” y la licenciaron para siempre. Entonces, cada oligarquía lugareña quiso para sí la soberanía del puerto.

Hundieron a la Patria Grande junto con sus héroes. A Bolívar le pagaron con un lugarcito en el camposanto de Santa Marta. San Martín no tuvo más premio que la emigración. Los embalsamaron en bronce, los divinizaron y subieron tan alto, para que nadie supiese lo que realmente querían y la causa por la que habían luchado. Una vez más, terratenientes y banqueros manipularon a militares.

Había que sumergirse en los viejos papeles para redescubrir que tanto San Martín como Bolívar, hasta el último momento, habían pugnado por conservar la unidad aún con España: San Martín, en su propuesta al virrey De la Serna, y Bolívar en su desconocido memorial a Fernando VII, nada menos, proponiendo la creación de un Imperio americano-español, sobre bases democráticas y federales.

Era perfectamente lógico que si Europa desplegaba su historia para constituir sus Estados Nacionales, los grandes americanos que vivieron en ella, Miranda como San Martín, Bolívar y otros, quisieran lo propio para América. Era la ideología común a todos los revolucionarios de la época: ya en el siglo XVIII el jesuita Vizcardo y Guzmán, natural de Arequipa, escribía su carta a los americanos: “El Nuevo Mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra”.

Francisco de Miranda concebía una Colombia coronada por un Inca que naciese como gran potencia; Francisco de Morazán luchó toda su vida por la unidad de Centroamérica y murió fusilado por un localista cerril; las Juntas de Caracas y Santiago de Chile en 1810 formulaban un llamado para reunir un Congreso general para la “confederación de todos los pueblos españoles de América”; Egaña, Monteagudo, el Deán Funes, Castelli en Jujuy, Fulgencio Yegros en Asunción, el

Mariscal Santa Cruz, en fin, formulaban la exigencia de la unidad. San Martín, Artigas y Bolívar fueron la expresión viviente de ese credo natural de las milicias emancipadoras.

El peligro de olvidarlo forma parte de las vicisitudes y aventuras de la conciencia histórica de argentinos e hispano-americanos. Darío, Vasconcelos, Manuel Ugarte, retomaron con la generación del 900 el eslabón perdido de aquellas grandes batallas. En tiempos azarosos como los actuales, hay que mantener su recuerdo más vivo que nunca. ¡Para que nada pueda apartarnos de esa escuela de proeza, tiempos en que los esclavos se emancipaban, y trocarnos en almas dóciles de una Pequeña Argentina!

Se nos había impuesto un San Martín desinteresado en el poder, un soldado aséptico; luego se nos presentó un San Martín santificado, con aura, sólo preocupado por educar bien a su hija en Bruselas, despojado de pasión y autor de tres o cuatro proverbios. Bueno sería que ahora San Martín quede reducido a devoto benefactor de la parroquia.

El hombre del Partido Americano era la antítesis de los faciosos del separatismo porteño, o provinciano, que en algún momento concibieron la creación de la República del Plata, uniendo los puertos de Montevideo y Buenos Aires (abandonando a la fragmentación y la barbarie al resto sangrante de América Latina) de la República de Tucumán o Entre Ríos, micro-estados de la Patria chiquita.

En la noche de su vida, en Boulogne Sur Mer, sólo conservaba de las viejas hazañas tres preciadas reliquias: la espada de sus batallas, que donó por testamento a Rosas; el estandarte de Francisco Pizarro, recibido del Perú; y un minúsculo camafeo con el retrato de Bolívar. Es que la vida está hecha de un material tejido por sueños, nos murmura Shakespeare. Al fin y al cabo quien no los tenga será incapaz de escribir la historia y mucho menos de hacerla.

## Félix Luna\*

A los académicos corrientes les incomoda meterse con la historia contemporánea. Prefieren las monografías más o menos remotas, aspectos parciales de un período definido, estudios e investigaciones lo más alejadas posible de los procesos próximos. Dicen que lo hacen para tomar distancia y mantener la objetividad científica. Pero son puras macanas, si se me permite el uso de un término que el uso ha sancionado. Temen complicarse la vida con los acontecimientos cercanos y mostrar la cara.

\* *La Patria Grande*, 7 de mayo de 1993.

Esto no ocurre con Luna. Su especialidad es la historia de una o dos generaciones atrás y su doctrina es la de un antipe-ronismo que no disimula jamás. Ningún historiador “serio”, tan gorila como Luna, se atrevería a meterse en tales honduras. Pero todos los académicos se relamen con los relatos de este riojano vendido a los porteños. En tiempos de Vélez Sarsfield y de Sarmiento, se llamaba a los provincianos entregados a la causa del Puerto, los “alquilones”.

Luna, por su propio esfuerzo, ha logrado ocupar un lugar destacado entre los “alquilones” y se lo premia por ello. El propio Luna ha dicho que su tarea ha sido realizar un periodismo histórico de divulgación. Cabe preguntarse, ¿qué es lo que ha divulgado? No sólo en sus libros, sino ante todo en las colecciones de fascículos de gran circulación, editados por empresarios atentos al lucro, más que a la verdad, en particular la “Historia gráfica de la Argentina contemporánea”, puede advertirse la desfiguración sistemática del período correspondiente a los gobiernos de Perón.

Luna ha servido con admirable docilidad a los grandes patrones de la historia oligárquica y a los consumidores banales de las clases medias semi-letradas. No me detendré en detalles sobre esta grosera patraña de gran tiraje. Sólo recordaré que cuando Alcides Arguedas publicó su *Historia General de Bolivia*, por cuenta y orden de Simón Patiño, el sangriento magnate de la minería boliviana, el gran poeta Franz Tamayo escribió un artículo que comenzaba así: “Tu Historia son historias”. Refiriéndose a historiadores locales semejantes, Jauretche los calificó alguna vez con una de sus características ocurrencias: “historiadores con cama adentro”.

Tales ejemplos vienen a mi memoria al hojear un libro de Félix Luna titulado *Breve historia del pueblo argentino*. Me llamó la atención la parte de verdad contenida en el título. En efecto, es breve. En cuanto al resto nadie podría apropiarse de las ideas históricas de Luna. No existen, si entendemos por

ellas una percepción inteligible del proceso que han vivido los argentinos hasta el presente.

Domina en el texto una melodía que recuerda a Mitre, a Levene, a Grosso, a Halperin Donghi y a los más recientes autores de manuales del bachillerato. La doctrina del liberalismo portuario, y un amargo rencor contra Perón y el peronismo, así como una ansiosa disposición a resultar grato a *La Nación*, distinguen el volumen, liso y yerto, sin aristas, propio de la prosa del autor, y apto para el gusto poco refinado del pequeño burgués deshidratado de esta época.

Se me perdonará tan extenso introito. Pero el lector debe saber que me hubiera ocupado del libro (carece de sustancia, como leche de burra), de no haber encontrado por azar una referencia difamatoria que me toca y que reitera otras destiladas por la pluma indiestra de Luna en anteriores ocasiones.

Este autor no despertó nunca mi atención, excepto como recolector de anécdotas un tanto escabrosas de la vida íntima de Roca, de Farrell o de Alvear, que prestan color a cualquier historia verdadera, aunque no la sustituyen. Más bien valoro a Luna como autor de excelentes letras para la música de Ariel Ramírez. Creo que es su verdadero oficio. Es penoso que haya trasladado a la historia su vocación cantora, lo que puede entenderse si se recuerda a Oscar Wilde cuando decía que el arte es una mentira, que no puede ni debe reflejar la realidad como un espejo, sino concebir otra realidad. Precisamente es lo que hace Luna cuando se propone escribir libros de historia.

Luna afirma en el libro mencionado que en el enfrentamiento de Perón con la Iglesia (1954), yo escribí en el diario *Democracia* una sección injuriosa titulada el “obispero revuelto”, donde se vejaba sin límite a los obispos. Eso es falso. La metodología científica de Luna, consistente en recoger murmuraciones y material oral imprecisable no es historia sino chismografía. Pero le ha ido bastante bien, a juzgar por la venta de sus productos.

Lo curioso es que esa sección escandalosa la escribían algunos periodistas sin definición ideológica, pero también algunos de ellos eran radicales, que trabajaban en el diario oficial del Presidente. Lo hacían como profesionales. Su larga experiencia había transcurrido bajo empresas distintas. En todas ellas se habían adaptado a la línea del diario, fuera *La Nación* de los Mitre, *La Razón* de los Peralta Ramos, *Crítica* de Natalio Botana, *Noticias Gráficas* de Agusti, *La Prensa* de la familia Paz o la que fuera. La suerte los llevó a *Democracia*, de Perón.

En cuanto a los redactores verdaderamente peronistas de *Democracia*, eran muy pocos y diría que se trataba de hombres intelectualmente calificados, algunos de ellos católicos, que precisamente veían con malestar el conflicto con la Iglesia y que no eran los más indicados para echar leña al fuego.

A los que hacían el “obispero revuelto”, por el contrario, el asunto los divertía. Eran indiferentes, como casi todos los radicales, a la problemática religiosa en la agitada vida política del país. Los periodistas de profesión de aquella época (para no hablar de actualidad) pasaban de un medio a otro, según tengo dicho. Y escribían lo que les ordenaban escribir. Cuando mudaban de diario o radio, mudaban de ideas. Ellos ponían (como hoy) la prosa periodística, pero las ideas las ponía el patrón del diario.

Recuerdo cuando cayó Perón y se refugió en una cañonera paraguaya, se vio que el diario *Democracia* iría a cambiar de manos. Algunos periodistas decentes, políticamente peronistas, como Valentín Thiebaut, renunciaron. Otros, que por caridad no quiero nombrar, dijeron que eran “profesionales”, aunque también eran peronistas, y se quedaron.

Hubo uno, un fino y laureado poeta, Santiago Ganduglia, que esa tarde me comentó: “Yo me jubilo, me voy ahora mismo. Ya estoy cansado de pasarme”. Me explicó que en su larga vida periodística, como editorialista, había tenido que escribir opi-

niones diversas y aun opuestas, de acuerdo al diario que le tocaba. Era una maldición gitana y ya no quería seguir.

Yo no era redactor del diario *Democracia* sino colaborador externo, aunque asiduo, y sólo escribía artículos firmados con un seudónimo, que era “Víctor Almagro”.

La crisis era muy grave y de ambos lados se tendía a desnaturalizar el debate. Al general Perón, por lo común tan lúcido y realista, se lo veía perturbado y fuera de sí. A su vez, no pocos obispos y gran parte de la iglesia parroquial, habían perdido el sentido episcopal de la prudencia. Por ambas partes la lucha sobrepasó el interés mutuo, en provecho de los adversarios comunes. Fue un episodio absurdo, que concluyó con la victoria de la partidocracia y la sinarquía. Fue el triunfo de los amigos de Luna, masones, conservadores, izquierdistas portuarios y enemigos del pueblo, la Nación y la Iglesia.

Después de la caída de Perón, que Luna aplaudió y festeja en todos sus libros, los protagonistas se sumieron en hondas cavilaciones sobre el azar de la historia. Mi participación en esa lucha cruel, que culminó el 16 de junio con el intento de asesinato de Perón en la Casa de Gobierno y el bombardeo aéreo de la Plaza de Mayo, consistió en una serie de artículos, grotescamente titulados por los secretarios de redacción (algunos radicales), en los cuales describí la historia de las relaciones de Roma con el Estado Nacional, el Imperio de Bismarck, la unidad italiana y el conflicto con el general Roca a fines del siglo pasado.

En 1955 era la Iglesia preconiliar la que enfrentaba a un Perón extenuado y solitario, una Iglesia que gracias a los grandes teólogos que rodearon a Juan XXIII, mudaría su actitud al identificarse con el Tercer Mundo, postular la unidad de América Latina y poner en cuestión la eternidad del capitalismo y la justicia de su sistema.

Los artículos mencionados volvieron a ser publicados un par de años más tarde, cuando los reuní bajo mi nombre con

el título genérico de *De Octubre a Septiembre*, editado por Peña Lillo y en plena Revolución Libertadora. Lo que digo con el pico lo sostengo con el cuero.

En el actual retorno del más descarado cipayaje, Luna ocupa un lugar de privilegio. Pero los fusilamientos de militares peronistas en la Penitenciaría de la calle Las Heras y la masacre de obreros en el basural de José León Suárez, en 1956, ejecuciones apoyadas por el partido al que pertenece Félix Luna, son la mejor prueba de la veracidad del neo-académico y del nivel científico de la corporación que ahora lo acoge en su amoroso seno.

## Reportaje II\*

Tratando de entusiasmar con su entusiasmo a todos quienes pasan cerca del escritorio lleno de papeles y palabras, Jorge Abelardo Ramos despliega su rica personalidad puesta en la picota de la crítica en tantas oportunidades. Digamos, en cada oportunidad en la que se habla de él. Hoy en la Argentina hay pocos personajes políticos tan criticados por la derecha por sus posturas izquierdizantes, y por la izquierda clásica por su acercamiento al peronismo y por su pregonado nacionalismo. Es presidente del Frente de Izquierda Popular. Historiador y revisionista, produjo títulos ya clásicos en la literatura política.

\* “Para algunos la idea de la unidad latinoamericana es aterradora”, Revista *Status*, 1º de agosto de 1982.

*Las Masas y las Lanzas; Del Patriciado a la Oligarquía; La Bella Época; La Factoría Pampeana; Historia de la Nación Latinoamericana; Historia Política del Ejército Argentino; La Era del Peronismo* y otros. Todos ellos llenos de tesis demostrativas de sus ideas básicas. Textos con original visión del pasado y sobre todo acusadores de las deformaciones que, según él, los historiadores oficiales han tratado de inculcar en los argentinos desde hace más de cien años.

No es posible concebir a este político sin enmarcarlo en la polémica. Es polémico. Vivo. Vivo de viviente y vivo de viveza. Avizora un país de acuerdo a sus ideas, las que pueden compartir o no, pero siempre despiertan interés. Por punzantes, inéditas, sospechosas, Jorge Abelardo Ramos es un protagonista de la historia de los últimos años y su voz se seguirá oyendo. Y se seguirán fastidiando los izquierdistas clásicos y los derechistas antiguos y nuevos. Seguramente él seguirá girando frente a ese escritorio lleno de papeles en movimiento desde donde salen sus polémicas ideas, cerca de los ruidos de las imprentas y de la presencia viva de afiches y banderas.

– *Usted es un izquierdista. Sin embargo las izquierdas clásicas de la Argentina no lo aceptan y usted no acepta ser incluido entre las filas de esas izquierdas. Por favor, dígame por qué.*

– Las izquierdas que usted llama clásicas se han opuesto sistemáticamente a los movimientos populares. Tal pasó con Yrigoyen y con Perón. Ante los movimientos liderados por estos dos caudillos, los partidos de izquierda hicieron una oposición, como se decía antes, objetiva. Apoyaron a la Unión Democrática y a varios golpes militares. Se los premió. A los socialistas de (Américo) Ghioldi con una embajada en Portugal, y a los comunistas, permitiéndoles ir por todo el mundo distribuyendo la idea de la necesidad de apoyar a los militares de Videla para evitar que vinieran los “malos”. Frente a ello, aparece una tendencia de izquierda, nacional y popular, a la cual pertenezco. Ella ha contribuido a sostener a todos los

movimientos populares, extrayendo su ideología de las raíces de la Nación y de Latinoamérica en contraposición a la llamada izquierda portuaria.

– *¿Qué quiere decir portuaria?*

– Es una manifestación de la rosca que manejó al país desde el puerto de Buenos Aires. En la época colonial existía un grupo de hacendados y comerciantes llamados por los mismos europeos “la pandilla del barranco”. Estos señores, entre quienes había un Martínez de Hoz, antepasado del célebre *Joe*, se intercambiaban señales desde las alturas del Parque Lezama, con los buques ingleses. El objeto era eludir el control de la Aduana. Los herederos de aquellos pandilleros siguen intercambiando señales pero ahora desde el asfalto de la City y sin catalejos.

– *¿Qué tiene que ver la izquierda con esta descripción?*

– Este clima de trampa crea sectores de un izquierdismo banal y abstracto. Todos tienen enemigos comunes y también participan del error de no buscar los vínculos y alianzas reales en el suelo argentino y latinoamericano.

– *Supongo que al hablar de izquierdas usted engloba a comunistas y socialistas. A propósito, ¿usted se considera socialista?*

– Los creadores de la izquierda nacional, así como los nacionalistas, hemos vivido en una Argentina cosmopolita. Bebimos nuestra doctrina en los libros de Marx, Lenin, Trotski, Stalin, Mao, etcétera, según la edad y las circunstancias. Los nacionalistas, a su vez, seguían a un partido de la monarquía como Maurras, o reaccionarios como Rivarol o Burke, hasta que decidieron buscar fuentes en los caudillos del interior, Rosas y otros. Estas fuentes eran más genuinas para sus doctrinas cristiano-céntricas. Esto sucedió con Irazusta, Ernesto Palacio, Pepe Rosa y algunos más. Nosotros abandonamos la Comuna de París y las revoluciones europeas. Buscamos entonces nuestras raíces en la sociedad argentina. La preeminencia de lo social sobre lo individual es lo que nos caracterizó como socialistas. Por otra parte, para ser socialista, se

debe partir de lo argentino y más aún de lo latinoamericano. Desde esa posición se debe procurar la hegemonía decisiva de la clase trabajadora y los trabajadores intelectuales en el proceso económico y social.

– *Teniendo tan claros los objetivos, ¿por qué razón los izquierdistas tienden a dividirse?*

– Las derechas también se dividen. En este momento la Nueva Fuerza intenta unirse con el FUFPEO y con (Francisco) Manrique, el verdadero demagogo del sector. El comunismo no tiene en la actualidad inserción en las masas. Sus divisiones se producen como en el caso del PCR (Partido Comunista Revolucionario), pero lo fundamental es su curiosa transformación en un partido de burgueses banqueros, especialistas en ganar plata legalmente. Es un partido socialdemócrata conservador. A tal punto lo es que en la economía, lo único interesante es el comercio exterior, por la relación con la URSS, y en lo político argentino enarbolan banderas tales como “Por una democracia estable” o “Paz en el Atlántico Sur”. Esto, evidentemente favorece a los ingleses. La primera de las consignas pertenece al arsenal del ejército. Mientras Videla se dedicaba a cercenar todas las libertades, sostenía al mismo tiempo que nos estábamos dirigiendo hacia una democracia fuerte y estable.

– *¿Cuál es el caso de la Confederación Socialista?*

– El Partido Socialista, como tal, desapareció. Me refiero al viejo tronco. Quedan grupos muy respetables que pueden tener dificultades para ser partido nacional. Se necesitan cuarenta mil afiliados en todo el país pero siguen trabajando tras un ideario. Otros no son tan respetables. Tal es el caso del partido del Profesor Américo Ghioldi, que estuvo a favor de todas las dictaduras. El partido de Juan B. Justo ya no existe. Se formó con parte de la masa de obreros europeos que trajeron consigo sus ideales y sus hábitos alcohólicos. A medida que desaparecieron esos obreros reemplazados por un proletariado criollo, fue desapareciendo el partido que

no supo y no pudo enrolar a estos últimos incorporados a la incipiente industria nacional. Ahora que Perón ha muerto, los viejos socialistas se sienten desobligados al rencor: el peronismo ha dejado de ser amenazante y en consecuencia, la izquierda abandona su campaña antiperonista. El socialismo tradicional tiende a adaptarse, aunque no renuncia a su antiguo cosmopolitismo.

– *¿Qué va pasando con las derechas mientras tanto?*

– Vea, seguir con la simplificada clasificación de derecha e izquierda, me parece un error. Es una manera europea de enfocar el problema. En la Argentina existen dos bloques: el que defiende y se nutre de lo nacional y el, digamos, no nacional. Entonces existe la derecha oligárquica y la derecha nacional. Lo mismo sucede con la izquierda. También se divide en esos dos grandes bloques. En el campo de la cultura esa división persiste y da nacimiento a subculturas dependientes que se autoalimentan. De esta manera se puede entender mejor al peronismo y al antiperonismo.

– *El FIP votó por el peronismo, tanto en marzo como en setiembre de 1973. Y en esa postura de apoyo por aquella época, usted se hizo notar bastante.*

– Todos quienes tienen algo para decir, se hacen notar. Yo traté a Perón en medio de serios acontecimientos. También lo visité en su época melancólica de España, cuando nadie creía, ni él mismo, en el retorno. En las elecciones de marzo del 73 se puso en marcha la monstruosidad jurídica de Lanusse. Todos podían votar por todos, menos uno. De allí, un sector de la clase media creyó que el perverso caudillo no volvería y en cambio contarían con un gobierno complaciente como el de Cámpora, para poder encaramarse sobre él. Pero el verdadero comicio fue el de setiembre. Allí el pueblo votó por Perón.

– *Y ese sector de la clase media también, ¿por qué?*

– Porque ya se había encaramado. Y no iban a votar contra ellos. Subrayo el carácter confuso de la clase que votó al peronismo adhiriendo a él, cuatro o cinco meses antes del comi-

cio y renegando de él cuatro o cinco meses después del 73. El FIP, por el contrario, mantuvo su apoyo inquebrantable a la causa nacional, aunque independientemente del gobierno, sin aceptar cargo o prebenda alguna después de haber aportado casi un millón de votos al triunfo del 23 de setiembre. La línea socialista nacional consiste precisamente en apoyar todo movimiento popular que tenga mayores posibilidades para enfrentarse con la oligarquía. En ese momento, tal movimiento popular estaba representado por Perón.

– *¿Usted cree que se combatió a la oligarquía desde el peronismo, incluyendo el período de Isabel?*

– La crisis comienza con la muerte del caudillo. Isabel, aterrada, encabeza un gobierno impotente, confuso, contradictorio. No consigue mantener a Numa Laplane en el comando en jefe del Ejército. Elogia a las transnacionales. Se niega a otorgar la patria potestad compartida para la mujer. En esa hora, una parte del peronismo conspira contra su presidente, y Martínez de Hoz, con un grupo de militares, hace lo propio. Ese gobierno con todas sus falencias es sostenido por el FIP. No solamente para defender a las instituciones sino para preservar la figura presidencial. Era la presidenta elegida por el pueblo. Hacerle un juicio político significaba instalar a (Italo) Luder, quien no sería el esclavo del pueblo sino de los tres comandantes. Era sustituir una presidente de siete millones de votos por uno de tres votos. Uno de los trazos de la política sudamericana es la simulación de los principios. En ese momento se dio y ahora se sigue dando. Es una suerte que la derecha argentina no lo practique. Ellos dicen lo que piensan. Piden el voto calificado, el apoyo a las transnacionales. En cambio observe a los demócratas como Raúl Alfonsín, el representante del izquierdismo radical. Es el hombre de confianza de los Estados Unidos, como lo demuestra el esfuerzo para derrocar a Galtieri y el nombramiento de uno de sus hombres como embajador en ese país.

– *Usted no perdona ni deja pasar el menor error. Dígame, el FIP, ¿qué propuesta tiene para ahora? ¿Cómo encara la coyuntura?*

– Se abre un gran enigma. ¿Cuál será la conducta del peronismo? Creemos que un régimen que logra sumir a la Argentina en la crisis en la que estamos, demuestra fundamentalmente la fragilidad del empresariado industrial. Ese empresariado en Europa fue el impulsor de la revolución tecnológica. Acá no fue capaz de destruir a la oligarquía financiera. La rueda de la historia marchó en sentido contrario. Toda la industria se fue reduciendo y una parte de ella desapareció. Desde 1960 los argentinos, técnica o científicamente calificados, comienzan a emigrar. En los últimos veinte años han sumado cerca de dos millones. ¿Cuál es la causa? La respuesta es la clave de toda la situación. Europa ha roto con nosotros. La creación del Mercado Común Europeo y la ruralización del Viejo Mundo con la ayuda de la tecnología, ha permitido a los europeos conservar su standard de vida, prescindir de los países de clima templado del Río de la Plata y edificar una barrera proteccionista de aranceles infranqueables. Se aproximan ahora a África desde el convenio de Lomé. Los pueblos negros emergentes son presas más fáciles que los latinoamericanos de relativos desarrollos. Comprar a quien nos compra, es una divisa vinculada a Inglaterra. Pero los ingleses ya no nos compran. La crisis de las Malvinas pudo producirse porque en realidad ya nada nos unía a Europa. De un modo y de otro, y de un modo inconfesado, los europeos y los argentinos sentían que el Atlántico los separaba por un largo tiempo. Argentina se debía volver hacia América Latina, de la cual nos habíamos alejado después de las campañas de la Independencia. Con las Malvinas y una vieja sociedad anglófila extasiada con Europa, todo se vuelve incomprensible en los primeros momentos. Borges, escasamente conciso, enmudece. Cuatro meses después habla de Juan López y Juan Ward. ¿Estábamos cometiendo un parricidio? Los jueces ingleses siguen otorgando premios en la Rural a pesar de

que el ochenta por ciento de la producción vacuna se consume en el país. La situación se modifica de hecho. En el 71, 72, 73 tuvimos un intercambio comercial espectacular con Chile. Era lo lógico. Naturalmente tenemos que volcar nuestros intereses en Latinoamérica. Mi tesis fundamental en los últimos años se ha basado en la ruptura con Europa. Los comunistas dirán que comerciamos con la URSS, pero para los rusos, los granos tienen tanta importancia estratégica como los misiles. En cuanto resuelvan sus problemas agrarios, se acaba el intercambio. Para algunos argentinos, la idea de volcarse hacia Latinoamérica es aterradora. Pero es fatalmente necesaria. Nos sentimos más próximos a Malraux, Le Corbusier, Sartre, y por lo tanto cuesta pensar en nuestros hermanitos aindiados. Debemos crecer en el camino de la pobreza como creadores o sucumbir como consumidores en el de la riqueza inalcanzable. El ámbito es Latinoamérica. El económico y el cultural. No es Cortázar, ciudadano francés, sino García Márquez, artista de la Patria Grande, aunque sea un observador trivial como político.

– *Mientras tanto los argentinos debemos enfrentar la realidad...*

– ¡Pero claro! Ha desaparecido Europa y han desaparecido Yrigoyen y Perón, dos ordenadores de la política. Alrededor de ellos se nucleaban las fuerzas que formaron los bloques de los cuales ya hablamos. Según lo que hicieran ellos, el resto de los políticos tomaban posiciones. Ahora las masas carecen de confianza en los dirigentes. La estructura del frente de clases está hirviendo. Si los peronistas retornan a un programa nacional y revolucionario como el del 45, los conservadores de todos los matices se volcarán hacia el antiperonismo. ¿Por qué no había conservadores en la época de Perón? Porque votaban a los radicales.

– *Usted deposita mucha confianza en la salida hacia Latinoamérica, tomando de ejemplo al MCE.*

– Cuando Perón regresó en 1973, expuso ideas tradicionales en la materia, a pesar de haber vivido allá. El gran cau-

dillo no le prestó mayor atención al MCE. Esta gigantesca organización apareció para enfrentar los avances tecnológicos y productivos de USA y la URSS. Necesitaban formar el mercado interno de una gran nación integrada por diez naciones diferentes, y los viejos, superando las diferencias lingüísticas, rencores y rivalidades regionales, se instalaron en Bruselas, en un magnífico edificio poblado de computadoras. Ese bunker archiprotegido es una solemne tumba que Europa ha consagrado a Adam Smith. Argentina y Uruguay habían sido borradas de sus planes. Así se explica el problema Malvinas. Esto no le quita valor a la gesta. Puso de pie a toda América, salvo a Buenos Aires. No es nuevo. La ciudad miró con recelo y desconfianza toda tentativa de crear perspectivas distintas. Yrigoyen y Perón perdieron las elecciones en la capital. Es aquí por lo demás donde el izquierdismo y el progresismo fatuo tienen mayor éxito. Y por eso no tiene carácter democrático la elección de un intendente. Es la única comuna del país sin posibilidad de elegir a su mandatario. En el año 1880 el general Roca creó una ley por la cual el intendente de la capital sería nombrado por el presidente de la Nación. Si así no fuera, el elegido por la ciudad más poderosa del país sería más fuerte que el mismo presidente. Sería el representante de los grandes intereses extranjeros, capaz de producir un desequilibrio decisivo.

– *¿Cómo se explican las irrupciones de las Fuerzas Armadas en la vida republicana?*

– Mientras hubo desenvolvimiento económico vinculado con el capital externo, no existió un solo golpe militar (salvo en 1890 y 1905, de poco valor y derrotados). Esto duró de 1880 a 1930. Cuando el sistema se hunde en el 30, el país cae en una dictadura militar oligárquica. El ejército se encontró con un país que todavía no había desplegado su historial. Ninguno de nuestros países ha realizado su revolución. Por el contrario, la oligarquía norteamericana del sur fue liquidada por Lincoln, quien suprimió la esclavitud y desarmó el sistema oligárquico

en beneficio de la burguesía industrial del norte. Gracias a esos hechos, el ejército norteamericano defiende hoy el interés de su país. Lo mismo el francés y otros. A nadie se le ocurre que pueda aparecer en USA un ministro de economía como Martínez de Hoz, acusado por la prensa de defender los intereses de la banca panameña o tucumana. O que el Pentágono se encuentre bajo la influencia de las fuerzas armadas ecuatorianas. En USA, la revolución nacional impidió que se formasen cipayos. No es un país semicolonial, sino colonialista. En la Argentina, en cambio, subsisten dos clases dominantes. La oligarquía rentista portuaria se hace financiera. Los dueños de campos compran bancos. Otra actividad parasitaria. La clase restante es una débil burguesía industrial, sin partido, ni influencia. Un judío de origen polaco, comerciante no del todo industrial, lideró la industria. Terminó exiliado muriendo en USA: José Ber Gelbard. El país pudo darse una infraestructura industrial gracias al esfuerzo y a la inteligencia de un grupo de militares como Savio, Juan Sanguinetti, Baldrich, el almirante Portillo, Mosconi y el mismo Perón. Por supuesto con el apoyo ideológico de civiles como Scalabrini Ortiz, Manuel Ugarte, Jauretche, Alejandro Bunge. Toda una tradición de nacionalismo y proteccionismo desde la época de los caudillos, sostenida por las lanzas. Lo importante es el grupo de militares que llevó a cabo esta empresa y que fuera sustituido por otro grupo de militares en solo seis meses destruyendo el esfuerzo anterior con la ayuda del sector oligárquico señalado. Recuerde que (Osvaldo) Cacciatore tomó dos medidas prioritarias: cerró las guarderías donde podían dejar sus hijos las mujeres que trabajan y cambió el nombre de la avenida Scalabrini Ortiz restaurando el de Canning. Claro que no sabe quién es Canning. Alguien lo mandó.

– *¿Cuál es la opinión del FIP con respecto al terrorismo?*

– Creo que es el producto de la conjunción de cuatro causas principales: a) la crisis estructural de la vieja sociedad agraria. Expulsada de los mercados europeos, es incapaz de apoyar un

programa industrialista y asegurar así el destino próspero a las clases medias profesionales; b) el giro o aggiornamiento de la Iglesia; c) la Revolución Cubana y su afán de exportar su experiencia, y d) la larga serie de golpes militares y restauraciones oligárquicas cerrando el camino del poder político.

Resulta imposible rastrear las causas que determinaron la aparición de los grupos terroristas sin descubrir una profunda decepción en los valores religiosos del pasado y en una democracia siempre violada. La perfección técnica de muchos atentados sugiere la intervención de algunos servicios secretos como la CIA, filtrados en los grupos terroristas. Algún día se sabrá quiénes intervinieron para agravar aún más el drama vivido por los argentinos.

– *Un periodista argentino produjo un esquema de interpretación política interesante. Dice: existen tradicionalmente la derecha, el centro y la izquierda. Luego aparecen la extrema derecha y la extrema izquierdincólume. Sin embargo, la historia ha dado extremistas de centro. Tal el caso de Hitler. Los nazis eran nacional-socialistas. Durante el último período peronista apareció el socialismo nacional. ¿No cree que la definición de su propia ideología puede acarrear algún tipo de malentendido? Desde ya, sin ánimos de hacer comparaciones, sino sólo aclaraciones.*

– Esa analogía universal es errónea. Se confunden los términos. Quiero que quede claro. El carácter universal de la tesis de su amigo periodista y la misma universalidad de su observación pueden hacerlo caer en un error. El mundo se ha dividido y se divide en países dominantes o centrales y coloniales o semicoloniales. El dominante puede estar en declinación o ser imperialista sin colonias. Es el caso de la mayoría de los países europeos. De todas maneras quedan hábitos culturales y los resabios. En casi todos los casos algún vínculo se preserva. El nacionalismo de Hitler, así como el de cualquier país imperialista, sólo puede mantenerse sobre la base de la opresión de otros pueblos y de la supresión de sus libertades en

aras de su propia expansión. Muy diferente es el nacionalismo de Mahatma Gandhi. Este tiende a la liberación de su pueblo y al desarrollo de sus fuerzas productivas. El otro conduce a la destrucción y a la guerra, como en realidad sucedió y sigue sucediendo. En cada uno de los países se dan históricamente los dos nacionalismos. El imperialismo inglés, al practicar su nacionalismo, redujo a la esclavitud a millones de almas. El accionar de la Thatcher, con el imperio declinante, es anti-revolucionario. Para nosotros, en los países dependientes, el nacionalismo es sinónimo de liberación.

– *Los movimientos de liberación siempre son apoyados por el grupo de los Países No Alineados. Estos son liderados por Cuba, quien recibe el apoyo de la URSS. Se puede entender esto como un intento de la URSS por apoyar a los nacionalistas liberadores. ¿No es una contradicción con lo que pasa en Polonia y en otros países de su órbita?*

– La URSS apoya a los movimientos de liberación como la sogá apoya al ahorcado. Rechazo de plano semejante posibilidad. Mire usted lo que pasó en Beirut: los rusos dejaron que se produjera el genocidio organizado por el hitle-rista Menajem Beguín, antiguo terrorista del grupo Stern, apoyado por los cristianos pro nazis. Después de eso, ¿qué se puede esperar? La URSS no defiende nada cuando no le interesa directamente, demostrando el más crudo egoísmo nacional. Salvador Allende necesitaba trescientos o cuatrocientos millones de dólares para salvar la crisis. Los rusos no se los dieron. No quisieron complicarse con un gobierno en conflicto con USA. Vea los movimientos de liberación nacional: sólo se salvan a sí mismos, por sus propios esfuerzos. Por su propia experiencia, los argentinos saben que siempre la fuerza emana de adentro. Los latinoamericanos vencieron en la batalla de Ayacucho porque combatieron juntos. Hace falta un segundo Ayacucho.

## El camporismo\*

La vida política del peronismo gira hoy alrededor de dos problemas: uno de ellos es la crisis manifiesta de la Juventud Peronista y el otro la tentativa sistemática de la burocracia sindical por ganar posiciones gubernamentales en vista al fortalecimiento del llamado “partido isabelino” ante una eventual desaparición, enfermedad o renuncia del general Perón.

Consideremos en este artículo a la Juventud Peronista. Recordemos que el peronismo no contó nunca, desde 1945, con una juventud organizada como tal. Naturalmente, eran

\* “Las tendencias juveniles del peronismo”, revista *Izquierda Nacional*, N° 29, mayo de 1974.

jóvenes los trabajadores del 17 de Octubre; pero la clase obrera no se clasifica con denominaciones “generacionales”, pues un obrero se integra desde niño a la producción; sus ideales no tienen edad. La “generación” es un concepto y una actividad típicamente pequeño burguesa. Como, por lo demás, la juventud peronista hizo su aparición en las postrimerías de la dictadura militar del general Lanusse, resulta necesario evaluar el verdadero sentido de su crisis.

Ya hemos dicho en esta revista y en la prensa del FIP que la clase media, al sufrir los golpes de la crisis política y social derivada de las convulsiones de la sociedad oligárquica, en particular a partir de 1955 y 1966, fue derivando lentamente hacia posiciones nacionales. Llamamos ya hace ocho años a esa evolución, la “nacionalización” de la pequeño burguesía. Hacia 1972, cuando los movimientos de masas iniciados en Corrientes, Córdoba, Tucumán y otras provincias, despojaron de viabilidad a la dictadura de los comandantes, una parte de esa pequeño burguesía, generalmente hija de padres gorilas y cuyos miembros, en algunos casos, procedían directamente de la izquierda cipaya, se desplazó hacia el peronismo, bajo la forma del “frejulismo” o “camporismo”.

El 11 de marzo fue su triunfo, pero no exactamente el triunfo de Perón. La pequeño burguesía de tradición liberal, arrastrada, ¡quién lo diría!, al campo de la revolución nacional, se sintió mucho más representada por el gobierno de Cámpora que por la perspectiva, en ese momento ilusoria, del retorno.

Perón era una figura legendaria, de ribetes ambiguos, que redimido de sus errores por la crueldad de una larga proscripción, parecía hundirse en un glorioso crepúsculo. Los jóvenes abogados de Cámpora, mientras tanto, libertaban presos, invitaban a Dorticós y Allende y nombraban a Puiggrós interventor de la Universidad de Buenos Aires. Ese peronismo que hablaba de la perspectiva del socialismo nacional desde la Casa de Gobierno tenía para muchos la ventaja extra de ser

un peronismo sin Perón. Se trataba de un producto histórico atrayente, pero no era el peronismo genuino.

Cuando Perón regresó al país el 20 de junio, la masacre de Ezeiza puso de relieve que en esta etapa de su gestión, Perón sólo confiaba en los peronistas viejos, en los jefes sindicales sin representatividad pero que, de todos modos, tenían el control efectivo de los sindicatos, en los hombres del pasado que, aunque no le habían sido leales, estaban, por eso mismo, en la hora del poder, a su merced, dispuestos a obedecer ciegamente sus indicaciones.

El vandomismo sindical que intentó hace diez años socavar la influencia de Perón, es hoy el núcleo dirigente de la CGT. Los neoperonistas más propensos a pactar a espaldas de Perón con el régimen de Buenos Aires, como (José Humberto) Martiarena, de Jujuy, y (Carlos) Juárez, de Santiago del Estero, son puntales del régimen.

Si en el actual elenco de Perón se mueven hombres de indiscutible trayectoria nacional-democrática poco inclinados a mirar con simpatía a los pistoleros, en la Juventud Peronista, cuyos dirigentes en su mayor parte proceden de la izquierda cipaya o de la derecha pro-fascista, también hay una base muy amplia de pequeño burguesía realmente nacionalizada y poco dispuesta a regresar a la “oposición democrática”.

Basta leer los discursos de Firmenich y otros dirigentes de Montoneros o JP en el acto del 11 de marzo (que recuerda el aniversario del triunfo de Cámpora, mientras que el triunfo de Perón fue el 23 de septiembre) para advertir que los militantes de la Juventud Peronista se encuentran decepcionados, abrumados y presa de desesperación por la política que Perón ha emprendido desde su regreso el 20 de junio del año pasado.

“¿Qué pasa, mi general?”, preguntan. Este ingenuo interrogante revela la incomprensión de esta Juventud Peronista acerca de la verdadera naturaleza del peronismo y su poca disposición a aceptar al peronismo tal cual es: pretenden “reencauzarlo”, “devolver el gobierno a Perón”. ¡Como si Perón no

## Camporismo y lopezreguismo\*

fuera el responsable del cauce actual, como si Perón no estuviera en el gobierno, como si Perón fuese prisionero de los cortesanos! ¡Hay en esta perplejidad algo de insincero, puesto que los dirigentes juveniles advierten con claridad que cada día resulta más difícil usar a Perón con la soltura con la que los americanos rebeldes empleaban la “máscara de Fernando” para legitimar sus aspiraciones.

Basta señalar la estrecha vinculación entre la Juventud Peronista (Regional I) con la tendencia alfonsinista del radicalismo y con la Federación Juvenil Comunista, para concluir que una parte del peronismo juvenil está derivando hacia la “oposición” de la Unión Democrática. Si a esto se agrega que otros sectores de la misma juventud (Montoneros y afines) excusan a los grupos del ERP por sus actividades terroristas, el cuadro es perfectamente claro. Juventud pequeño burguesa, integrada por muchos elementos procedentes de la izquierda cipaya, se ha hecho peronista; y pretendió que Perón se hiciese socialista.

Así como la pequeño burguesía en otra época definía a Perón como nazi, sus hijos aspiraban a idealizarlo como izquierdista. Pero en ambos casos se trata de un error. Perón no era ni una cosa ni la otra. La dificultad para comprender la cuestión nacional desde el punto de vista socialista, cerró a la juventud pequeño burguesa del 11 de marzo la posibilidad para entender la naturaleza social del peronismo y la significación del rol de Perón.

Jefe bonapartista, caudillo popular, gran patriota, Perón no por ello deja de encarnar los intereses de los sectores burgueses de capital nacional, tanto como los de la burocracia civil, policial, sindical y militar. Sus enfrentamientos o rasgos de independencia frente al imperialismo fluyen de esta caracterización, que la Izquierda Nacional y Popular ha formulado hace treinta años y que los jóvenes peronistas de hoy, como los jóvenes de la FUA de ayer, persisten en ignorar. Pero la clase obrera empieza a comprenderlo.

La reacción inmediata de los partidos ante la renuncia de Cámpora, fue de una hipócrita perplejidad. El impagable Alfonsín, paradigma del lugar común pequeño burgués, habló de un “golpe de derecha”, lo mismo que el Partido Comunista. En realidad, el equipo de espantajos de la vieja política rechinó los dientes ante la evidencia de que Perón, en definitiva, volvería al gobierno.

Sin duda que las intimidades de la renuncia de Cámpora eran inconfesables. Nadie ignora que la camarilla rasputiniana de López Rega, Rucci y Gelbard proyectaba lanzar sobre

\* “Rasputinismo y pequeño burguesía”, revista *Izquierda Nacional* N° 25, agosto de 1973.

el gobierno de Cámpora una ofensiva fulminante para exigir su renuncia y obligarlo a abandonar el poder bajo el oprobio y el descrédito. Esta inspiración fue descubierta a tiempo por Cámpora y sus hombres de confianza y les sugirió la idea de ganarles de mano anticipando sus renunciaciones.<sup>49</sup>

¿Qué los oponía a Cámpora? Naturalmente que no los impulsaba el loable anhelo de restablecer en toda su pureza la “voluntad general” mediante la instalación de Perón en el poder. La hostilidad de los rasputinianos hacia el gobierno del 11 de marzo se fundaba en dos hechos: 1º) el carácter democrático que inesperadamente había adquirido el gabinete anterior; y 2º) el velado antagonismo entre Cámpora y Perón, determinado por la naturaleza bicéfala del nuevo poder.

Rápidamente se crearon dos camarillas palaciegas. Los “jóvenes” rodearon a Cámpora y los “rasputinianos” a Perón. En el primer caso, el ministerio de Cámpora representaba de alguna manera el vuelco político de grandes sectores de la pequeña burguesía hacia el peronismo y su presión para que en la nueva etapa del movimiento justicialista en el poder adquiriese los perfiles de nacionalismo democrático de que había estado desprovisto en la época anterior. Por esa razón la política exterior y la política interior revistieron el carácter antiimperialista conocido, como lo testimoniaron en otro plano las amnistías, los indultos, la derogación de la legislación represiva y la intervención Puiggrós a la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, el propio Perón sostuvo desde el 25 de mayo, tanto en el gobierno de Cámpora como en el de Lastiri, la línea económica de Gelbard y Gómez Morales.

---

49. “Rasputinismo”: refiero a las camarillas palaciegas que intrigan en todo fin de régimen y que carecen de poder real propio, salvo el que les es delegado y que usan en beneficio del mandante y, como es natural, en su propio beneficio.

Al parecer, Cámpora alimentó la esperanza de gobernar los cuatro años mediante el ejercicio de un poder vicario, que recibiría la divina inspiración del patriarca emitida desde su glorioso crepúsculo. Pero el patriarca, por sí, y azuzado por los rasputinianos, ansiaba el gobierno directo y no quería ni oír hablar de atardeceres. Esto, por lo demás, desde el punto de vista de las grandes masas y de la justicia histórica, que supera aunque no excluye la “petite histoire”, significaba llevar hasta su conclusión natural el proceso de representatividad por el cual había luchado el pueblo argentino durante más de tres lustros.

El candidato presidencial del FIP, es útil recordarlo, así lo había preconizado antes del 11 de marzo, lo que llenó de confusión a la pequeña burguesía ilustrada, que nunca entiende las cosas simples si se trata de temas fundamentales.

El “gang” rasputiniano representaba sin duda la parálisis, la corrupción y el compromiso con la vencida dictadura, pero de algún modo encarnaba la decadencia del movimiento y esta circunstancia lo vinculaba con el peronismo real, ansioso de gozar de un poder sin nuevos sobresaltos, un peronismo despojados de “epos” y terroristas.

Los jóvenes abogados que rodearon a Cámpora, en cambio, pretendían hacer un “gobierno peronista ideal”. El ministro (Esteban) Righi representó las fantasías de la juventud universitaria que se había precipitado hacia el Frejuli hacía pocos meses y de cuya desesperación ante la crisis que castigaba al país había brotado una esperanza quimérica: el oscuro deseo de que el peronismo fuese algo parecido a la Revolución Mexicana en marcha al socialismo. El general Perón sería una especie de Pancho Villa; Evita, una Rosa Luxemburgo; y Cámpora un afaible León Trotski. Pero, ay, si aquí había rasputines, la Revolución Rusa no aparecía por ninguna parte y aunque se perpetraban mejicaneadas, no había mexicanos revolucionarios.

Es cierto que Rucci y sus amigos de la generación del 45 (calibre 45) expresaban un peronismo archicorrompido, pero de todos modos provenían del peronismo. No podía decirse

algo parecido de los jóvenes idealistas, hijos de la clase media gorila, que bajo los brutales golpes del cesarismo oligárquico se habían desplazado hacia el movimiento nacional llevando consigo sus propias ilusiones. Pues perseguir la novelería de encontrar el verdadero socialismo en el peronismo sólo podía terminar con el amargo descubrimiento de que Rucci y sus muchachos de gatillo rápido eran la encarnación de la admirable doctrina.

La pequeña burguesía no había comprendido la naturaleza social del peronismo cuando lo combatía y tampoco lograba entenderlo al plegarse a él. Sin duda, resultaba más tentador buscar el camino del socialismo a través del nacionalismo burgués en situación inminente de llegar al poder, que hacerlo por medio de la dura lucha de un partido revolucionario. Perón, al regresar 18 años después de su caída (gracias al Cordobazo), debía poner las cosas en su lugar con la rudeza de su estilo habitual.

Ante este cuadro, numerosos “frejulistas” (o sea, los sectores de la pequeña burguesía que votaron por Cámpora sin convertirse al peronismo) se formularon las siguientes preguntas:

1°) ¿Perón se ha vuelto reaccionario o, en verdad, nunca ha dejado de serlo?

2°) ¿Perón es prisionero de los rasputinianos?

En sus estudios sobre la Revolución China, sostenía Trotski que la burguesía de los países atrasados deriva hacia el campo de la revolución –o de la contrarrevolución– bajo la presión de sus intereses de clase. No puede renunciar a sus enfrentamientos con el imperialismo pues sus intereses le dictan la voluntad de ensanchar el marco de su dominio en el mercado interior, que el imperialismo pugna por ocupar.

El contenido social de la política económica del peronismo fue y es el de responder a la burguesía nacional. Al regresar al poder lleva a cabo una política estabilizadora en el orden monetario, que demuestra no sólo hasta qué punto los “burgueses nacionales” del equipo económico detestan a la clase

asalariada, sino que también mide su temor a la oligarquía terrateniente y su estupidez profunda. Pues esta política económica conduce a la recesión, remacha el estancamiento y pone en peligro el crédito de que goza el peronismo entre las grandes masas, que en otra época se beneficiaron con una política exactamente inversa.

Pero de estos hechos a formular la hipótesis, a la que es tan propensa la izquierda cipaya, de que Perón se ha vuelto “reaccionario”, es ignorar los múltiples cambios de frente que la burguesía y los movimientos nacionales realizan en los países semicoloniales en sus relaciones contradictorias con el imperialismo externo y las masas que integran tales movimientos.

Los ataques de Perón a su izquierda juvenil, en segundo lugar, son un reaseguro para que la ideología socialista no gane la conciencia de los obreros y los empuje a considerar objetivos más avanzados que los que Perón desea fijarle a su movimiento. Esto era más fácil de conseguir en tiempos de prosperidad (1945-1955) que en las actuales horas de crisis. Por eso Perón conserva a su lado a Rucci, a Gelbard y a López Rega.

Los rasputinianos nada valen por sí mismos, ni han creado cerco alguno alrededor de Perón. Es Perón quien ha construido dicho cerco para establecer los límites de su política. Ha designado a cortesanos sin representatividad para simbolizarla. Si Perón podrá mantener esta conducta o se verá obligado a reemplazarla para no caer con ella, sólo podrán decirlo los acontecimientos.

Por otra parte, los rasputinianos son prisioneros de Perón, ya que si disponen del poder sindical es sólo porque Perón, hasta ahora, no ha creído conveniente intervenirlos y convocar a elecciones libres. En cuanto a Gelbard, debe su presencia en el gobierno a la voluntad de Perón. Nunca la burguesía ha ejercido en nuestro país un poder directo. Únicamente ha encontrado oportunidad para enriquecerse mediante los gobiernos nacionales, en particular durante el régimen peronista. De ahí que la insignificancia política de la burguesía sea completa, tanto

ayer cuando aborrecía al peronismo, como hoy, cuando parece haber caído en sus brazos sollozando de amor.

Como la estupidez infatuada y el charlatanismo seudo revolucionario han devastado (con la ayuda del stalinismo) la tradición marxista, recordaremos el pensamiento de Engels: “Veo cada vez más claramente que el burgués no se siente dispuesto a tomar el control efectivo; por lo tanto, la forma normal de gobierno es el bonapartismo, a no ser que, como en Inglaterra, una oligarquía pueda tomar a su cargo la tarea de guiar al Estado y la sociedad con arreglo a los intereses burgueses, a cambio de una rica recompensa. Una semi-dictadura, según el modelo bonapartista, conserva los principales intereses de la burguesía, aún en oposición a la burguesía misma, pero no le deja ninguna participación en el control de los asuntos. Por otra parte, la dictadura se ve obligada, en contra de su voluntad, a adoptar los intereses materiales de la burguesía”.<sup>50</sup>

Desde su llegada el 20 de junio, todos los discursos de Perón se han dirigido a subrayar tajantemente su total hostilidad a toda concomitancia con la perspectiva socialista, con la “patria socialista” y con las variantes múltiples del famoso “socialismo nacional”. De este modo, Perón imparte a los jóvenes que deseen seguirlo a partir de ahora, otra clase de “conducción”: y es que una cosa es estar en la oposición y alimentar las esperanzas de todos los flancos, incluso del flanco izquierdo, y otra muy distinta es estar en el poder. Una vez llegado a ese alto lugar, pueden dejarse a un lado las frases de “izquierda”, lo mismo que a aquellos que las sostienen.

Asimismo, Perón arrojó sobre los hombros de la Juventud Peronista la responsabilidad de la masacre de Ezeiza, de la que fue víctima la misma Juventud Peronista, y exculpó a la banda de (Jorge) Osinde, que practicó dicha masacre escudada en

la designación que Perón le había otorgado para custodiar el famoso palco de la inútil espera.

En materia de realismo político, Perón no debe haber dejado insatisfecho a ningún viejo peronista. En cuanto a los jóvenes y recientes peronistas, los ha reducido a polvo: ¿sabrá el jefe justicialista que ha aplastado muy rápidamente al primer apoyo proveniente de clases que si otrora le fueron hostiles, poco podrá esperar ahora de ellas, pues las ha herido no como adversario, sino como jefe?

El camino del socialismo no puede hacerse al margen de estas experiencias profundas y vitales. Las “formaciones especiales” que hoy reciben este premio de aquel que las bautizó, también encontrarán razones para meditar en esta “derrota en la victoria”.

---

50. Friedrich Engels, citado por Gustav Mayer en *Engels*, Editorial Inter-mundo, Buenos Aires, 1945, pag. 196.

## Oscar Ivanissevich\*

El ministro Ivanissevich no podrá envanecerse de haber pronunciado un discurso feliz. Parecía que el arte de unificar a todo el país en su contra había encontrado un cultor insuperable en el general Onganía. Pero se trata de un error. El Dr. Ivanissevich, por desgracia para él y sobre todo para el gobierno, ha sobrepasado los records memorables del antiguo dictador militar.

Su discurso en el Teatro Colón hace pensar en los tiempos en que el Dr. Ivanissevich era ministro de Educación del

\* “Ivanissevich y la nostalgia del hacha de sílex”, en *Adiós al Coronel*, Ediciones Mar Dulce, Buenos Aires, 3ª edición, 1988, pág. 54 y ss.

primer gobierno de Perón. En aquella época parasitaba como monarca absoluto de Egipto el Rey Farouk; el presidente Chiang Kai-Shek gobernaba China; restallaba todavía el látigo blanco sobre las llagas de África. Es preciso convencerse que todo eso murió hace mucho tiempo: un cuarto de siglo. El ministro de Educación es el mismo, pero el país y el mundo han experimentado cambios profundos.

La pieza oratoria que comentamos ya no corresponde a esta época, al gobierno actual ni al formidable movimiento de masas que ha elevado al poder a dicho gobierno. Su anacronismo es de tal magnitud que exigiría el relevo inmediato del funcionario capaz de enunciarlo. El gobierno nacional no puede darse el lujo de perder el apoyo de la opinión pública, justamente cuando los lineamientos básicos de su gestión se revelan sustancialmente justos. Por esa razón el imperialismo vería complacido su caída.

El ministro de Educación ha atacado sin atenuantes a tres sectores: los estudiantes universitarios, los profesores y los maestros. Dicho de otro modo, se ha enfrentado con los tres sectores dinámicos de la clase media argentina. Todos aquellos que especulan con el descrédito del peronismo en el gobierno y con sus posibles divisiones internas, se estarán frotando las manos y correrán a adquirir por anticipado los almanaques de 1977, obsesión pitagórica de algunos viejos políticos.

No creemos que haya muchas personas en el mundo actual capaces de citar como una autoridad en materia de investigación científica (ni en ninguna otra), al ex presidente Richard Nixon.

No es sensato en un miembro de un régimen popular, descontar por planilla de los sueldos de los docentes los días faltados por huelga y subrayar como un desafío tal amenaza.

No es propio de un ministro de Cultura y Educación, confundir la investigación pura con la fabricación de inventos, o pretender excluir las tareas de investigación de la Universidad y relegarlas a la esfera de las empresas privadas. Sólo una

empresa extranjera podría sufragar tales gastos y las empresas extranjeras delimitan en su propio beneficio y el de su Imperio las áreas a investigar. Los inventores como Edison serán el resultado de investigaciones desinteresadas que darán frutos prácticos con el tiempo.

Según el criterio expuesto por Ivanissevich, su ministerio rehusaría becas para investigación a Marx, Piaget o Freud, porque seguramente tales pensadores no podrían ofrecerle ocurrencias mecánicas al impaciente estadista.

Es de una falsedad notoria que la Universidad de Buenos Aires u otras hayan caído víctimas de un “internacionalismo materialista”, cualquiera sea el sentido que el ministro haya querido imprimirle a esta curiosa frase. Sin duda que algunos de los directivos de la actual Universidad de Buenos Aires han incurrido en torpezas sectarias, han perdido el rumbo de las relaciones con el gobierno nacional, han tenido solidaridad de grupo con los Montoneros lo que equivale a decir que carecen de sentido de la realidad.

Pero el movimiento de masas que derribó a la dictadura militar mediante los comicios del 11 de marzo y del 23 de setiembre fue tan profundo e irresistible que abrazó al país entero, hasta la Universidad. Y pudo proyectar hacia adentro de su oscuridad legendaria, de su estrechez mitrista y localista, tal ímpetu democrático, que en la mayoría de las facultades, los estudiantes, peronistas o no, sintieron realmente que el pueblo argentino había vuelto al poder y que la Universidad había abierto al fin sus amplias ventanas hacia la vida.

Esa democratización de la Universidad es más importante que algunos sectarios ingenuos que aún permanecen en ella. Todo el estudiantado, sin distinción de matices, querrá que lo conquistado no se pierda.

El ministro de Educación no parece tener la menor idea de este vasto proceso. En materia de sectarismos, se ha colocado en el mismo plano que los Montoneros.

Pero todos los hechos evidencian que la historia no podrá volver atrás y que la Universidad de nuestra época no volverá a convertirse en antiperonista, a menos... A menos que el ministro de Educación se proponga llevar a la práctica su discurso. En este caso, los enemigos del gobierno contarán con un aliado decisivo.

## José Alfredo Martínez de Hoz\*

Martínez de Hoz desconfía de los pobres pues son ignorantes. Nunca saben gastar bien su dinero. Sus mujeres ni siquiera saben cocinar sin carne. El ministro de Economía recomendó a las mujeres modestas (no a la suya) no ir a peinarse los rulos a la peluquería.

A fin de cuidar esa política educativa el gobierno ha hecho expulsar de las fábricas a los delegados, intervenido los sindica-

\* Extracto del “Balance Crítico del Régimen Militar”, folleto aparecido en setiembre de 1979, págs. 11 y 12. El texto de este Balance fue discutido por el autor –según él mismo refiere– con B. Alberti, A. Guerberoff, L. M. Cabral, A. M. Giacosa, E. Vigo, A. Giobergia, C. Santander, C. Del Campo, P. Fontdevila, M. Palero, O. Pérez y R. Darglotz.

tos e impedido las reuniones de trabajadores para debatir sus propios problemas. Son bien claras las causas por las cuales no ha intervenido en cambio la Sociedad Rural, ni el Jockey Club, ni el Círculo de Armas, ni la Cámara de Sociedades Anónimas.

Tales distinciones dicen cuanto habría que decir sobre el carácter explotador de dicha política. Si algo faltaba para destruir “la familia cristiana”, como escuchamos decir con frecuencia, lo proporciona la derogación de la Ley de Alquileres. Cristianos o no, los inquilinos de la Argentina, jóvenes o viejos, casados o solteros, y a total beneficio de una minoría absoluta de rentistas y parásitos de la propiedad raíz, han quedado a merced del Código Civil, esa reliquia vetusta y cerril que redactó el Doctor Vélez Sarsfield, al que sus contemporáneos llamaron Doctor Mandinga, en suma, están a merced del Propietario.

Como culminación hemos presenciado también la destrucción del Banco Hipotecario Nacional y del plan popular de viviendas. La indefensión del inquilino en la Argentina es completa: los contratos indexados trimestralmente ganan de lejos a toda posible inflación y constituyen una gabela extorsiva e intolerable, muy superior a los novelescos e imaginarios índices de precios calculados por el gobierno.

Parecería haber algo de especialmente original en este proceso contrarrevolucionario en curso: un odio social irreprimible que respira en todas sus disposiciones el nuevo orden. Los empleados y funcionarios del Estado (a los que públicamente se acusa todos los días de ser la causa más importante de la inflación, lo que constituye otra monstruosa mentira de los traficantes de dinero) están sometidos a la vejación de sueldos irrisorios. Sólo los grandes jefes de la Administración, los burócratas de la cúspide, escapan a la penuria. Cuando se tocan los 300 millones, ya los problemas se ven más lejanos.

La desocupación disfrazada es una norma: los obreros despedidos de sus fábricas se hacen changuistas, instalan un quiosco de cigarrillos cuando pueden o entran al inmenso ejército de los vendedores de algo. Las ventas al menu-

deo han reemplazado a la producción. Tan sólo un núcleo de grandes industrias de Buenos Aires, Rosario o Córdoba trabajan a pleno, pues en la pirámide social hay una franja selecta de aquellos que han logrado elevarse por encima de la recesión general.

Excepción hecha de la gran Capital, donde la inmensa masa de dinero de la metrópoli aceita el engranaje, el resto del país es un país de “peones pata al suelo”, incluidos los abogados, médicos, ingenieros, intelectuales, obreros, técnicos o pequeños comerciantes. La clase media, en su sector más amplio, ha sido relegada por un brazo de hierro y se confunde ya con las capas “altas” de la clase obrera, no porque ésta haya subido hacia formas mejores de vida cotidiana, sino porque aquélla ha bajado.

La supresión del café o del vino, de la fruta o la carne, de la renovación del traje o la indumentaria, el regreso a la zapatilla o la alpargata, la eliminación de las vacaciones o las distracciones más sencillas resulta cosa de todos los días. Se respira en todas partes humillación, depresión y amargura. Basta mirarse en la calle para que uno sepa qué piensa el primer desconocido. Pocas veces un régimen de gobierno ha sido repudiado tan unánimemente como el actual.

Es que todo lo que Martínez de Hoz representa es tan anti-guo, tan conocido por el pueblo argentino, tan combatido por él a lo largo del siglo XIX y del siglo XX, que su solo apellido sintetiza todo aquello que los argentinos han rechazado de todas las maneras posibles a lo largo de la historia.

Si las Fuerzas Armadas no pueden ver esto puede entonces pensarse con alarma que no están en condiciones de ver nada. Indiferentes a todo y como si paladearan una especie de revancha por las grandes victorias populares del pasado, los Martínez de Hoz y sus asociados del exterior han emprendido el más espectacular safari de que se tenga memoria. Se trata de caza mayor. Se trata de cazar, desollar y vender luego hasta las achuras de un pueblo orgulloso. ¿Podrán hacerlo?

## Álvaro Alsogaray\*

– *Señor Ramos: ¿el ingeniero Alsogaray y usted son meros adversarios políticos o son enemigos?*

– Alsogaray es, a mi juicio, un representante de los intereses de las grandes empresas multinacionales, que no son solamente succionadoras de las riquezas de nuestro país sino de las del mundo entero.

– *¿Martínez de Hoz era alumno de Alsogaray o eran condiscípulos de la misma escuela?*

– Seguramente ellos tendrán sus “diferencias personales”, pero desde el punto de vista del pueblo representaron intereses similares. Nosotros tenemos una inmensa legión de

\* “Para Ramos, Alsogaray es el representante de los intereses extranjeros”, reportaje aparecido en la revista *Siete Días*, el 7 de febrero de 1985.

“expertos en finanzas que no saben nada de economía”, y sólo tienen conocimiento de las “artes monetarias”.

El liberalismo, que comenzó siendo hace doscientos años la expresión de los sectores mundanos que querían abrir a la humanidad el camino del desarrollo de las fuerzas productivas, se transformó en el liberalismo imperialista que aplasta a los pueblos débiles. Y que goza del poder mundial hasta el extremo que ha arrojado la bomba atómica.

– *Alsogaray insiste en que “no somos Tercer Mundo, somos país civilizado”...*

– Con esto Alsogaray pretende decir que los países del Tercer Mundo son bárbaros. Es una actitud que comienza con Sarmiento y que continúa en nuestra época con el prejuicio racista de considerar a los peronistas como negros despreciables. Alsogaray cree que yo digo disparates. Es lógico. Para los que colocan el dinero a intereses siderales, cualquier fórmula que propugne que la economía argentina debe argentinizarse y que los bancos y financieras deben estatizarse, es un disparate.

Lo que ocurre con los grandes defensores del imperialismo occidental, como Alsogaray, es que tienen un criterio hostil hacia los países que desarrollan formas defensivas contra su avance. Y la forma defensiva más elemental frente a los monopolios extranjeros es el desarrollo de las empresas del Estado (que muchas veces funcionan en forma ineficiente). Alsogaray no habla mal de la “patria financiera” porque él forma parte de ella, en tanto defiende la orientación que privilegia el papel de la moneda con respecto a los recursos productivos. Algo tiene que ver el liberalismo desenfrenado con los resultados catastróficos.

## Raúl Alfonsín y la derrota del peronismo\*

La oligarquía conservadora, que ha votado en masa al Dr. Alfonsín, ha echado a rodar una teoría que uno no sabe si es trágica o es cómica. El portavoz de la teoría en cuestión es el Sr. Juan Alemann, aquel funcionario elocuente del equipo de Martínez de Hoz. Sostiene que el triunfo del Dr. Alfonsín se debió a la política económica del Proceso: al disminuir el número de obreros industriales, a causa de que muchos de ellos encontraron beneficioso vender de puerta en puerta detergentes o peines, pudieron ingresar a la próspera clase media de los últimos años. Alemann explica así el triunfo radical. Concluye su análisis con la frase: “De nada, Don Raúl”.

\* “El peronismo y su derrota”, revista *Política*, N° 1, enero-febrero de 1984.

Aunque parece una broma siniestra, hay algo de serio en ella. Y lo serio consiste en que sin el “Proceso” la victoria del Dr. Alfonsín habría sido imposible. No se trata de recordar lo que es bien sabido y es que los radicales, como la mayoría de los restantes partidos, apoyó con innumerables funcionarios al Proceso y a su vez pudo utilizar ese personal de gobierno (desde embajadores hasta gobernadores e intendentes) para favorecer su campaña preelectoral. Aunque es importante, no es lo más significativo. Lo esencial es que la clase obrera industrial tendió a desintegrarse gracias a la política librecambista y a la marea de importaciones de Martínez de Hoz.

Dos millones de obreros perdieron su trabajo y los beneficios de las obras sociales. A veces, también sus viviendas, por la derogación de la ley de alquileres. Sus hijos, la nueva generación trabajadora, ya no encontró un lugar en las fábricas cerradas, ni por supuesto en el sindicato. Perdió así un contacto orgánico con la tradición gremial del peronismo y el significado político-histórico de esas luchas.

Cuando el ex obrero vendía peines con una valijita o remendaba ollas, ese cambio no significaba, como afirma candorosamente el Dr. Alemann (si puedo imaginar que le resta candor todavía) que dicho desocupado había “ascendido a la clase media” (como esos satisfechos pequeño burgueses, hijos de la Revolución Francesa) sino que, por el contrario, se había hundido al nivel de un “busca”, como los que Roberto Arlt retratará ácidamente hace cuarenta años o Jorge Asís hace una década.

Mujeres desesperadas y olvidadas, sin guarderías infantiles, ni trabajo en fábrica, volvían compulsivamente al servicio doméstico. Y los muchachones sin ilusiones ni horizonte (solo son “jóvenes” los pequeño burgueses) veían a sus padres changuistas a la deriva. Bien lo ha dicho el Sr. Alemann. Esa es su obra. Sin duda ella facilitó el triunfo del Dr. Alfonsín. Pero, ¿eso es todo? No lo creo. Veamos al peronismo.

El peronismo nació al mundo como un frente de clases, no como un partido. En dicho rasgo tenía cierta analogía

con el yrigoyenismo, que, según se sabe, no dejó herederos. ¿Quiénes integraron el peronismo en 1945? Nada menos que el ejército y su jefe más notable, el bajo clero, parte de la burocracia del Estado, las grandes masas obreras nacidas a la industria moderna, los trabajadores rurales (peones o chacareros vueltos propietarios por la ley de arrendamiento), las mujeres más pobres, la nueva burguesía fabril: era un bloque social de peso formidable.

Emergió rodeado de los intelectuales más notables de su época, marginados por la factoría inglesa del Plata. Sólo recordaré cuatro nombres clásicos: Manuel Ugarte, Ernesto Palacio, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz.

Del otro lado, la clase media anglófila, con su poeta “made in England” auténtico, la Sociedad Rural y los partidos de izquierda a derecha, petrificados en el culto a las pérfidas democracias coloniales de Europa. Pero el derrocamiento de Perón en 1955 inicia la destrucción del gran Frente Nacional. La decadencia se acentúa al morir el gran caudillo. Privado del apoyo del Ejército, el peronismo sufre también el alejamiento de la opinión católica. La propia burguesía industrial, enriquecida gracias al peronismo, se convierte en un aliado poco seguro, que cambia incesantemente de bandera para salvar lo que le queda en el gran naufragio de la Revolución Nacional. El mundo agrario desconfía de un peronismo sin un jefe, que ya no enarbola banderas revolucionarias, como en el 45. La pequeño burguesía nacional, a la que el justicialismo infundió en sus primeros años la sensación del avance técnico, de la seguridad personal y del ascenso social, sólo conserva ante sus ojos el turbulento espectáculo de 1973-1976, donde la presidenta Isabel, acosada desde dentro y fuera de su propio partido por oligarcas agiotistas y astrólogos, apenas sobrevivía en el poder.

El Frente Nacional, de algún modo, ya estaba deshecho cuando el 30 de octubre las cifras indicaron que Alfonsín había vencido. Pero no lo hizo con sus votos, sino con los del peronismo. Dos o tres millones de este último se desplazaron

## Raúl Alfonsín\*

a la derecha, diría que no tanto porque confiaban en Alfonsín, sino porque el peronismo había perdido todo crédito para ellos. La delirante euforia del Barrio Norte al conocer los resultados del comicio poseyó un sentido negativo: festejaban una derrota más que una victoria. Por fin habían sido aplastados los “cabecitas negras” de aborrecible memoria, execrados durante cuarenta años.

Las clases cultas de la sociedad portuaria se expresaron en las palabras de Borges, el gran poeta inglés: “Ha terminado la mitología grasa del primer trabajador y del hada rubia”. Otro ex argentino, hoy naturalizado ciudadano francés, Julio Cortázar, también celebra el triunfo radical y repudia la ocupación de Malvinas. Todo está en orden.

La estructura política del peronismo había hecho todo lo necesario para obtener ese fruto. Se integraron a la Multipartidaria y se esmeraron tanto en parecerse al radicalismo que en muchos casos son indistinguibles. Como los radicales, se olvidaron de la guerra de Malvinas y su poderoso significado emancipador. Cultivaron la prudencia hacia los usureros de la deuda externa. Se mostraron indiferentes ante la Revolución Científica (iniciada por Perón en 1950), que supone el avance del uranio enriquecido y que sitúa a la Argentina entre las primeras naciones del mundo en la materia. Y se encogen de hombros ante la formidable campaña mundial desatada hoy para inferiorizar a los argentinos precisamente en la desmalvinización, la política nuclear y nuestra soberanía ante la banca mundial.

Toda la esperanza se refugia hoy en los trabajadores justicialistas y en el inmenso pobrerío que calla. Esperan, pero no están solos. En mi libro *La era del peronismo* di la respuesta a la pregunta que la Patria se formula. Algo es seguro. La cipayería no va a prevalecer.

Apenas salida de un horror nocturno que parecía inextinguible, la Argentina afrontó dos tipos de problemas: los que dejó la inconclusa revolución nacional de Perón y aquellos que acumuló la dictadura oligárquica.

La partidocracia encuentra embarazoso hablar claramente de tales problemas. La razón consiste en que la mayoría de los partidos conspiró con la oligarquía desde 1954 para cerrar el camino nacional hacia la industrialización y el progreso científico bajo el curioso pretexto de proteger la “democracia” contra la tiranía peronista. Hasta el plan ató-

\* “Los 100 días de Alfonsín”, revista *El Observador*, 16 de marzo de 1984.

mico de Perón fue el hazmerreír de las clases cultas en la Argentina semicolonial de la época.

Luego, los mismos partidos, incluido en primer lugar el hoy gobernante, se incrustaron en el “Proceso” militar, que en realidad fue un “Proceso” cívico-militar, y lo nutrieron de ministros, embajadores, gobernadores y miles de intendentes. En ese período, los “demócratas” participantes omitieron hablar de los “derechos humanos”. (Ricardo) Balbín, por ejemplo, se refirió al general Videla como el “soldado de la democracia” y alertó contra los peligros de la “guerrilla fabril”. A su vez, (Deolindo Felipe) Bittel repitió sin cesar que “nadie quiere que el Proceso fracase”.

Llevado al poder por una marea electoral de las clases medias (incluida una parte de la pequeño burguesía peronista), Alfonsín no podía sino manifestar en el gobierno las ilusiones impracticables nacidas del origen social de su victoria. Como todos sus colegas del “sistema democrático occidental”, Alfonsín había rechazado el concepto de que un peligroso “iceberg” despuntaba en el horizonte bajo la forma de la deuda externa, según lo planteó con insistencia el autor de estas líneas a lo largo de un año.

La banca mundial, pensaba Alfonsín, comprendería enseñada que la deuda de un país democrático difiere de la deuda de un país totalitario. El canciller (Dante) Caputo, hechura de la Sorbona y afrancesado hasta la médula, juzgó ridícula la tesis de enlazar la parte de la deuda vinculada a la Banca de Londres y embargarla hasta que el último soldado británico abandonase el suelo argentino.

Había que unir la defensa de la dignidad nacional con la estrategia para impedir que la deuda obstruyera el resurgimiento industrial de la Nación. Alfonsín practicó, hasta ahora, la política contraria. El ministro (Bernardo) Grinspun erigió la confusión verbal en la llave maestra de un programa hermético. Esto ha bastado para enfurecer simultáneamente a la Banca y para enfriar la esperanza de los propios votantes

del radicalismo. Ha mantenido la indexación de la economía, sigue la industria paralizada, los obreros están amenazados en sus salarios y sus organizaciones. Pero la red bancaria y financiera está intacta. No hay ninguna ley que la declare nacionalizada y someta a investigación a todos los directores de bancos de los últimos ocho años. Siguen los desalojos de inquilinos, y los juicios de ejecución hipotecaria por añadidura. La iglesia ha sido atacada por extravagantes pornógrafos en nombre de un “arte abierto”. La administración de la cultura, nutrida de hombres del espectáculo, confiere al gobierno un extraño aire teatral. Las Fuerzas Armadas, sin cuyo concurso es imposible hablar de “estabilidad democrática”, según lo enseña la experiencia, han sido maltratadas de modo indiscriminado, como si estuvieran compuestas en su totalidad de torturadores y sádicos. El plan nuclear, que junto con la guerra de Malvinas constituyen los dos grandes acontecimientos del siglo XX en la lucha por una Argentina soberana, ha sido frenado bajo la presión de las pérfidas potencias nucleares del Occidente colonialista.

¿Pero, si en definitiva, harta de esperar, la Banca mundial lanzase todo su poder contra Alfonsín? No necesitaríamos examinar su pasado para apoyarlo resueltamente, como no nos importó el pasado de Galtieri para acudir en defensa de la patria en peligro.

## Los radicales\*

En 1963 llegó al gobierno el virtuoso Dr. Arturo Illia, poco menos que venerado por el radicalismo y al que muchos peronistas, flacos de memoria, o demasiado jóvenes para recordar, observan como si se tratara de un santo laico. ¿Y cómo retornaban al gobierno nacional los radicales, “en el llano” desde 1930?

El Ejército, a partir de 1955, se había transformado en una fuerza tan “democrática” y tan antipopular que derribó al presidente Arturo Frondizi en 1962 por considerarlo demasiado complaciente con el “peronismo” y el “comunismo”. El

\* “1963: Los radicales en el gobierno”, en *Cuarenta años de Peronismo*, Ediciones del Mar Dulce, Buenos Aires, 1983, págs. 114 y ss.

radicalismo de Ricardo Balbín era el principal componente político de dicha sedición.

En realidad, y a pesar de las reiteradas capitulaciones de Frondizi, su caída permite una franca y desembozada resurrección de la Revolución Libertadora de 1955. En 1963 el ministro del Interior, general Osiris Villegas, convocó a elecciones nacionales en nombre de las Fuerzas Armadas. Su principal proeza fue proscribir al peronismo de los anunciados comicios. Mediante ese ardid, llegó al gobierno el Dr. Arturo Illia, candidato del radicalismo, con el 23 por ciento de los votos emitidos.

Del viejo nacionalismo agrario creado por Yrigoyen a fines del siglo pasado y que había tenido manifestaciones diversas en el siglo XIX, poco quedaba. Apenas uno que otro radical cargado de recuerdos y de nostalgia, perdido en alguna provincia. Como antiguo hombre de (Amadeo) Sabattini, el Dr. Illia conservaba, aunque borrosamente, parte de aquella tradición yrigoyenista. Pero ya todas las clases medias, rurales y urbanas, penetradas de hostilidad hacia la clase obrera y el peronismo, habían transformado el clásico yrigoyenismo en un partido sarmientino, occidental, demoliberal y vacío, cuyo programa se reducía a la vigencia de las libertades individuales y al derecho de sus hijos de usar la Universidad sin sobresaltos.

El radicalismo, cuyas invocaciones a la “ética” no tenían término, subió al poder sobre el postrado cuerpo del peronismo prohibido, gracias al permiso tramposo de los generales cipayos. Tal fue su carácter “democrático”. De sus cuatro años de gobierno recordaremos:

1) El canciller del Dr. Illia era el Dr. Miguel Ángel Zavala Ortiz. Conspirador contra el peronismo desde 1945, cuando la Marina se sublevó el 16 de junio de 1955, Zavala Ortiz volaba en un aparato de la Fuerza Aérea. Al advertir el fracaso del levantamiento contra Perón, el avión huyó a Montevideo, no sin antes descargar sus bombas de 500 kilos en la Plaza de Mayo. Hubo 400 muertos, empleados y obreros, en la esquina de Paseo Colón e Hipólito Yrigoyen.

Como canciller de Illia, Zavala Ortiz no estuvo menos brillante. Con loable empeño, logró impedir el “eminente demócrata” el regreso de Perón a la Argentina. El caudillo del justicialismo, acompañado por Augusto Vandor, Jorge Antonio y otros dirigentes y amigos, había viajado en avión en 1964 desde Madrid hacia Buenos Aires. Los radicales hacían saber al mundo que la democracia reinaba soberanamente en la Argentina. Pero este magnífico dogma al parecer no regía para Perón. A fin de frustrar ese retorno a la patria, el gobierno de Illia solicitó a la dictadura militar brasileña que detuviese el avión al tocar el aeropuerto brasileño de El Galeao. Así ocurrió. Las fuerzas policiales del Brasil detuvieron a Perón. Lo reenviaron a España mientras devolvían a la Argentina a sus acompañantes. Era la segunda prueba rendida por el canciller Zavala Ortiz en la materia “Democracia”.

2) El gobierno radical de Illia designó presidente del CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo) al ingeniero Roque Carranza.

Se trataba de la misma persona que el 15 de abril de 1953, mientras la multitud de trabajadores escuchaba un discurso del presidente Perón en la Plaza de Mayo, colocó algunas bombas de gran poder en la estación de subterráneos de esa plaza, sobre la calle Hipólito Yrigoyen. Las bombas explotaron, mataron a seis personas de la asamblea e hirieron a muchas. Se trata del mismo dirigente radical que ha sido nombrado recientemente por el Dr. Alfonsín ministro de Obras y Servicios Públicos. Sería de desear que en materia de obras públicas proceda en un sentido inverso al que lo guió en relación con los Subterráneos de Buenos Aires, que también son una obra pública.

3) El Dr. Germán López, nombrado por el actual gobierno radical como secretario general de la Presidencia.

Durante el gobierno de Illia impulsó la aprobación del decreto 969/66. Tal decreto establecía el control financiero de los sindicatos obreros. Se proponía impedir la unidad y centrali-

zación en escala nacional de las organizaciones sindicales. Dicho decreto no sólo perseguía marginar y debilitar las reivindicaciones gremiales de los trabajadores, sino que prohibía su derecho a intervenir en la política nacional mediante la fuerza de sus sindicatos, tal cual ocurre en Inglaterra con el Partido Laborista, así como en Alemania y otros países que Germán López mucho respeta, aunque no respete a sus compatriotas obreros.

Esta descripción retrospectiva se propone disipar la neblina histórica de los últimos años. Sabemos que ella es fruto de la prohibición de la actividad política impuesta por la dictadura. Claro que fue posible sólo gracias a la ayuda que le prestó la partidocracia al integrar sus cuadros de gobierno.

Por esa causa apelamos a esta “ayuda-memoria” para los jóvenes argentinos que han participado de las elecciones del 30 de octubre desprovistos de toda referencia aclaratoria del inmediato pasado.

## Los radicales y los golpes militares

Después de 1945 el radicalismo se une a todas las conspiraciones militares que se gestan bajo la protección de la oligarquía dirigida contra el régimen peronista. Dicha actividad conspirativa prosiguió aun contra el gobierno de Frondizi.

Al perder su tradicional condición de movimiento nacional mayoritario, que había logrado gracias a la integridad revolucionaria de Yrigoyen, el radicalismo se transformó en un partido minoritario, que cíclicamente aumenta o disminuye su propio caudal electoral, según sea el apoyo que le brindan los sectores conservadores, liberales y de la izquierda cosmopolita del país.

Sin embargo, su táctica fundamental, desde 1945 hasta hoy, ha sido halagar, rodear y penetrar finalmente en las dictaduras militares para utilizar desde adentro el aparato del Estado y organizar elecciones que deberían beneficiarlo. Veamos:

#### a) Revolución Libertadora de 1955

Los radicales lograron que el general Pedro Eugenio Aramburu nombrara ministro del Interior al Dr. Carlos Alconada Aramburú, radical balbinista de La Plata. Que nadie se sorprenda: es la misma persona hoy designada por el Dr. Alfonsín como ministro de Educación y Justicia. El Dr. Alconada Aramburú organizó los comicios de 1958, con el desinteresado propósito de facilitar el triunfo de su jefe, el Dr. Ricardo Balbín. Éste pierde, sin embargo, ante la candidatura radical disidente de Arturo Frondizi, quien obtiene el apoyo electoral del justicialismo. Perón decide esta actitud para derrotar a Balbín, que se presentaba como heredero de la Revolución Libertadora.

#### b) Revolución Argentina

El radicalismo obtiene del general Alejandro Agustín Lanusse el nombramiento en 1972 como ministro del Interior del Dr. Arturo Mor Roig, dirigente balbinista de San Nicolás y ex presidente radical de la Cámara de Diputados de la Nación bajo el gobierno de Illia. En las elecciones de 1973 Balbín fracasa de nuevo ante la candidatura de Héctor Cámpora.

#### c) Proceso de Reorganización Nacional

Esta vez los radicales no lograron el Ministerio del Interior (salvo las designaciones del Dr. Lascano Quintana y del general Cerdá en la Subsecretaría del Interior, ambos radicales). Pero hicieron designar por el general Bignone a Lucio García del Solar embajador argentino en Washington, también “alfonsinista”, para no referirnos a los incontables gobernadores de provincia, embajadores, ministros y centenares de intendentes en todo el país.

Al cabo de tantos trajines sediciosos y de íntimas intrigas con militares, resultará más clara nuestra referencia al más viejo pacto que conoce el país en los últimos cuarenta años: es el pacto militar-radical. Es cierto que sólo se establece con los militares “democráticos”, o sea, cipayos, y no con los militares

“nazis”, injuriados así para desacreditarlos como patriotas. Admitamos que estos últimos son raros, y que los pocos que aparecen, como los tenientes Bavio, Licastro, el teniente coronel Sánchez Toranzo, el general Fleuret, para citar solamente algunos oficiales de los últimos años, son echados del Ejército como apestados, con el beneplácito de los radicales, conservadores, manriquistas y demás miembros del elenco estable de la partidocracia. El mismo destino aguardó a los mejores oficiales que lucharon en las Malvinas, radiados por el generalato liberal cuyo prototipo execrable es el general Reston.

En este relato educativo, por más somero que sea, resulta imperioso descifrar el significado del desplazamiento de ciertas clases sociales argentinas en medio de la tormentosa historia social que nos ha tocado vivir.

## Alejandro Agustín Lanusse\*

Señor:

Al regresar de una larga ausencia en México, me informo que usted ha sostenido la incompatibilidad del peronismo con la decencia. Con fines puramente histórico-pedagógicos, y en beneficio de la juventud, que no conoció los hechos, me permitiré, respetuosamente, refrescarle la memoria.

Usted comenzó su carrera militar violando la lealtad debida al Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, el

\* Carta abierta al general Alejandro Agustín Lanusse (marzo de 1992) como respuesta a un agravio del ex dictador contra el presidente Carlos Menem y el peronismo en su conjunto. A pesar de firmarla cuando todavía era embajador, ningún medio argentino la reprodujo.

General Juan Domingo Perón, que además era el Presidente Constitucional de la Nación. Como simple capitán, participó en septiembre de 1951, en el motín encabezado por el general Benjamín Menéndez.

Detenido por esa causa, en 1955 la revolución “libertadora” lo premió con dos ascensos simultáneos, que lo elevaron elegantemente a la condición de Teniente Coronel y Jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo. Ese regimiento glorioso, creado por José de San Martín, tiene por misión proteger al Presidente. Usted innovó en la materia pues, como jefe del regimiento escolta, contribuyó a derrocar al general Eduardo Lonardi, presidente del golpe militar, a quien usted debía lealtad. Al ayudar al estado mayor, elevando al poder un golpe palaciego al general Pedro Eugenio Aramburu, usted se garantizaba una brillante carrera, aunque no enriquecía la tradición sanmartiniana del Regimiento de Granaderos. Su actividad de revoltoso conspirador no conoció fatiga, según verá quien lea.

Poco después, en 1962, le tocó el turno al presidente Arturo Frondizi, que había soportado 34 planteamientos militares del grupo golpista al que usted perteneció, antes de su derrocamiento. Usted no faltó a esa cita, ni a las luchas intestinas de la Marina y el Ejército en 1962 y 1963.

Miembro estelar del arma de caballería, usted encontró un jefe ideal en el general Juan Carlos Onganía. Devoto de tal oficial, usted actuó en la caída del Presidente Arturo Illia en 1966, y en tal carácter acumuló méritos para su “cursus honorum”. Designado por Onganía como Comandante en Jefe del Ejército y coronada así su turbulenta carrera —¿a qué más podía usted aspirar—, designó enseguida como Presidente de la Nación al general Roberto Marcelo Levingston, tan solo para destituirlo siete meses más tarde.

Sin perder un minuto asumió la Presidencia, y conservó con la prudencia de Fabio el Antiguo, la Comandancia de su fuerza. Nuevamente, ya inquietos los dioses de la guerra,

podrían haberle preguntado: ¿Qué más, general? Y usted dejó a los dioses apampados de estupor. Su apetito de poder era pantagruélico. ¡Ahora quería ser Presidente Constitucional!

Así emprendió negociaciones en 1971 con el General Perón en el exilio. Usted gestionaba los votos peronistas (que en la ocasión no le parecían indecentes), pero el caudillo rechazó sus pretensiones. El GAN (Gran Acuerdo Nacional) se fue al demonio, de donde sin duda había provenido. Ciego de ira, y obligado a convocar a elecciones, usted proscribió la candidatura de Perón y declaró que nadie le impedía su regreso a la Patria. Agregó una bravata: “Si Perón no vuelve es porque no le da el cuero”. Cuando en noviembre de 1972 regresó el General Perón a la Argentina, usted movilizó 10 mil soldados en Ezeiza y rodeó con ese despliegue militar a un anciano, solo y enfermo de muerte, cuya única fuerza consistía en el amor de su pueblo. Usted sí tenía cuero. Allí dio muestras de su valor. Veinte años más tarde y confiado en la amnesia colectiva, califica usted al presidente Menem de “improvisado” ¡Nada menos que usted, General, que aturrido por el caos económico desencadenado por la caída de Perón en 1955, pretendió conjurarlo suprimiendo en 1971 el Ministerio de Economía! Pero fue usted, señor, y sus asociados civiles y militares en el golpe, los que iniciaron ese caos contrarrevolucionario, y es el presidente Menem quien debió asumir la formidable tarea de ponerle remedio. Permítame recordarle que usted y otros derrocaron a Perón, que había iniciado corajudamente la unidad latinoamericana, el “Zollverein” del Sur. El gran proyecto quedó postergado casi cuarenta años. Corresponde al Dr. Menem el mérito excepcional de haber retomado la bandera y firmado el Tratado del MERCOSUR. Este convenio de hermandad puso fin al Tratado de Tordesillas, que separó primero a los reinos de Portugal y España, y luego a Brasil de la Argentina. Dicha antagónica separación secular sólo benefició a las potencias balcanizadoras.

Mientras que Onganía y usted obstaculizaban todo lo posible las relaciones con Brasil durante la construcción

de Itaipú, el Presidente Menem ha despejado con el MERCOSUR la ruta para construir la Patria Grande. Menem no ha usurpado nunca el poder, como los grupos facciosos que usted integró. Fue elegido tres veces gobernador de La Rioja y una vez Presidente de la Nación, por el voto de los pueblos, y padeció cárcel cinco años por esa causa. Mientras que usted se ha pasado la vida firmando actas de derrocamiento y órdenes de detención; Menem en esa materia sólo ha firmado indultos y órdenes de liberación.

Para concluir: usted se ha merendado, solo o en camarilla, al presidente Lonardi, al presidente Frondizi, al presidente Illia, al presidente Onganía y al presidente Levingston; se entreveró en cuanto lucha interna padeció el ejército; procuró el voto de los indecentes y la amistad con el indecente máximo. Y ayudó a los fusilamientos de militares y obreros en 1956. ¿Y todavía la quedan ganas de hablar? ¿Además quiere fundar una cátedra de ética?

Si en el Colegio Militar de la Nación existiese una materia llamada Decencia, usted, general, no podría impartirla. Y si quisiera hacerlo, los jóvenes oficiales rechazarían semejantes lecciones de tal profesor.

Dicho sea de paso, del Colegio Militar usted expulsó a sus más brillantes profesores, a la generación de los tenientes, que con Fernández Valoni y Licastro a la cabeza, constituían la esperanza del Ejército. La suerte no le ha sido avara, general, pero no abuse de ella. La Patria no la ha tenido con usted.

Pero no crea que su curiosa carrera deba esperar en el futuro el juicio de la historia. La historia ya ha empezado su tarea, y Clío, su delicada musa, le sugiere constricción y silencio.

## Los surrealistas\*

Se supone que una guerra es un acto independiente de la historia humana, un minuto negro, un bautismo escarlata y un asunto de los políticos profesionales. Esta disociación deliberada de un proceso tan múltiple ha contribuido a cortar las raíces que unen al arte con los acontecimientos de la realidad visible. Un examen más reflexivo de la cuestión conduciría, sin embargo, a filiar ciertos movimientos artísticos con la crisis de la civilización actual, identidad no siempre legítima, pero que en nuestro siglo deviene insustituible para diluci-

\* “Juventud y agonía del surrealismo”, diario *La Prensa*, Suplemento Cultural, 7 de abril de 1952. Nota firmada con el seudónimo de Pablo Carvallo. (Carvallo era el apellido de Faby, su mujer)

dar los secretos últimos de la desesperación ética y estética de que somos testigos.

La Primera Guerra fue “una guerra para acabar con todas las guerras”; los últimos treinta años han probado fehacientemente que un nuevo conflicto será suficiente para acabar con todos los hombres.

Fue precisamente en 1916, cuando los ejércitos europeos completan sus tareas de exterminio recíproco y los pastores de almas a lo Bertrand Rusell o Romain Rolland invocaban el sentido común para sellar la paz, que Tristán Tzara, un poeta rumano, fundaba en Suiza el movimiento “Dadá”.

El dadaísmo constituyó una revelación mágica para la joven generación intelectual, hundida en el barro de las trincheras. Se trataba de una respuesta irracional, espontánea y aparentemente absurda, al caos del mundo. Los poetas de 20 años proclamaron con inaudita violencia verbal su derecho a la rebelión artística, a la destrucción de los viejos valores, la burla trágica contra la falsa seriedad académica, el “porque sí” contra la pompa.

Tzara compone poemas químicos o estáticos, afirma que “el pensamiento nace en la boca”, sus amigos depositan ramos de flores a los pies de un maniquí y despliegan una técnica de espectacular provocación en las atónitas calles de Zurich o París, promoviendo escándalos en los teatros, en las exposiciones o en los cafés.

Era una exploración típicamente romántica contra una sociedad que los ahogaba: al manicomio del capitalismo los artistas oponían su propio manicomio, a la hipócrita sociedad del mundo oficial se contestaba con una seriedad dramática, escondida bajo la máscara poética. El dadaísmo rechazaba paradójicamente al arte y adoraba los productos humildes de uso común, inventaba máquinas inverosímiles y poemas de una asombrosa alquimia. La desesperación había llevado a la búsqueda de lo imposible; se había trocado en una esperanza sin límites, en un júbilo físico por lo nuevo, en una execración de lo viejo, lo vano y lo falso.

Mientras los vencedores de la Primera Guerra se repartían el mundo colonial y las posesiones asiáticas y africanas, probando que el objetivo de la guerra era un grandioso fraude, el dadaísmo se convertía en el eje de toda la nueva generación europea de intelectuales, harta del fraude y de las formas caducas.

Un periodista de la época describe en estos términos las farsas iniciales de un acto público del dadaísmo: “Con el mal gusto que los caracteriza, los dadaístas esta vez han apelado al resorte de lo terrorífico. La escena se desarrolló en un sótano y todas las luces estaban apagadas en el interior del local. Por una trampa subían gemidos. Un gracioso, escondido tras un armario, injuriaba a las personalidades presentes... Los dadaístas, sin corbata y con guantes blancos, iban y venían de un lado al otro... André Breton masticaba fósforos, Ribemont-Dessaignes gritaba a cada momento: ‘Llueve sobre una calavera’. Aragón maullaba. Philippe Soupault jugaba a la escondida con Tzara, en tanto que Benjamín Peret y Chouchoune se daban la mano continuamente. En el umbral, Jacques Rigaut contaba en voz alta los automóviles y las perlas de los concurrentes...”

El dadaísmo estaba poseído de un nihilismo de alta tensión, corrosivo, acústico, grotesco. Era una liberación de la represiva atmósfera de guerra y del estancamiento general del arte. Pero no tenía fines creadores. La necesidad de un movimiento que cristalizara las victorias de esa rebelión originó la divergencia entre André Breton y Tristán Tzara. Al programa de “Dadá” –“Nada, Nada, Nada”– se opuso la afirmación apasionada de Breton: “Sólo lo maravilloso es bello”.

El surrealismo nació en 1922 con esa ruptura, pero sólo tomaba de “Dadá” algunas gotas de ácido nítrico; el resto de su doctrina debía buscarse en las investigaciones de Freud y en el hastío de la sociedad capitalista, que sublevó a los poetas surrealistas como el “bourgeois” del otro siglo indignaba a Gerard de Nerval.

Breton y sus amigos se sumergieron en el psicoanálisis como en un misterioso océano: postularon la “escritura

automática”, el relato de los sueños cotidianos vertidos sin esfuerzo en el papel o la tela, la indagación frenética del destino humano. Se enteraron de la concepción de Einstein sobre la naturaleza del universo y juzgaron que algo realmente “nuevo” se insinuaba en el mundo. La Revolución Rusa contribuyó poderosamente a inyectar energía al surrealismo, que a pesar de rehusar confundirse con esa tendencia política, se expresó como si la revolución fuera la suya: si en la primera etapa el órgano del grupo de Bretón se titulaba *La revolution surrealiste*, en la segunda apareció ya como *Le surrealisme au service de la revolution*.

Esta aparente amalgama entre el instinto y la razón, el subconsciente y la máquina, Isidore Ducasse y Lenin, entre el nihilismo hacia la cultura y un arte nihilista, entre el surrealismo y el comunismo, fue uno de los rasgos más característicos de ese movimiento que como toda escuela romántica reunía el candor con el calor, la furia con la debilidad. El surrealismo, aun en sus mejores momentos, no expresó otra cosa que la irritación de algunos poetas frente a la quiebra de la tradición occidental. Freud no es responsable de un malón estético semejante que, sin embargo, ha influido en el estilo posterior de la literatura.

“Una confesión que usted debe recibir con tolerancia – escribía en 1932 Freud a Breton–: a pesar de que he recibido tantos testimonios de interés de usted y sus amigos hacia mis investigaciones, no estoy en situación de entender claramente lo que es y lo que quiere el surrealismo. Puede ser que yo no sea hecho para comprenderlo, ya que estoy tan alejado del arte.”

El surrealismo pretendía implicar toda una concepción del mundo y de la vida, un modo activo de ser y de creer, despojado de los hábitos y de los mitos tradicionales. Volviéndose hacia los tótems de la selva, asumiendo los surrealistas mismos gestos selváticos, apedreando las academias en un sentido literal de la palabra, abominando del trabajo y exigiendo un febril ocio consagrado a los placeres y a la búsqueda de lo

milagroso en estado bruto, el surrealismo vivió como un capítulo singularmente ruidoso durante el periodo comprendido entre las dos grandes guerras.

Rechazando toda relación con la literatura (Breton escribía: “nada tenemos que ver con ella”), los surrealistas querían la “total liberación del espíritu” y unir “la palabra surrealismo a la palabra revolución, únicamente, para mostrar el carácter desinteresado, desvinculado y hasta absolutamente desesperado de esta revolución”.

Extraña coincidencia entre aquellos jóvenes literatos –a pesar suyo– de 1922, que abrían encuestas tituladas: “¿Es una solución el suicidio?” y los modernos existencialistas de Sartre, en quienes la palabra “desesperanza” aparece como un “leiv-motiv”. Si la primera posguerra originó la triunfal irrupción del surrealismo orgulloso de su juventud y tocando los tambores de un nuevo verbo, la segunda posguerra cobijó al existencialismo: un discursivo movimiento fúnebre que refleja la crisis pero no la contraría, pues es la conciencia razonante de que no existe salida terrestre. Con un método filosófico, Sartre vuelve a encontrarse con la misma conclusión obtenida por Tristán Tzara con medios instintivos: “Nada, Nada, Nada”.

El surrealismo, reducido a Breton y a un núcleo sobreviviente, ha agotado ya sus posibilidades creadoras. Si la crisis de 1920 lo lanzó a la vida, la crisis de 1952 lo ha devuelto al vacío definitivo, es decir, pertenece ya a la historia de la literatura, esa especie de muerte civil que hubiera aterrado al Breton de otros tiempos. La lección del surrealismo es, quizás, que una gran aventura estética no puede triunfar por sí misma. Cumplió su función de acelerar el crepúsculo de los mitos: ahora el propio surrealismo es otro mito sepultado.

## Jorge Luis Borges\*

Valéry, a quien admira nuestra “élite” literaria como a la encarnación del intelectual, proclamó una vez su horror al desorden (esto es, a la irrupción moderna de las masas en la creación de sus propios destinos):

“Pésale siempre el orden al individuo. Pero el desorden le hace desear la policía o la muerte. He aquí dos circunstancias extremas en las que la humana naturaleza no se siente a gusto. Busca el individuo una época agradable en la que sea a un tiempo el más libre y el más válido; la encuentra hacia el comienzo del fin de un sistema social. Entonces, entre el orden y el desorden, reina un instante delicioso. Como se ha adqui-

\* *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Editorial Indoamericana, Buenos Aires, 1954, pags. 64 y ss.

rido todo el bien posible que procura el acomodamiento de poderes y deberes, ahora puede gozar de los primeros relajamientos de ese sistema. Mantiénense todavía las instituciones; son grandes e imponentes; pero sin que nada visible haya cambiado en ellas, apenas si conservan otra cosa que su bella presencia; lucieron todas sus virtudes, su porvenir está secretamente agotado; su carácter dejó de ser sagrado o bien le resta sólo lo sagrado: la crítica y los desprecios las debilitan y las vacían de todo su valor inmediato y el cuerpo social pierde suavemente su porvenir. Es la hora del goce y del consumo general.”

Esta inusitada predilección policial de Valéry no debería extrañar a nadie que conozca las fuentes genuinas en las que se alimenta la moderna cultura francesa: su imperio colonial en crisis es el que provee la plusvalía necesaria para que en París sus intelectuales adoren de rodillas, simultáneamente, el espíritu puro y la policía colonial, custodia del orden en las plantaciones de las selvas africanas.

Tampoco pueden sorprendernos las ideas políticas de Borges, representante de nuestra “élite” local. En su libro *Otras inquisiciones*, este autor publica una página significativa. Se trata de una nota titulada “Anotación al 23 de agosto de 1944”, fecha de la retirada alemana de París.

Fue un día de celebración memorable en los fastos de la oligarquía porteña, que se lanzó a la Plaza Francia –en su barrio, en su órbita– a festejar la recuperación de París, su patria primera y probablemente su auténtica patria y la de sus mayores, enriquecidos por las vacas y refinados por Montmartre.

Naturalmente, para las masas trabajadoras argentinas ese día no tuvo ninguna significación especial: estaban ocupadas en organizar sus sindicatos y en preparar la defensa de sus condiciones de vida que la propia aristocracia vacuna intentaría arrebatarles un año después en esa misma plaza de Buenos Aires. El proletariado argentino no sabía hablar francés.

A Borges, en cambio, ese día lo incitó a practicar ese tipo de literatura explícita que habitualmente aborrece. La jornada ele-

gante le inspiró una página política. Como en todos los momentos decisivos de la historia, hasta los teólogos se hacen políticos. Un literato puro como Borges debió participar de algún modo en esa crisis civil. No se trataba, por cierto, de una manifestación espontánea suscitada por el retorno de París a manos francesas. Por el contrario, el verdadero sentido del acto en Plaza Francia era intentar reprochar la recuperación del país por manos argentinas. Nadie se engañó a ese respecto.

Pero Borges, que tampoco se lo ocultaba, pudo escribir más tarde, ya con intención retrospectiva, que el acontecimiento le había suscitado “felicidad y asombro... el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble”.

No se indigne el lector. Esta voluntad de aristocracia resulta en un Eliot la explicación de un despecho feudal por el plebeyismo moderno del imperio que lo mantiene; en Borges y congéneres se revela más bien grotesca, puesto que no nace de la exigencia interior de un país que no registra ninguna participación en las Cruzadas y cuyos títulos de nobleza se remontan a los primeros Shorthorns importados.

Lo que se trata de señalar es que Borges repite en castellano las inflexiones despreciativas que Eliot pronuncia en inglés; en verdad, todo el irrealismo militante de Borges es el seudónimo estético que utiliza para insistir en que no pertenece a la literatura argentina, sino a una forma sutil de penetración dialectal de la cultura imperialista europea en nuestro país.

Borges es consciente de esto y triunfa ampliamente en su tarea. Su odio irreprimible hacia el pueblo argentino es un ingrediente particular del desprecio imperialista europeo hacia un país que rehúsa perpetuarse como colonia.

### **Martín Fierro, malevo**

Veamos qué es lo que Borges opina sobre el “Martín Fierro” de Martínez Estrada:

“El *Martín Fierro* ha sido materia o pretexto de otro libro capital: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada. Trátese menos de una interpretación de los textos que de una recreación; en sus páginas un gran poeta, que tiene la experiencia de Melville, de Kafka y de los rusos, vuelve a soñar, enriqueciéndolo de sombra y de vértigo, el sueño primario de Hernández. *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* inaugura un nuevo estilo de crítica al poema gauchesco. Las futuras generaciones hablarán del Cruz o del Picardía de Martínez Estrada, como ahora hablamos del Farinata de De Sanctis o del Hamlet de Coleridge.”

Este letrado que pelotea con ideas y que encuentra sumamente agradable la farsa intelectual, es considerado el primer escritor argentino. El caso de Borges presenta, a nuestro juicio, uno de los ejemplos más flagrantes de la irresponsabilidad intelectual de nuestra literatura de importación.

En su opúsculo denigratorio titulado *El Martín Fierro* (editorial Columba, 1953, Buenos Aires), Borges juzga que “para nosotros el tema del *Martín Fierro* ya es lejano y de alguna manera exótico; para los hombres de mil ochocientos setenta y tantos era el caso vulgar de un desertor que luego degenera en malevo”.

Es inevitable un disentimiento con esta enunciación despectiva, probatoria, por el contrario, de que el tema de *Martín Fierro* no es en modo alguno lejano y que tampoco es exótico. Una observación al pasar: para Borges, el *Hamlet* de Coleridge (¡no el de Shakespeare, el de Coleridge!) es una figura familiar, propia, constante; en cambio, el *Martín Fierro* de Hernández es un documento inactual, exótico y turbio. Lo nacional es exótico; lo extranjero, propio.

Todos los valores están invertidos aquí. Borges no tolera lo argentino. Y como en el *Martín Fierro* se expone lo nacional en función del drama del poverío de la época, le repele doblemente: como canto argentino y como protesta social.

En el espíritu de Borges y de toda su clase, el *Martín Fierro* se ha convertido en peón de estancia, en obrero industrial, en “cabecita negra”.

Las grandes líneas de la historia argentina se renuevan y se manifiestan con una asombrosa continuidad. No, los hombres de mil ochocientos setenta y tantos que consideraban el asunto de *Martín Fierro* como “el caso del vulgar desertor que luego degenera en malevo” no eran todos los argentinos, sino por el contrario, una muy pequeña parte de ellos.

La inmensa mayoría del país estimaba que el caso de *Martín Fierro* no era un caso vulgar congénere de la crónica policial o epítome del malevaje orillero. Por el contrario, el país entero, que no vivía en Buenos Aires, vio en el poema una trascendencia que no fue advertida por los Borges de la época, obsesionados por la llegada del buque-correo de Marsella. La publicación del poema despertó en el interior del país un interés tan profundo que, en los primeros siete años de su aparición, se vendieron 150.000 ejemplares de *Martín Fierro*, incluidas las ediciones legales y las clandestinas.

Esta difusión grandiosa puede resultarle a Borges una de las tantas sorpresas aritméticas nacida de la ingenuidad y bastardía de masas primitivas. Si se tiene en cuenta que jamás, ni antes ni después, ningún libro argentino o europeo alcanzó en nuestro país una tirada tan importante, es preciso convenir que este folleto de 1872 debía ofrecer al pueblo del país algo más sugerente que un simple pretexto para el análisis gramatical del señor Tiscornia o para las furias metafísicas de Martínez Estrada.

Queda en pie de manera incontestable que la más grande creación estética de nuestro pueblo nació como resultado de las luchas civiles y fue, desde el primer momento, reconocida, adoptada y asimilada por vastas masas del país. El más intenso momento literario que poseemos, que nos define con caracteres propios, es un poema íntimamente ligado a la psicología y a la tradición vital de los argentinos. Aún exquisitos como Borges o Martínez Estrada deben inclinarse ante la propagación irresistible de un poema fundido con nuestros orígenes históricos.

Se le debe en grado importante al siempre alerta Miguel de Unamuno el haber obligado a nuestra casta intelectual a reconocer la existencia del poema. A propósito del escritor vasco, nuestra innoble cipayería intelectual no se fatiga en comentar el pensamiento de Unamuno, español que se enorgullecía de serlo y que lo era hasta los tuétanos.

¿Pero qué ocurre en este país al escritor que se atreva a ahondar el tema de lo nacional? ¿Que crédito mereció Lugones, que también tenía la pasión argentina, admirada por nuestros intelectuales en Unamuno solamente porque es europeo? A Unamuno le perdonaron siempre sus caprichos políticos y arbitrariedades ideológicas, en aras del “espíritu puro”. Pero a Lugones no se le perdonó nada, no porque hubiera proclamado “la hora de la espada”, sino simplemente porque buscaba confusamente un camino propio. Dicho esto último, conviene advertir que esta idea no implica un juicio estético sobre la obra global de Lugones.

La derrota artística que las masas desposeídas infligieron póstumamente a la oligarquía porteña con el *Martín Fierro*, suscita la invariable hostilidad de Borges. Es interesante registrar sus impresiones, porque Borges, a diferencia de Martínez Estrada, dice todo lo que piensa:

“El *Martín Fierro* tiene mucho de alegato político; al principio no lo juzgaron estéticamente, sino por la tesis que defendía. Agréguese que el autor era federal (federalote o mazorquero, se dijo entonces); vale decir que pertenecía a un partido que todos juzgaban moral e intelectualmente inferior. En el Buenos Aires de entonces todo el mundo se conocía y la verdad es que José Hernández no impresionó mucho a sus contemporáneos.”

Sí, esto es cierto. En Buenos Aires todos se conocían, tanto los que se habían puesto a sueldo de la flota francesa como los descendientes del gauchaje que luchó en la Vuelta de Obligado. Pero el hecho de que “todos juzgaban moral e intelectualmente inferior” al partido de Hernández, es una parte de la verdad. La verdad entera es que ese “todo Buenos Aires” estaba formado por los importadores de toros ingleses, de casimires de Manchester, o de sillas de Viena, y sólo constituía la minoría insignificante del pueblo argentino, cuyos ojos estaban fijos aún en el osario de las montoneras aniquiladas por el ejército de línea y el partido de los caballeros de levita. Borges corrobora su aserto apelando a la prosa desdeñosa de (Paul) Groussac:

“En 1883 Groussac visitó a Víctor Hugo; en el vestíbulo trató de emocionarse reflexionando que estaba en casa del ilustre poeta, pero ‘hablando en puridad, me sentí tan sereno como si me hallara en casa de José Hernández, autor de *Martín Fierro*’.”

La subestimación infinita que Groussac sentía hacia la Argentina, inmenso baldío en el que estaba obligado a vivir, se manifiesta aquí plenamente. La placidez cínica de Borges ante ese desprecio indisimulado no necesita mayores comentarios. A Borges todo lo argentino le produce náuseas; jamás le ha perdonado a Lugones que escribiera *El payador* y que definiera al *Martín Fierro* como un poema épico.

“Lugones siempre había sentido lo criollo; pero su estilo barroco y su vocabulario excesivo lo habían alejado del público.”

Borges no odia el estilo de Lugones, sino al artista que intentó, en un medio hostil, indagar las raíces de lo nacional. Así, subalternizando el intento de Lugones de establecer los precedentes de una literatura propia, arguye Borges que el autor de *Poemas solariegos* escribió *El payador* con el objeto de acercarse al público, de conquistar auditorio.

Esto define por entero a Borges. Desechando la interpretación de Lugones, nuestro erudito concluye ásperamente que era una “imaginaria necesidad” que *Martín Fierro* fuera épico

y que, al fin de cuentas, sólo se trata “del caso individual de un cuchillero de 1870”.

Con las mismas razones rechaza el juicio de (Ricardo) Rojas, que estima la vida del gaucho Martín Fierro como la vida de todo el pueblo argentino. Pero Calixto Oyuela, “con mejor acierto”, de acuerdo a la opinión de este orfebre, escribió:

“El asunto de *Martín Fierro* no es propiamente nacional ni menos de raza, ni se relaciona en modo alguno con nuestros orígenes como pueblo ni como nación políticamente constituida.”

Preferimos no discutir la solvencia de Calixto Oyuela para evaluar a Hernández. Como se ve, a Borges no le repugna restaurar fósiles cuando le conviene. Urgido por un afán de precisión agrega: “¿Qué fin se proponía Hernández? Uno limitadísimo: la relación del destino de *Martín Fierro* por su propia boca”.

Esta debilidad mental no es una definición, pero reviste un gran interés político. La liquidación sangrienta del gauchaje y su reflejo poético constituyó para Borges un drama “limitadísimo”. Si tal es su opinión sobre la suerte de un pueblo temporalmente vencido, no estima del mismo modo la piratería ingloriosa de los lanceros británicos que conquistaron la India:

“Los ingleses que por impulsión ocasional o genial del escribiente Clive o de Warring Hasting conquistaron la India, no acumularon solamente espacio sino tiempo: es decir experiencia, experiencias de noches, días, descampados, montes, ciudades, astucias, heroísmos, traiciones, dolores, destinos, muertes, gentes, fieras, felicidades, ritos, cosmogonías, dialectos, dioses, veneraciones.”

Es posible que acumularan todo eso, y también libras esterlinas y océanos de sangre. Pero el lector argentino puede aprender por la pluma de Borges cómo se escribe la historia del mundo. De esta manera podrá explicarse por qué Kipling, el vencedor, reunió más imágenes memorables que

Hernández, el vencido. Para el imperialismo británico Borges tañe su lira, para el gauchaje informe sólo le queda el desprecio. Sus observaciones históricas no son accidentales: obran todas en un mismo sentido. Con toda desenvoltura afirma que “el más resuelto y secreto defensor de Montevideo fue el mismo Rosas, muy suspicaz de un crecimiento peligroso de Oribe”.

Original interpretación del período del bloqueo, que permite insinuar al lector un olvido altamente conveniente de que la flota francesa y los comerciantes de esa nacionalidad radicados en Montevideo, tenían intereses y armas suficientes para emprender por sí mismos esa tarea. Recuérdese que gran parte de la emigración unitaria colaboró noblemente en ese esfuerzo de la segunda Troya, cuyos presupuestos se discutían en el palacio Borbón. Cuando se habla de Montevideo, Borges prefiere generalmente evocar el nacimiento de Lautréamont, el poeta, o de Supervielle, el banquero. Deja en el tintero a Canning, que inventó el Estado-tapón para debilitar a la Argentina y balcanizar más aún el continente. Son olvidos propios de un artista: Martínez Estrada también los comete.

## C. E. Feiling

### El viejo orden mundial\*

Por C. E. Feiling

Nada impresiona tanto como las cifras. Las potencias occidentales, que para el año 1800 controlaban el 35 por ciento del globo terráqueo, alcanzaron el 67 por ciento en 1878 y un increíble 85 por ciento (del que la parte del león era británica) en 1914. Dos guerras mundiales después, en 1947, la independencia de la India marcó el principio de un velocísimo retroceso del colonialismo, y desde entonces sólo en el continente africano han aparecido más de cuarenta nuevos estados.

\* Suplemento Cultural del diario *Clarín*, 7 de julio de 1994. El texto fue aportado por la periodista Gabriela Esquivada.

Hoy resulta indudable que vivimos en un mundo –para decirlo con el prefijo de moda en las discusiones estéticas y políticas– “poscolonial”. Lo que no resulta indudable, sin embargo, es que la explotación y la injusticia hayan desaparecido junto con la dependencia estricta de las colonias respecto de una metrópolis. Un 6 por ciento de los habitantes del mundo, por ejemplo, vive en un país que consume el 30 por ciento de la energía que se produce en todo el planeta, y mientras la crisis de Haití va cobrando tintes ominosos, cabe quizá recordar que Bagdad, bombardeada durante la Guerra del Golfo, no había sido destruida desde 1258, cuando sufrió esa suerte a manos de los mongoles.

Hace mucho que la palabra “imperialismo”, famosa contrasena de los años 50 y 60, está rodeada de un aura de razonable desprestigio. Santones iraníes, golpistas argentinos, criminales ugandeses, narcotraficantes panameños y terroristas libios han abusado de ella, la han apartado de su esfera de aplicación en la crítica cultural y el debate político: como nadie quiere parecerse a Hussein o Noriega, el término “imperialismo” –y por ende la serie de problemas que designa– ha desaparecido casi por completo de las discusiones civilizadas.

Este lamentable secuestro de un concepto crucial tiene consecuencias nefastas. Cuando un primer ministro europeo, al fundamentar la intervención militar de su país en África, les pide a los periodistas que no sean hipócritas y reconozcan que ese país, en tanto “gran potencia”, “debe” intervenir en África, habría que poder oponerse a semejante retórica sin por ello alinearse con los insensatos y asesinos.

El silencio de los intelectuales ante las grietas del “nuevo orden mundial” (que se parece mucho al viejo, no al que terminó en 1989 sino al de 1914) ha llevado a Edward Said (1935), profesor de Literatura inglesa y comparada en la Universidad de Columbia, a escribir *Culture and Imperialism* (Chatto & Windus, 1993), un libro que ya se ha transformado en hito indiscutible a la hora de recuperar la ética del compromiso.

Para un argentino, lo primero que salta a la vista es que el título de Said invierte el orden de prioridades de *Imperialismo y cultura* (1957), el influyente pero lamentable clásico local de Juan José Hernández Arregui, y esa impresión es del todo correcta.

Said ha sufrido en carne propia la miseria de las esencias ahistóricas: palestino pero cosmopolita, de familia árabe pero cristiana, sabe que las identidades se construyen (y destruyen), que “musulmán”, “europeo”, “sajón” (y ahora “bosnio”, “serbio”, “croata”, “hutu”, “tutsi”) son etiquetas que no nombran nada eterno e inmutable, sino que lo que nombran, si algo nombran, es el resultado de ciertas prolongadas y complejas operaciones culturales.

*Culture and Imperialism* retoma y amplía la problemática de *Orientalism* (1978), notable estudio acerca de cómo se fue elaborando (y qué consecuencias tuvo) el imaginario europeo acerca del Oriente. Con su libro del 78, Said ingresó en el selecto grupo de académicos que ha conseguido trascender los límites del campus universitario norteamericano y hacerse oír en el ancho y ajeno mundo, como Richard Rorty, Susan Sontag y Noam Chomsky.

Esta circunstancia, y la cantidad de ejemplares que está ahora vendiendo *Culture and Imperialism*, debería servir para que el público reparase en toda la carrera intelectual de Said. *Beginnings: Intention and Method*, *The Question of Palestine* y *The World, the Text and the Critic* son apenas tres títulos recomendables de una obra que abarca once libros e innumerables ensayos, y que toca temas aparentemente tan dispares como la narrativa de Conrad (*Joseph Conrad and the Fiction of Autobiography*) y la música clásica occidental (*Musical Elaborations*).

Las 459 páginas de *Culture and Imperialism* ocultan una montaña de saberes que no se limita a la literatura: poetas y narradores europeos, árabes, africanos, indios y caribeños comparten cartel con antropólogos, historiadores, geógrafos

y sociólogos de este siglo y el pasado, y para todos hay sitio en las 553 notas del texto. Sería tonto, dada la manifiesta imposibilidad de la empresa, hacer el intento de resumir los complejos argumentos de Said. Sólo cabe rogar que alguna editorial española o latinoamericana emprenda la traducción del libro, e indicar someramente por qué sería deseable que el público argentino accediese a él.

El desprestigio de la prédica “antiimperialista”, según se indicó antes, tiene que ver con el hecho de que sus voceros más notorios producen espanto. (Guardando las proporciones, ya que dista de ser un Khomeini, basta recordar aquí al Jorge Abelardo Ramos que acusaba a Borges de “cipayo”.) Sin embargo, el problema mayor y real reside en que el discurso antiimperialista se quedó fijado en una variante del nacionalismo —una primera etapa, quizá necesaria pero nada positiva— que es apenas la imagen especular de aquello que critica.

A partir de los años 50, cuando las grandes potencias se retiran de sus colonias, acceden al poder burguesías nacionales que rápidamente se transforman en dictaduras, y cuya legitimidad se basa sobre un nacionalismo que apela a la movilización popular, cosa bien distinta de la participación popular que debería caracterizar a la democracia.

Las naciones son híbridas; son, como señala Said una y otra vez, narraciones, ficciones que aglutinan a grupos y personas de las más diversas procedencias y que tienen los más diversos intereses. El uso de la primera persona del plural, por lo tanto, debería ser muy cuidadoso. Caer en la trampa de valorar positivamente los defectos que el otro le atribuye a uno (“los argentinos somos impulsivos, pero eso es mejor que la frialdad de los europeos y norteamericanos, que son más racionales”), es correr el riesgo de perpetuar una dependencia nociva. Es suponer, en el fondo, que sería deseable una “Argentina potencia”, un país que cometiese, en nombre de su supuesto destino de grandeza, las iniquidades que cometieron otros en el pasado.

## Feiling, Borges y Khomeini\*

Por Jorge Abelardo Ramos

El señor C. E. Feiling me ha proporcionado un estremecimiento inédito. Por sus iniciales y apellido pienso que el señor Feiling es inglés, y quizá también lo sea por su evidente erudición y destreza literaria expuestas en su artículo del jueves último. Quizá sea joven y apasionado, lo que es bueno, sobre todo tratándose de un inglés. Además, que un ciudadano de ese origen se ocupe de un modesto argentino, no deja de ser para mí extremadamente lisonjero.

El señor Feiling sostiene en su artículo que la crítica al imperialismo contemporáneo ha sido y es desacreditada por el espanto que produce en la gente de bien los predicadores de tal crítica, entre ellos nada menos que el Ayatolah Komehini y quien firma.

Este homenaje me abruma. Ignoraba hasta que llegó Feiling, el grado de mi imprudencia mundial. Aunque no fuera cierto, le quedo muy agradecido y me siento sumamente gratificado.

Al fin y al cabo, cuestiones políticas aparte, ajenas por lo demás a la Argentina, sin duda el Ayatolah Komehini encarnaba, en su momento, el poderoso fuego de la fe en un milenio escéptico y movilizó millones de almas en torno a la tradición coránica, que parecía mucho menos importante que el poderoso ejército del antiguo Sha reinante.

Solo quisiera rectificar en un punto al señor Feiling. Se trata de una atribución errónea.

El señor Feiling dice que yo he tratado a Borges de cipayo. No es así. Borges no fue nunca un cipayo (la palabra “cipayo” es un vocablo persa o iraní, la misma lengua del Ayatolah, que quiere decir “hombre de a caballo” y que, por extensión, en la India se aplicaba a los soldados nativos que, en lugar de defender su patria, servían a los ingleses dominantes.)

\* Diario Clarín, 10 de julio de 1994.

Y digo que Borges nunca fue un cipayo porque toda su formación, desde su nacimiento, fue el resultado de varios factores que hicieron de él un gran poeta cosmopolita bilingüe.

Por un lado, el inglés no lo aprendió en una academia de la calle Maipú, como tantos cipayitos que quieren huir de su patria, sino que lo bebió de los labios de su abuela. En la infancia, su padre, que era un intelectual afrancesado y anglicanizado, lo encerró en una maravillosa biblioteca repleta de literatura inglesa fantástica, donde él nutrió sus primeros sueños, que son los esenciales en un ser humano. Luego su adolescencia transcurrió en Ginebra, de la misma manera que fue Ginebra el lugar que eligió para morir.

Él enseñaba a los ingleses, con una dicción perfecta, el inglés medieval, y a los norteamericanos les enseñaba el inglés básico. Al mismo tiempo era dueño de un genio verbal por todos reconocido.

Yo diría, más bien, que pertenecía de algún modo y pese a las diferencias de tiempo y lugar, a ese tipo de intelectual anglo indio que en Bengala, Bombay o Calcuta soñaban con ser ingleses refinados, con ir a Oxford o a Cambridge, con incorporarse a la potencia dominante, que era la más poderosa y refinada de su tiempo y que, ciertamente, hablaban el inglés mejor que Shakespeare. Muchos de ellos lograron finalmente ser oxfordianos.

Tenían el corazón dividido o, mejor dicho, las dos almas entrelazadas.

Esos grandes intelectuales anglo indios terminaron finalmente, en muchos casos, yéndose a vivir a la metrópoli.

Repetían, como en el caso de Borges, el drama de Paúl Groussac, un amargo francés, notable escritor castellano, que siempre soñó con ser escritor en Francia y que se vio obligado a seguir un, para él, oscuro destino sudamericano.

No era ni francés ni argentino. Era las dos cosas. Esta especie de cruzamiento intelectual entre potencia y colonia, en el caso del Río de la Plata, dio como resultado a un gran poeta

anglófilo que, desde ya, detestaba todo lo que podía ser bien criollo, pero cuyo arte literario de tajante corte bizantino y de culto a la pura forma, va a constituir la admiración de todos los textos literarios del porvenir.

Baste recordar, para un último ejemplo que dedico al señor Feiling, con qué apasionada atención centenares de intelectuales indios, encerrados en el inmenso continente colonial, escuchaban por las noches durante la Segunda Guerra Mundial, entre los golpes de interferencia de la estática de la radio y el mar, las emisiones de la BBC dirigidas a la India como propaganda de guerra, donde hablaban nada menos que George Orwell y otros grandes espíritus ingleses sobre temas que concernían específicamente a la tradición occidental británica y no, por supuesto, a la milenaria tradición espiritual de la India.

## ÍNDICE

7	Prólogo. La materialización de un libro inexistente
11	Ernesto Sabato
18	La respuesta de Ernesto Sabato
31	La contrarréplica de Ramos
41	Ernesto Sabato II. El hombre y la máquina
46	Ernesto Sabato III. Recuerdos y personajes
49	La izquierda tradicional
63	Juan B. Justo
69	Vittorio Codovilla
81	Raúl González Tuñón
86	La burocracia soviética
95	Los nacionalistas
104	Che Guevara
121	Regis Debray
132	Reportaje
142	Milcíades Peña
163	Raurich, Sebreli, Moreno y otros

169 Guillermo Lora  
184 Guillermo Lora II  
193 Marx y Engels  
202 Eduardo Astesano  
211 Celso Furtado  
227 Gabriel García Márquez  
233 Arguedas, Rodó y otros positivistas  
246 Sobre el indigenismo hipertrofiado  
251 Sobre San Martín y su falta de ideas latinoamericanistas  
257 Félix Luna  
263 Reportaje II  
275 El camporismo  
279 Camporismo y lopezreguismo  
286 Oscar Ivanissevich  
290 José Alfredo Martínez de Hoz  
293 Álvaro Alsogaray  
295 Raúl Alfonsín y la derrota del peronismo  
299 Raúl Alfonsín  
302 Los radicales  
308 Alejandro Agustín Lanusse  
312 Los surrealistas  
317 Jorge Luis Borges  
326 C. E. Feiling

